WARHAMMER 40,000



CAMPO DE LA MUERTE

GRAHAM McNEILL

En el mundo de pesadilla de Warhammer 40.000, no hay súbditos más leales al Imperio que los Ultramarines, quienes siguen las enseñanzas del legendario Codex Astartes al pie de la letra. Después de escapar del Ojo del Terror, ahora Uriel Ventris y Pasanius se ven implicados en un lucha encarnizada, en un desesperado intento por llevar a Ultramar la paz y la redención.



Graham McNeill

Campo de la muerte

Warhammer 40000. Ultramarines 4

ePUB r1.0
epublector 31.07.13


WARHAMMER
40,000


ULTRAMARINES

Título original: *The Killing Ground*
Graham McNeill, 2006
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2009
Diseño de portada: Karl Kopinski

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por él poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los marines espaciales, supersoldados modificados genéticamente.

Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones le la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el

poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo.

Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

Aquellos regimientos que han servido más de diez años en la misma zona suelen ser trasladados desde los teatros de combate de duración prolongada a los ejércitos de conquista. No sólo son las mejores tropas, sino también las más veteranas, ya que han luchado con valentía por el Emperador durante diez años o más. Su recompensa es tomar parte en la conquista de un nuevo planeta. Si tienen éxito, todo el regimiento obtiene el mayor honor que el Imperio puede conceder: la gratitud del Emperador y el derecho a colonizar un nuevo mundo. Existen por todo el Imperio multitud de planetas que fueron poblados de este modo. Sus habitantes son los endurecidos descendientes de los victoriosos regimientos de la Guardia Imperial.

Tactica Imperium.
Notas del comandante sobre el servicio prolongado.

INTRODUCCION

A veces, los fantasmas del pasado te persiguen…

El bar estaba abarrotado y el abrasador ambiente de resentimiento que inundaba sus rincones, llenos de humo, flotaba igual que una corriente que recorriera el cuerpo de Hanno Merbal. Sentía el odio por lo que él representaba en cada sílaba murmurada, en cada ojeada furtiva y en cada mirada hostil. Alzó el vaso y se bebió de un trago el fuerte licor.

La garganta le ardía a medida que la bebida le bajaba hacia el estómago, y empezó a toser mientras se preguntaba sí el cabrán de cara amargada que estaba al otro lado de la barra le había servido una copa de promethium para gastarle alguna clase de broma repugnante. Posó con un golpe fuerte el vaso en la barra metálica llena de abolladuras y miró fijamente los ojos amarillos del camarero en busca de la confirmación de sus sospechas.

Sin duda. El individuo mostraba en la cara una expresión de resentimiento, lo mismo que los demás nativos del lugar. A Hanno no le pareció descabellada la idea de que estuviese intentando envenenar a un soldado imperial, condecorado como él, perteneciente a las Falcaras Achamán, pero sonrió en cuanto el calor de la bebida se le extendió por todo el estómago y sintió que la fuerza del licor ahogaba el aullido frenético que le resonaba dentro del cráneo.

Hanno inclinó la cabeza hasta dejarla apoyada en el metal frío de la barra.

—Ponme otra —le dijo, y el camarero le sirvió de inmediato otra copa.

Hanno respiró profundamente e inhaló el hedor de su sudor y su culpabilidad, y luego cerró los ojos para no verse la barriga redonda y el torso de pectorales caídos.

Alzó la vista y miró fijamente la barra y el vaso que había encima de ella.

Hanno dedujo por los remaches y las marcas de pintura medio borradas que la barra había sido en otros tiempos una de las planchas laterales de un Chimera. Los huecos por los que antaño habían asomado los rifles láser, acoplados en sus montantes, servían en esos momentos para tirar las colillas de iho aplastadas y apagadas. La bebida era una mezcla turbia y áspera destilada en un barril corroído que antes había sido el depósito de combustible de un Hellhound. Era un licor mortífero, pero era lo único que ayudaba a Hanno Merbal a sofocar los recuerdos del Campo de la Muerte.

Se llevó el vaso a la boca y volvió a beberse el licor de un solo trago. Se echó a toser.

—Sí que está bueno —rezongó Hanno entre toses, al mismo tiempo que arrojaba un puñado de los nuevos billetes imperiales sobre la barra—. Dame esa botella, ladrón.

Hanno notó que las conversaciones bajaban de tono y miró a su alrededor, ya que su instinto de soldado no se había apagado del todo a pesar del alcohol que había consumido. Vio a través de la humareda de los narguiles y de las lágrimas de los ojos que prácticamente todos los rostros presentes en el bar estaban vueltos hacia él.

—¿Qué es lo que estáis mirando? —Les gritó cuando el resentimiento venció al impulso oculto que le estaba carcomiendo la cordura—. Tengo todo el derecho del mundo a estar aquí. Os ganamos. Perdisteis. Aceptadlo de una vez.

—Aquí tienes la botella —le dijo el camarero a la vez que posaba con un golpe la botella sobre la barra—. Guárdate el dinero. No quiero tus putos billetes. Y ahora, lárgate.

Hanno agarró la botella, pero no mostró señal alguna de querer recuperar los billetes que había dejado sobre la barra. Sacó el corcho con los dientes y se sirvió otro vaso.

—¿Por qué vienes siempre aquí? —preguntó una voz que sonó pegada a él.

El soldado se volvió con un movimiento inseguro sobre el taburete y vio a un individuo larguirucho y delgado que llevaba el cráneo rapado y la barba recogida en largas trenzas. El desconocido estaba inclinado sobre él. Tenía el lado izquierdo del cráneo cubierto de piel cicatrizada y retorcida. Hanno conocía a suficientes veteranos como para saber que aquello era la quemadura de un disparo de láser.

El hombre llevaba puesta una túnica marrón igual a la de los demás, pero mientras que la mayoría de los habitantes de aquel planeta deprimente preferían los abrigos largos de color gris ceniza, el desconocido se arropaba con la típica capa de color verde y dorada de doble forro propia de los Hijos de Salinas.

—Hasta yo podría arrestarte por llevar puesto eso —le dijo Hanno.

—Y a mí me gustaría que lo intentaras —replicó el individuo.

Hanno volvió a enfocar la vista cuando miró con más detenimiento a su interlocutor. Iba desarmado, pero lo rodeaba un aura de violencia tal que era equivalente a un arma, y su mirada reflejaba una ira bajo control.

—Cómo te llamas

—Me parece que ya sabes cómo me llamo.

—Sí, creo que sí —contestó Hanno al mismo tiempo que se fijaba en que varios de los clientes del bar que estaban a la espalda del individuo metían una mano bajo sus abrigos—. Hay una recompensa por tu captura, o por tu muerte, no lo recuerdo bien.

—¿Estás pensando ganártela?

Hanno hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Esta noche no. Es mi día libre.

—Muy inteligente por tu parte, pero todavía no has contestado a la pregunta que te he hecho. ¿Por qué vienes siempre aquí? He oído decir que vienes todas las noches y te emborrachas hasta casi perder el sentido antes de ponerte a insultar a todo el mundo para luego volver tambaleándote a tu barracón.

—A lo mejor es que me gusta la compañía —le replicó Hanno, señalando con un gesto de la mano las paredes—. O quizá la estética del interior oxidado de un tanque de combate.

—¿Quieres que te maten? —preguntó el individuo, que se inclinó sobre él para que oyera su susurro.

—Si así fuera, ¿serías tú quién lo hiciera? —Le replicó Hanno con otro susurro—. ¿Lo harías?

—Creo que será mejor que te vayas. Hay mucha gente aquí con ganas de matarte, y no tengo muy claro que deba impedírselo.

—Pues entonces, no lo hagas.

El individuo se irguió con una expresión extrañada en el rostro.

—¿Es eso? ¿Es que Barbaden te ha mandado aquí para que te maten y así lanzar contra nosotros a Kain y a sus Águilas Aullantes?

—¿Barbaden? —Bufó Hanno—. Ése no tiene nada que ver conmigo, ya no.

—¿Ah, no? —El individuo alargó una mano y levantó una de las solapas del abrigo de Hanno para dejar a la vista la chaqueta de color rojo desvaído del uniforme de teniente de las Falcatas Achamán. Los botones plateados tiraban con fuerza de los ojales en su intento por contener una barriga más que generosa—. Según tenía entendido, los Falcatas seguían siendo el viejo regimiento de Barbaden.

Hanno le arrebató la solapa del abrigo de un tirón y volvió a centrar la atención en la barra. Se pasó una mano por la barba de varios días y por los ojos hinchados por la falta de sueño. Luego miró de nuevo al individuo de barba bifurcada.

—Lo siento. Yo… Nosotros nunca…

—¿Te estás disculpando? —lo interrumpió su interlocutor, y su furia se hizo más evidente.

—Eso intento —contestó Hanno, pero antes de que pudiera continuar, se oyeron una serie de golpes en la entrada del bar y el individuo se dio la vuelta y se dirigió de forma apresurada a la salida trasera. A los pocos instantes, fue como si aquel incidente no hubiera ocurrido jamás: los

sombríos ocupantes del local centraron de nuevo la vista en sus bebidas y evitaron con cuidado exquisito la mirada de Hanno.

Se dio la vuelta sobre el taburete a tiempo de ver entrar a Daron Nisato, que tuvo que encorvarse para pasar bajo la barra de hierro que alguien había soldado a dos chasis oxidados de tanque y que servía como dintel. El recién llegado entró en el bar con un gesto de desagrado. Se quitó con los dedos una pizca de suciedad que había caído sobre la solapa de su chaqueta de agente del orden y luego paseó la mirada por el local hasta que sus ojos se posaron en Hanno.

—Me pareció probable encontrarte aquí, teniente —le dijo Nisato.

—Qué quieres que te diga. Soy una persona de costumbres.

—Sólo de malas costumbres —contestó Nisato, y Hanno se vio obligado a mostrarse de acuerdo.

—Ni te imaginas quién acaba de estar aquí —le dijo Hanno para empezar la conversación.

—¿Quién?

—No importa —respondió Hanno entre risitas, mientras miraba hacia la parte trasera del local y Nisato se sentaba en un taburete a su lado—. Nadie importante.

Daron Nisato era un hombre atractivo de cincuenta y pocos años, de rasgos angulosos, mirada penetrante y piel oscura. De cabello corto y rizado, tenía las sienes grises desde edad temprana, lo que le proporcionaba un aspecto distinguido que le había sido de utilidad mientras había servido como comisario de los Falcatas Achamán.

—¿Quieres tomar una copa? —le preguntó Hanno.

—¿De raquir? No, gracias. Y creo que tú tampoco deberías tomar más.

—Es probable que tengas razón, Daron, pero ¿qué otra cosa me queda?

—Queda el deber. Tú tienes el tuyo y yo el mío.

—¿El deber? —exclamó Hanno a la vez que señalaba con un gesto de la mano el bar—. Mira lo que el deber ha hecho por nosotros. Nos ha convertido en enemigos de nuestro propio planeta, un planeta por el que luchamos y sangramos. Vaya premio, ¿no?

—Baja la voz, Hanno —le advirtió Nisato.

—¿O qué? ¿Me vas a arrestar?

—Si no me queda más remedio, lo haré. Puede que te venga bien pasar una noche en el calabozo para borrachos.

—No, sólo hay una cosa que me vendría bien.

—¿El qué?

—Esto —le contestó Hanno, y sacó una pistola plateada de aspecto inmaculado del interior de su abrigo.

Nisato se puso en tensión de inmediato.

—¿Qué haces, Hanno? Guarda eso ahora mismo.

Hanno metió de nuevo una mano en el abrigo y sacó algo que relució con un brillo dorado bajo la luz parpadeante de los globos luminosos que colgaban desde el techo de planchas de metal corrugado. Lanzó el objeto sobre la barra, donde se quedó girando sobre sí mismo igual que una moneda, repiqueteando sobre el metal mientras se discernía el águila reluciente que marcaba una de sus superficies doradas.

—¿Todavía guardas tu medalla? —quiso saber Hanno.

—Nunca me la dieron. Yo no estuve allí.

La medalla dejó de girar y quedó inmóvil sobre la superficie grasienta de la barra.

—Qué suerte tuviste —comentó Hanno, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Entonces, ¿no los ves?

—¿Ver a quién?

—A los quemados… A los… ¿muertos?

Hanno captó el gesto de confusión en el rostro de Nisato y se dispuso a explicárselo, pero el olor repugnante e inolvidable a carne humana quemada le asaltó la nariz y las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Dio varias arcadas al notar el sabor a huesos incinerados y el hedor penetrante del promethium inflamado.

Tú sí estabas allí.

—No… No, por favor… —gimió—. Otra vez no.

—Hanno, ¿qué ocurre? —le exigió saber Nisato, pero Hanno fue incapaz de contestarle.

Miró a su alrededor cuando unas llamas cegadoras aparecieron por todo el bar, calientes, amarillas, inmisericordes. El fuego mostró un ansia voraz por quemar más allá de lo normal, como si un viento invisible los avivase, y devoró con un rugido ensordecedor todo lo que encontró en su camino. A los pocos instantes todo el local era pasto de un incendio feroz, y Hanno se echó a llorar, porque sabía lo que ocurriría a continuación.

Los clientes del bar se pusieron en pie con las ropas envueltas en llamas, y sus rostros pasaron de ser unas máscaras de odio y amargura a unas caretas derretidas con un gesto final agónico. El fuego fue en su dirección igual que una horda de seres elementales llameantes y monstruosos, y Hanno se volvió hacia Daron Nisato, con la vana esperanza de que el antiguo comisario estuviera viendo lo mismo que él veía.

Nisato no estaba al tanto de la matanza infernal que se estaba produciendo en el bar, y lo miraba con una expresión en el rostro en la que se mezclaban la pena y la preocupación.

Hanno lanzó un grito cuando del suelo comenzó a surgir una humareda negra asfixiante que apestaba a compuestos químicos. A través de ella se movieron varias sombras que se agitaron como marionetas llameantes sometidas al baile espasmódico de un titiritero enloquecido.

Oyó la voz de Daron Nisato, pero ni siquiera comprendió lo que decía, porque en ese momento una silueta terriblemente familiar surgió de entre el fuego y el humo: una niña de no más de siete años.

El vestido que llevaba puesto estaba envuelto en llamas y tenía los brazos, como siempre, extendidos hacia él, como si buscara afecto o que la rescatara. En la piel se le formaban ampollas que luego estallaban. La carne y la grasa derretidas le caían resbalando sobre los huesos igual que goma fundida. Los huesos le crujían y se contraían bajo el terrible calor.

—Tú sí estabas allí —dijo la pequeña.

Su rostro era una masa consumida por unas llamas brillantes que la cubrían y le devoraban el interior del cráneo. Un fulgor espectral y atemorizador relucía en sus ojos, lo único que el fuego todavía no se había atrevido a devorar.

—Lo siento —musitó Hanno, mientras una oleada asfixiante de culpable remordimiento le atenazaba el corazón.

Respiró profundamente y el infierno de llamas que devoraba el bar momentos antes desapareció en un instante. La niña que se derretía y los hombres envueltos en fuego ya no estaban. Todo continuaba como había sido un minuto antes. Hanno se agarró a la barra para mantener el equilibrio mientras el mundo daba vueltas a su alrededor con un movimiento enloquecido y sus sentidos se esforzaban por reorientarse en la normalidad tras el paso de aquel horror.

—¿Qué demonios te ha pasado? —le preguntó Nisato, que seguía a su lado completamente ignorante de la pesadilla que Hanno acababa de vivir por enésima vez. El agente de seguridad lo tomó del brazo.

—Salgamos de aquí. Te vienes conmigo.

—No —replicó Hanno entre sollozos, y se soltó de un tirón de la mano de Nisato—. No me voy. No puedo seguir así.

—Es verdad, no puedes —contestó Nisato, mostrándose de acuerdo—. Por eso tienes que venir conmigo ahora mismo.

—No —repitió Hanno, y agarró con un movimiento rápido de las manos tanto la medalla como la pistola que había dejado sobre la barra—. Sólo hay un sitio al que ir: al infierno.

Hanno Merbal se metió el cañón de la pistola en la boca y se voló la cabeza.

Jamás habría creído que la muerte hubiera acabado con tantos.



PRIMERA PARTE

RENACIMIENTO



UNO

¿Modifican las personas los planetas en los que viven, o son modificadas por ellos? Las gentes de Mordia tienen un carácter melancólico y sombrío. Los habitantes de Catachán son pragmáticos y resistentes. ¿Se debe a los climas extremos respectivos y a las brutales necesidades para la supervivencia, o acaso las personas que colonizaron esos planetas siglos atrás ya mostraban estas características? ¿Es posible que el carácter de un planeta afecte a toda la población, o es el alma humana más fuerte que la mera geografía?

¿Podría un observador atribuir con mayor facilidad un comportamiento menos malvado, un carácter menos temible, a aquellos que caminan sin sentir preocupación alguna por su seguridad bajo los arcos dorados de un mundo santuario antes que a las personas que se encogen de miedo en la oscuridad de un planeta desgarrado por una guerra o una rebelión?

Sea cual sea el caso, los brezales solitarios, las montañas hostiles y las ciudades acosadas por las luchas internas del planeta Salinas hubieran proporcionado un excelente material de estudio para cualquier observador.

La lluvia lo empapaba todo al caer sin parar, como un riego por aspersión, desde el cielo gris plomizo. Las gotas diminutas flotaban por el aire y hacían que las laderas de las montañas cuajadas de cuarzo relucieran y centellearan. Varias manadas de herbívoros peludos pastaban las hierbas de hoja larga de los prados inferiores mientras las negras nubes de tormenta procedentes del este se amontonaban sobre los picos amenazantes.

Las caudalosas cascadas bajaban rugientes por los riscos negros, y los pocos árboles resecos que se mantenían en pie en las laderas y que rodeaban los restos de una ciudad muerta se doblaban y balanceaban como bailarines bajo el fuerte viento que bajaba desde las tierras altas cubiertas de nubes. Un silencio ominoso, semejante a una pausa incómoda en una conversación, flotaba sobre la ciudad muerta, como si el paisaje temiese inmiscuirse en su pena íntima. Las calles repletas de escombros se retorcían entre edificios ennegrecidos de acero retorcido y piedra derruida, y los helechos de hojas rojizas como el óxido o la sangre seca crecían en abundancia en las avenidas desiertas.

Los cascotes y las vigas de metal corroído azotados por el viento yacían en el mismo lugar donde habían caído. El mismo viento que gemía al atravesar las ventanas abiertas y las puertas destrozadas. Su lamento provocaba la sensación de que la ciudad estaba lanzando un último suspiro de muerte, largo e interminable.

Antaño había vivido gente en aquel lugar. Habían amado, luchado y participado en miles de dramas, tanto grandes como pequeños, los habituales en todas las ciudades. Habían tenido lugar grandes celebraciones, intrigas escandalosas y crímenes sangrientos, pero todo aquel teatro había pasado a formar parte de la historia, aunque no se había borrado de la memoria.

Cientos de calles, de avenidas, de travesías y de caminos cruzaban la ciudad vacía y atravesaban su desolación como si buscaran a alguien que las recorriese de nuevo. Las puertas abiertas se estampaban una y otra vez contra las jambas, como reclamos sonoros para que cualquier visitante anónimo entrara de nuevo en los edificios y los convirtiera una vez más en algo útil. El agua de la lluvia corría formando pequeños arroyos por el pavimento agrietado o surgía a chorros de las alcantarillas para crear charcos allá donde el suelo había cedido.

Una gran iglesia con una imponente fachada de piedra, aunque cubierta de una pátina negra y grasienta, se alzaba orgullosa en mitad de las ruinas. Daba la sensación de que fuera cual fuese la desgracia que había azotado a la ciudad, había decidido no concentrar su atención destructiva en aquel imponente edificio. Las altas torres proyectaban largas sombras sobre la ciudad, y el águila de grandes alas que formaba el frontón principal sobre la entrada arqueada mostraba un aspecto lamentable, con las alas partidas y cubiertas de manchas verdes de corrosión.

Los ventanales alargados donde se glorificaba al Emperador y a sus muchos santos estaban destrozados y los numerosos fragmentos de cristal coloreado sobresalían de los marcos podridos como dientes desparejados. Las pesadas puertas de hierro que antaño habían protegido el vestíbulo principal de la iglesia yacían rotas y torcidas sobre las losas agrietadas de la

explanada frontal. Junto a las puertas se veían estatuas desmembradas que habían caído desde el tejado y habían sido abandonadas allí a su suerte.

El viento se agolpaba allí, como si lo atrajese una orden imperativa que lo obligaba a soplar en la plaza abierta que se extendía delante de la iglesia. Arrastraba a su paso volutas de niebla y trozos de tela, de papel y hojas que giraban formando torbellinos diminutos a medida que el viento adquiría fuerza.

La aplastante negrura de la entrada de la iglesia parecía tragarse la poca luz que quedaba del día, y aunque el viento empujaba de un lado a otro cada vez con más fuerza los restos que había encontrado por toda la ciudad, ninguno de aquellos fragmentos se atrevía a perturbar en la oscuridad que llenaba el interior del edificio abandonado.

De las profundidades de la iglesia surgió un gemido ahogado, aunque allí dentro, ni tampoco en el resto de la ciudad, vivía criatura alguna. Una ráfaga de aire más fría que las demás surgió para soplar sobre la plaza.

Aparecieron una serie de puntos luminosos en mitad de la negrura, y no tardaron en convertirse en ondas de luz que brotaron de la entrada y fluyeron por el suelo igual que unas líneas de mercurio fantasmales formando dos trazos paralelos. Momentos antes, la iglesia daba una impresión de firmeza, de ser algo inamovible, pero ahora toda su estructura parecía ondular y combarse, como si la estuviese azotando una monstruosa deformación atmosférica provocada por una oleada de calor.

El gemido aumentó de volumen y pasó de ser un sonido lejano a convertirse en algo mucho más cercano, en el aullido estridente de algo que sufría de un modo agónico en su esfuerzo por mantenerse unido por completo, algo al que le estuviesen separando de nuevo hebra por hebra los tendones a cada segundo que pasaba.

La oscuridad del interior de la iglesia pareció hincharse y salió al exterior como una mancha explosiva de tinta. Un instante después se replegó de nuevo pasando por encima de algo que había violado las reglas del tiempo y del espacio para llegar hasta aquel planeta. Era el resto ardiente y humeante algo que había recibido su forma original en otra era.

Parecía ser una gigantesca máquina de hierro. Sus costados relucientes palpitaron repletos de una energía antinatural mientras salía retumbante de la iglesia. De cada una de las puntas de los remaches con forma de cráneo de risa enloquecida salía un leve chorro de vapor. Las ruedas de hierro oxidado, que se iban disolviendo, hundieron en la tierra a su paso las líneas de brillo mercurial.

Lo que había en el interior de aquella estructura fragmentada podía haber sido en otros tiempos una antigua locomotora impulsada por vapor, pero unas fuerzas desconocidas y algunas energías de la disformidad lo estaban transformando en algo completamente distinto.

Daba la impresión de que fuera cual fuese el poder que había creado aquella amalgama monstruosa de máquina y de energía siniestra, había decidido empezar a deshacerla. Comenzó a emitir descargas centelleantes de luz que se fueron desgajando igual que las capas de una cebolla. Hasta el propio aire parecía venenoso y contrario a su existencia, ya que de toda su superficie surgieron humaredas sibilantes de pestilente luz vaporosa.

La terrible máquina aulló como una bestia herida, pero las profundidades de los gritos de agonía de su disolución albergaban una nota aguda de bienvenida liberación, como si se estuviese poniendo fin a una eternidad de tormentos. Su avance fue reduciéndose hasta que se detuvo por completo, igual que una bestia herida, acosada en una cacería, que hubiese llegado al límite de sus fuerzas y ya no pudiera seguir corriendo.

En las entrañas del extremo destrozado de la máquina se oyeron unas débiles voces, el indicio de unas criaturas que no formaban parte de su descomposición. El sonido de las voces aumentaba de volumen, como si los que gritaban lo hicieran desde una estancia recién abierta pero increíblemente lejana.

Una parte de la gigantesca maquinaria se desvaneció y dejó al descubierto el repugnante espectáculo de su interior, iluminado por una luz rojiza procedente un horno crematorio que apestaba por las innumerables matanzas y carnicerías. Dentro rugía un fuego que había participado en un eón de asesinatos.

Unas siluetas se movieron bajo aquella luz rojiza, un puñado de figuras que se tambaleaban como niños pequeños mientras se desparramaban alrededor de la máquina moribunda. Eran unas criaturas humanoides, de estatura elevada y hombros anchos, que se alejaron de la luz arrastrándose y trastabillando, como si les hiciera daño.

Las figuras acabaron de salir, envueltas en volutas de humo, de la monstruosidad que los había llevado hasta aquel mundo. Los pasos que daban eran apresurados e inseguros, pero a pesar de esa inseguridad no cejaban en su avance con tal de alejarse de la máquina en proceso de disolución.

Cuando las figuras se hubieron apartado lo suficiente de la máquina, su contorno se hizo más claro, aunque si alguien hubiera estado contemplando aquello, probablemente habría deseado que eso no ocurriera.

Eran monstruos: los sinpiel.

Eran aberraciones de la naturaleza, el resultado bastardo de una cirugía repulsiva, unos experimentos fallidos con un poder terrible de origen antinatural. Todos eran diferentes entre sí, con unos cuerpos gigantescos y grotescos, carentes de toda piel. Tenían las cabezas hinchadas, unas pesadillas encefálicas de ojos dilatados, rostros contrahechos y colmillos aterradores.

Ver algo así habría hecho enloquecer de miedo a cualquier persona, pero si alguien hubiese tenido el valor de mirar más allá de sus deformidades físicas y de aquellas odiosas malformaciones de carne y hueso, habría visto algo más, algo que sin duda habría incrementado su horror: el brillo de una conciencia y una inteligencia humanas.

Otras dos siluetas aparecieron detrás de las criaturas monstruosas, tan tambaleantes y aturdidas como éstas, pero sin las horribles aberraciones que afectaban a las primeras. Ambas mostraban las características físicas de los Adeptus Astartes, aunque una de las figuras era mucho más corpulenta que la otra, a pesar de que su brazo derecho estuviese amputado a la altura del codo.

La primera, de cabello corto y rubio y rasgos amables, estaba completamente protegida por una armadura de color azul, mientras que la

segunda, de cabello oscuro, ojos grises y rostro adusto y noble, sólo llevaba puestos algunos fragmentos de armadura del mismo color.

Era evidente por las heridas que mostraban y las armas que empuñaban que conocían muy bien el fragor del combate. Ambos siguieron alejándose trastabillando de la maquinaria en proceso de desintegración hasta que acabaron desplomándose en el suelo, donde jadearon con ansia para llevar grandes bocanadas de aire fresco a los pulmones.

Una vez desembarcados sus pasajeros, la poderosa máquina que los había llevado hasta allí soltó un chirrido cuando las ruedas de hierro ardiente comenzaron a arrastrarla lejos de aquel lugar.

La materia que la formaba había estado restringida durante tanto tiempo a unos planos situados más allá del universo material que no estaba acostumbrada al ataque de los elementos que conformaban aquel plano existencial, por lo que la cualidad abrasiva de esa realidad estaba deshaciendo aquella estructura con origen en la disformidad con la misma rapidez que una llama derretía el hielo.

Sus antiguos pasajeros contemplaron cómo adquiría velocidad, pasando de moverse con lentitud a acelerar a medida que su forma se hacía más brillante, como si en su interior radicase alguna fuente de poder infernal que se estuviese aproximando a su masa crítica. El brillo no tardó en ser cegador e intolerable, incluso para aquellos cuyos ojos estaban diseñados para soportar algo así. La máquina viviente lanzó un aullido desgarrador, aunque nadie fue capaz de discernir si se trataba de un grito de agonía o de liberación, y desapareció en mitad de una explosión de luz.

Del estallido no surgió onda expansiva alguna, pero una reluciente lluvia de luz cayó por doquier y saturó el aire con la sensación de que alguien había soltado un poder infinito en aquel planeta.

El ambiente lúgubre y siniestro de la ciudad muerta se posó de nuevo cuando se produjo la disolución, o huida, de la enorme máquina antinatural. La lluvia cubrió a aquellos viajeros andrajosos con una humedad fría y pegajosa.

Los dos astartes se dirigieron el uno hacia el otro bajo la lluvia y se abrazaron como hermanos por la simple alegría de haber vuelto a un mundo

donde el aire no era una mezcla tóxica de sustancias contaminantes y cenizas, cargado con el desagradable y penetrante olor a hierro quemado y a guerra.

El guerrero de mayor tamaño se pasó la mano por el pelo mientras contemplaba el triste paisaje que los rodeaba.

—Gracias sean dadas al Emperador! ¡Ya no estamos en Medrengard! —exclamó.

Su compañero echó la cabeza hacia atrás para que la lluvia fría le mojara bien la cara, como si esa sensación fuese un regalo escaso y valioso.

—No, Pasanius, ya no estamos en Medrengard.

—Entonces, ¿dónde estamos?

—Creo que casi hemos llegado a casa, amigo mío —le respondió Uriel Ventris.

Aunque ya estaba anocheciendo, los ojos de Uriel captaron todo lo que los rodeaba una vez el destello de la desaparición del Daemonium Omphalos se le borró de las retinas. No quedó rastro alguno de su presencia, y Uriel se sintió profundamente agradecido de haberse librado de aquella vil creación demoníaca.

Antaño había sido el transporte infernal utilizado por una poderosa criatura de la disformidad, una máquina con la que podía viajar por las tenebrosas regiones del espacio disforme, del tiempo y del espacio para llevar la destrucción a los mortales que vivían por toda la galaxia. Ese demonio había desaparecido, destruido por uno de sus hermanos diabólicos, lo que había permitido a Pasanius y a Uriel escapar del mundo demoníaco de Medrengard en su interior empapado de sangre.

—¿Adónde crees que habrá ido? —le preguntó Pasanius, mientras empuñaba con más firmeza un bólter que había recuperado del campo de batalla.

Aunque el brazo derecho de Pasanius acababa en un muñón a la altura del codo, Uriel sabía que su camarada era igual de mortífero disparando con la mano izquierda. Él también iba armado, aunque lo que blandía era una espada de empuñadura dorada que antes había pertenecido al capitán

Idaeus, su mentor y antiguo comandante de la Cuarta compañía de los Ultramarines.

—No lo sé y no me importa —contestó Uriel, al tiempo que aspiraba con fuerza el aire fresco y los olores silvestres que llegaban procedentes de los bosques que cubrían las montañas de alrededor. Vio varias manadas de herbívoros pastando en las laderas, y la visión de algo tan poco amenazador le Lo una absurda sensación de tranquilidad—. Me alegro, simplemente con habernos librado de esa abominación.

—Sí, es verdad. Ahora sólo tenemos que averiguar dónde nos ha soltado. Yo no he pilotado en absoluto ese cacharro. ¿Y tú?

—Yo tampoco, pero no creo que el Daemonium Omphalos fuese pensado para ser dirigido por mortales como nosotros.

—De modo que podemos estar en cualquier sitio.

—Así es.

Uriel sentía tanta curiosidad como su amigo por saber dónde se encontraban. No tenía ni idea de por qué la máquina demoníaca había decidido acabar el viaje en aquel planeta, fuera el que fuese, pero todo el tiempo que había permanecido en el interior de la misma había estado visualizando Macragge y su planeta natal de Calth, deseando contra toda esperanza que pensar en sitios familiares serviría de algún modo para guiar a la poderosa máquina hacia ellos.

No había funcionado. Aquel planeta no se parecía ni le daba la sensación de ser uno de los que conocía. El cielo era de un color gris plomizo, y unas grandes nubes de aspecto amenazante rodeaban las cimas de las elevadas montañas que vigilaban la extraña ciudad abandonada en la que se encontraban.

Uriel le dio la espalda a las montañas para estudiar con mayor detenimiento el entorno más cercano a ellos, una amplia plaza con el suelo de losas de mármol llena de escombros y de hierbas. Los edificios que delimitaban la plaza habían quedado en ruinas por el paso del tiempo y por los inconfundibles y brutales efectos de la guerra. Los agujeros de proyectiles, las quemaduras de los disparos láser y de las llamaradas de

promethium marcaban casi cada centímetro de las piedras, y en el aire todavía flotaba la sensación fría que provocaba la muerte.

—Sigo sin saber dónde estamos —comentó Pasanius, mientras giraba sobre sí mismo para mirar a su alrededor—. Al menos, es un planeta imperial.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber Uriel.

—Mira —respondió Pasanius, señalando con un gesto del mentón el edificio que su capitán tenía a la espalda.

Uriel se dio la vuelta y vio un águila de bronce de dos cabezas que colgaba en un extraño ángulo de un edificio alto de piedra ennegrecida. Los nichos arqueados y las estatuas, aunque rotas y en un estado lamentable, mostraban a las claras que se trataba de un templo imperial. Los sinpiel se arremolinaron bajo el águila imperial con las cabezas echadas hacia atrás en un gesto de adoración al símbolo del Emperador.

—O al menos era un planeta imperial —añadió Pasanius—. Este lugar está muerto.

—Sí —confirmó Uriel—. Este lugar está muerto, pero ya encontraremos otros más.

—¿Estás seguro? Espero que tengas razón.

—Lo estoy. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

—¿Es otro de tus presentimientos? Entonces, que el Emperador nos proteja. Eso siempre es señal de que va a haber problemas.

—Bueno, estemos donde estemos, tiene que ser mejor que Medrengard.

—Eso no es muy difícil —le señaló—. No conozco muchos lugares que no sean mejores que un planeta del interior del Ojo del Terror.

Uriel admitió que así era, e intentó no acordarse de las factorías del tamaño de continentes de Medrengard, de sus fortalezas gigantescas, de las nubes de cenizas todavía calientes que abrasaban la garganta con cada inspiración y las viles criaturas muertas que flotaban en las corrientes cálidas de aire generadas por aquella industria infernal.

Habían soportado toda clase de horrores en Medrengard por cumplir su juramento de muerte, pero a pesar de todo lo que el planeta natal de los

Guerreros de Hierro había utilizado para acabar con ellos, habían logrado sobrevivir y escapar.

Pero ¿dónde estaban?

Uriel se vio interrumpido en sus cavilaciones cuando todos aquellos sinpiel que pudieron hacerlo se pusieron de rodillas delante de la iglesia del Emperador. Aquellos cuyos cuerpos eran demasiado deformes como para arrodillarse se limitaron a inclinar la cabeza. De las gargantas deformadas de aquellos seres surgió un gemido bajo y agudo. Uriel no fue capaz de imaginarse lo que aquellas pobres y desgraciadas criaturas estarían sintiendo.

La criatura de mayor tamaño pareció darse cuenta de que la estaban mirando y se volvió para dirigirse hacia él arrastrando los pies. Sus pasos eran pesados, y los enormes músculos de su cuerpo de superficie brillante se abombaron y contrajeron con cada una de las zancadas. A la criatura la acompañaba un olor animal penetrante. Era el señor de los sinpiel. Por su cuerpo de aspecto crudo y carmesí, como la carne sin cocinar, se deslizaban las gotas de lluvia convertidas en gotas de sangre.

Como siempre, el aspecto de la criatura le provocó una mezcla de sentimientos: horror, pena, rabia y un deseo protector para evitar que fueran tratados siguiendo el primer impulso que provocaba su aspecto, ya que el señor de los sinpiel era, en el sentido más estricto de la palabra, un monstruo.

De estatura más elevada que el propio Uriel, el cuerpo del señor de los sinpiel estaba hinchado de un modo grotesco, con una corpulencia superior incluso a la de un marine espacial. Antes, no mucho tiempo atrás, no había sido más que un niño, un prisionero capturado por los temibles Guerreros de Hierro, que lo habían llevado a Medrengard, donde la magia demoníaca y los procedimientos despiadados de los mortuarios bestiales lo habían convertido en aquel monstruo de pesadilla.

Las diabólicas criaturas cirujanas del herrero forjador Honsou habían intentado conseguir nuevos guerreros mediante la implantación de niños secuestrados en unas grotescas matrices demoníacas, para luego alimentar su anatomía en desarrollo con una mezcla de material genético obtenido a

partir de la semilla genética de Guerreros de Hierro muertos y de astartes capturados.

El proceso era una alquimia imprecisa e impredecible en el mejor de los casos, por lo que daba como resultado muchos más fracasos que aciertos, y aquellos fracasos mutantes y patéticos a los que se consideraba demasiado degenerados o alterados como para continuar en el proceso de transformación eran expulsados de los laboratorios infernales igual que si fuesen excrementos.

La mayor parte de aquellos seres deformes moría en los desiertos contaminados de Medrengard, pero algunos conseguían sobrevivir, y continuaban su existencia como monstruos sin piel empujados al abismo de la locura y de la desesperación más profundas por el horror de su misma existencia.

Uriel y Pasanius habían visto por primera vez a los sinpiel, que era el nombre que les habían puesto los otros habitantes de Medrengard, cuando mataron a todos los prisioneros deformados de un campamento de carne de los Guerreros de Hierro. Había quedado horrorizado por su salvajismo, pero más tarde se dio cuenta de que eran tan víctimas de los Guerreros de Hierro como cualquiera de las almas perdidas cuyos cuerpos habían sido torturados más allá de lo soportable en aquellos campamentos.

Cuando Uriel se percató de la verdadera naturaleza de la existencia de los sinpiel, se sintió angustiado y lleno de compasión por aquellos enormes monstruos, ya que eran unas criaturas de carne y hueso que albergaban en su interior la esencia de los heroicos marines espaciales.

Todos mostraban unas características físicas que recordaban de un modo grotesco a disfraces de carnaval, ya que incluso llevaban grandes parches de piel muerta sobre sus deformidades en un intento de ocultar los músculos malformados. Una de las criaturas llevaba siempre abiertas las mandíbulas a causa de unos gigantescos colmillos que parecían huesos partidos. Otra cargaba con el cuerpo reseco, pero todavía vivo, de su mellizo unido a su torso, y otro mostraba una estructura esquelética tan deformada que ya no se parecía a nada remotamente humano y se movía de un modo diferente a cualquier ser, animal o no.

—¿El mundo del Emperador? —le preguntó el señor de los sinpiel. Le costó que su lengua correosa formara las palabras, apoyándose en unos colmillos tan grandes y afilados.

Uriel asintió, sin que se le escapara el dolor que mostraba la mirada del monstruo.

—Sí, así es. Bueno, es uno de ellos, al menos.

—¿Más mundos como éste?

—Sí, millones —le confirmó Uriel. Vio la confusión que apareció en el rostro del señor de los sinpiel y se dio cuenta de que lo más probable era que no comprendiera un número tan elevado—. Existen muchos mundos como éste —le explicó, al mismo tiempo que señalaba a los centenares de estrellas que empezaban a brillar en el cielo cada vez más oscuro—. Cada una de esas luces es un planeta como éste.

Uriel sabía que eso no era cierto del todo, pero cuando el señor de los sinpiel alzó la mirada, vio que en su rostro se dibujaba lentamente una sonrisa.

—Cielo negro.

—Sí —respondió Uriel, sonriendo a su vez. Se dio cuenta en ese momento de lo mucho que había echado de menos el ciclo natural diurno de un planeta habitable—. El cielo es negro, y por la mañana llegará de nuevo la luz.

—¿Cómo en el mundo de los hombres de hierro?

Uriel se estremeció al recordar el cielo muerto e inmutable de Medrengard y el sol negro que brillaba incesante sobre todo el paisaje.

—No, no se parece en nada al mundo de los hombres de hierro. Aquí el cielo es dorado y cálido. Ya lo verás.

—Bien. El mundo de los hombres de hierro es malo —le respondió el señor de los sinpiel—. Este mundo también huele mal. No tan mal como el mundo de los hombres de hierro, pero mal.

Uriel sintió curiosidad.

—¿Este mundo huele mal? ¿Qué quieres decir?

—Aquí ocurren cosas malas —le explicó el señor de los sinpiel mientras miraba a su alrededor con expresión cautelosa—. Aquí se ha

derramado sangre. Mucha sangre. No se ha borrado todavía. Hace que los sinpiel tengamos hambre.

Uriel intercambió una mirada con Pasanius, ya que ambos sabían lo peligrosa que podía ser el hambre de los sinpiel. Habían combatido junto a ellos en Medrengard por pura necesidad y por lo desesperado de las circunstancias, pero Uriel no tenía interés alguno en descubrir cuánto tiempo sobreviviría aquella extraña alianza frente al terrible apetito de los sinpiel. Alzó la mirada hacia las montañas, donde todavía era posible distinguir las manadas de animales herbívoros. El astartes señaló hacia allí.

—¿Ves a esas bestias en las laderas?

El señor de los sinpiel asintió, y Uriel recordó que su cuerpo, al menos en parte, tenía origen en la semilla genética de los marines espaciales, lo que incluía una agudeza visual superior a la humana normal.

—Podéis cazarlas. Es buena carne, pero sólo podéis comer esa carne. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—La carne humana es carne mala —le insistió Uriel—. No podéis comerla. El Emperador no quiere que sigáis comiendo carne humana.

—Lo entendemos. No comemos humanos.

—Si veis humanos a los que no conocéis, debéis esconderos. No dejéis que os vean —añadió Pasanius.

El señor de los sinpiel inclinó la enorme cabeza. Unos gruesos chorros de baba empezaron a caerle de entre los colmillos, y Uriel supo que ya estaba pensando en el sabor de la carne fresca y la sangre caliente. Sin decir nada más, la poderosa criatura se dio la vuelta y emitió una serie de órdenes guturales a los demás monstruos, que se pusieron en pie desde su posición de veneración al águila del templo y siguieron a su jefe cuando éste se dirigió hacia las montañas.

—¿Crees que estarán bien si los dejamos solos para que sobrevivan por sus propios medios? —le preguntó Pasanius a Uriel.

—No lo sé —admitió Uriel—. Pero eso espero. Que el Emperador me perdone.

Uriel y Pasanius los observaron hasta que desaparecieron de la vista engullidos por la oscuridad de la ciudad muerta.

—Y ahora, ¿qué? —quiso saber Pasanius.

Uriel se volvió hacia su sargento.

—Ahora vamos a tener una charla.



DOS

La noche cayó sobre la ciudad muerta mientras Uriel y Pasanius buscaban un refugio donde protegerse de la lluvia y del viento cortante. Pasanius todavía llevaba puesta su armadura azul, aunque cortada a la altura del codo. Uriel tenía la mayor parte del cuerpo expuesta a la intemperie, ya que los mortuarios bestiales le habían arrancado bastantes piezas de la parte superior de la armadura mientras lo interrogaban. Aunque quedaban algunas piezas del torso, la armadura era ya, básicamente, inútil.

No disponía de energía motriz para activar los músculos artificiales que potenciaban la fuerza natural de su portador, por lo que pesaba y era incómoda, de modo que más que ayudar, estorbaba. Ambos marines espaciales dirigieron sin ni siquiera pensarlo hacia el templo imperial. De todos los edificios de la plaza era el que se encontraba en mejor estado y, por lo tanto, de más fácil defensa.

La ciudad daba la impresión de estar muerta y abandonada, pero no tenía dar algo así por sentado. Podrían explorar mejor la ciudad en cuanto amaneciera, pero en esos momentos la prioridad para Uriel era encontrar sitio donde descansar y mantenerse oculto.

Las puertas yacían en el suelo, retorcidas y fundidas en parte. Uriel reconoció las estrías de impacto características de un arma de fusión.

—Alguien se refugió en este edificio —comentó Pasanius, siguiendo la da de Uriel.

—Eso parece —admitió.

—¿Para qué lo harían?

—Si fueras un ciudadano de este lugar y te estuvieran atacando, ¿en qué otro sitio mejor te refugiarías?

—No me refugiaría en ningún sitio. Lucharía, no me escondería mientras otros luchan por mí.

Uriel no respondió nada ante aquella declaración simple pero comprensible. Captó en el tono de voz de Pasanius la misma falta de empatía respecto a los miedos de los mortales que había oído en tantos otros astartes. Ser elevado a una posición tan privilegiada por encima de las personas normales conllevaba el riesgo de caer en la arrogancia, y aunque

había notado ese egocentrismo en muchos otros marines espaciales, jamás creyó que lo oiría de boca de Pasanius.

En el vestíbulo del templo hacía frío, un helor que calaba a Uriel más allá de la sensación que le asaltaba la piel. Había entrado en muchos templos a lo largo de su vida, desde lugares magníficos a otros más humildes, pero incluso en el más insignificante de ellos había notado un atisbo de la divinidad en su arquitectura y en su sentido de la proporción. Sin embargo, en aquel edificio no había nada de eso.

Lo que notaba era una sensación de vacío.

Uriel echó a un lado los restos de las puertas que llevaban a la nave central. El eco de sus pasos resonó de vuelta como el de un gemelo que lo estuviera siguiendo. El aire estaba lleno de motas de polvo, pero su capacidad visual no tuvo problema alguno en atravesar la penumbra del interior del templo a medida que se adentraba en el lugar. Por encima de ellos se alzaba un techo abovedado con arcos y a cada lado de la nave central se elevaban sendas hileras de columnas de piedra que llegaban hasta el altar derribado.

Sobre las losas yacían amontonados estandartes que apestaban a moho, y las bancadas de madera destrozadas llenaban el espacio situado entre la entrada y el altar. Las paredes eran de sillares decorados, y los últimos rayos de luz del día iluminaban miles de trozos de papel pegados en cada centímetro de piedra.

Uriel se dirigió, intrigado, hacia aquella imagen insólita. Las ráfagas de viento que entraron por los huecos de las ventanas rotas agitaron los papeles, y tuvo la impresión de que la pared se estremecía de impaciencia. Los papeles eran viejos y tenían la letra desvaída. Muchos de ellos se habían podrido hasta acabar cayendo al suelo, donde formaron montoncitos, igual que si fueran copos de nieve. Uriel vio que los que quedaban eran una mezcla de plegarias por los muertos, trozos de poemas o simples litografias de hombres, mujeres y niños sonrientes.

—¿Qué es todo esto? —inquirió Pasanius.

Su voz resonó con fuerza en la quietud del templo mientras caminaba a lo largo de la pared y observaba las tristes imágenes y textos.

—Memoriales —le aclaró Uriel—. Son plegarias por los seres amados que han muerto.

—Pero hay tantos… Miles. ¿Murieron todos a la vez?

—No lo sé. Eso parece.

—Por la sangre del Emperador —musitó Pasanius—. ¿Qué es lo que ha pasado en este lugar?

Uriel sintió un soplo frío en la nuca.

Tú estabas allí

Se volvió en redondo y se llevó una mano a la empuñadura de la espada.

—¿Qué pasa? —le preguntó Pasanius cuando oyó el siseo del arma de Uriel al cortar el aire.

—Nada —contestó Uriel, tranquilizándose al ver que no existía amenaza alguna a su alrededor.

Pasanius y él eran los únicos ocupantes del edificio, pero durante un breve instante Uriel hubiera jurado que había alguien detrás de él. La negra profundidad del templo no albergaba intruso alguno, y sin embargo…

Los instintos guerreros de Uriel se habían agudizado gracias al millar de campos de batalla en los que había estado, y no se habría mantenido con vida durante tanto tiempo si no hubiera desarrollado un tremendo sentido que lo advertía de un posible peligro. Aunque no veía ni oía nada dentro del templo, tenía la impresión de que no estaban solos.

—¿Has visto algo? —le preguntó Pasanius mientras colocaba el bólter entre las rodillas y lo amartillaba.

El chasquido del mecanismo fue desagradable, y ambos guerreros sintieron un profundo disgusto ante aquel sonido. Pasanius había cogido el arma en uno de los campos de batalla de Medrengard, y antaño había pertenecido a uno de los Guerreros de Hierro. Uriel se dio cuenta de que aunque Pasanius empuñaba el bólter con fuerza, se mostraba reacio a utilizar un arma del enemigo.

—No. Sentí algo.

—¿El qué?

—No estoy seguro, pero tuve la sensación de que había alguien justo a mi espalda.

Jasanius paseó la mirada por el interior del templo, pero bajó el arma al no encontrar objetivos contra los que apuntar. Uriel captó la expresión de alivio que apareció en su rostro, y la sensación de que había alguien más en el edificio desapareció.

—Aquí no hay nadie aparte de nosotros —comentó Pasanius, mientras avanzaba a lo largo de la pared en dirección al altar, aunque mantuvo empuñado el bólter—. Quizá estás todavía un poco nervioso e intranquilo después de lo de Medrengard.

—Quizá —respondió Uriel, y siguió a Pasanius, pasando al lado de las filas de rostros sonrientes, de las ofrendas votivas y de las tiras de papel con plegarias.

Eran tantos los muertos que se recordaban en aquellas paredes… Pasanius tenía razón. Eran miles, y Uriel pensó que la escena era insoportablemente triste. La pared opuesta también estaba cubierta de memoriales, y en la base de cada columna se apilaban grandes montones de papeles caídos.

Llegaron al altar y Uriel envainó la espada.

—Deberíamos revisar estos papeles —comentó Uriel al mismo tiempo que ponía en pie el altar derribado. Luego comenzó a desprenderse de las pocas piezas rotas de armadura que aún le cubrían el torso. No eran muchas —. Es posible que nos proporcionen una pista sobre dónde nos encontramos.

—Supongo —respondió Pasanius antes de dejar el bólter en el suelo y alejarlo con el pie.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber Uriel, y dejó sobre el altar el trozo de armadura que era todo lo que quedaba de la placa pectoral—. Ya estamos de camino a nuestro hogar.

—Lo sé, pero…

—¿Pero?

—Piénsalo bien, Uriel. Hemos estado dentro del Ojo del Terror. Nadie que haya vuelto de allí lo ha hecho sin cambios. ¿Cómo sabemos si nos aceptarán en Macragge? Lo más seguro es que nos maten en cuanto nos pongan la vista encima.

—No, no lo harán —lo rebatió Uriel—. Hemos cumplido nuestro juramento de muerte. Fueron Tigurius y Calgar quienes nos enviaron allí, y se sentirán orgullosos de lo que hicimos.

—¿Eso crees? —Pasanius hizo un movimiento de negación con la cabeza—. Luchamos aliados con marines espaciales renegados. Hicimos un pacto con mutantes caníbales y liberamos a una criatura demoníaca. ¿Tú crees que Tigurius se tomará todo eso a la ligera?

Uriel dejó escapar un suspiro. La verdad era que sí, que había pensado en todo aquello, pero en lo más profundo de su corazón sabía que había tomado cada una de aquellas decisiones con la mejor intención y por el motivo adecuado.

Seguro que los señores del capítulo serían capaces de verlo.

¿O no?

Precisamente había sido el incumplimiento voluntario del Codex Astartes de Roboute Guilliman lo que le había valido la expulsión de Ultramar. El primarca de los Ultramarines había escrito el Codex Astartes diez mil años antes, y en aquella obra se encontraban los principios organizativos precisos bajo los cuales las poderosas legiones de la Gran Cruzada pasaron a convenirse en los capítulos de los marines espaciales.

En ese códice se describían desde cómo debían ser las insignias de los uniformes hasta el orden de un desfile, pasando por el modo exacto en que los guerreros debían desplegarse para el combate, y ningún capítulo seguía sus enseñanzas más al pie de la letra que los Ultramarines.

Cumplir todos los principios establecidos por el primarca era considerado el máximo ideal para cada uno de ellos, por lo que fue inaceptable que uno de sus capitanes infringiera sus normas. Uriel había aceptado el castigo, pero que también condenaran a Pasanius por su causa se había convertido en un aguijón de culpa que llevó en el corazón todo el tiempo que estuvieron en Medrengard.

Uriel había dudado a menudo de su condición heroica mientras luchaba por sobrevivir en aquel mundo infernal, pero tras la destrucción de la fortaleza de Honsou y la aniquilación de las criaturas demoníacas que daban luz a los sinpiel, había llegado a la conclusión de que no eran más que

instrumentos de la voluntad del Emperador. Y había llegado el momento de que cumplido ya el juramento de muerte, volvieran a su hogar.

¿Cómo podía estar mal algo así?

—Hemos llevado a cabo todo aquello que nos ordenaron hacer, y más. Tigurius se dará cuenta de que no existe mancillamiento alguno en nosotros por parte de los Poderes Siniestros.

—¿Y qué hay de esto? —le replicó mientras alzaba lo que le quedaba del brazo amputado—. ¿Qué pasa si queda dentro de mí algún resto oculto del Portador de la Noche?

—No queda nada —lo tranquilizó Uriel—. Honsou te lo quitó todo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso?

—Yo no puedo, pero en cuanto regresemos a la Fortaleza de Hera, los apotecarios lo sabrán con seguridad.

—Será entonces cuando reciba mi castigo.

—Quizá —admitió Uriel—. Has mantenido oculta una infección alienígena y no has informado a tus superiores, pero sea lo que sea lo que decidan los señores del capítulo, no tardarás mucho en reincorporarte a la Cuarta compañía.

—Me preguntó cómo le irá a la compañía.

—Learchus me prometió que cuidaría de los guerreros de la compañía en nuestra ausencia. Estoy seguro de que nos hará sentir orgullosos.

—Sí, es cierto. Es un sargento tan estricto y ordenancista como se puede esperar de alguien como él. Es un poco tieso, pero mantendrá unidos a los hombres.

—Los pocos que hayan quedado después de lo de Tarsis Ultra —musitó Uriel al recordar la tremenda carnicería que había provocado tantas muertes en la Cuarta compañía mientras defendían aquel mundo imperial de una invasión tiránida.

—Fue duro, hay que reconocerlo —comentó Pasanius mientras Uriel colocaba la última de las piezas rotas de la armadura sobre el altar.

El torso del capitán quedó cubierto tan sólo con una camiseta ajustada de un color verde caqui ya desgastado. El resistente tejido estaba agujereado allá donde las clavijas de conexión del interior de la armadura

coincidían con las ranuras de intercambio de información correspondiente de su cuerpo.

—Estoy seguro de que Learchus habrá realizado un proceso de selección exhaustivo entre los miembros más prometedores de la Auxilia Exploratoria antes de ascender a más candidatos. Seguro que a estas alturas la Cuarta ya dispone de todos sus efectivos.

—Eso espero. La idea de que los Ultramarines no dispongan de la Cuarta me provoca inquietud.

—A mí también, pero si tienes razón en lo de que pronto estaremos de vuelta, ¿crees que volverán a asignarnos a ella?

Uriel se encogió de hombros.

—Eso no depende de mí. Será el señor del capítulo Calgar quien lo decida.

—Si sabe lo que le conviene al capítulo, te pondrá al mando de la compañía en cuanto volvamos.

—Él sabe muy bien lo que le conviene al capítulo —le aseguró Uriel.

—Sé que lo sabe, pero no puedo evitar sentirme intranquilo. Me refiero a que no sabemos cuánto tiempo llevamos fuera. No tenemos manera de saber si han pasado cientos o miles de años desde que nos fuimos. Además, este lugar.

—¿Qué le pasa?

—El señor de los sinpiel tiene razón. Algo muy malo ocurrió en esta ciudad. Puedo sentirlo.

Uriel no dijo nada, porque también él era capaz de sentir algo en el aire, una corriente sutil, la sensación de que flotaba la impronta de la terrible calamidad que había azotado a la ciudad, de que no sólo la habían abandonado.

—Y además, hay otra cosa —dijo de repente Pasanius—. En nombre del primarca, ¿qué esperas conseguir con esos monstruos?

—No son monstruos. Por sus venas corre la sangre de los astartes.

—Es posible, pero parecen monstruos, y no me imagino a nadie con un arma en la mano que no estuviese dispuesto a dispararles en cuanto los viera. Deberíamos haberlos dejado en Medrengard. Lo sabes, ¿verdad?

—No podía hacerlo —replicó Uriel mientras se sentaba al lado de Pasanius—. Ya viste cómo vivían. Puede que parezcan monstruos, pero aman al Emperador, y lo único que piden a cambio es su amor. No podía abandonarlos allí. Tengo que intentar.., no sé…, demostrarles que la vida es algo más que dolor.

—Pues buena suerte con eso —contestó Pasanius con acidez.

La luna ya se había alzado en el cielo y en el interior del templo relucían estanques de luz blanca centelleante para cuando volvieron los sinpiel. Uriel se había negado a utilizar los memoriales como combustible, así que alimentaron la hoguera con madera de los bancos destrozados que colocaron dentro de un brasero de hierro que encontraron en la parte trasera del templo.

Los sinpiel volvieron a la iglesia con los cadáveres de tres de los herbívoros de montaña. Los cuerpos de las bestias estaban desgarrados y ensangrentados, y mostraba las señales de garras y colmillos. Las bestias estaban cubiertas por una capa de pelo grueso y tenían cabezas bovinas aunque rematadas por un largo morro de pellejo correoso. Las patas eran esbeltas y con una musculatura poderosa, por lo que Uriel se imaginó que debían de ser muy veloces.

—Ellos ya han comido —comentó Pasanius al ver las bocas ensangrentadas de los sinpiel.

—Eso parece —respondió Uriel mientras el señor de los sinpiel arrastraba la pieza de caza más grande hasta el altar, donde la dejó delante de él.

—Comimos carne en la montaña —le comunicó el señor de los sinpiel —. Esta carne para vosotros.

La enorme criatura no esperó a que le respondiesen y se dio la vuelta con la mirada apagada y sin vida. Uriel sintió curiosidad por saber qué le ocurría, así que alargó la mano y la colocó sobre el brazo del señor de los sinpiel.

Apenas le tocó la extremidad cuando el monstruo la apartó de golpe volviéndose hacia él a la vez que dejaba escapar un siseo de dolor. Uriel se

encogió ante lo repentino de la reacción y la ferocidad que vio en los ojos del señor de los sinpiel.

—No tocarme —le advirtió sibilante la criatura—. Dolor. Este mundo nos duele.

—¿Os duele? ¿A qué te refieres?

El señor de los sinpiel se quedó callado un momento, pensativo, como si estuviera esforzándose por ordenar las ideas.

—El aire es diferente. Nos sentimos diferentes, débiles. El cuerpo no es igual que antes.

Uriel asintió, aunque en realidad no tenía ni idea del motivo por el que los sinpiel se sentían diferentes en aquel mundo en concreto.

—Procurad descansar —le recomendó Uriel—. Cuando salga el sol, exploraremos con mayor detenimiento el terreno y decidiremos qué hacer. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —asintió el señor de los sinpiel—. ¿El Emperador está contento con nosotros?

—Sí, lo está. Os encontráis en un lugar consagrado a él.

—¿Consagrado?

—Que le pertenece —le explicó Uriel—. Como el sitio donde vivías antes.

—¿Ésta es casa del Emperador?

—Sí, lo es.

—Entonces nos quedamos aquí. El Emperador cuidará de nosotros —dijo finalmente el señor de los sinpiel, y a Uriel aquella idea le pareció curiosamente conmovedora. Quizá aquellas criaturas fuesen aberraciones genéticas, pero creían en la divinidad del Emperador con una fe sencilla, infantil.

El señor de los sinpiel se alejó con pasos pesados para reunirse con sus compañeros. Uriel se volvió hacia el altar, donde Pasanius estaba cortando trozos de carne de la pieza de caza que les habían proporcionado para asarla sobre el fuego. Por supuesto, los marines espaciales podían comerse la carne cruda sin mayor problema para así conseguir mayores beneficios

nutritivos, pero después de todas las privaciones que habían sufrido en Medrengard, a los guerreros les apetecía algo de comida caliente.

Uriel se quedó mirando a los sinpiel mientras se sentaban a descansar a lo largo de las paredes para contemplar fascinados los trozos de pergamino que colgaban de ellas. Pasanius le entregó un trozo de carne ensartado en un palo y colocó el suyo sobre el fuego.

—Es fácil olvidarlo —musitó.

—¿El qué?

—Que en realidad son niños.

—¿Los sinpiel?

—Sí. Piénsalo bien. No eran más que unos críos cuando los secuestraron y los mortuanios bestiales los transformaron en esas bestias horribles, pero siguen siendo niños en lo más profundo de su ser. A mí me colocaron dentro de una de esas matrices demoníacas. Yo sé lo que intentó hacerme, pero hacerle eso a un niño… imagínate que recuperas el conocimiento y descubres que te han transformado en un monstruo.

—¿Crees que alguno de ellos recuerda su antigua vida?

—No lo sé. En cierto modo, espero que no sea así. Sería demasiado horrible recordar lo que han perdido, pero también creo que sólo los fragmentos de lo que fueron antaño impide que se conviertan de verdad en monstruos.

—Entonces, esperemos que recuperen más recuerdos ahora que estamos lejos de Medrengard.

—Es posible —confirmó Uriel mientras le daba la vuelta a la carne sobre el fuego—. Sé que parecen monstruos, pero lo que les ocurrió no es culpa suya. Se merecen algo más que ser perseguidos y exterminados porque no son como nosotros. Es posible que no podamos salvar sus cuerpos, pero podemos salvar sus almas.

—¿Cómo?

—Si los tratamos como seres humanos.

—Pues espero que te dé tiempo a hablar con la gente antes de que los vean.

—Eso tengo pensado hacer, pero vayamos paso por paso.

—Y hablando de eso… —empezó a responder Pasanius, pero antes retiró la carne del fuego y probó un bocado—. Vaya, sí que sabe bien. Bueno, ¿qué vamos a hacer mañana?

Uriel también apartó su trozo del fuego y tomó un bocado. El olor de la carne era embriagador, y su sabor, sublime, sobre todo después de pasar tanto tiempo alimentándose con paquetes de raciones y pastas de nutrientes reciclados. La carne estaba dura, pero era deliciosa. Le cayó un poco de jugo tibio por la barbilla, y tuvo que contenerse para no devorarla toda sin ni siquiera detenerse a respirar. Siguió hablando entre bocados.

—Mañana exploraremos la ciudad, nos haremos una idea general de su trazado general y luego deduciremos dónde podríamos encontrar otro asentamiento.

—Y luego, ¿qué?

—Luego nos presentaremos ante las autoridades imperiales que nos encontremos y nos pondremos en contacto con el capítulo.

—¿Crees que será tan fácil?

—Lo será, o no. Supongo que mañana lo descubriremos, pero ahora mismo necesitamos descansar un poco. Me duelen todos los huesos del cuerpo, y quiero tener una noche de descanso de verdad antes de ponerme a hacer cualquier cosa.

—A mí me parece bien. Cada vez que cerraba los ojos en esa maldita máquina demoníaca veía ríos de sangre y cuerpos despellejados.

Uriel asintió. Recordaba muy bien las pesadillas que lo habían acechado detrás de los párpados en cada ocasión que había intentado descansar en el interior del Daemonium Omphalos. No había visto horrores semejantes, ni creía que existiesen cosas tan terribles, desde que se había enfrentado al Portador de la Noche.

Tanto ellos como los sinpiel se habían visto acosados por aquellos sueños sangrientos durante todo el tiempo que habían pasado dentro del demonio, que no sabían cuánto había sido. Uriel sabía que había estado a punto perder el juicio, porque, ¿quién podría sufrir la visita de todas aquellas pesadillas cada noche sin enloquecer?

De todas las visiones de pesadilla sobre muerte y derramamiento de sangre que acosaban a Mesira Bardhyl, era la del doliente la que más temía. Nunca llegaba a verle la cara, tan sólo oía sus lamentos, pero la intensidad del sufrimiento y de la agonía que albergaban aquellos sonidos era inconmensurable.

Parecía imposible que alguien fuera capaz de conocer tanto dolor y sufrimiento y seguir vivo, pero la silueta del doliente, recortada con claridad contra las losas blancas de cerámica de la estancia vacía, era sin duda la de una persona.

Las lágrimas comenzaron a correrle de nuevo por las mejillas ante la aparición del doliente. Una parte del dolor del desconocido pasó a ella cuando sus pies sin voluntad la llevaron hacia el camastro de hierro sobre el que él estaba sentado, y que era la única pieza de mobiliario de toda la estancia.

Ella sabía que estaba soñando, pero ese conocimiento no disminuía el horror que la embargaba.

A pesar de las hojas de khat que había mezclado con la media botella de raquir que se había bebido antes de meterse a regañadientes en la cama, la pesadilla del doliente la había encontrado.

Se acercó paso a paso al doliente mientras veía como los fuertes sollozos hacía que se le estremecieran los hombros. Cuando Mesira estuvo más cerca, noto que la pena del individuo se transformaba en ira, y aunque deseó con todas sus fuerzas que su mano se estuviera quieta, no pudo evitar acercarla a él.

Cuando le tocó el hombro, el hedor a carne quemada le inundó el olfato unas imágenes horribles detrás de sus propios ojos,, de edificios en llamas, de gente que gritaba en mitad de una tormenta de fuego tan intensa que movía y se agitaba igual que si fuera un ser vivo.

—No —susurró—. Otra vez no.

El doliente dejó de llorar, como si acabara de darse cuenta de su presencia.

Sin previo aviso, las llamas le envolvieron todo el cuerpo cubriéndole la cabeza y las extremidades con un brillo incandescente.

—Tú estabas allí —le dijo el doliente sin mostrarse afectado por el fuego que lo devoraba.

—¡No! —gritó Mesira al mismo tiempo que se alejaba del calor abrasador.

—Tú estabas allí —le repitió el doliente con voz acusadora mientras las llamas le corrían por todo el cuerpo. En pocos instantes, su piel se volvió completamente negra y el olor a carne quemada le provocó arcadas—. Los muertos os vigilan, y seréis castigados.

—Por favor, ¿por qué yo?

—Tú estabas allí —le contestó el doliente, como sí eso lo explicara todo —. Tú estabas allí.

—Yo no hice nada. No fui yo —respondió Mesira con un gimoteo.

—Tú estabas allí.

—Yo no…

—Tú estabas allí —insistió el doliente mientras se volvía hacia ella—. Y lo pagarás. Todos lo pagaréis.

Mesira Bardhyl se levantó de un salto de la cama aullando de terror y dando tirones a las sábanas para librarse de ellas. Cayó al suelo, donde siguió manoteando y pataleando igual que una demente. Luego, llorando, se encogió en posición fetal con las palmas de las manos sobre las orejas y arañándose con las uñas el cuero cabelludo.

Luego se mordió la palma de una de las manos para ahogar los gritos que salían de su boca mientras se mecía de un lado a otro.

Tenía los párpados tan apretados que le hizo falta toda su fuerza de voluntad para abrirlos.

La estancia apenas estaba iluminada por el débil brillo de los globos luminosos, colocados sin orden en la calle, que se colaba a través de las delgadas cortinas que cubrían la ventana. El lavabo de acero y el retrete gorgoteaban desde detrás de una pantalla de privacidad. Sobre la mesa situada en el centro de la estancia descansaban varias pilas de hojas de papel.

Mesira se quedó en el suelo hasta que recuperó el aliento y respiró con normalidad y el corazón dejó de latirle de forma frenética. Después se puso en pie apoyándose en el borde de la mesa para compensar el temblor de las piernas. En realidad, le temblaba todo el cuerpo. Se agachó para recoger una de las sábanas del suelo y cubrirse el cuerpo flaco y agotado.

Todavía tenía fresca en la mente aquella visión. Se secó las lágrimas de la cara mientras se acercaba a la mesa para servirse un gran trago de raquir. Por toda la mesa había papeles sueltos, incluido un informe a medio terminar redactado para Verena Kain en el que se detallaban las lecturas empáticas que había captado durante una reunión entre el gobernador Barbaden y los jefes de la comunidad. Era un fallo de seguridad tenerlos a la vista de ese modo, pero se había marchado del palacio imperial a primera hora de la mañana, ya que no tenía ganas de permanecer más tiempo del necesario en presencia de Barbaden.

Los sonidos de la ciudad se colaban a través de la ventana: el traqueteo de los tranvías desvencijados, el escándalo chillón de los borrachos al salir de los bares o el retumbar ocasional de una blasfemia. Captó los sentimientos y las emociones que flotaban en el aire detrás de aquellos sonidos, pero mantuvo todo aquello fuera de su mente abotargando sus poderes mediante otro trago de raquir.

Se volvió a servir otro vaso, a sabiendas de que no conseguiría dormir más esa noche, y sin ganas de cerrar los ojos de nuevo después de los horrores que le había mostrado el doliente.

En el sueño, se había vuelto hacia ella y le había mostrado el rostro: la carne le caía derretida del cráneo ennegrecido a medida que el calor de las llamas rugía cada vez con más intensidad. Quiso apartar la mirada. Supo con una certeza absoluta que contemplar aquel rostro la arrastraría hacia la locura, ero su cabeza se negó a volverse, y cuando vio los ojos del doliente, fríos y blancos como los del corazón de una estrella muerta, comprendió que había presenciado horrores que iban mucho más allá de los que había contemplado en el Campo de la Muerte.

Vio vagones cargados de cadáveres que se bamboleaban en su interior y marchaban traqueteantes arrastrados por una locomotora demoníaca que

escupía sangre y se desplazaba sobre raíles de hueso. Vio bosques enteros de niños clavados en ganchos colgantes de matadero. Planetas enteros habían sido arrasados bajo una marea de demonios aullantes, y varias galaxias se habían apagado bajo el poder que vertía en este universo la geometría enloquecedora de aquella máquina monstruosa.

Vio almas muertas que se retorcían en el interior de su horripilante estructura demoníaca, y sintió la tremenda energía de disformidad que la rodeaba, un torrente de poder que saturaba el aire, la tierra y el agua de Salinas con su sola presencia. Fuera lo que fuese aquella máquina terrorífica, había presenciado innumerables matanzas y llevaba consigue el horrible recuerdo de cada gota de sangre que había derramado a lo largo de su vil existencia.

Lo había visto todo: cada alma arrancada de su cuerpo, cada crimen cometido contra los inocentes y cada horror vil e inimaginable que había desatado entre los seres vivos.

Vio con la misma claridad que si hubiese estado allí cómo la poderosa locomotora demoníaca aparecía ante el templo que se alzaba en la plaza principal de Khaturian. El águila de bronce de su frontón se había inclinado por el punto donde las bombas habían debilitado la mampostería. Era el mismo edificio que las Águilas Aullantes habían atacado con cañones de fusión y luego habían asaltado disparando los rifles y blandiendo las espadas.

Mesira cerró los ojos en un intento por bloquear el recuerdo de los gritos, el eco de las descargas de los rifles y el incesante y horrible siseo de los lanzallamas. Se apartó de la mesa y se quedó de pie delante de la ventana, contemplando las calles adoquinadas de Barbadus y las pocas personas que se atrevían a pasar por debajo de su ventana. Caminaban sin levantar la vista, ya que de todos era sabido que la psíquica personal de Barbaden vivía allí, y nadie quería atraer su mirada malvada.

Notó que la ira la invadía, y dejó que sus poderes se extendieran hasta captar el toque fantasmal de las mentes que llenaban las viviendas miserables y los alojamientos improvisados creados a partir de los restos de

todo un regimiento de vehículos que los soldados de las Falcatas Achamán habían abandonado a los elementos.

Barbadus era una ciudad que se alzaba sobre los huesos de los desechos de un regimiento de la Guardia Imperial.

Una vez concluida la campaña para apagar la rebelión en el sistema estelar, a los Falcaras se le había concedido como premio el planeta Salinas, y al regimiento se le había permitido conservar el grueso de los vehículos armados, ya que además no disponían de transportes estelares suficientes para llevárselos del planeta. Sin embargo, al disponer de un número limitado de tecnosacerdotes e ingenieros, la mayoría de los vehículos se habían estropeado con rapidez y tan sólo un puñado de compañías fueron capaces de mantener en servicio sus tanques y vehículos de transporte.

Los que dejaron de funcionar fueron sencillamente abandonados, y los emprendedores ciudadanos de Barbadus no tardaron en hacerse con ellos. Las familias vivían dentro y alrededor de los vehículos, y crearon hogares a partir de lo que antes habían sido instrumentos de combate.

Un tanque de batalla del tipo Leman Russ era capaz de albergar una familia de cinco miembros en cuanto se le sacaba todo el equipo innecesario. Un Chimera podía alojar a muchas más personas. Muchos de los vehículos fueron canibalizados en busca de piezas de repuesto y planchas de metal. Barrios enteros de Barbadus se habían construido a partir de aquellos vehículos que se habían oxidado por completo, se habían averiado o habían fallado de cualquier otro modo.

Notaba el ardiente resentimiento que burbujeaba bajo la piel de prácticamente todos los habitantes de la ciudad. Era un resentimiento que Mesira consideraba muy comprensible, ya que la invasión de las Falcatas Achamán había sido brutal y sanguinaria.

El nuevo gobernador había llegado incluso a rebautizar su capital con su propio nombre.

«No es de extrañar que nos odien —pensó—. Yo también nos odio.»

Aunque normalmente sus habilidades empáticas se veían limitadas a captar las emociones humanas, esa noche Mesira sintió algo muy diferente, como si fuera capaz de notar la tremenda rabia del propio planeta. El aire

estaba cargado de algo, una sensación preñada de importancia y de una confluencia inminente que jamás antes había sentido y que la atemorizaba mucho.

Algo muy profundo había cambiado en Salinas, pero no era capaz de determinar qué con exactitud.

¿Eran las imágenes que había visto del doliente algo real, o se trataba de una alegoría?

No tenía mucha práctica en la interpretación de visiones, y se preguntó si los adivinadores astropáticos del gobernador Barbaden podrían sacar algún significado de lo que ella había visto.

En cuanto pensó en el antiguo coronel de las Falcatas Achamán, sintió un ve soplo de aire frío en la parte posterior de la cabeza.

Se estremeció y se volvió mientras se llevaba una mano a la nuca.

En la esquina más alejada de la estancia había una pequeña figura luminosa, una niña que tenía las manos extendidas hacia ella.

Tú estabas allí.

Aunque ansiaba el descanso, Uriel fue incapaz de dormirse. La sensación persistente de que no estaban solos seguía acosándolo en el fondo de la mente. Después de comerse su parte de la carne, tanto él como Pasanius se habían dedicado a explorar las estancias vacías de la iglesia, incluidas una sacristía en ruinas, algunos almacenes abandonados y unas cuantas capillas privadas en los brazos de crucero.

No habían encontrado nada extraño. Luego se dedicaron a patrullar el exterior de la iglesia. Pasaron por encima de trozos de pared derribada y cruzaron tramos de pavimento levantado en su exploración de la zona circundante. Al ser tan sólo dos, era imposible asegurar un perímetro tan amplio, pero no encontraron nada que les hiciera pensar que en la ciudad había nadie vivo aparte de ellos.

Pasanius se durmió sentado con la espalda contra la pared, y sus leves ronquidos hicieron sonreír a Uriel, ya que las preocupaciones que habían acosado a su amigo desde lo ocurrido en Pavonis parecieron desaparecer de

su rostro mientras dormía. También sabía que aunque tenía todo el aspecto de estar profundamente dormido, Pasanius era más que capaz de pasar de ese estado a estar completamente despierto en menos de un segundo.

Los sinpiel estaban tumbados formando un círculo, acurrucados igual que los animales de una manada, con el señor de los sinpiel en el centro del grupo. Sus respiraciones eran una cacofonía de gorgoteos jadeantes y ásperos y de silbidos que salían de las ranuras cartilaginosas que formaban sus bocas y narices.

Uriel se percató de que no iba a lograr dormirse, así que se puso en pie y deambuló por la nave de la iglesia deteniéndose de vez en cuando para examinar con atención uno de los papeles con plegarias o alguna de las imágenes que estaban pegadas a la pared. Le devolvieron la mirada los rostros sonrientes de hombres y mujeres, de jóvenes y de ancianos.

¿Qué era lo que le había ocurrido a todas aquellas personas, y quiénes habían colocado esos memoriales?

Bastantes de ellos mostraban la misma fecha, y aunque Uriel desconocía qué calendario seguían, era evidente que se trataba del mismo día. Fuera cual fuese el desastre que se había abatido sobre aquella gente, había ocurrido de golpe y al mismo tiempo para todos.

Uriel siguió avanzando por la nave, y no logró quitarse de encima la sensación de que, aunque no había nadie más en el lugar, como mínimo alguien o algo lo estaba observando. Mantuvo aferrada la empuñadura de la espada, y se sintió más tranquilo al notar el metal dorado y el legado de heroísmo que representaba el arma. El capitán Idaeus había forjado aquella espada antes de la campaña corintia, y la había empuñado con honor durante muchos años antes de entregársela a Uriel en Tracian, momentos antes de dirigirse hacia su muerte. Uriel había jurado honrar a la espada y a la memoria de su antiguo capitán, y el peso de esa promesa lo había conseguido mantener en el camino correcto a lo largo de todos aquellos meses de sufrimiento y de locura.

Uriel salió del templo. Su capacidad de visión se ajustó con rapidez a la luz ambiental, y la aprovechó hasta el punto de ser capaz de ver con tanta claridad como si fuera pleno día.

Aunque antes la ciudad había mostrado una atmósfera melancólica, de abandono, en esos momentos emanaba de ella una sensación de amenaza, como si alguna clase de resentimiento enterrado hubiera recibido permiso para deambular con total libertad en la oscuridad. Todos los sentidos le indicaban a Uriel que estaba solo, pero alguna clase de instinto indefinible le decía que en aquella ciudad había algo más de lo que se veía a simple vista.

El polvo se arremolinaba por la plaza como si unas pisadas invisibles lo removieran. El viento gemía al atravesar los marcos de las ventanas rotas y los huecos de las puertas abiertas. La luz de la luna se reflejaba en los trozos de cristal y de metal. A lo lejos, el repiqueteo de unos cuantos guijarros sonó igual que unas risas.

Uriel empezó a pasear sin rumbo fijo por la ciudad mientras tabaleaba con los dedos en la empuñadura dorada del arma.

Los edificios en ruinas abarrotaban las calles destrozadas, que estaban llenas de desechos de la población desaparecida: maletas, bolsas, cacerolas, mochilas y objetos similares. La parte analítica de su cerebro potenciado, la destinada a buscar pautas en el desorden aparente, se dio cuenta a medida que veía más objetos como aquellos que existía una evidente intención en su colocación.

No eran olvidos aleatorios de objetos abandonados por sus propietarios. Eran como memoriales silenciosos, dispuestos de un modo que parecieran estar esparcidos al azar, aunque en realidad los hubieran dejado con una intención deliberada. Había monedas colocadas de manera que formaran un dibujo idéntico, lazos atados a postes de refuerza ennegrecidos o cacerolas colocadas en grupos, como si estuvieran esperando que volvieran sus propietarios.

Le dio la impresión de que la gente que había colocado todo aquello no quería que otras personas supieran que a los muertos se los recordaba con pena.

No era más que otra pieza del rompecabezas, pero al no disponer de más información, Uriel no pudo sacarle mucho sentido. Las paredes de los edificios que tenía a cada lado estaban marcadas con los disparos de las

armas de pequeño calibre, aunque también vio aquí y allí el impacto inconfundible de los proyectiles de artillería y de otras armas pesadas. Por aquella ciudad había pasado un ejército disparando a discreción y matando todo lo que se encontraba con vida.

Las manchas de color marrón oxidado sólo podían ser restos de sangre. Uriel se detuvo al ver que la luz de la luna se reflejaba en una superficie blanquecina que parecía ser hueso. Se arrodilló al lado de un montículo de piedras redondas que habían dejado al descubierto un cráneo pequeño, de un tamaño poco mayor que el de un niño.

Alguien había colocado entre las piedras una pictografía ya desgastada, aunque estaba metida en una bolsa de plástico transparente que la protegía de los elementos. Uriel limpió la humedad y la suciedad que la cubrían y vio una muchacha joven de largo cabello rubio que llevaba puesto un vestido blanco y sencillo que le llegaba hasta las rodillas. Estaba de pie al lado de un individuo alto, probablemente su padre, ya que mostraba una expresión de orgullo. Posaban delante de un sencillo edificio de piedra, y a su espalda se veían un par de ventanas cerradas con sus correspondientes contraventanas.

Uriel le dio la vuelta a la pictografia. Alguien había escrito un nombre: Amelia Towsey.

—¿Cómo moriste? —se preguntó Uriel, y el eco de aquel susurro rebotó por las paredes igual que si hubiera gritado la pregunta.

Se sorprendió por el volumen y alzó la mirada. Al hacerlo, captó de refilón algo que había en el extremo de la calle: una niña con un vestido blanco.



TRES

Uriel parpadeó sorprendido, y la niña desapareció. Se desvaneció de la vista como si nunca hubiera existido.

Se puso en pie de inmediato y echó a correr hacia el lugar donde la había visto.

Al llegar al final de la calle miró a derecha y a izquierda y no vio indicio alguno de la niña. Empezó a preguntarse si la había visto de verdad. La imagen había sido tan fugaz que no estaba seguro de no haberla simplemente imaginado después de verla en la pictografia. Pero le había parecido tan real…

Justo cuando comenzaba a considerar todo aquello un producto de su imaginación, oyó delante de él un leve suspiro, apenas una exhalación, y vislumbró un destello blanco. Con movimientos precavidos, cada sentido alerta en busca de posibles peligros, Uriel desenvainó la espada y avanzó a lo largo de la calle en dirección al sonido. Los edificios que lo rodeaban estaban a oscuras y parecieron inclinarse sobre él.

Pasó junto a unos cuantos montículos de piedras más, pero no se detuvo a examinarlos, ya que el tono del sonido cambió y pasó de ser una respiración a un lamento, el de la pena inconsolable de un niño.

Uriel se detuvo cuando el sonido pareció alejarse, y se encontró delante de un edificio de piedra con dos ventanas cerradas. Las contraventanas colgaban de unas bisagras oxidadas. Una parte del edificio había quedado acribillada por los proyectiles y las explosiones, pero se trataba sin duda del mismo edificio de la imagen.

¿Lo habían conducido hasta allí?

La idea debería haberle inquietado como mínimo, pero no sintió preocupación alguna por aquel lugar.

Todos los sonidos se habían apagado, y hasta el viento había dejado de soplar. Uriel atravesó una de las paredes rotas y se adentró en el interior del edificio con la espada preparada. Pensó en la posibilidad de ir a buscar a Pasanius, pero no sintió amenaza alguna allí dentro, tan sólo una sensación de soledad dolorosa.

Los ojos de Uriel se ajustaron de nuevo al cambio de condiciones lumínicas y vio una habitación destrozada con los restos de los muebles

esparcidos por doquier. Una mesa y sus sillas correspondientes yacían hechas astillas, quemadas y ennegrecidas por el fuego. La estancia olía a humo, y Uriel pasó un dedo por la pared que tenía más cerca. Notó la capa de residuo que dejaba el promethium quemado.

Miró a su alrededor y vio los tristes restos de unas vidas arrasadas en un instante. En la pared del otro extremo se veían dos siluetas quemadas, con los brazos alzados en un gesto de horror, o en un intento final e inútil de protegerse de las llamas que las habían matado.

Se imaginó la estancia consumida por las llamas y el terror y la agonía de aquellos que se vieron atrapados allí mientras se quemaban. Tuvo la esperanza de que sus muertes hubieran sido rápidas. Los fragmentos de cerámica y de cristal crujían bajo sus pies. Se agachó para recoger algo metálico que destacaba entre las cenizas y los demás restos. Era un casquillo de bala, probablemente, por el calibre de rifle automático, con el sello estampado del águila imperial y un código de serie del Departamento Munitorum.

«¿Disparados en ataque o en defensa?», se preguntó Uriel.

Luego vio la silueta ennegrecida de un rifle automático en una esquina de la habitación. El cañón del arma se mantenía recto y plateado, aunque algo cubierto de óxido. ¿Cómo había logrado escapar de los efectos del calor infernal que había destruido el resto del lugar?

Recordó la colocación de las ofrendas votivas que había visto diseminadas por las calles y captó el significado de la disposición del arma. Siguió la dirección que indicaba el cañón del arma y se adentró en una habitación trasera.

Al igual que la estancia principal, aquella habitación estaba ennegrecida por el fuego. Las paredes se habían desconchado y en la superficie habían aparecido burbujas allí donde el calor no había sido lo suficientemente elevado como para quemarlas por completo. La habitación estaba vacía y a oscuras, y debió de ser un dormitorio a juzgar por la estructura oxidada de una cama que yacía en un rincón.

Uriel dio una vuelta completa por la estancia en busca de algo a lo que el rifle de la otra habitación hubiera podido estar señalando. Se sintió un

poco estúpido, y estaba a punto de marcharse cuando vio las palabras escritas en la pared.

Estaban tapadas parcialmente por el polvo, pero las palabras resultaban perfectamente visibles gracias a su capacidad ocular mejorada. Estaban ocultas, pero en realidad, a la vista de quien las estuviera buscando.

¡Los Hijos DE SALINAS SE ALZARÁN DE NUEVO!

Uriel frunció el entrecejo al leer aquello y se preguntó qué significaría. ¿Quiénes eran los Hijos de Salinas?

¿Una secta? ¿Un movimiento de resistencia? ¿Una facción proimperial? Fueran quienes fuesen, habían tenido buen cuidado de ocultar su llamada a la rebelión, y ese simple hecho hacía que Uriel ya sospechara de ellos. ¿Salinas era una persona o el nombre del planeta donde se encontraban? Se volvió en redondo cuando en la pared que tenía delante apareció una sombra. Unos pasos pesados y un olor húmedo a animal le indicaron quién lo había seguido, por lo que bajó la espada.

Regresó a la habitación principal de la casa, y en cuanto cruzó el umbral vio al señor de los sinpiel encorvado delante de la pared donde se encontraban las dos siluetas ennegrecidas. La criatura había bajado su enorme cabeza hasta pegarla a la pared para husmearla, y abrió los ojos de par en par al captar el origen del olor.

—¿Esta gente…? —preguntó el señor de los sinpiel.

—¿Qué ocurre con ellos?

—Este lugar… ¿Muchas familias?

—Sí —le confirmó Uriel—. Esto era una ciudad.

—¿Esta gente? —insistió el señor de los sinpiel.

—Vivían aquí.

—Murieron aquí.

Uriel asintió al mismo tiempo que envainaba la espada.

—Así es, pero no conozco el motivo.

—Este mundo parece mal, enfermo. No creo que nosotros felices aquí —susurró la enorme bestia—. Los hombres que mataron a esta gente… son hombres malos, como los hombres de hierro.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Uriel.

La gigantesca criatura se encogió de hombros, como si la respuesta fiera evidente. Luego se apartó de la pared y se dirigió hacia un puñado de juguetes que estaban esparcidos en una esquina de la habitación. El señor de los sinpiel se puso en cuclillas junto a ellos. Entre otros había una muñeca medio derretida con el vestido quemado y un puñado de bloques de construcción con las letras borradas por el calor.

En el rostro de la criatura comenzó a aparecer lo que podría haber sido una sonrisa, y Uriel sintió que una oleada de cariño hacia el señor de los sinpiel le embargaba el corazón. Se preguntó qué le habría deparado el futuro a aquel niño si no hubiera sido secuestrado por los Guerreros de Hierro.

—Los hombres malos querrán matarnos —dijo el señor de los sinpiel sin levantar la mirada.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Uriel, aunque temía que aquello fuese cierto.

—Sé que somos monstruos. Un hombre malo que mate familias nos tendrá miedo.

—No. No voy permitir que eso ocurra.

—¿Por qué?

—Porque creo que os merecéis la oportunidad de vivir.

—¿Crees que los sinpiel podemos vivir aquí?

—No lo sé —admitió Uriel—, pero ¿qué oportunidades de sobrevivir teníais en Medrengard? No sé nada de este planeta, ni cómo se llama ni dónde se encuentra, pero te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que aquí tengáis una vida mejor. Lo que os ocurrió fue algo… monstruoso, pero no os merecéis que os condenen por ello. Sólo tenéis que ser un poco más pacientes y quedaros escondidos hasta que encuentre el momento adecuado para hablarle a la gente de vosotros. ¿Podréis hacerlo?

—Los sinpiel se esconden muy bien. No nos verán si no queremos. Lo aprendimos en el mundo de los hombres de hierro.

—Entonces, quedaos aquí, y cuando llegue ese momento, Pasanius y yo vendremos a buscaros. Luego podréis disfrutar del sol en el rostro y no

tendréis que preocuparos más por los hombres de hierro.

—Una vida mejor —musitó el señor de los sinpiel—. ¿Lo prometes?

—Una vida mejor —prometió Uriel.

—¿Y el Emperador nos amará?

—Lo hará. Él ama a todos sus súbditos.

El señor de los sinpiel asintió y volvió su enorme cabeza hacia él. Un rostro tan horrible y retorcido era incapaz de ocultar engaño alguno, y Uriel sintió el tremendo peso de la responsabilidad por la fe que la criatura ponía en él. Le había prometido un futuro mejor, y tenía que cumplir esa promesa.

El señor de los sinpiel levantó de repente la cara hacia el cielo y los pliegues de piel que tenía sobre las mandíbulas retemblaron un instante.

—Vienen hombres —dijo de repente—. Hombres sobre máquinas.

La coronel Verena Kain contuvo el bostezo que estaba a punto de escapársele y se pasó la mano enguantada por los ojos mientras su cuerpo se balanceaba siguiendo con movimientos naturales las sacudidas del vehículo de transporte blindado Chimera en el que viajaba. Al estar sentada con medio cuerpo fiera en la escotilla del comandante disponía de un amplio campo de visión sobre el paisaje sumido en la penumbra previa al amanecer, mientras seguían el curso de un río en dirección a la ciudad en ruinas de Khaturian.

Distinguió la silueta irregular de la ciudad allí delante, recortada contra el fondo melancólico de las montañas. Era una visión desoladora en aquella hora tan temprana y tan poco apetecible del día. Seis Sentinel de exploración avanzaban con su característico paso bamboleante en vanguardia. Las máquinas bípedas estaban allí para asegurarse de que aquella operación estúpida iniciada por la advertencia de Mesira Bardhyl no se convirtiese en una emboscada de los Hijos de Salinas.

La psíquica flacucha había llegado al palacio en mitad de la noche exigiendo ver de inmediato al gobernador Barbaden, lo que demostraba su grado de estupidez. Insistía en que tenía algo muy importante que decirle, y una vez la llevaron ante la presencia del gobernador, comenzó a gimotear

tonterías sobre unos monstruos y sobre océanos de sangre que salían del Campo de la Muerte.

La bofetada que Kain le había propinado en plena cara había interrumpido esas divagaciones. La coronel sonrió al recordar la expresión de asombro que apareció en el rostro enjuto de la mujer. Mesira Bardhyl era la psíquica autorizada asignada a las Águilas Aullantes, pero también fue una de los cobardes que había escogido licenciarse del regimiento tras la desmovilización parcial de las Falcatas que se había producido después de la Restauración. Kain no soportaba aquellos arrebatos, y la oportunidad de poner en su sitio a Bardhyl era demasiado buena como para dejarla pasar.

Al tratarse de una psíquica, Bardhyl debería haber sido entregada al Comisariado después de la desmovilización, pero por alguna razón que sólo él conocía, Barbaden le había permitido abandonar el regimiento sin mayor problema. A Kain no se le ocurría explicación alguna para que el gobernador hubiera decidido hacer aquello, pero se esforzaba demasiado por no ahondar mucho en aquel asunto, ya que la mente fría y calculadora de Leto Barbaden era un instrumento letal que podía acabar con su carrera con la misma seguridad que su apoyo le había permitido ascender hasta el rango que él mismo había ostentado antaño.

Una vez Bardhyl se tranquilizó lo suficiente como para hablar sin necesidad de recurrir a hipérboles innecesarias, les contó que había sentido la aparición de un tremendo foco de energía de disformidad en la ciudad destrozada de Khaturian. Barbaden había consultado con los janiceps y se lo habían confirmado, por lo que le ordenó a Kain que tomara el mando de un destacamento y se dirigiera al Campo de la Muerte para investigar.

Detrás del vehículo de Kain avanzaban, desplegados en formación de punta de flecha, otros once Chimera que transportaban a más de un centenar de soldados de las Águilas Aullantes. Eran veteranos con decenas de campañas a sus espaldas, y los soldados más disciplinados y temidos de todas las Falcatas Achamán. Los Águilas Aullantes eran sus guerreros favoritos cuando había que restaurar el orden con la máxima rapidez y eficiencia.

Kain sintió que un estremecimiento de aprensión le recorría el cuerpo cuando se aproximaron a las afueras de la ciudad, pero se rehízo de inmediato. La última vez que había visto aquel lugar estaba completamente envuelto en llamas, y lo que había presenciado aquella noche regresó con la fuerza inesperada de un recuerdo que acudía sin ser llamado.

Se dio cuenta de que no había pensado en aquella noche desde hacía muchos años, pero ese recuerdo no la incomodó, al contrario de lo que le ocurría a algunos miembros de su regimiento. Habían hecho lo debido, y el planeta había sido sometido de nuevo. No se arrepentía de nada. Se llevó una mano con gesto inconsciente a la medalla en forma de águila que le colgaba de la pechera del uniforme.

El Chimera se elevó un poco en el aire al pasar por encima de un obstáculo del desigual terreno. La coronel se llevó a la cara unos magnoculares de aspecto gastado y estudió con detenimiento la ciudad mientras los Sentinel se acercaban ya a la alambrada de espino que rodeaba toda la zona.

Lo que vio fueron edificios en ruinas, teñidos de un tono verde lechoso debido al mecanismo de los magnoculares. Apenas había nada más que ver. La ruta de aproximación se hizo más agreste y todavía debía atravesar algunas colinas boscosas, por lo que Kain pegó los brazos al cuerpo y se metió de nuevo en el vehículo.

Merecía la pena ser cuidadosa. Los Hijos de Salinas habían aumentado el número de ataques de su campaña de guerrillas, y aunque era improbable que intentaran enfrentarse a una fuerza tan numerosa y bien armada, era muy posible que hubieran desplegado unos cuantos francotiradores sobre el terreno. Todo aquello podía ser simplemente una treta para atraer y matar a un oficial imperial.

El interior del Chimera era oscuro y ruidoso. El estruendo del motor llegaba rugiente desde la parte posterior, y el fuerte olor a combustible y a ungüentos sagrados cargaba el aire. Era un lugar estrecho y abarrotado de estructuras de hierro y piezas móviles pero sólidas, por lo que le vino muy bien tener una constitución delgada mientras se dirigía al puesto del comandante.

—¿Ha visto algo, señora? —le preguntó Bascome, su ayudante de campo, desde su puesto al lado del comunicador.

—Ahí fuera no hay nada —contestó ella a gritos para hacerse oír por encima del rugido del motor.

—¿Tiene alguna idea de lo que podemos encontrarnos?

Lo cierto era que Kain no tenía ni idea de lo que podían encontrarse debido a la frustrante vaguedad de la advertencia de Bardhyl, pero no era propio de un coronel admitir su ignorancia delante de oficiales de rango inferior.

—Probablemente se trate de alguna clase de actividad de los Hijos de Salinas —contestó finalmente—, O quizá se trate de más estúpidos que vienen a colocar cacharros sobre una pila de piedras.

Bascome negó con la cabeza.

—Lo lógico sería esperar que hubieran aprendido que es mejor venir por aquí, sobre todo después de que fusiláramos al último grupo.

Kain no respondió. Recordó a los tres individuos que habían acabado de espaldas contra la pared del palacio y delante de un pelotón de fusilamiento por atravesar el cordón de seguridad establecido alrededor de Khaturian. La entrada a la ciudad estaba absolutamente prohibida, además de castigada con la pena de muerte, pero aquello era algo que no parecía disuadir a los muchos idiotas que de forma regular arriesgaban la vida para colocar memoriales por toda la ciudad.

Si Barbaden le hubiera hecho caso, las ruinas habrían quedado arrasadas por completo mediante un bombardeo concentrado de Basilisks una hora después del Día de la Restauración, pero el recién nombrado gobernador había decidido que con un acto semejante tan sólo se conseguiría encender de nuevo las llamas de la rebelión, extinguidas tan poco tiempo atrás.

Bueno, pues los diez años anteriores habían mostrado lo bien que había funcionado la idea. Había sido una década de bombardeos, de revueltas y de descontento en una población que era demasiado estúpida como para darse cuenta de que había sido sometida. El régimen imperial dominaba aquel planeta, y los Hijos de Salinas no eran más que una banda de derrotados, sin importar lo carismático o astuto que fuese su nuevo jefe, Pascal Blaise.

Se oían multitud de rumores absurdos sobre el líder de los Hijos de Salinas. Se decía que antaño había servido en la Guardia Imperial, que había sido el jefe de seguridad de Barbaden antes de que lo sustituyera Daron Nisato. Incluso se rumoreaba que era un inquisidor que iba por libre. Fuera cual fuese su verdadera vida anterior, Kain había matado a suficientes seguidores suyos como para saber que no era tan buen jefe como se pensaba.

—Espero que se trate de los Hijos de Salinas —comentó Bascome—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que libramos un combate de verdad.

Kain compartía el deseo de su ayudante. Los falcatas apenas habían tenido un enemigo en condiciones desde el Día de la Restauración. No se habían enfrentado a alienígenas ni a los guerreros de los Poderes Siniestros, sino a masas de civiles enfurecidos, sin contar las ingratas patrullas a través de los asentamientos levantados a partir de los restos de sus propios vehículos, donde los esperaban trampas explosivas que les arrancaban extremidades o francotiradores que acechaban para disparar contra los soldados imperiales antes de desaparecer de inmediato.

La situación no tenía sentido alguno para Kain. ¿No habían liberado a todo el sistema estelar de los Poderes Siniestros? Era verdad que no se había producido una rebelión abierta en Salinas, pero después de que los otros tres planetas del sistema cayeran en la herejía, tan sólo era cuestión de tiempo que Salinas se entregara al gran enemigo. ¿Es que aquella gente no se daba cuenta de la suerte que habían tenido en realidad?

Los Falcatas habían llegado envueltos por la pompa y la ceremonia, con un boato exigido por el señor de la cruzada, el general Shermi Vigo, un individuo que odiaba a Leto Barbaden y que, en justa respuesta, era despreciado por éste. Aquello sólo había servido para provocar a la gente, lo que llevó a tres años de una guerra infame y carente de toda gloria.

En ningún momento se había puesto en duda el resultado de aquella campaña de pacificación, ya que las Falcatas Achamán ya habían pasado por los infiernos traicioneros de dos de los planetas del sistema y no estaban dispuestos a ofrecer misericordia alguna. A pesar de lo feroz y de lo brutal

que habían sido las batallas, no había gloria alguna en matar a civiles que se creían soldados por el simple hecho de empuñar rifles.

—No esperes demasiado, Bascome —le advirtió Kain—. Es probable que esto no se salga de lo habitual.

—¿Qué te parece? —le preguntó Pasanius.

—Me suena a motores de Chimera, y a Sentinel.

—Eso me parecía a mí también —confirmó Pasanius—. ¿La Guardia?

—Eso creo.

—Esperemos que sean de los nuestros.

Uriel asintió y se pasó una mano por el cráneo mientras el sonido de los motores se acercaba. La extraordinaria capacidad auditiva del marine le permitió filtrar las distorsiones provocadas por lo escarpado del entorno y captar con claridad los distintos tipos de motor y localizar con exactitud su situación en el terreno.

Los vehículos se encontraban aproximadamente a unos dos kilómetros de allí, y llegarían a la ciudad en cuestión de momentos.

Uriel había recorrido las calles a la carrera y había sentido de nuevo su cambio de carácter. El viento azotaba serpenteante la ciudad como si con cada ráfaga intentara avisar de la llegada de los desconocidos. El señor de los sinpiel no había tardado mucho en dejarlo atrás, ya que sus enormes zancadas y sus extremidades largas y elásticas le perrmitían rmitían correr por las calles cubiertas de escombros con una agilidad y una elegancia increíbles, Pasanius ya lo estaba esperando, y ambos recogieron sus escasas pertenencias y se dirigieron a la zona sur de la ciudad. Fueran quienes fuesen aquellos hombres sobre máquinas, Uriel y Pasanius se enfrentarían a ellos con la cabeza bien alta.

Uriel se volvió hacia el señor de los sinpiel mientras se preparaban para marcharse. Alargó una mano para colocársela en el brazo, pero recordó lo doloroso que había resultado aquel gesto para la criatura, por lo que la retiró.

—¿Sabes lo que tenéis que hacer? —le preguntó Uriel.

La enorme criatura asintió, y su grupo de deformados seguidores repitió el gesto.

—Escondernos.

—Sí, tenéis que esconderos. Pero no será por mucho tiempo. Te lo prometo. Hablaremos con esos hombres y nos enteraremos de más cosas sobre este mundo.

—¿Y entonces vendrás a por nosotros? ¿Les dirás que no nos teman?

Uriel dudó un momento antes de responder, sin saber qué decir. Se sentía reacio a prometer algo que quizá no podría cumplir.

—Volveré a por vosotros en cuanto sea seguro hacerlo, pero hasta entonces tenéis que estar escondidos. Subid a la parte alta de las montañas. Allí parece haber agua y comida, y no deberíais tener problemas mientras os mantengáis alejados de cualquier asentamiento humano.

El señor de los sinpiel se quedó un momento callado para asimilar todo lo que le había dicho Uriel, y su gigantesco cuerpo pareció encogerse. Uriel se dio cuenta de que la criatura sentía miedo, y a pesar de lo ridículo que pudiera parecer aquello, era perfectamente comprensible. El señor de los sinpiel se había mantenido cerca de Uriel durante los últimos días de su estancia en Medrengard, como un niño que esperara la guía de su padre.

Esa guía iba a desaparecer, y Uriel captó el miedo del abandono en los Ojos lechosos e inyectados en sangre de la criatura.

—Estaréis a salvo —le insistió Uriel—. Os doy mi palabra. No permitiré que os pase nada malo. Ahora tenéis que marcharos. De prisa.

El señor de los sinpiel se dio media vuelta y dirigió a sus seguidores hacia el interior de la ciudad en ruinas. Uriel los observó mientras se alejaban, con la esperanza puesta en que consiguieran una vida mejor en aquel planeta.

Unos minutos después, delante de la alambrada de espino que al parecer rodeaba toda la ciudad, ya no se sintió tan seguro al respecto. La exploración que había llevado a cabo la noche anterior no lo había llevado tan al sur, y descubrir que aquella ciudad muerta tenía un perímetro de aislamiento le preocupó un poco.

—Me suena a que son amigos —comentó Uriel—. Los vehículos de la Guardia Imperial que han sido saqueados no suenan como si tuvieran los motores a punto. Los de éstos han sido revisados y están en condiciones, eso se nota.

—Bueno, la verdad es que siempre has tenido mejor oído que yo —respondió Pasanius con un tono de voz despreocupado, pero Uriel captó la intranquilidad de su amigo—. ¿A ti qué te parece esta alambrada?

Uriel miró a izquierda y derecha siguiendo la línea de postes de madera clavados en el suelo y unidos mediante tramas de alambre de espino de aspecto peligroso y tremendamente afilado.

—Lo que está claro es que lo han colocado con toda la intención de cortar el paso. Cualquiera que quedara atrapado en esta valla acabaría hecho jirones ensangrentados en cuanto se moviera.

—Sí —contestó Pasanius, mostrándose de acuerdo sin dejar de mantener empuñado el bólter—. Y por los trozos de tela y las manchas de sangre, no falta gente que intente cruzarla.

Habían llegado al límite exterior de la ciudad y seguido un camino que llegaba a una puerta ancha, de la que colgaban lazos de colores y guirnaldas de flores ya secas. Del alambre también pendían unas cuantas tiras de plegarias. Todo aquello le daba un aspecto un tanto festivo a la puerta.

—¿Qué vamos a hacer exactamente? —le preguntó Pasanius.

—Actuar con cuidado. Es lo único que podemos hacer. Quisiera ser sincero con esta gente, pero lo que no quiero es que me acribille un guardia imperial demasiado celoso por cumplir su deber y de gatillo fácil.

—Bien visto. Será mejor que no mencionemos dónde hemos estado.

—Sí, será lo mejor. Al menos, de momento.

Pasanius señaló con un gesto del mentón al horizonte.

—Ahí vienen.

Uriel contempló cómo un trío de vehículos cuadrangulares y bípedos aparecía caminando por el horizonte en dirección a la ciudad. Avanzaban con grandes zancadas mecánicas y chirriantes. Los tres estaban pintados de un olor rojo óxido oscuro y, para alivio de Uriel, llevaban estampada un águila orada en la parte frontal del blindaje. Dos de ellos iban equipados

con cañones automáticos, mientras que el tercero estaba armado con un cañón láser que emitía el zumbido propio de una poderosa carga de energía eléctrica.

—Hay otros más aparte de esos tres —comentó Pasanius con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Sí. Uno a nuestra derecha y otros dos escondidos en el bosque que hay a la izquierda.

—Dos cañones automáticos y un cañón láser… Nos van a hacer picadillo como empiecen a disparar.

—Pues entonces no les demos razón alguna para hacerlo, ¿vale?

—Por mí bien.

Uriel observó con atención como los tres Sentinel visibles reducían su velocidad de avance y se acercaban a la puerta con mayor precaución después de detectar la presencia de los dos marines. Les apuntaron con las armas, activaron los servomotores y las cámaras de armado soltaron a los espíritus guerreros que albergaban los cañones.

—Tranquilo —susurró Uriel.

Los tres Sentinel tenían las armas apuntadas sin titubeo alguno contra ellos.

—Si abren fuego… —musitó Pasanius mientras empuñaba con más firmeza el bólter.

Uriel captó el gesto.

—Con mucha, mucha lentitud, deja el bólter en el suelo.

Pasanius bajó la mirada al arma, como si se hubiera olvidado de que la tenía en la mano, y asintió. Alzó el muñón del brazo amputado, se arrodilló y dejó el bólter en el suelo. El Sentinel armado con el cañón láser siguió todos sus movimientos.

Ninguno de los otros dos vehículos se movió, aparentemente satisfechos con apuntarlos con las armas.

—¿Por qué no hacen nada?

—Supongo que se estarán comunicando con el oficial al mando.

—No me gusta nada esto —insistió Pasanius.

—A mí tampoco, pero no tenemos otra elección. Teníamos que ponernos en contacto con las autoridades imperiales en algún momento.

—Es verdad. Lo que pasa es que me hubiera gustado hacerlo sin que me apuntara la potencia de fuego de media compañía de apoyo pesado.

Los Sentinel que estaban delante de ellos no se movieron, pero Uriel oyó como avanzaban los que estaban fuera de la vista, lo que confirmó que no estaban solos. Deseó con todas sus fuerzas que el señor de los sinpiel hubiera conseguido salir de la ciudad con los suyos, ya que si el comandante de aquella unidad era mínimamente competente, registraría la ciudad para confirmar que los dos desconocidos estaban solos.

Uriel oyó poco después el retumbar de varios vehículos con orugas, y entonces apareció una columna desigual compuesta por una docena de Chimera. En cuanto llegaron aquellos vehículos blindados, los Sentinel iluminaron a los marines con sus focos cegadores. Uriel parpadeó con fuerza para eliminar los destellos que le quedaron en la retina mientras el globo ocular se ajustaba a la nueva intensidad de luz.

Aunque el amanecer ya estaba asomándose por el horizonte oriental, la potencia de los focos era intensa, por lo que Uriel tuvo que entrecerrar los Ojos para captar lo que fuera que estuviera ocurriendo por detrás de los Sentinel. Los ojos de un humano normal hubieran quedado cegados por completo, pero los de un marine espacial eran capaces de filtrar prácticamente cualquier intensidad de luz, excepto la absolutamente cegadora.

En cuanto Uriel logró enfocar de nuevo la mirada vio que los Chimera se habían desplegado y que tenía todo un escuadrón de armas pesadas apuntándolos a él y a su sargento. Las compuertas traseras de los vehículos se abrieron y decenas de soldados desembarcaron de los transportes.

—Son buenos, tengo que admitirlo —musitó Pasanius, y a Uriel no le quedó más remedio que mostrarse de acuerdo.

Los soldados estaban equipados con unas armaduras de placas de color rojo reluciente y cotas de malla con los bordes festoneados de piel. Llevaban a la espalda unas capas cortas carmesíes que sujetaban con un lazo por encima del hombro izquierdo. Los rifles que empuñaban no

dejaron de apuntar a los marines de un modo certero, ya que los, soldados se movían con pasos ágiles pero manteniendo firme el arma.

Se protegían la cabeza con unos cascos de bronce que incluían protecciones metálicas para las mejillas y unos pliegues de malla flexible para proteger la zona del cuello. Todos llevaban al cinto una espada de hoja curvada de aspecto pesado, y Uriel tuvo la sensación por el aspecto general de que no se trataba de un arma ornamental.

—Se han tomado muchas molestias sólo por nosotros dos —susurró Pasanius.

—Lo sé. ¿Cómo se enteraron de que estábamos aquí?

—Supongo que no tardaremos en saberlo. Por lo que se ve, van acercarse.

Un sargento equipado con implantes oculares integrados en el casco hizo señales para que avanzaran dos de las escuadras. Justo delante de la puerta colocaron un artefacto pesado y cuadrado del que salía un cable. Un tecnoingeniero cubierto por una túnica con capucha y una mochila repleta de instrumentos de bronce y de engranajes siseantes lo conectó directamente con el primer Chimera.

Alrededor de la caja que había quedado pegada a la puerta comenzó a relucir un leve brillo, y el chasquido seco de una descarga eléctrica recorrió toda la valla de alambre. En cuanto el brillo se desvaneció, los soldados abrieron de una patada la puerta antes sellada magnéticamente.

Los guardias imperiales de armadura roja se desplegaron en el interior por parejas para tenerlos cubiertos de forma experta con ángulos de tiro que se solaparan.

—¡Despejado! —gritó uno de los soldados, grito que repitió el soldado que tenía enfrente.

Uriel se dio cuenta al tenerlos más cerca de que realmente eran soldados profesionales. Mantenían una distancia exacta respecto a sus objetivos, lo bastante cerca como para que resultara imposible fallar un disparo si la situación se ponía violenta. Ninguno de ellos parecía estar ni siquiera impresionado por el hecho de estar apuntando sus armas a unos guerreros que, resultaba evidente, tenían el físico corpulento de un astartes.

El sargento de los implantes oculares se acercó con la espada curva desenvainada. Uriel vio con claridad que el arma era un tipo de falcata, una espada de un solo filo que se doblaba longitudinalmente hacia abajo cerca de la punta. Un arma así era pesada y tenía la capacidad de propinar un golpe con la fuerza de un hacha, pero al mismo tiempo poseía la precisión y el borde cortante de una espada. La empuñadura estaba rematada en forma de gancho y los gavilanes de la guarda simulaban las alas de un águila llameante.

El sargento utilizó la punta de la espada para apartar el bólter de Pasanius del astartes, y luego le indicó con un gesto a un soldado que estaba a su espalda que se llevara el arma. El individuo tuvo que esforzarse debido al peso, y Uriel vio como se lo entregaba al tecnoingeniero, que lo esperaba impaciente.

El suboficial miró luego a Uriel de arriba abajo, aunque su rostro permaneció invisible tras la combinación de máscara respiratoria y comunicador que llevaba acoplada a la boca y los implantes biónicos. Los soldados se relajaron un poco después de que les hubieran quitado su única arma, y Uriel sintió que su respeto hacia ellos también disminuía un poco, ya que todavía disponía de su espada. Cualquier soldado debía saber que un marine espacial era tan bueno matando con las manos vacías como empuñando un arma.

Nadie se movió hasta que la escotilla superior de uno de los Chimera se abrió y apareció una figura esbelta vestida con el uniforme de un oficial. Uriel vio que se trataba de una mujer, de estatura elevada y piernas largas, que se dejó caer hasta el suelo con los movimientos llenos de seguridad de alguien acostumbrado a salir al campo de batalla.

La mujer se quitó el casco y se pasó una mano por la cabeza. Llevaba muy corto el cabello oscuro, y su rostro era anguloso, casi tallado con cincel. Se alejó del Chimera seguida por un individuo más bajo que ella que llevaba un comunicador portátil a la espalda.

Al igual que el resto de los soldados, también iba armada con una falcata. En la chaqueta de su uniforme brillaba una medalla dorada con la forma de un águila.

La oficial se detuvo al lado del sargento, claramente sorprendida por ver a dos guerreros de aquella talla. Sin embargo, la sorpresa apenas le duró unos segundos.

—¿Quiénes son?

—Soy Uriel Ventris, y él es Pasanius Lysane.

—¿Son Adeptus Astartes?

Fue más bien una pregunta retórica, pero Uriel asintió de todas maneras.

—Somos Ultramarines.

Uriel vio que se sorprendía de nuevo, pero se recuperó una vez más con rapidez.

—¿Ultramarines? Pues están muy lejos de su hogar. ¿Cómo han llegado hasta aquí?

—Con el debido respeto, ni siquiera sabemos dónde estamos. ¿Cómo se llama este planeta?

La oficial hizo caso omiso de la pregunta.

—Uriel Ventris, han entrado en una zona prohibida. Adentrarse en Kathurian conlleva aparejada la pena de muerte.

Uriel miró sorprendido a Pasanius, que le respondió con la misma mirada. La increíble presencia física y la legendaria valía de combate de los marines espaciales eran más que suficiente como para que la mayoría de los humanos normales se quedaran mudos por el asombro y el respeto, pero a aquella mujer no parecía preocuparle que se estuviera enfrentando a dos de los mejores guerreros del Emperador.

Uriel se enfureció un poco y dio un paso hacia ella.

De inmediato, todos los rifles láser le apuntaron y la actitud alerta de los soldados quedó patente en un instante.

—Somos marines espaciales del Emperador —le gruñó Uriel. La frustración provocada por el largo tiempo que habían pasado en el exilio subió a la superficie. Agarró la empuñadura de la espada con la mano antes de seguir hablando—. Somos guerreros de la Cuarta compañía del capítulo de los Ultramarines, ¡y nos mostrará el debido respeto!

La mujer no se acobardó ante el estallido de ira de Uriel, pero llevó a su vez una mano a la falcata.

—Si intentara desenvainar esa espada, estaría muerta antes de ni siquiera haberla sacado a medias —le advirtió Uriel.

—Y usted moriría medio segundo después —le prometió ella.

—Es posible, pero al menos habría callado para siempre esa lengua insolente —le replicó Uriel.

Notó una mano en el brazo y se volvió. Era Pasanius, que lo miraba con una expresión de resignada diversión en los ojos.

—¿Recuerdas que te pregunté qué íbamos a hacer exactamente? —Le dijo Pasanius—. «Actuar con cuidado», eso me dijiste. ¿Qué parte de todo esto se ajusta a lo de tener cuidado?

La furia de Uriel desapareció al instante, y sonrió por lo absurdo que había sido su comportamiento delante de tanta potencia de fuego. Apartó la mano de la empuñadura de la espada y se volvió hacia la oficial, que seguía mirándolo enfurecida y con la mano en el pomo de su propia espada.

Pasanius se interpuso entre ambos.

—A ver, antes de que esto se nos escape de las manos y alguien acabe muerto, todos deberíamos respirar profundamente para tranquilizarnos y empezar de nuevo. Somos forasteros en este mundo y no sabíamos que entrar en esta ciudad estaba prohibido. Tan sólo intentamos regresar a nuestro capítulo, y nos vendría muy bien su ayuda. ¿Puede decirnos al menos en qué planeta estamos y quién está al mando?

La mujer se relajó un poco y soltó su arma. Respiró profundamente, se alisó la pechera del uniforme y luego cruzó las manos a la espalda.

—De acuerdo. Soy la coronel Verena Kain, oficial al mando de las Falcatas Achamán, y estamos en el planeta Salinas.

—¿Quién está al mando?

—El gobernador imperial Leto Barbaden es el comandante de todo el planeta.

—¿Puede llevarnos ante su presencia?

—Tendrán que viajar bajo la supervisión de una escolta armada hasta que podamos verificar sus identidades.

—¿Verificar? ¿Es que no se cree que seamos marines espaciales? ¿Está ciega?

—Pues no —le replicó Kain—. He pasado décadas combatiendo contra los enemigos del Emperador, y algunos de ellos tenían un aspecto muy parecido al suyo, así que me perdonarán si no me fío por completo de que sean lo que parecen ser.

Uriel estaba a punto de replicarle cuando Pasanius lo interrumpió.

—Uriel, la coronel Kain tiene razón. Venga, ¿qué importancia tiene? Al final vamos a ir exactamente donde queríamos ir.

—Supongo —admitió Uriel.

—Viajarán en la parte posterior de uno de los Chimera —les dijo la coronel mientras calculaba su envergadura—. Estarán un poco justos, pero estoy segura de que podrán apretarse un poco.

—Claro —respondió Pasanius, y tomó a Uriel del brazo para que empezara a caminar, lo que hicieron bajo la atenta vigilancia de los rifles láser de los guardias imperiales.

Pasanius se volvió una última vez hacia la coronel mientras se dirigían a los Chimera.

—Una pregunta más. ¿En qué año estamos?



CUATRO

La luz que atravesaba las cortinas de hilo y el sonido de la ciudad al ponerse en marcha despertaron a Pascal Blaise mucho antes de que oyera abrirse la puerta metálica de la casa. Se dio la vuelta y buscó debajo de la almohada la pistola de la que nunca se separaba. Comprobó el cargador y le quitó el seguro mientras oía voces nerviosas procedentes del piso inferior.

Por el tono y la ausencia de cualquier otro tipo de agitación en la casa supo que quienes habían abierto la puerta no eran los agentes de Daron Nisato. A pesar de ello, no soltó la pistola todavía. Era una época llena de incertidumbre, y los mortíferos asuntos en los que se involucraban los Hijos de Salinas exigían toda la precaución posible.

Se pasó una mano por el cráneo rapado y luego jugueteó con las dos mitades trenzadas de su barba de perilla, algo que siempre hacía cuando se ponía a pensar profundamente. Reconoció las voces que sonaban en el piso inferior. Una de ellas era la de Cawlen Hurq, su guardaespaldas permanente. La otra pertenecía a Rykard Ustel, uno de los encargados de recoger información.

Pascal giró la cabeza en movimientos circulares para relajar un poco los músculos del cuello, que se le habían agarrotado durante la noche. Estaba a solas, y la habitación olía levemente a aceite de motor, algo que era inevitable, ya que las paredes eran parte de las placas de blindaje sacadas del casco oxidado de un tanque de batalla Leman Russ.

Una vez se quedó tranquilo respecto a la ausencia de un peligro inmediato, Pascal se levantó de la cama y se vistió con una gastada túnica de trabajo de color gris que se ciñó con un ancho cinturón de cuero. Luego se puso las botas, y se estaba atando los cordones cuando oyó dos golpes suaves en la puerta.

—Pasa, Cawlen —dijo con voz fuerte y autoritaria. Era una voz acostumbrada a dar órdenes, pero antaño solía recitar cifras de tasas, de cálculos y recuentos de escribas.

Cawlen Hurq abrió la puerta y lo saludó con una respetuosa inclinación de cabeza. Cada movimiento suyo era controlado y procuraba hacerlo con el menor esfuerzo posible. Era un individuo grande, de hombros anchos y corpulencia amenazadora. La naturaleza había determinado que no sirviera

para otra cosa que no fuera usar la violencia. Al igual que Pascal, Cawlen llevaba puesta una túnica, pero iba armado con una carabina láser de cañón corto y llevaba una espada al cinto.

—Ha venido Rykard Ustel,

—Ya le he oído —contestó Pascal—. ¿Qué quiere?

—Tiene información sobre unos movimientos de tropas.

—¿Y tiene que venir a decírmelo tan temprano? —replicó Pascal, irritado.

—Son las Águilas Aullantes. Una compañía entera —le comunicó Cawlen.

La irritación que Pascal sentía desapareció de inmediato junto a cualquier posible cansancio. Las Águilas Aullantes era la unidad más odiada de todas las fuerzas imperiales desplegadas en Salinas. Se merecían con creces su reputación de brutales, de ser capaces de actuar con una violencia indiscriminada. Todos los habitantes de Salinas tenían motivos para odiarlos después de lo que habían hecho en Kathurian.

—Pero es aún mejor que eso —siguió diciendo Cawlen.

—¿Por qué?

—Kain en persona está al mando de la unidad.

Pascal acabó de atarse las botas y se puso en pie.

Verena Kain.

—Sería maravilloso matar a esa cabrona de alma negra.

—Eso mismo pensé yo —confirmó Cawlen con una sonrisa feroz.

—¿Dónde están?

—Rykard dice que partieron hacia el norte. Que lo más probable es que se dirigieran al Campo de la Muerte.

—¿Tenemos a alguien por allí?

—No. Al menos no debería haber ninguno de los nuestros.

—Entonces, ¿por qué va hacia allí con toda una compañía?

—Quién sabe. Pero Rykard también dice que en la columna no había vehículos de suministro, así que no tardarán en volver. Deberíamos ir colocando a los tiradores en sus posiciones.

Pascal asintió.

—Envía mensajeros a las células de emboscada. Seis equipos de lanzamisiles. Nos reuniremos en el Ángel de Hierro y nos desplegaremos a partir de ahí. Venga.

Cawlen asintió y salió de la habitación, dejando a Pascal a solas de nuevo.

Éste sintió que el corazón se le aceleraba ante la sola idea de devolver el golpe a las Águilas Aullantes. Se esforzó por controlar su nerviosismo, ya que sabía que en una ocasión como aquélla había que mantener la calma. Los individuos emotivos cometían errores, y él no era propenso a mostrar emoción alguna, ya que lo consideraba un desperdicio de energía.

Caminó arriba y abajo por la estancia pensando en la situación. Utilizó su talento natural para el análisis que años atrás le había sido de tanta utilidad cuando pertenecía al Administratum Imperial, algo que le parecía había ocurrido en otra vida anterior.

Pascal Blaise había sido supervisor de escribas en la administración del gobernador Shaara. No era más que otro engranaje en la incansable maquinaria de la burocracia imperial en Salinas antes de que llegaran las Falcatas Achamán. Aunque otros planetas del sistema se habían visto azotados por problemas y revueltas, el gobernador Shaara había mantenido Salinas libre de descontentos y de provocadores con la esperanza de poder superar aquellos tiempos agitados.

Se equivocó por completo.

Salinas se vio incluido en el mismo grupo que los demás planetas del sistema, y el martillo de la Guardia Imperial había caído sobre su mundo con la misma ferocidad y falta de misericordia que sobre los planetas levantiscos. El gobernador Shaara fue ejecutado el mismo día que llegaron los Falcatas, y sus oficiales y funcionarios fueron encerrados en centros de detención mientras los miembros del Departamento Munitorum decidían qué hacer con ellos.

Pascal Blaise había formado parte de la delegación elegida entre los miembros supervivientes del personal administrativo para hablar con el coronel Leto Barbaden, el comandante de las fuerzas imperiales que habían

invadido Salinas. Querían protestar por considerar innecesarias aquellas medidas tan extremas.

El recuerdo de aquel día permanecería grabado para siempre en la mente de Pascal Blaise. En cuanto alzaron la voz en contra de la dureza de los Falcatas y proclamaron la lealtad al Imperio del antiguo gobernador, un destacamento de soldados, hombres y mujeres que, como más tarde supo Pascal, pertenecían a la Octava compañía de Barbaden las Águilas Aullantes, los rodearon.

El coronel Barbaden respondió hablando de la traición que había infectado a todo el sistema y que ya había oído las mismas proclamaciones de inocencia en los labios de todos los jefes de los mundos rebeldes.

Un momento después, comenzaron los disparos.

Pascal se llevó una mano a la fea cicatriz irregular que tenía en el pecho, donde le había impactado el primer disparo láser. Un segundo disparo le había pasado rozando un lado de la cabeza y lo había sumido en un pozo negro de dolor y de inconsciencia. Cuando se despertó, se encontraba metido en una zanja larga, recién cavada al lado de las murallas de palacio, que estaba llena de cadáveres. Reconoció las caras de los demás delegados, y el horror y la injusticia de sus asesinatos le hicieron sacar fuerzas de flaqueza de donde no creía tenerlas.

Había logrado salir de la zanja ensangrentado y al borde del desmayo. Luego se había arrastrado por la oscuridad llena de gritos y de disparos hasta que encontró el camino hasta el dispensario médico más cercano, donde finalmente le abandonaron las fuerzas.

No recordaba nada de los días siguientes a excepción del dolor y de los periodos de calma proporcionados por los sedantes. Se levantó de la cama una semana después, a tiempo de oír el retumbar de los tanques imperiales al entrar rugientes por las calles de la ciudad y el golpeteo rítmico de las botas de los soldados de armadura roja que rodeaban a los sospechosos de traición.

El odio se apoderó de él, y en ese preciso instante murió el supervisor que antaño fue y nació el guerrero en el que más tarde se convirtió. Al mes de la llegada de los Falcatas, los recién creados Hijos de Salinas realizaron

su primer gesto de desafío al hacer estallar una bomba que mató a numerosos oficiales superiores de los invasores.

Los Hijos de Salinas, bajo el feroz y carismático liderazgo de Sylvanus Thayer, lograron muchos éxitos al principio y dificultaron enormemente la tarea de los Falcatas a la hora de asegurar el dominio imperial en Salinas.

Aquello no podía durar mucho tiempo.

La resistencia no podía esperar vencer frente a la fuerza incansable de la Guardia Imperial y a las tácticas despiadadas de Leto Barbaden. Después del horror ocurrido en el Campo de la Muerte, Sylvanus Thayer había encabezado a los Hijos de Salinas en un combate abierto, en una batalla que no tenían esperanza alguna de ganar, y lo mejor de la juventud del planeta murió en aquel lugar.

Pascal le había suplicado a Sylvanus que no se enfrentara a los Falcatas de ese modo. Le dijo una y otra vez que la destrucción de Khaturian se había producido precisamente para provocarlo y que cometiera ese error, pero no hubo forma de contener la ira que su líder sentía ante aquella matanza.

Y así habían muerto, machacados por la artillería, aplastados por los tanques y rematados por la infantería.

La gente llamaba héroe a Sylvanus Thayer, pero Pascal sabía que su jefe había sido un idiota. Al estar cegado por la rabia y ansioso por vengarse, no había visto la trampa que Barbaden le había tendido. O si la había visto, no le había importado.

Pascal Blaise había reunido a los supervivientes y les había enseñado el valor del secreto y de la cautela. Les había mostrado que no eran la fuerza vengadora y todopoderosa que Thayer les había dicho que eran, sino el continuo goteo de agua que con el tiempo destroza la roca.

Y así fue como los Hijos de Salinas continuaron su lucha.

Ya no hubo grandes gestos de desafío, sino ataques a pequeña escala que fueron desgastando progresivamente a los soldados que ocupaban sus ciudades y cuyo antiguo coronel vivía en el palacio del gobernador.

Un golpe en la puerta sacó a Pascal de aquellos pensamientos amargos. Levantó la mirada y vio a Cawlen Hurq de nuevo en la entrada.

—¿Vienes? —le preguntó su guardaespaldas.

—Sí —contestó Pascal mientras cogía su abrigo de combate de color gris ceniza.

Sonrió un momento y dejó caer el abrigo. Luego abrió un armarito de metal que tenía al lado de la cama. Pulsó el interruptor hábilmente escondido que desbloqueaba el compartimento secreto situado en la base del mueble y levantó el falso suelo. De allí sacó un paño cuidadosamente doblado de color verde y oro.

Desplegó la capa doblada en dos de los Hijos de Salinas y se la abrochó al pecho y al hombro.

Cawlen asintió en un gesto apreciativo.

Pascal enfundó la pistola y le sonrió.

—Si vamos a matar a Verena Kain, lo apropiado es que sepa quiénes son sus verdugos.

El señor de los sinpiel estaba sentado en lo alto de las montañas que rodeaban la ciudad muerta. Se encontraba con el resto de sus hermanos en mitad de un bosque de altos árboles. La niebla se pegaba al suelo y la sensación de humedad que notaba en su musculatura expuesta era muy extraña. La suavidad del terreno era maravillosa y el aire frío en los pulmones el elixir más dulce de todos.

Jamás había conocido sensaciones semejantes. Cada bocanada de aire que había tomado hasta entonces estaba cargada con los restos tóxicos de las refinerías humeantes que cubrían las llanuras desoladas del planeta de los hombres de hierro.

Habían cazado otras dos bestias en los pastos situados bajo una enorme escarpadura de roca y las habían arrastrado hasta esconderlas en el bosque. Los cuerpos yacían despedazados y sangrantes en mitad de un anillo de sinpiel. El señor de los sinpiel arrancó con los dientes un trozo de carne del hueso de la pata trasera de una de las bestias.

Aquella carne no se parecía nada a cualquier otra que hubiera probado antes. Estaba fresca, llena de sangre y era buena. Lo único que recordaba

haber comido hasta entonces era la carne podrida de los muertos o los cuerpos gordos y alterados químicamente de aquellos que encontraban en los campos de carne de los hombres de hierro.

La idea de que existiera otro modo de vivir jamás se le había ocurrido al señor de los sinpiel, pues, ¿qué otra clase de vida había? De vez en cuando recordaba imágenes fragmentadas de su vida anterior, igual que si fueran reflejos de un espejo roto, pero siempre había procurado no hacerles caso.

A veces, cuando el dolor y el agotamiento de su existencia se hacían demasiado grandes como para soportarlos, se adentraba en las profundidades de las montañas cubiertas de ceniza y se quedaba en las cimas humeantes envueltas por las nubes de contaminantes cáusticos, que le provocaban un sueño profundo que le permitía aferrarse a sus últimos recuerdos.

Allí descansaba su cuerpo y podía soñar con otra vida, con otra forma de vivir.

¿Eran recuerdos? No lo sabía, pero le gustaba pensar que así era.

Veía el rostro de una mujer, amable y lleno de un amor incondicional. Tenía la esperanza de que fuera su madre, pero no recordaba nada de ella aparte de aquella imagen. Ella le hablaba, pero él nunca oía lo que le decía. Lo único que veía era lo hermosa que era y lo mucho que él le importaba.

A medida que los vapores le hacían adentrarse en el interior atormentado de su mente alterada, veía edificios gigantescos de piedra blanca, ventanas de múltiples colores y aspecto magnífico y una hueste de estatuas que representaban al mismo guerrero dorado, con la cabeza cubierta por un halo de estrellas y rodeado de ángeles de luz.

De todas las visiones enfebrecidas que tenía el señor de los sinpiel aquélla era la que más poder tenía. Más que eso; tenía una identidad. Era el Emperador, y el Emperador lo amaba.

Aquel amor nunca duraba mucho, y esos recuerdos dorados quedaban despedazados al ser sustituidos por unas visiones repugnantes de horror y de sangre, tan terroríficas que destrozaba rocas con los puños en su frenesí onírico.

Veía fuego. Veía explosiones y el parpadeo de las balas.

En mitad de los estallidos de luz veía guerreros con armaduras de color gris con rebordes amarillos y negros.

Unos guanteletes pesados y ásperos lo agarraron y lo arrancaron del cadáver ensangrentado de la mujer hermosa. Sus gritos no fueron escuchados mientras su mundo quedaba reducido a unas instantáneas de aquel horror: oscuridad y terror, el sabor de la sangre siempre cerca de su boca, monstruos esclavizadores con sierras mecánicas y los rostros gigantescos y babeantes de unas madres monstruosas.

Luego sólo había sentido dolor y soledad a medida que le parecía estar envuelto por pliegues y pliegues de carne húmeda y era arrastrado hacia la oscuridad.

Después, por fin, la gloriosa luz.

Pero la luz no era más que una mentira que sólo sirvió para dejar al descubierto lo repulsivo que era.

Era un monstruo, y en un monstruo se convirtió, arrojado con el resto de la carne podrida al páramo inmisericorde que se encontraba más allá de la ciudadela de los hombres de hierro.

La repugnancia que sentía por su propia existencia horrible siempre interrumpía el sueño provocado por los gases tóxicos, así que se levantaba para bajar de la montaña y reunirse con una pequeña banda formada por los rechazados, los expulsados y los aborrecidos.

Muchas de las masas de carne y huesos retorcidos lanzadas desde las alturas eran cosas aullantes sin forma mi mente.

La tribu se los comía, pero aquellos que poseían una semejanza en forma y fuerza se convertían en parte de la creciente tribu del señor de los sinpiel.

Aquélla era la vida del señor de los sinpiel, y no había conocido otro modo de vivir hasta que llegó el guerrero.

El señor de los sinpiel había contemplado como caían al estanque los últimos restos lanzados desde la ciudadela de los hombres de hierro, y se imaginó el sabor de su carne mientras se acercaban al borde del agua negra. La impaciencia se convirtió en sorpresa, ya que ninguno de ellos era un

monstruo. Pensó devorarlos de todas maneras, pero luego olió a la carne madre en el guerrero que encabezaba a los recién llegados.

Se los había llevado a la gran caverna bajo tierra que era el hogar de los sinpiel, y se los presentó a la gran estatua del Emperador que habían construido con los restos arrojados desde arriba. El Emperador había juzgado que el guerrero, que se llamaba Uriel, era digno de vivir, por lo que su grupo había entrado a formar parte de la tribu. Luego, todos atacaron a los hombres de hierro que vivían en la fortaleza construida en la cima de una montaña imposible de escalar.

Se había derramado mucha sangre, habían muerto muchos de los hombres de hierro y su fortaleza había caído derrumbada. También habían muerto muchos de los sinpiel, pero era un buen recuerdo, uno de los que el señor de los sinpiel atesoró mientras escapaban del mundo de su nacimiento como monstruo en las entrañas de una máquina demoníaca de hierro.

Al señor de los sinpiel no le gustaba pensar en el tiempo que habían pasado dentro de las profundidades apestosas y empapadas de esa máquina demoníaca, ya que le habían hecho falta toda su fuerza y su autoridad para impedir que los miembros de la tribu se volvieran los unos contra los otros en un frenesí de mandíbulas restallantes y zarpas rematadas por garras.

El viaje se había acabado por fin, y habían llegado a aquel mundo. El aire era limpio y el suelo suave, pero había algo malo en todo ello. No sabía exactamente qué era, o cómo expresarlo, pero ese mismo aire limpio estaba saturado con la presencia de una inmensa rabia.

Lo sentía con la misma certeza que notaba la sangre bajarle por el rostro sin piel.

La carne de las piezas de caza ya casi había desaparecido por completo. Un miembro de la tribu, una criatura con los órganos húmedos y relucientes colgando de los huesos y una boca alargada llena de colmillos afilados, estaba partiendo los huesos y chupando la médula, mientras que otra raspaba el interior del vientre de la bestia destripada para sacar unos últimos bocados.

—No. No tenemos por qué vivir así —gruñó el señor de los sinpiel. La tribu lo miró con una expresión confusa en sus rostros deformes.

—Este mundo es mejor para nosotros —les dijo—. Uriel nos lo prometió. No nos temen, y el Emperador nos ama.

Vio la esperanza reflejada en sus ojos. Los primeros rayos de sol atravesaron el dosel de ramas con un suave brillo dorado. El señor de los sinpiel sintió un cosquilleo agradable en el cuerpo y bajó la mirada mientras aquella tibieza se extendía por la rojez de su brazo.

Se puso en pie y se alejó de las sombras más profundas del bosque. Esquivó las ramas agachándose mientras el sol se alzaba por encima de las montañas y desplegaba su luz dorada por todo el paisaje. La tribu lo siguió, cautivada por el creciente brillo del cielo.

Los sinpiel caminaron como sonámbulos acabados de despertar y salieron de entre los árboles para quedar en terreno abierto. Sus rostros mostraban a las claras el asombro que sentían, ya que la visión de aquel orbe brillante en mitad de un cielo azul les parecía algo nuevo e increíble, pero, a la vez, extrañamente familiar.

El recuerdo de una época más feliz se esforzó por llegar a la superficie de la mente del señor de los sinpiel y comenzó a sentir en el pecho la agitación de una posible esperanza. Quizá aquel lugar era de verdad un sitio mejor, un comienzo en un mundo donde no serían odiados y perseguidos.

La sensación de la luz del sol en su cuerpo se hizo más fuerte. El cosquilleo se convirtió en otra cosa, en algo más doloroso. Los miembros de la tribu comenzaron a gemir y a frotarse los brazos y los cuerpos como si los hubiera invadido un repentino picor.

El señor de tos sinpiel notó que la musculatura de su cuerpo empezaba a quemarse, con la misma sensación de calor ardiente que había notado en todo el cuerpo cada vez que se metía en las aguas sucias del mundo de los hombres de hierro.

Gruñó cuando esa sensación ardiente se hizo más fuerte todavía, ya que la carne de sus músculos no estaba acostumbrada a los rayos de aquel extraño sol. Empezaron a aparecerle manchas negras por todo el cuerpo, que se extendieron igual que las gotas de aceite en la superficie del agua. El dolor creció cuando las manchas negras se convirtieron en ampollas. El

señor de los sinpiel lanzó un rugido cuando se rascó una de ellas y de la herida que se produjo salió un chorro de fluido viscoso.

El sol del planeta de los hombres de hierro provocaba desesperación y desaliento, pero este sol… provocaba dolor.

Los sinpiel empezaron a aullar de dolor mientras se arañaban los músculos de las extremidades y del torso sin entender qué les estaba ocurriendo. Sus gritos se hicieron más lastimeros a medida que el sol los abrasaba. El señor de los sinpiel rugía de ira por la sensación de haber sido traicionado.

Aquel planeta no era bueno. Lo había sabido desde el principio, pero estaba dispuesto a olvidarse de que todo y todos les odiaban.

Incluso el sol quería acabar con ellos.

—¡Tribu! —rugió—. ¡Atrás! ¡Atrás! ¡A la sombra!

Le dio la espalda al sol ardiente y corrió de regreso a la protección que ofrecían los árboles, pero incluso allí la luz del sol dio con ellos después de atravesar las copas de los árboles con sus rayos mortíferos que abrasaban la carne desprotegida de sus cuerpos. Los sinpiel lo miraron sin saber qué hacer, pero él tampoco lo sabía.

No había una vida mejor, no para criaturas como ellos.

Los sinpiel aullaron y se golpearon el pecho por el dolor agónico que sentían. El señor de los sinpiel gritó su frustración al cielo, y a través del follaje vio la escarpadura rocosa que se alzaba por encima de ellos. Era una losa vertical de roca negra reluciente por la que caían numerosas cascadas. Allí, en mitad de la negrura de la roca, distinguió una mancha más oscura todavía. Una grieta en la superficie. Una cueva.

—¡La tribu debe correr! —gritó—. ¡Encontrar refugio en las rocas! ¡Seguidme!

El señor de los sinpiel echó a correr sin mirar si alguno de los miembros de la tribu lo seguía. Salió de la pobre cobertura que le ofrecía el bosque y corrió colina arriba hacia los riscos. Los poderosos músculos de las piernas lo impulsaron con facilidad a través del terreno, saltando por encima de los grandes peñascos mientras hacía caso omiso del dolor ardiente que amenazaba con vencerlo.

Oyó aullidos de dolor a su espalda, pero también el sonido de la tribu que lo seguía, sus pasos pesados y húmedos y el crujir de los huesos malformados al chocar los unos con los otros.

Las manchas negras se extendieron por su cuerpo mientras corría, pero el señor de los sinpiel hizo caso omiso del dolor, con todo su ser concentrado en llegar a la fresca negrura de la cueva. Saltó por encima de un peñasco en forma de losa y bajó el ritmo de carrera cuando se adentró en la sombra. La sensación ardiente desapareció de inmediato, pero el dolor permaneció en sus extremidades y en el resto del cuerpo.

Se dio la vuelta para ver como los miembros más veloces de la tribu finalizaban la enloquecida carrera hacia la cueva. Todos aullaban y apretaban los dientes por el tremendo dolor. El señor de los sinpiel se acercó a la entrada para ver como avanzaban de forma agónica por el terreno abierto mientras la luz dorada les quemaba y ennegrecía la carne a cada segundo que pasaba.

Uno de ellos, una criatura de piernas rechonchas y torso hiperdesarrollado, tropezó con una roca suelta. Cayó al suelo con un chillido de dolor, y de las ampollas que se abrieron al chocar contra el suelo salió un fluido viscoso. Su cuerpo rojo y brillante se abrió allí donde había sufrido quemaduras. Se esforzó por levantarse, pero no logró recuperar el equilibrio y no consiguió ponerse en pie. Sus poderosos brazos lucharon por incorporar todo el cuerpo, pero el dolor y el horror de lo que le estaba ocurriendo fueron demasiado para él.

La criatura se derrumbó con un último aullido agónico, y el señor de los sinpiel contempló como la negrura se extendía por todo su cuerpo a medida que el sol inmisericorde abrasaba la poca vida que le quedaba.

—Está muerto —dijo, y los demás se acercaron para ver el cadáver ennegrecido. Hasta allí les llegaba el olor de su carne, y el señor de los sinpiel notó su confusión y su hambre, pero ninguno se atrevió a salir a la luz.

El señor de los sinpiel se apartó de la boca de la cueva. Las paredes negras y húmedas del interior se alejaban hasta desaparecer de la vista. La

oscuridad era reconfortante tras el sufrimiento provocado por la luz. Se adentró más todavía, con las ideas confusas debido a ese nuevo dolor.

De nuevo eran monstruos que acechaban desde la oscuridad de una cueva, que era donde debían estar los monstruos.

La rabia estalló en el pecho del señor de los sinpiel.

En teoría, el compartimento de transporte de tropas de un vehículo blindado Chimera era capaz de transportar a doce soldados con todo su equipo de combate. Como siempre ocurría con los espacios diseñados con fines militares, se suponía que los soldados no tendrían que mover ni un solo músculo una vez estuvieran colocados en su interior. Al entrar dos marines espaciales, el espacio disponible quedó seriamente disminuido, por lo que cinco de los soldados tuvieron que regresar montados en el techo del vehículo.

—Y yo que pensaba que en los Rhino íbamos apretados —comentó Pasanius—. Recuérdame que no me vuelva a quejar a Harkus.

Uriel no contestó y mantuvo la mirada fija en el terreno que se veía a través de las ranuras abiertas a lo largo del costado del vehículo y que permitían el paso de un poco de luz natural al interior. En el techo se habían instalado varias barras luminosas, pero la luz que emitían era de un color rojo enfermizo.

Cuatro soldados de las Falcatas Achamán iban con ellos en la parte posterior del Chimera. Uno de ellos era el sargento que le había quitado el arma a Pasanius. Ninguno de los otros tres soldados se había quitado el casco, y mantenían sus rifles láser sobre las piernas. El sargento se había quitado el casco, y Uriel vio que los implantes oculares formaban parte del propio casco, no del soldado.

El sargento era de mediana edad, pero su rostro estaba surcado de profundas arrugas y rematado por una mata de cabello de color rubio rojizo. Los miraba con expresión dura, pero no desagradable. Su rostro mostraba a partes iguales un gran asombro y una cierta emoción.

—Entonces, ¿son Ultramarines?

—Lo somos —asintió Uriel.

—Soy el sargento Jonah Tremain —se presentó, alargando la mano para estrechar la de Uriel.

El marine notó que por debajo del guantelete la superficie era rígida, por lo que supuso que la extremidad del sargento era una prótesis. Su sospecha se vio confirmada cuando Tremain la alzó.

—La perdí en una escaramuza que libramos contra unos piratas eldars. Me alcanzó un trozo de metralla y uno de los fragmentos se me quedó debajo de la piel. Se me infectó casi de inmediato y los médicos tuvieron que amputármela allí mismo.

—He luchado contra los eldars. Son unos guerreros veloces y letales.

—Sí que lo son —contestó Tremain, mostrándose de acuerdo—. Sí que lo son, pero el coronel no es un tipo que les vaya a la zaga. Los superó con un par de maniobras tácticas y ninguno de sus trucos pudo salvarlos cuando las Águilas Aullantes los rodearon.

—¿El coronel? No lo entiendo.

—Ah, claro. La coronel está al mando de lo que queda del regimiento desde el Día de la Restauración —le explicó Tremain—. Antes de ese día, era el coronel Barbaden quien estaba al mando de los Falcaras.

—¿El mismo Barbaden que ahora es gobernador?

—El mismo —le confirmó Tremain—. Nos ganamos este mundo a pulso. Cumplimos nuestros diez años de servicio, y después de luchar en los infiernos que fueron Losgat y Steinhold, nos concedieron el derecho a asentarnos en este planeta en cuanto lo volviéramos a colocar bajo la autoridad del Emperador.

Uriel miró a los demás soldados, que se mantenían en silencio y seguían sentados al lado de la pesada rampa de desembarco situada en la parte posterior del vehículo. Eran individuos duros, veteranos, y que su sargento fuera tan charlatán le parecía fuera de lugar.

—¿Y cómo es que han terminado aquí? —quiso saber Tremain.

—¿En esta ciudad o en este planeta?

—Las dos cosas —contestó Tremain con una sonrisa, aunque Uriel vio con toda claridad que se trataba de un gesto forzado—. Estoy seguro de que

se trata de algo emocionante. No recibimos muchas visitas, y menos de marines espaciales, así que, ¿cómo llegaron aquí?

Uriel captó la advertencia sin palabras de Pasanius respecto a hablar demasiado, y se preguntó si la coronel Kain estaría escuchándolos. ¿Habría hecho que Tremain se sentara allí para que bajaran la guardia al encontrarse delante de un sargento amistoso?

—Sería un relato largo… y complicado, sargento Tremain.

—Deben de tener una nave. Me refiero a que, si no, ¿cómo han llegado a la superficie?

—No, no tenemos una nave.

—Entonces, ¿se han teletransportado? —Insistió Tremain—. ¿Desde una nave en órbita? ¿O quizá han bajado mediante una cápsula de desembarco? Los marines espaciales utilizan cápsulas de desembarco, ¿no?

—Así es —admitió Uriel—. Pero no llegamos en una cápsula.

—Pero entonces, ¿cómo han llegado aquí?

—Como ya le he dicho, sería largo de contar, y creo que sería mejor que primero se lo contáramos al gobernador Barbaden. Lo que sí le diré es que somos fieles siervos del Emperador, lo mismo que usted. Hemos cumplido la misión que nos encomendó nuestro capítulo y estamos impacientes por volver con nuestros hermanos de batalla.

—Lo que ocurre es que es curioso que, de todos los sitios del planeta, tuvieran que aparecer allí.

—¿En Khaturian? Así es como se llama la ciudad, ¿no?

—Sí, así se llama —respondió Tremain, y Uriel notó la reticencia del sargento a hablar más de la ciudad arrasada.

—¿Qué ocurrió allí? ¿Por qué está castigado con la pena de muerte entrar en ella?

—Porque sí —le espetó Tremain—. Y vamos a dejar de hablar del Campo de la Muerte.

—¿El Campo de la Muerte?

—He dicho que ya no vamos a hablar más de eso —le advirtió el sargento.

Era evidente que no se sentía intimidado por el hecho de que el guerrero que tenía frente a él fuera capaz de matarlo antes de que le diera tiempo a darse cuenta de lo que ocurría. Fuera lo que fuese lo ocurrido en Khaturian, o el Campo de la Muerte, como lo llamaba Tremain, no era un asunto del que le gustara hablar a nadie.

Al ver que no iba a sacar ninguna información de Uriel, la afabilidad de Tremain desapareció por completo y las siguientes horas de viaje transcurrieron en completo silencio. El sargento no volvió a ofrecer información sobre Salinas o sus habitantes. Uriel no volvió a intentar mantener una conversación con él. En vez de eso, concentró la atención en los fragmentos de paisajes que se veían a través de las pantallas de visión acopladas de forma permanente en el vehículo.

Lo poco que se veía sugería un paisaje de montañas elevadas y vegetación espesa, con grandes bosques y un cielo despejado. Ver todo aquello después de los paisajes de pesadilla del mundo demoníaco del Ojo del Terror era un auténtico placer. Uriel deseó poder ver más zonas del planeta antes de partir en dirección a Macragge.

La idea de estar de nuevo en el hogar de su capítulo actuó como un bálsamo para su alma, y sintió que la sombra que pesaba sobre su carácter se levantaba un poco.

Habían cumplido su juramento de muerte y habían regresado a un mundo perteneciente al Imperio. Cierto era que en esos momentos se habían convertido en poco más que unos prisioneros de forma voluntaria, pero esa situación no duraría mucho tiempo, y Uriel estaba dispuesto a sufrir ese pequeño castigo a su dignidad con tal de volver a su hogar. No podía culpar a los Falcatas por las sospechas que tenían sobre ellos, ya que era verdad que habían aparecido sin previo aviso y de forma inesperada en mitad de la nada. Si alguien hubiera hecho lo mismo en Macragge, lo habrían metido en el calabozo más profundo de la Fortaleza de Hera antes de interrogarlo sin misericordia alguna.

La Fortaleza de Hera, las grandes bibliotecas llenas de conocimiento, el Templo de la Corrección, donde se encontraba conservado en estasis el

cuerpo de Roboute Guilliman, el Pabellón de los Héroes, el valle de Laponis… Tantos lugares maravillosos.

Uriel decidió que, sí tenía la oportunidad, en cuanto volviera a Macragge visitaría todos aquellos lugares.

Una voz entrecortada sonó en el comunicador y le interrumpió aquellos pensamientos.

—Todas las unidades. Atención —dijo la voz de Verena Kain—. Que todo el mundo empuñe un arma. Nos acercamos a las afueras de Barbadus.Uriel se volvió hacia Tremain.

—¿Barbadus? ¿Es una ciudad? —le preguntó.

Tremain asintió mientras indicaba con gestos a los soldados que empuñaran los rifles láser acoplados a la pared del vehículo.

—Sí, es la capital —le aclaró el sargento antes de bajar un artefacto parecido a un periscopio del techo de metal.

El artefacto llevaba incorporada una placa pictográfica que parpadeó al encenderse para mostrar una imagen cargada de estática de la ciudad a la que se acercaban.

Mostraba unos contornos muy difusos, y a Uriel le dio la impresión de que los edificios de la parte exterior tenían un aspecto algo extraño, pero la resolución de la imagen era demasiado imprecisa como para ver de qué se trataba exactamente.

Por encima de todos aquellos edificios se alzaba una gran estructura, o una escultura. A través de las distorsiones vio que parecía ser un ángel alado.

—¿Qué es eso? —preguntó Uriel mientras se acercaban.

—¿Eso? Es el Ángel de Hierro —le explicó Tremain.

Pascal Blaise estaba agazapado detrás del parapeto de un techo bajo de una casa de adobe en ruinas, y desde allí observaba el avance de los Chimera. Había dejado de intentar identificar el vehículo en el que iba la coronel Kain, ya que ninguno de ellos mostraba las antenas largas características de un comunicador de largo alcance o alguna de las señales indicativas de la presencia de un oficial de alto rango.

No. Los Falcaras habían aprendido a no cometer aquellos errores.

Por delante de la columna marchaban tres Sentinel, y otros tres cerraban la retaguardia. Por un momento se sintió inquieto ante la tremenda potencia de fuego que podrían llegar a desplegar aquellas unidades.

Cawlen Hurq, que estaba a su lado, empuñaba un lanzacohetes de aspecto desgastado. El proyectil ya estaba cargado y cebado. Al otro lado de la calle, en el interior de unos tanques quemados, se encontraban otras cinco dotaciones de lanzacohetes y treinta combatientes, estos últimos armados con rifles láser antiguos e incluso rifles de cerrojo.

Los resistentes se habían reunido de forma apresurada, y aunque actuar con tanta premura y falta de planificación iba contra todo lo que había enseñado a sus soldados, la oportunidad de acabar con Kain era demasiado buena como para dejarla pasar de largo.

Los Chimera ya se acercaban rugientes y a buena velocidad por las afueras de la ciudad, donde los edificios estaban más destrozados y dispersos por el terreno. En esos mismos momentos, los simpatizantes de los Hijos de Salinas se estaban dedicando a desalojar los hogares cercanos de sus ocupantes. Pascal Blaise tenía mucho cuidado de no poner en un peligro innecesario a la gente de su planeta, pero los Falcatas no sentirían la misma preocupación cuando respondieran con represalias a la emboscada.

Con suerte, para cuando se produjera el ataque de represalia, tanto él como los suyos ya habrían desaparecido en el laberinto de ruinas y de vehículos abandonados que llenaban la ciudad.

—¿Listo? —susurró.

El retumbar de los vehículos oruga sonaba más fuerte a cada segundo que pasaba.

—Por supuesto —le respondió Cawlen.

—Deja que pasen los bípodes y luego dispara al vehículo de vanguardia —le indicó Pascal—. Los demás lo harán después de ti.

—Lo sé —le respondió Cawlen con un susurro—. Aunque no te lo creas, ya he hecho esto antes.

—Sí, es verdad. Lo siento —se excusó Pascal, que procuró contener su instinto por controlarlo todo.

Tenía plena confianza en que Cawlen Hurq iniciaría el ataque en el momento más adecuado. Levantó la mirada hacia el Ángel de Hierro, el guardián y amuleto de los Hijos de Salinas.

La gran escultura creada a partir de piezas recuperadas se alzaba por encima de él. Las alas procedían de una Thunderbolt que se había estrellado, y el cuerpo se había construido a partir de los restos abollados del fuselaje. Los rasgos del rostro los constituían varias piezas del motor.

Era algo primitivo y sin acabar, y era algo muy bello.

—Por favor, protégenos hoy —le pidió Pascal con un susurro. Luego se irguió un poco para mirar por encima del parapeto.

Los Chimera habían entrado en la trampa.

Cawlen Hurq se puso de rodillas y colocó el tubo lanzacohetes sobre el parapeto para apuntar contra uno de los Chimera que había en la calle.

—¡Por los Hijos de Salinas! —gritó, y apretó con fuerza el gatillo.



CINCO

El sonido de la explosión le llegó a Uriel a través del blindaje del Chimera como un estampido sordo. La onda expansiva zarandeó al vehículo sobre las orugas. A través de los visores de los costados entró una fuerte luz, y se oyó un tremendo repiqueteo cuando la metralla de la explosión acribilló el vehículo.

Hubo otra explosión, esta vez detrás de ellos, y en los altavoces interiores restallaron de repente gritos y avisos.

—¡Emboscada! —exclamó Uriel antes de que el eco de la primera explosión se apagara.

El Chimera recibió un impacto tremendo en uno de los costados, con tal fuerza que casi lo volcó y lo dejó sobre una sola oruga. Los soldados gritaron y Uriel se agarró al pasamanos interior cuando el vehículo cayó de nuevo con fuerza sobre la oruga levantada. Parte del costado del Chimera se combó hacia dentro. El interior del compartimento se llenó de humo y de chispas, y Uriel captó el olor inconfundible de la sangre.

Uno de los soldados estaba tendido en el suelo, con el cuello roto. Otro aullaba con la cara convertida en una máscara roja por el golpe que se había dado contra un panel del interior del casco. Los otros estaban doloridos pero ilesos. Uriel se levantó de un salto de su asiento para bajar de golpe el mecanismo de apertura de la compuerta de desembarco. Un Chimera inmovilizado era una trampa mortífera.

El vehículo se llenó de un humo caliente procedente del exterior, y Uriel olió el hedor a combustible ardiendo y a carne quemada. La luz del día iluminaba un vehículo envuelto en llamas. Las llamas del incendio interno salían a chorros por el costado perforado al mismo tiempo que una nube de humo negro y espeso subía hacia el cielo.

—¡Vamos! ¡Salid! —gritó Uriel.

Pasanius agarró del brazo al soldado herido mientras el sargento ayudaba a los otros a escapar del Chimera averiado. El suelo estaba cubierto de cuerpos y de trozos de carne, los restos destrozados de los soldados que se habían visto obligados a viajar en el techo.

Otro rugido siseante hizo que Uriel levantara la mirada a tiempo de ver un cohete alejarse del lanzador e impactar contra otro de los Chimera de la

coronel Kain. Esta vez el proyectil consiguió atravesar el blindaje del techo, menos grueso en esa zona, y el vehículo se estremeció cuando la cabeza explosiva estalló en su interior. Del agujero salió un chorro de humo, y empezó a oírse el tableteo de las armas de pequeño calibre cuando los atacantes que hasta entonces se habían mantenido escondidos en los tejados abrieron fuego.

Uriel arrastró a otro soldado herido para apartarlo del fuego que había empezado a devorar el vehículo averiado. Una vez incendiado, tan sólo era cuestión de tiempo que las llamas hicieran estallar la munición y las cargas de energía del interior.

Los proyectiles sólidos y los disparos láser acribillaron el suelo a su alrededor, y Uriel se encorvó todo lo que pudo mientras él el soldado herido corrían para ponerse a cubierto. Una ráfaga acribilló la pared que tenía al lado. Los fragmentos de piedra volaron por doquier y tuvo que parpadear para quitarse el polvo de los ojos.

Pasanius se reunió con él dejó apoyado al soldado herido contra la piedra rugosa de un edificio en ruinas. Uriel dejó al hombre que él llevaba a su lado. Los disparos llegaban desde los dos lados de la calle. Uriel vio que aquella vía la componían edificios de ladrillos de adobe y lo que parecían ser cascos de tanques abandonados.

La gente había construido toldos con lonas y porches con planchas de hierro corrugado apoyándolos en los cascos oxidados de los tanques, y aquellas viviendas improvisadas superaban en número a las construidas con materiales más tradicionales.

—Deberíamos participar en este combate —dijo Uriel.

—¿Con qué? —le preguntó Pasanius—. La gente de Kain parece saber lo que tiene que hacer.

Era cierto. Los Chimera restantes de la coronel Kain avanzaron rugientes para proteger a los vehículos dañados al mismo tiempo que acribillaban con disparos láser los edificios de los dos lados de la calle.

Los soldados combatían desde el interior de los vehículos para que el blindaje los protegiera de los disparos de las armas de pequeño calibre mientras las torretas disparaban gruesas ráfagas de láser pesado. Un

Chimera pasó por delante de Uriel lanzando a su paso un chorro de tierra y humo en su esfuerzo por proteger a uno de los vehículos dañados.

El bólter pesado montado en la torreta disparó con estampidos fuertes y secos, y los proyectiles machacaron los parapetos de piedra del otro lado de la calle. Uriel distinguió pequeños estallidos rojizos y oyó gritos por encima de los incesantes disparos. Los atacantes habían organizado bien la emboscada, pero estaban a cubierto detrás de un parapeto que bien podría haber estado hecho con papel por la protección que ofrecía ante los proyectiles de bólter pesado.

Uriel contempló como uno de los Sentinel de largas patas descargaba un torrente de disparos de cañón automático hacia un grupo de hombres que se movían por las ruinas. Los proyectiles de gran calibre explotaron entre ellos y todos cayeron destrozados e irreconocibles. Su sangre empapó las paredes de piedra después de recorrer el cielo en arcos carmesíes.

Sonó un disparo agudo y característico, y la cabeza del piloto del Sentinel se echó hacia atrás con fuerza con un agujero en mitad de la frente. Un francotirador.

Uriel miró en la dirección de donde debía de proceder el disparo y distinguió la silueta borrosa del tirador a través del humo producido por el combate. Unos cuantos Chimera más se colocaron junto a los ya averiados y sus tripulaciones se apresuraron a ayudar a sus camaradas a salir de aquellas trampas llameantes y meterlos en los vehículos que hasta ese momento habían logrado esquivar los ataques.

Uriel asomó un momento la cabeza por la esquina acribillada a disparos detrás de la que se había puesto a cubierto. Para él era un anatema quedarse impasible viendo cómo se desarrollaba un combate, y supo que no iba a poder permanecer quieto mientras otros morían a su alrededor.

Se volvió hacia Pasanius, pero el sargento lo interrumpió antes de que le diera tiempo a abrir la boca.

—Vas a meterte. Lo sé. Adelante. Yo te cubro.

Uriel asintió y salió agazapado del callejón para dirigirse a la carrera hacia un Chimera dañado que estaba tremendamente inclinado hacia uno de sus costados. Del interior salía un humo apestoso y estaba cubierto de

manchas de combustible y de sangre. El arma principal de la torreta tenía el cañón doblado, pero Uriel se había fijado en que el arma exterior acoplada a la torreta estaba intacta.

El aire seguía lleno de balas, y los zumbidos le indicaron a Uriel lo cerca que pasaban. Varias de ellas rebotaron en el blindaje del vehículo, y sintió un dolor ardiente en una de las pantorrillas provocado por algo caliente y afilado.

Se lanzó de cabeza para ponerse a cubierto y rodó sobre sí mismo hasta colocarse detrás del Chimera. Se agarró al borde del casco del vehículo y subió de un salto al techo, donde se apresuró a llegar al arma acoplada a la torreta. Quitó el seguro y giró el cañón ametrallador. La postura no era la más adecuada para disparar, pero la fuerza de Uriel sería más que suficiente para absorber el tremendo retroceso del disparo.

El francotirador apuntó a la cabeza del piloto de otro Sentinel, y Uriel pulsó los gatillos de presión. El rugido del arma fue ensordecedor, sin amortiguación alguna, pensado para intimidar. Los proyectiles salieron del cañón formando una larga lengua de fuego. El objetivo de Uriel se convirtió en una lluvia de trozos de carne y de chorros de sangre.

Giró el arma sobre su montura y disparó una ráfaga de proyectiles de gran calibre contra el parapeto del edificio que estaba al otro lado. Los ladrillos de barro se desintegraron bajo los impactos, convertidos en polvo por la potencia y la elevada velocidad de los proyectiles. El retroceso del arma era tremendo, pero controlable con facilidad para alguien con la fuerza de un marine espacial.

Un disparo láser le rozó el hombro a Uriel, quien torció el gesto ante el dolor repentino, pero mantuvo el arma apuntada contra los tejados de los edificios. De la humeante recámara salía un chorro continuo de casquillos de bronce.

—¡Uriel! —le gritó Pasanius desde lejos—. ¡A tu izquierda!

Se volvió hacia donde Pasanius le señalaba con el muñón del brazo y captó un movimiento entre dos de los tanques ennegrecidos que tiempo atrás habían sido convertidos en casas. Era un grupo de tres individuos que

se preparaban para dispararle un cohete. Uriel giró de inmediato el arma y apretó el gatillo de nuevo.

Los proyectiles recorrieron una trayectoria en abanico a medida que el arma disparaba. Los impactos resonaron como el tañido de un centenar de campanas cuando rebotaron en los cascos metálicos de los tanques. En el cuerpo de uno de los individuos apareció un agujero que le ocupaba casi todo el torso, y salió despedido por los aires hacia atrás.

Los otros dos mostraron su valentía al no acobardarse al ver el terrible final que había sufrido su camarada, y mantuvieron apuntado el lanzacohetes hacia el Chimera donde él se encontraba. Siguió apuntándoles con el cañón ametrallador, pero el arma se calló de repente y sólo se oyó el chasquido del percutor al chocar en una recámara ya vacía.

Uriel vio la expresión de triunfo en el rostro del artillero mientras cerraba un ojo para apuntar mejor.

Y entonces su cabeza estalló.

Uriel captó el sonido característico de un arma bólter, y vio que se trataba de Pasanius, que corría hacia él tras salir del callejón. Vio con alegría que empuñaba una pistola bólter en la mano izquierda. El sargento disparó de nuevo y el otro enemigo cayó derribado. Se produjo una tremenda explosión cuando el siguiente disparo de Pasanius impactó contra la bolsa donde llevaba el resto de los cohetes para el arma.

El cohete cargado ya en el tubo salió disparado hacia arriba y subió en espiral de forma descontrolada antes de explotar y de manchar el cielo con unos cuantos chorros de humo negro.

Se oyó un nuevo chirriar de cadenas y el sonido concentrado y retumbante de varias ráfagas de fuego pesado. Uriel soltó las empuñaduras del cañón ametrallador. Los soldados de la coronel Kain tenían la situación bajo control y ya era poco lo que él podía hacer para ayudar en aquella batalla.

Captó un destello verde y dorado. Alzó la mirada a tiempo de ver a través de una de las secciones pulverizadas del parapeto a un individuo de cabeza rapada y barba bifurcada que llevaba puesta una capa. El hombre

estaba gritando algo, pero las palabras eran inaudibles por encima del rugido de los disparos y de los aullidos de los motores.

Aunque la capacidad de audición potenciada de Uriel no conseguía captar lo que decía el individuo, el sentido de sus palabras quedó claro cuando los cañones de las armas que se asomaban empezaron a desaparecer de los tejados. El tronar de los disparos disminuyó a medida que los atacantes se retiraban y desaparecían entre las ruinas.

El individuo dirigió una última mirada hacia atrás y sus ojos se encontraron con los de Uriel.

El ultramarine era muy capaz de reconocer el odio cuando lo veía. Había visto suficiente en Medrengard como para que durase toda una vida.

Aquel individuo lo odiaba, quería verlo morir, y no sólo a él, sino a todos los que ocupaban aquella calle llena de sangre y de humo: a los Falcatas, a Uriel, a Pasanius y a todos los soldados que luchaban y gritaban a sus camaradas heridos.

El hombre desapareció y Uriel bajó del techo del Chimera. Aterrizó en el suelo al lado de Pasanius.

—Gracias por el aviso. Ese cohete me podría haber fastidiado el día.

—No hay de qué. Probablemente habrían fallado de todos modos. Esos idiotas no se dieron cuenta de que ya habían perdido hasta que fue demasiado tarde.

Uriel se mostró de acuerdo con la valoración hecha por su amigo. Los Falcatas habían sufrido un castigo muy duro cuando comenzó la emboscada, pero habían reaccionado de forma rápida y profesional; algo encomiable. Los soldados actuaron según el entrenamiento recibido y habían entrado en combate sin la confusión y el pánico que hubiera llevado a sus atacantes a la victoria. Éstos, en vez de retirarse después de su éxito inicial, habían continuado luchando más allá de lo que era sensato, y por ello habían sufrido la peor parte del encuentro al ser incapaces de igualar la disciplina y la potencia de fuego de una fuerza de la Guardia Imperial bajo un mando competente.

—¿Te fijaste en el individuo de la capa verde y dorada? —le preguntó Uriel a Pasanius.

—Sí —contestó el sargento, mientras se esforzaba por recargar la pistola bólter—. Parecía el jefe. Muy estúpido por su parte llevar puesto algo tan llamativo.

—Eso pensé yo —confirmó Uriel. Tomó la pistola de la mano de su amigo y le colocó un nuevo cargador—. ¿De dónde la has sacado?

—De él —respondió Pasanius, señalando a un sargento de los Falcatas que yacía muerto en un extremo del campo de batalla con un trozo de metal del tamaño de una hombrera clavado en la cara—. No creí que fuera a necesitarla más, y pensé que sería apropiado utilizar su propia arma para vengarlo.

—Muy apropiado —admitió Uriel.

—Y eso significa que no tengo que volver a empuñar esa maldita arma.

—¿Dónde está?

—Allí dentro. —Pasanius señaló el vehículo en llamas del que habían salido corriendo minutos antes—. Dejé que se quemara.

Uriel comprendía muy bien lo que sentía su sargento. No había honor, y sí mucho riesgo, en utilizar un arma que había sido tocada por los Poderes Siniestros. Mejor que acabara destruida antes de que se volviera contra él.

Otro Chimera se paró en seco a su lado, con la escotilla de la torreta abierta y Verena Kain apoyada en las empuñaduras del bólter de asalto acoplado a la misma. Los cañones del arma humeaban, y el rostro de Kain estaba manchado de negro por la suciedad. Lo único que se le veía de la cara eran los surcos de color rosado que habían dejado las gotas de sudor al bajarle desde la frente.

—Suban —les ordenó—. Puede que vuelvan.

—No lo creo —dijo Uriel, pero de todas maneras se apresuró a levantarse y ayudó a Pasanius a hacerlo.

La compuerta blindada de la parte posterior del Chimera se abrió y salieron el sargento Tremain y otros soldados con los rifles láser apuntando a los tejados.

Tremain les indicó con un gesto que entraran, y Uriel y Pasanius se acercaron al trote al vehículo.

La calle estaba llena de humo y los cinco Chimera envueltos en llamas habían sido abandonados en el punto donde fueron destruidos. No se veían cuerpos, ya que los muertos y los heridos estaban en el interior de los vehículos que quedaban. El Sentinel cuyo piloto Uriel vio morir de un disparo en la cabeza se había desplomado debido a que un Chimera se había partido una pata cuando perdió el control. No vio por ninguna parte al piloto muerto. Uriel se llevó la mano a la frente para protegerse los ojos.

—¿Adónde vamos? —le preguntó a Kain.

—A los barracones. Están más cerca y tenemos heridos.

Quería hacerle más preguntas, pero las necesidades de los heridos tenían prioridad, y unos cuantos segundos podían representar la diferencia entre la vida y la muerte para algunos de aquellos soldados. Tremain se subió de nuevo al Chimera, pero cuando Uriel se agarró a los bordes de la compuerta para entrar, vio que el compartimento estaba abarrotado de heridos que gemían y se quejaban en el suelo cubierto de sangre. Supo con toda certeza que los demás vehículos irían igual de cargados, con el interior impregnado del hedor al miedo, a la sangre y al dolor.

Los soldados estaban apretujados, hombro contra hombro, encajados de un modo que ni el diseñador de vehículos más ambicioso hubiera soñado jamás. Uriel captó en los ojos de los ocupantes un respeto y una admiración que no había visto con anterioridad.

Los soldados se movieron lo poco que pudieron para hacerles sitio. Se había propagado la noticia de que habían participado en el combate. Los enfermeros se ocupaban de los heridos todo lo que podían en los estrechos confines del compartimento iluminado por la luz roja. En cada uno de los soldados latía una profunda rabia interior.

—Iremos en el techo —les dijo Uriel—. Aquí necesitan todo el espacio que puedan conseguir.

Los Chimera avanzaron a toda velocidad por la ciudad de Barbadus, y Uriel vio por primera vez la capital imperial. Daba la impresión de haber crecido alrededor de los restos de un campo de batalla debido a la enorme cantidad de vehículos y demás equipo militar esparcido por doquier. Había depósitos de vehículos blindados que habían sido abandonados y dejados a

merced de los elementos, o para que los colonizaran los habitantes del planeta.

Edificios de conglomerado de piedra, ladrillo y planchas de metal se apoyaban de forma precaria en refuerzos de hierro que antaño fueron los cañones principales de vehículos blindados. Cuanto más se adentraba la columna en la ciudad, más sólidas y convencionales eran las estructuras, principalmente torres de altas paredes de piedra rosada y maderas blanqueadas.

Los edificios de hierro oscuro y vidrio templado de origen imperial se alzaban de un modo incongruente entre la piedra pálida y los ladrillos de adobe originales de la ciudad, y Uriel se percató de que los edificios más antiguos mostraban las pruebas de la guerra que se había librado para ganar aquel planeta: quemaduras de láser y agujeros de bala, aunque estos últimos se mostraban algo desgastados por los elementos.

Uriel distinguió una especie de banderines de color verde y dorado que flotaban en las torres más altas y en los tendales de ropa. Era la misma combinación de colores que mostraba la capa del individuo de la barba partida en dos. Muchos de los memoriales que había visto en la ciudad tenían también esos mismos colores unidos a ellos, y Uriel se preguntó qué significaría aquello.

—¡Por la sangre del Emperador! —musitó Pasanius mientras miraba en dirección a una colina de suave ladera que se alzaba al oeste de la ciudad.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Uriel, temiéndose otra emboscada.

—Fíjate en eso —le señaló Pasanius—. Jamás había visto nada igual.

Uriel siguió la mirada del sargento y se fijó en un edificio que tenía una forma curiosa y que se alzaba en la cima de la colina. La silueta le resultaba familiar, pero tardó unos momentos en darse cuenta del motivo.

Los habitantes de la ciudad habían sido muy eficaces en la canibalización de los vehículos blindados abandonados, pero aquel acto de reciclaje era sin duda el culmen del arte de cualquier aprovechador de residuos.

Tres gigantescos Capitol Imperialis, unos vehículos enormes que se utilizaban para ejercer el mando y el control de frentes de batalla completos,

se alzaban uno al lado del otro y habían sido transformados en algo completamente distinto. En cada una de aquellas impresionantes máquinas de guerra podían operar cientos de tripulantes y de oficiales, desde donde dirigían los disparos de los regimientos de artillería, los movimientos de cientos de miles de soldados y de compañías enteras de vehículos blindados. Era muy poco común ver uno de aquellos colosos en el campo de batalla, pero estar en presencia de tres era algo insólito.

Sin duda estaban abandonados, ya que la corrosión y el óxido que se veían en sus costados eran la prueba innegable de que aquellos vehículos ya no estaban operativos. Las águilas imperiales que usualmente llevaban habían desaparecido, aunque era imposible saber con certeza si habían sido borradas por los elementos o eliminadas en un acto deliberado. Varias pasarelas unían los tres vehículos, y unos túneles de paredes de acero los conectaban en los niveles inferiores.

—¿Qué se supone que son ahora? —musitó Pasanius.

Uriel se había estado preguntando lo mismo. Cuando se fijó un poco más le pareció ver el símbolo de un báculo alado rodeado por un par de serpientes enroscadas en el puente de mando del vehículo que se encontraba en el centro.

¿Un caduceo?

—Quizá son instalaciones médicas.

—Me parece un poco excesivo utilizar todo un Capitol Imperialis para eso —apuntó Pasanius.

—Es verdad, pero es posible que sólo sirvieran para eso.

—¿Qué quieres decir?

—Fíjate en todo lo demás que hemos visto. Hay un ejército completo de vehículos abandonados. La mitad de la ciudad se ha construido a base de los chasis recuperados de los tanques de la Guardia Imperial. Creo que cuando los Falcatas tomaron este lugar la cruzada que los trajo hasta aquí no les dejó mucho material para el mantenimiento de su equipo.

—Lo que significa que todo se fue estropeando.

—Al final, sí.

—Pues es una vergüenza —comentó Pasanius—. No es buena idea mostrar esa falta de respeto por algo que podría salvarte la vida en el campo de batalla.

—No, no es una buena idea en absoluto —respondió Uriel, mostrándose de acuerdo mientras recordaba lo mucho que había sufrido su armadura en Medrengard.

Uriel ansiaba verse de nuevo equipado con la armadura de combate de los Adeptus Astartes, sentir que estaba otra vez al completo, convertido en un piadoso servidor del Emperador, protegido por la armadura más resistente y armado con las armas más letales. El equipo de combate de Uriel era algo más que unas simples herramientas para la batalla: eran los instrumentos de la voluntad del Emperador.

A los pies de la colina donde se encontraban aquellas instalaciones médicas se alzaba una cúpula rodeada de columnas que sólo podía pertenecer a un templo de la Eclesiarquía. La grandeza pomposa del edificio se había diseñado sin duda para dominar con su majestuosidad a las estructuras circundantes, más humildes. Sin embargo, su magnificencia no lo había librado de las consecuencias de la guerra, ya que dos de las cuatro torres que se alzaban en los cuatro puntos cardinales de la cúpula no eran más que muñones rotos de piedra y de acero.

Había algo más que eclipsaba al templo en su demostración de poder imperial, y era el palacio de aspecto siniestro y altas torres que se alzaba por encima de la ciudad destartalada que lo rodeaba como escombros caídos de una montaña. El austero edificio se recortaba de forma nítida contra el cielo, aunque de un modo frío y carente de toda la gloriosa ornamentación que Uriel había visto en muchos otros edificios similares.

—¿El palacio imperial? —se preguntó en voz alta.

Pasanius asintió.

—Sin duda, es lo bastante lúgubre como para encajar en este lugar.

Uriel asintió al comentario de Pasanius. El aspecto amenazante del palacio, con su arquitectura brutal de agujas rematadas por torretas de armas, de antenas enormes rodeadas de campos de energía y de compuertas de hangares era sin duda algo acorde con el ambiente sombrío de aquel

planeta. Sin embargo, había algo más. La estructura arquitectónica general del edificio transmitía la impresión de un poder sin compasión.

Era evidente que el gobernador Barbaden no era un individuo dado a ostentaciones. Era un dato que habría que guardar para más adelante, y Uriel se preguntó qué clase de persona sería el comandante imperial.

Desde luego, no era alguien querido, al menos por los habitantes de la ciudad que se veían en las calles.

Eran gente hermosa y elegante, de estatura elevada, casi todos vestidos con monos de color gris ceniza y capas largas.

Todo el mundo se pegó a las paredes de los edificios cuando aparecieron los Chimera a toda velocidad, y Uriel captó en sus miradas la misma amarga hostilidad que había visto en los rostros de los guardias imperiales del Chimera en el que iban montados en ese momento.

La victoria de las Falcatas Achanián en aquel planeta y su toma del poder habían dejado unas cicatrices muy obvias, unas cicatrices que todavía no estaban curadas.

Allá donde mirara Uriel se veían muestras de la canibalización efectuada por los habitantes del planeta de todo el material abandonado por la Guardia Imperial. Había puestos de mercado construidos a partir de las planchas de metal recuperadas de los tanques averiados, carretas y carromatos que se desplazaban sobre ruedas obtenidas de los camiones de transporte, e incluso carretillas con asas construidas a partir de tubos de escape modificados.

La columna de la coronel Kain avanzaba con rapidez por las calles girando de forma abrupta y sorpresiva en las esquinas que elegía al azar.

—No quiere arriesgarse a sufrir una segunda emboscada —comentó Pasanius mientras se agarraba con fuerza al borde del Chimera cuando dobló otra esquina de forma brusca. Era precisamente lo mismo que pensaba Uriel.

Uriel siguió observando la evidente hostilidad que se asomaba en cada mirada.

—No la culpo por ello —contestó.

El viaje de las Águilas Aullantes por las intrincadas calles de Barbadus duró otros diez minutos. Fueron diez minutos que se le hicieron muy largos a Uriel, que se esperaba en cualquier momento un nuevo disparo o un nuevo cohete. No se produjo ataque alguno, y cada giro hacía que se adentraran más en el laberinto de calles y se alejaran del palacio imperial.

Al cabo de un rato, los Chimera aceleraron cuando se dirigieron hacia un conjunto de barracones rodeados por un muro que estaban separados del resto de construcciones. Uriel se había fijado en que cada vez había menos edificios en el trayecto, pero sólo cuando salieron a terreno abierto se dio cuenta del motivo.

El conjunto de barracones también estaba rodeado por una alambrada de espino, y un par de puntos fortificados de aspecto desagradable levantados con sacos de arena y planchas de madera flanqueaban la pesada puerta de hierro. A ambos lados de la puerta habían estampado un águila de bronce. Los Chimera tuvieron que reducir la velocidad para atravesar el pequeño laberinto construido a partir de losas de cemento colocadas alternativamente para impedir que nadie se pudiera lanzar directamente contra el lugar.

—Son precavidos, eso lo admito —murmuró Pasanius al observar que las armas de las esquinas del complejo de barracones no dejaron de apuntar a la columna mientras se acercaban.

—Tienen miedo —respondió Uriel, recordando la hostilidad que había visto en los rostros que habían dejado atrás en su camino hacia aquel lugar —. Se han retirado al interior de las murallas. No he visto ninguna patrulla por las calles. ¿Y tú?

—No, pero tampoco es normal que haya una presencia militar en la calle. Agentes de la ley, quizá, pero no la Guardia Imperial.

—Pues ni siquiera he visto a esos agentes.

—Sí, es verdad. Qué extraño, ¿no?

—Mucho —confirmó Uriel.

Dejaron de hablar cuando las dos hojas de la puerta se abrieron deslizándose en el interior del muro y los vehículos se adentraron en el patio polvoriento del lugar. Había numerosos barracones, del diseño básico imperial: largas naves de paredes de hierro corrugado, grandes entradas y

techos de fieltro. Alrededor del conjunto se alzaban, a espacios regulares, edificios parecidos de color grisáceo: un comedor, los cobertizos de mecánica, los depósitos de combustible, los almacenes y una enfermería.

Por encima del conjunto de barracones ondeaba una bandera con la insignia de un águila dorada con las garras extendidas hacia delante. De todos los edificios salieron grupos de soldados con expresión preocupada que se dirigieron a la carrera hacia los maltrechos Chimera mientras éstos aparcaban. Los soldados que bajaron informaron a gritos de la situación, y los médicos gritaron a su vez a los enfermeros que hicieran sitio para los heridos.

Uriel se bajó de un salto del techo del Chimera, consciente de las miradas de extrañeza que estaban atrayendo. Distinguió a la coronel Kain, cuyas órdenes cortantes atravesaban con facilidad la confusión y la rabia colectiva provocadas por el ataque. Organizó con eficiente calma a los equipos médicos, sin hacer caso de las miradas de irritación que le dirigieron por entrometerse en su funcionamiento.

Uriel le hizo un gesto con el mentón a Pasanius y ambos se acercaron a la coronel de los Falcatas.

—¿Podemos ayudar en algo? —le preguntó Uriel.

Kain dejó de dar órdenes un momento y se volvió hacia ellos, con el rostro ya limpio.

—No, y les agradecería que se quedaran al lado del sargento Tremain. Siguen estando bajo custodia.

—¿Incluso después de lo que ha ocurrido? —replicó Uriel. Al mismo tiempo, el propio sargento Tremain y un trío de guardias imperiales con el uniforme resplandeciente y los rifles láser en la mano se pusieron a sus espaldas.

—Sobre todo después de lo que ha ocurrido —repuso Kain—. La llegada de ambos y el ataque de los Hijos de Salinas tan poco tiempo después… Faltaría a mi deber si no me preguntara sobre una posible relación entre los dos hechos, ¿no es así?

—¿Los Hijos de Salinas? —Exclamó Uriel—. ¿Quiénes son? Vi ese nombre escrito en la pared de uno de los edificios de Khatunian.

—Otra cosa que no me tranquiliza mucho.

—Pero ¿quiénes son? —insistió Uriel.

—No son nadie —le replicó Kain con los ojos llenos de furia—. Son unos traidores que se aferran a la idea de que las fuerzas imperiales son invasoras frente a las que se debe resistir en cada momento. Son terroristas, asesinos, herejes, y no se merecen otro trato que no sea el exterminio.

Uriel no se sintió sorprendido por su vehemencia al hablar, ya que la coronel había visto a decenas de sus soldados caer heridos o muertos. A pesar de ello, en su voz se captaba un odio que iba más allá del ataque que había sufrido su compañía.

Verena odiaba a los Hijos de Salinas con la pasión de una fanática.

—¿Tiene idea de cómo fueron capaces de organizar un ataque como ése? —quiso saber Pasanius.

Kain le lanzó una mirada asesina que indicaba de forma muy clara la tremenda frustración que sentía.

—Toda esta puñetera ciudad les proporciona información. Por cada movimiento que hacemos, hay alguien con un comunicador portátil dispuesto a revelarlo.

Se tardaron otros treinta minutos en atender a los heridos, revisar los maltrechos vehículos y rearmar a los soldados, todos los cuales habían gastado buena parte de su munición en el enfrentamiento. Un comisario de aspecto nervioso se dedicó a anotar las declaraciones de unos cuantos soldados, seleccionados al azar por lo que pudo ver Uriel, mientras Kain seguía impartiendo órdenes a gritos, con el vigor de alguien que no se atrevía a dejar de darlas ni durante un segundo por temor a tener tiempo de pensar en lo que había ocurrido.

Cada una de sus órdenes era obedecida con una rapidez tal que sugería que no hacerlo tendría unas consecuencias muy graves. Uriel reconoció que era una oficial que conocía muy bien sus funciones, y que jamás permitiría que otros lo hicieran en su lugar.

Uriel y Pasanius estuvieron todo ese tiempo sentados con la espalda apoyada en el casco de uno de los Chimera, cuyo metal chirrió y chasqueó a

medida que se enfriaba. El sol estaba en mitad de camino hacia su cénit, y Uriel cerró los ojos para dejar que su tibieza le calentara la piel.

No le quedó más remedio que esperar a que la coronel Kain decidiera cuándo había llegado el momento de marcharse, y Uriel disfrutó de aquel momento tan poco habitual, de aquel rato para sí mismo. Un marine espacial en servicio activo disponía de muy poco tiempo que no estuviese relacionado con la preparación para el combate. Había las prácticas con armas, el ejercicio físico, el control bioquímico, y toda clase de entrenamientos que constituían prácticamente todo lo que daba sentido a su vida.

Era una vida de servicio, una vida de sacrificio, una vida de combates. ¿Qué siervo del Emperador podía pedir más?

La pregunta tenía su respuesta en Ardaric Vaanes.

El periodo de tiempo pasado en Medrengard le había hecho cuestionarse su vida como marine espacial, pero había superado la prueba y salido reforzado. Otros atrapados en ese mundo maldito no habían mostrado la misma fuerza de carácter, y Uriel recordó con amargura a Ardaric Vaanes, cuando éste le dio la espalda a su deber hacia el Emperador.

Vaanes había sido antaño un guerrero de la Guardia del Cuervo, pero por alguna razón que Uriel jamás llegó a descubrir, abandonó a su capítulo y tomó la senda del renegado. Uriel le ofreció entonces la posibilidad de recuperar su honor y de buscar la redención, pero el guerrero escogió el deshonor y la vergüenza.

Se preguntó qué habría sido de Ardaric Vaanes. Lo más probable era que ya fuese un cadáver, un cuerpo blanqueado que yacía en los páramos llenos de ceniza de aquel terrible planeta.

Empezó a notarse un poco sentimental y abatido, así que se sacó de la cabeza a Vaanes y se volvió hacía Pasanius.

Ninguno de los dos sintió la necesidad de hablar. El silencio compartido de dos viejos amigos que habían visto la vida y la muerte y todo lo que había entre ambos extremos les permitía entenderse sin palabras.

El silencio quedó roto por la coronel Kain, que se acercó a ellos. Uriel levantó la mirada.

—El gobernador Barbaden está dispuesto a verles —les dijo.
—Bien. Creo que yo también estoy dispuesto a verle —replicó Uriel.



SEGUNDA PARTE

COMPLETOS

De una pequeña chispa debería salir una poderosa llama.



SEIS

Daron Nisato evitaba visitar el palacio imperial de Salinas siempre que podía. El edificio era demasiado frío y un símbolo demasiado evidente del poder imperial como para poder disfrutar ya de ello. Servía como punto de concentración de la ira de la gente, y ver su silueta amenazante recortada contra el cielo debía servir para hacerle sentir a uno su insignificancia ante el Imperio y, sobre todo, su insignificancia ante el gobernador Leto Barbaden.

Nisato permitió que el oficial al mando del puesto de control se quedara con sus armas, aunque le molestaba el hecho de que el agente de la ley de mayor rango de toda la ciudad no pudiera conservar su pistola en presencia del gobernador.

Aquél era el tercer puesto de control por el que había pasado, una construcción prefabricada de aspecto deprimente que olía a humedad y a abandono. El primer puesto de control había detenido a su transporte blindado personal, un Rhino, y el segundo, apenas a una veintena de pasos del primero, había confirmado su identidad mediante una serie de pruebas dolorosas de comparación de su sangre con las muestras genéticas del archivo. Sonrió con gesto torvo al preguntarse si todas aquellas comprobaciones genéticas continuas serían la explicación de los rostros pálidos y enfermizos que mostraba el personal que trabajaba en el palacio.

—¿Qué es tan divertido? —le preguntó el oficial al mando mientras guardaba bajo llave la pistola de Nisato.

—Nada —le contestó éste, muy consciente de que aquellos hombres carecían por completo de algo que se pareciera al sentido del humor—. Es sólo que me siento satisfecho del modo tan eficaz en que está cumpliendo sus tareas.

El oficial lo miró con recelo, en busca de cualquier posible indicio de una burla, pero Nisato era ya todo un experto en no mostrar lo que realmente pensaba. Finalmente, el oficial se sintió satisfecho al ver que no se estaba burlando de su solemne deber y le indicó con un gesto seco que cruzara la puerta que daba al patio del recinto del palacio.

Nisato estaba a punto de echar a andar cuando se abrió una puerta a su espalda, y el aroma inconfundible a incienso, sudor y culpabilidad le asaltó

el olfato. Supo quién había entrado sin necesidad de darse la vuelta.

—Cardenal Togandis —dijo a modo de saludo.

Oyó el jadeo sorprendido y se dio la vuelta para ver la rolliza figura del pontifex maximus de Barbatus vestido con sus lujosos ropajes.

—Agente Nisato —le respondió Togandis con la piel cubierta de sudor —. Qué extraña casualidad que nos hayamos encontrado en este punto.

Shavo Togandis jamás le había parecido una persona que cayera bien, ni siquiera cuando había servido en las Falcatas como confesor de la compañía. Sus modales eran demasiado bruscos, sus aficiones demasiado desagradables y su lenguaje demasiado rebuscado. Nisato nunca había sentido la necesidad de utilizar los servicios espirituales de una persona así, y había preferido confesarse directamente al Emperador en sus plegarias.

El decenio que había pasado desde el Día de la Restauración no había mejorado el aspecto físico de Togandis. Su cuerpo, que ya era rollizo en aquel entonces, se había extendido de forma generosa en todas direcciones.

—¿También lo han convocado? —le preguntó Nisato.

—Sí, sí —se apresuró a responder Togandis mientras se secaba el sudor de la frente con un pañuelo—. Todos servimos a nuestro amo y señor. Barbaden ordena y nosotros obedecemos con rapidez y presteza. A ninguno nos gusta hacer esperar al gobernador, ¿verdad?

—No —contestó Nisato, mostrándose de acuerdo al mismo tiempo que se echaba a un lado para permitir que el cardenal se acercara al ceñudo oficial de guardia.

El agente se dedicó a estudiar con atención al clérigo superior de Salinas mientras éste pasaba por todas las formalidades de seguridad necesarias del palacio.

No se sintió impresionado.

Aparte de un cuerpo mucho más que grueso, Shavo Togandis se comportaba de un modo nervioso que, de darse en cualquier otra persona, le habría llevado a una de las celdas de interrogatorio situadas en los sótanos del edificio de los agentes de Nisato.

El confesor confesando. Aquella idea le hizo sonreír de nuevo.

Además de una llamativa casulla de color carmesí y plateado, Togandis llevaba puesta una gran mitra repujada de la que colgaban largas tiras de oro. En la mano empuñaba un báculo largo, y en ese mismo momento estaba intentando evitar que el oficial se lo requisara.

—Escúcheme bien, buen hombre, esta llamada posprandial a palacio me ha incomodado sobremanera, y este báculo es un instrumento sagrado que forma parte del cargo, importante y nada insustancial, que ostento en este planeta. Lo aconsejable sería que no se le retirase a mi persona.

—No se permiten en palacio armas ni objetos que puedan ser utilizados como tales —le contestó el oficial igual que si estuviera leyendo al pie de la letra las órdenes recibidas—. A excepción de los miembros de las Falcatas.

—Atiende bien a lo que te digo, insignificante mirmidón, tienes que entender que existen excepciones a todas las reglas, y que me niego a ceder ante esta devoción tan obtusa. ¿Lo has entendido?

—Sinceramente, no, pero eso no importa —le contestó el oficial de guardia mientras alargaba una mano—. Tendrá que entregarme su báculo.

—Yo no seguiría discutiendo, Shavo —le aconsejó Nisato con un tono de voz tan arrogante y estirado como el del cardenal—. Incluso yo, un garante de la ley imperial, me he visto obligado a entregar el símbolo de mi puesto a semejante dignatario de palacio.

Togandis bajó la mirada a la pistolera vacía de Nisato y sonrió ante aquel aparente gesto de solidaridad, sin percatarse del tremendo sarcasmo en la voz de Daron.

—Bueno, cierto es. Debemos hacer un frente común ante semejante adversidad. —Luego se volvió y le entregó el báculo con gesto reacio al oficial de guardia—. ¡Y si descubro la más insignificante muesca en este báculo cuando regrese, haré que le caiga encima la mayor de las recriminaciones!

El oficial de guardia tomó el báculo y les indicó con un gesto cansino que podían pasar.

Nisato siguió sonriente al cardenal y ambos pasaron al patio, donde quedaron bajo la luz todavía brillante del sol en su paso de la mañana a la tarde.

El palacio se alzaba oscuro y amenazante por encima de ellos. Sus cañones y demás posiciones defensivas, aunque apuntaban hacia el cielo, seguían siendo un impresionante símbolo del poder del individuo que los tenía bajo su mando. El edificio, construido con bloques inmensos de piedra negra, le recordaba a Nisato los grandes castillos de su planeta natal, unas lúgubres fortificaciones situadas sobre los riscos de la costa.

Unos soldados con armadura de color escarlata patrullaban las zonas inferiores del palacio, con las falcatas desnudas al costado. Las placas rojas de las armaduras relucían bajo el sol, y el bronce de los cascos centelleaba como el oro, pero ni siquiera ellos podían llevar armas de fuego en aquel lugar.

A diferencia de muchos otros soldados que se comportaban de un modo ceremonial, los Falcatas Achamán eran veteranos junto a los que se había sentido orgulloso de luchar. Aquellos guerreros no cedían en combate, y luchaban con un ardor en sus entrañas que otros regimientos envidiaban. Ese ardor se había apagado desde el Día de la Restauración, pero las ascuas permanecían en sus corazones.

Un trío de transportes Chimera con la insignia de las Águilas Aullantes en los costados se encontraba aparcado justo delante del palacio, algo tan poco habitual que Nisato se preguntó quién habría viajado en ellos como para que les permitiera ese extraordinario honor.

Togandis se limpió de nuevo el sudor de la frente con un pañuelo.

—¿Vuestra orden de convocatoria incluía alguna pista sobre la naturaleza de esta audiencia? —le preguntó el cardenal.

Nisato hizo un gesto negativo con la cabeza y bajó el ritmo de las zancadas para permitir que Togandis se mantuviera al paso a su lado.

—No, pero lo cierto es que Leto siempre fue un hombre de pocas palabras, ¿verdad?

—Sin duda así era. Así era. Nada de arengas inspiradoras antes de la batalla. Tan sólo las órdenes, y precisas, que siempre había que seguir al pie de la letra.

Nisato recordó que eso en concreto era muy cierto. Él no era más que un comisario cadete cuando Leto Barbaden tomó el mando de los Falcatas

Achamán, y se había encargado en persona de ejecutar a unos cuantos oficiales de rango inferior que habían creído apropiado ejercitar sus propias iniciativas en su personal interpretación de las órdenes de Barbaden.

A Leto Barbaden no le gustaba que lo malinterpretasen ni esperaba que sus órdenes se cumplieran con nada inferior a la obediencia total. Por lo que Nisato sabía, los años que habían transcurrido desde que Barbaden había cedido el mando no lo habían hecho más blando, por lo que en cuanto recibió la orden de presentarse, dejó a un lado sus investigaciones sobre los Hijos de Salinas y se dirigió al palacio.

Hasta su encuentro con Togandis, Nisato había supuesto que se trataba de algo relacionado con el ataque que la columna de la coronel Kain había sufrido cuando regresaba a la ciudad. La presencia de los Chimera reforzaba esa idea, pero el hecho de que el cardenal se encontrara también allí sugería que se trataba de algo más.

—Lo del antiguo ayudante del gobernador Barbaden ha sido un asunto terrible, ¿verdad?

—¿Cómo dice? —le respondió Nisato, sorprendido por aquella pregunta repentina e inesperada.

—Me refiero a Hanno Merbal. Según tengo entendido, se suicidó de un disparo justo delante de usted.

—Sí, lo hizo —asintió Nisato, quien repentinamente sintió curiosidad.

—Era amigo suyo, ¿verdad? —preguntó Togandis, y Nisato estuvo a punto de echarse a reír ante el intento del cardenal de parecer indiferente.

—Lo era —le confirmó Nisato. Pensó que lo mejor era dar respuestas cortas, que Togandis fuera quien hablase.

—Humm, sí. ¿Tiene alguna idea de por qué haría algo así?

—Dígamelo usted, Shavo. Era su confesor, ¿no?

—Sí, sí que lo era, Daron —le contestó Togandis, cargando de desprecio el uso de su nombre de pila—. Pero estoy seguro de que sabe que el secreto de confesión es una confianza sagrada que no se puede romper.

—¿Ni siquiera con la muerte?

—Mucho menos con la muerte —insistió Togandis—. Los pecados de los confesos se encuentran en manos del Emperador. Lo que sí puedo

decirle es que tenía ciertos problemas con, digamos, el sentimiento de culpa.

—¿Por esto? —le preguntó Nisato al mismo tiempo que sacaba la medalla del águila dorada que Hanno Merbal le había enseñado antes de esparcir su cerebro por todo el bar.

Togandis apartó la mirada de la medalla, pero Nisato tenía experiencia suficiente como agente de la ley para reconocer un sentimiento de culpa en cuanto lo veía. Togandis se limpió la frente de nuevo con el pañuelo.

—No… no he pensado en Khaturian desde hace mucho tiempo —replicó Togandis, y Nisato captó la mentira.

—¿Estuvo allí? —le preguntó Nisato, y Togandis casi se encogió. Nisato ya sabía la respuesta, ya que el cardenal llevaba colgada una medalla idéntica en la pechera de la casulla.

—Sí, estuve allí —confirmó Togandis con voz apresurada—, pero no participé en la batalla.

—Por lo que he oído decir, no hubo mucha batalla.

Togandis no le contestó de inmediato y pensó que iba a hacer caso omiso de la pregunta, pero después de unos instantes el cardenal murmuró algo.

—No, no la hubo, pero…

—Pero ¿qué? —lo presionó Nisato, ansioso por enterarse de todo lo que pudiera de aquella batalla, de la que apenas se hablaba.

Sin embargo, antes de que Togandis pudiera contestar, los llamó una voz muy formal.

—Agente Nisato, cardenal Togandis, el gobernador Barbaden los espera. Síganme, por favor.

Nisato soltó una imprecación silenciosa para sus adentros y se obligó a sí mismo a sonreír cuando apartó la mirada de Togandis y la fijó en la forzada cortesía del rostro de Mersk Eversham.

El rostro de Eversham era estrecho y anguloso, pero su cuerpo, oculto bajo una levita de corte elegante, era sólido como una roca. Nisato había visto combatir a Eversham en numerosas ocasiones, por lo que sabía que era un luchador implacable y feroz, y se preguntó de nuevo cómo era

posible que Barbaden lo hubiera convencido de que se licenciase del regimiento. Era una anomalía dentro de los Falcatas, ya que se trataba de un individuo con cultura y buena educación que hubiera podido ascender con facilidad al rango de oficial, pero que había preferido alistarse como soldado raso.

En esos momentos servía a Leto Barbaden como ayudante, asistente, secretario personal y guardaespaldas. Ya hacía mucho tiempo que había sustituido al recientemente fallecido Hanno Merbal. Nisato tenía la certeza de que Eversham iba armado con unas cuantas cuchillas y armas de fuego que mantenía ocultas.

—Mersk —lo saludó Nisato, haciendo una leve inclinación con la cabeza—. ¿Cómo te encuentras?

—Me encuentro bien. Y ahora, si me siguen.

—Por supuesto, por supuesto —farfulló Togandis—. Vamos, Daron. No debemos hacer esperar al gobernador, ¿verdad?

—No, no querríamos que pasara eso.

Captó el leve indicio de una sonrisa engreída en el rostro de Eversham, y tuvo que contener el deseo de borrársela de una bofetada. En vez de eso, siguió al asesino personal de Barbaden y al cardenal mientras un destacamento de soldados de armadura roja formaban alrededor de los tres, con las falcatas relucientes bajo la luz del sol.

El simbolismo era obvio y cargado de significado, pero Nisato ni le prestó atención mientras los escoltaban hacia el palacio, donde recorrieron pasillos sinuosos, subieron estrechas escaleras de caracol y atravesaron estancias vacías y resonantes donde no había fuegos o risas que caldearan el ambiente.

Eversham no ofreció ocasión alguna de entablar conversación, y la extravagante locuacidad de Togandis desapareció ante la austeridad del palacio. Caminaron en silencio hasta que los soldados se detuvieron al extremo de un pasillo con retratos colgados a lo largo de las paredes. Nisato vio al final del mismo la forma encorvada y delgada de Mesira Bardhyl, y notó otra vez el familiar impulso protector que sentía hacia aquella mujer.

Siempre había sido una persona muy nerviosa, y no la habían tratado bien mientras sirvió como psíquica personal de Barbaden.

Los años que habían pasado desde el Día de la Restauración no la habían tratado mucho mejor.

—Por aquí —les indicó Eversham, aunque el camino era de sobras conocido tanto para Nisato como para Togandis.

Siguieron a Eversham por el pasillo. Togandis fingió admirar los retratos de los antiguos coroneles de los Falcatas mientras Nisato se preguntaba qué era lo que el cardenal había estado a punto de decir cuando Eversham lo interrumpió.

Mesira los saludó con una sonrisa tímida y un gesto de asentimiento. Nisato vio las bolsas oscuras que se le habían formado bajo los ojos y el modo en que la piel parecía colgar de su frágil cuerpo. Togandis hizo caso omiso de Mesira de un modo deliberado mientras Eversham llamaba con unos golpes secos a las puertas de madera de ese extremo del pasillo. El asistente de Barbaden esperó lo suficiente como para que le diera tiempo a oír una orden imperiosa antes de abrir de par en par las puertas.

Nisato, Togandis y Mesira siguieron a Eversham y entraron en la estancia, una biblioteca amplia y espaciosa amueblada con mesas largas y estanterías de libros que llegaban desde el suelo hasta el techo.

El gobernador Leto Barbaden se encontraba sentado en la mesa central de la biblioteca.

Era un individuo de estatura elevada, delgado y de cabello oscuro. Aquel cuerpo ascético estaba cubierto con un traje de corte impecable que recordaba la pompa de los uniformes militares debido a los botones de bronce, los pantalones con forro y laientes, pero era innegablemente civil. En el lado izquierdo del pecho se veía una hilera de pequeños galones de metal de aspecto digno y discreto.

El rostro de Barbaden era hermoso, y tenía el cabello oscuro y pulcramente recortada la barba salpicadas de canas, pero sus ojos conservaban la mirada de un depredador.

A pesar de lo imponente que era la presencia del gobernador, fueron las dos figuras que estaban de pie delante de él las que captaron por completo

la atención de Daron Nisato.

—¡Astartes! —exclamó el cardenal con sorpresa.

Ambos vestían unas túnicas de color claro, aunque no se habían subido las capuchas. Los ropajes tenían un aspecto ridículamente pequeño comparados con sus cuerpos potenciados. Ambos les sacaban la cabeza y los hombros a Verena Kain y a los soldados que se encontraban alineados a lo largo de las paredes de la biblioteca. Uno de los marines espaciales era esbelto, si una descripción semejante podía aplicarse a un musculoso gigante de dos metros y medio, mientras que el otro era un guerrero tremendamente fornido al que le faltaba un brazo a partir del codo.

Decir que Daron Nisato se quedó sorprendido por aquella extraña imagen sería quedarse muy corto.

—Ah, Daron, Shavo —los saludó Barbaden con voz extremadamente amable—. Me alegro de que hayáis podido venir.

«Como si tuviéramos elección», pensó Nisato.

—Tenemos unos invitados que insisten en contarnos un relato de lo más fantástico —añadió Barbaden a continuación.

El sol se iba adentrando más y más en el interior de la cueva, lo que había empujado a los sinpiel hasta sus profundidades más oscuras. Los aullidos y las demostraciones amenazantes de su poderío físico no habían detenido su avance, como tampoco lo habían logrado las súplicas o los gemidos de miedo.

El señor de los sinpiel sintió que la rabia que hasta ese momento bullía en su interior se convertía en furia cuando la odiosa luz los cercó en su último refugio. Ya no quedaba dónde ir, no quedaba lugar donde la tribu pudiera esconderse y protegerse del resplandor asesino.

La traición era completa.

Se apretujaron detrás de él, patéticos y temerosos. Sus cuerpos monstruosos y su tremenda fuerza no eran defensa alguna frente a la luz del sol que abrasaría sus cuerpos sin piel. A pesar de lo poco que se habían expuesto a ella, sus cuerpos ya estaban cambiando, ya que las lesiones que

habían sufrido se habían extendido y adquirido un color más pálido a medida que lo hacían.

Cuando la luz se hizo más fuerte, el señor de los sinpiel entrecerró los ojos. Empezó a sentir una sensación de constreñimiento en todo su cuerpo, como si lo estuviera envolviendo alguna clase de membrana invisible.

Le picó todo el cuerpo. Se llevó una mano a la cara y vio un extraño brillo blanquecino allá donde la luz del sol lo había tocado. El brazo le había cambiado del rojo y gris de la musculatura al descubierto a un color blanco luminoso.

Desconocía por completo lo que había ocurrido. Lo cierto era que su metabolismo había reaccionado a la repentina y sorprendente presencia de radiación ultravioleta activando la memoria genética de los implantes introducidos a su cuerpo. El órgano en cuestión incorporado a los marines espaciales era el melanocromo, un ingenio biológico diseñado para oscurecer la piel del guerrero y protegerlo de las radiaciones dañinas.

Los diferentes componentes del melanocromo habían sido alterados y acelerados más allá de lo razonable por la horrible naturaleza de su gestación en el interior de las matrices demoníacas de Medrengard, y en esos momentos se encontraban en pleno funcionamiento para crear la única defensa que sus imperativos biológicos instintivos le indicaban: la piel.

El señor de los sinpiel contempló como la membrana blanquecina se extendía todavía más, como fluía igual que un líquido ondulante que le subiera por el brazo hasta cubrirle los dedos, apretándose contra la carne y los huesos de su cuerpo.

Sorprendido, dio un paso adelante y colocó el brazo recién cubierto de piel bajo la luz que invadía la cueva. Sintió un cosquilleo, y la piel se oscureció pasando de un blanco lechoso a un rosado carnoso. Apartó el brazo y se fijó en que esa misma sustancia estaba cubriendo los cuerpos del resto de los miembros de la tribu.

¿Iban a estar completos de nuevo?

El señor de los sinpiel desconocía el motivo de aquel milagro, pero se puso de rodillas de todos modos y le dio las gracias al Emperador, porque ¿de dónde si no iba a proceder aquella maravilla?

Envalentonados por el cambio de su jefe, el resto de la tribu avanzó hacia la luz mientras sus cuerpos relucientes seguían el ejemplo del señor de los sinpiel.

Aullaron y gritaron cuando la luz los tocó, ya que sus cuerpos eran más degenerados que el de su líder y la luz todavía les quemaba. Miraron a su jefe en busca de una explicación, pero él no pudo darles ninguna.

Su cuerpo estaba cambiando, mutando. No sabía cómo ni por qué, pero el Emperador le estaba dando una oportunidad de mejorar, de convertirse en algo más que un simple monstruo. La furia que sentía, algo volátil y feroz, se retiró al interior de su corazón. No desapareció, pero la mantuvo a raya.

El señor de los sinpiel miró a su tribu.

—Esperad. El cambio llega. Lo que me pasa a mí también os pasará, no ahora, pero pronto.

Como sí quisiera demostrarles que tenía razón, dio un paso adelante hasta quedar completamente bajo la luz. Los demás aullaron de miedo y angustia, pero él siguió avanzando paso a paso bajo la luz hasta llegar a la boca de la cueva, en la ladera de la montaña.

Sintió que la luz le quemaba la piel, pero era una sensación hecha para disfrutar, no para temer. El recuerdo olvidado de la piel volvió con todo su esplendor. Estar cubierto de piel bajo el calor del sol, ¡y reconocer la sensación en el rostro!

Vio allá abajo las ruinas de la ciudad muerta, con las sombras entrecruzándose en las calles vacías.

Aunque, al mirar mejor, se dio cuenta de que no estaban vacías.

Uriel estaba ante el gobernador de Salinas, y supo que se encontraba en presencia de uno de los individuos más peligrosos que jamás hubiera conocido. Leto Barbaden, un hombre del que sólo había oído fragmentos inconexos de información, un hombre que hasta ese momento había sido un enigma.

Era evidente que al haber estado al mando de todo un regimiento, y en esos momentos de todo un planeta, a Barbaden no se lo debía subestimar,

pero Uriel vio la verdad de su ser al mirarlo a los ojos, fríos e inmisericordes.

En su anterior época de soldado, Uriel se había encontrado con toda dase de comandantes, algunos buenos, otros malos, pero en su mayoría eran hombres y mujeres que se esforzaban por tratar de cumplir con su deber y por mantener con vida a sus soldados. Era posible que Barbaden se preocupase de lo primero, pero era evidente que no le importaba lo más mínimo lo segundo.

Una vez los heridos quedaron atendidos en los barracones de las Águilas Aullantes, Uriel y Pasanius se habían embarcado de nuevo en un Chimera y habían atravesado a toda velocidad la ciudad. También habían partido unos cuantos Chimera para actuar como señuelos, pero en esta ocasión ese tipo de precauciones fue innecesario.

Habían visto muy poco de la ciudad en el trayecto, apenas poco más que unos destellos de ladrillo y de metal a través de las rendijas de visión. Uriel había tratado de memorizar el trayecto, pero no había tardado en abandonar tras un nuevo giro que lo llenó de confusión. Luego se habían detenido y puesto en marcha unas cuantas veces, sin duda debido al paso por alguna clase de puesto de control, y por último habían abandonado el transporte en un patio grande situado a los pies del palacio imperial.

El edificio era todavía más impresionante de cerca de lo que parecía a primera vista, ya que sus defensas y su armamento eran equiparables a los de muchas de las fortalezas de la periferia de Ultramar. La coronel Kain los había conducido a un grupo de barracones erigidos en la base del palacio, siempre acompañados por un destacamento de los soldados de armadura roja.

Los había recibido un individuo vestido con un largo abrigo negro, un hombre en quien Uriel captó los movimientos fluidos y los gestos ágiles de un asesino entrenado. Se lo presentaron como Evensham, el asistente personal del gobernador Barbaden. Uriel y Pasanius intercambiaron una mirada, y el antiguo capitán se sintió aliviado al ver que su amigo también había visto más allá de la falsa imagen del simple funcionario que fingía ser Eversham.

Les proporcionaron ropas limpias, y Uriel se quitó, agradecido, los restos de su armadura rota. Pasanius se había mostrado menos entusiasmado al respecto, y no había ocultado su reticencia a separarse de ella. Luego le había tocado a Uriel mostrarse reacio cuando un soldado se acercó para hacerse cargo de su espada de empuñadura dorada.

—Es un regalo de honor que me hizo un capitán de los Ultramanines —le advirtió Uriel.

—No tema por su equipo de combate —lo tranquilizó Eversham—. Lo llevaremos a la Galería de Antigüedades. Las armas y las armaduras como las suyas no le son desconocidas al conservador Urbican.

Era evidente que no había discusión posible respecto a aquello, por lo que una escuadra de soldados sudorosos se llevó todo su equipo de combate. Los dos, todavía bajo vigilancia armada, habían pasado por el bloque de abluciones para eliminar toda la suciedad que habían acumulado durante su paso por Medrengard, aunque Uriel dudó mucho de que un simple chorro de agua caliente lograra algo así.

Una vez tuvieron limpio el cuerpo, les entregaron unas túnicas sencillas que habían arreglado de forma apresurada para que pudieran ser utilizadas en sus cuerpos descomunales. Cuando consideraron que estaban en condiciones presentables para que los recibiera el gobernador, Eversham y la coronel Kain, que también se había cambiado y llevaba un uniforme limpio, los escoltaron a través del palacio, un lugar sombrío con pasillos de paredes revestidas de paneles de madera y escaso mobiliario, en el que apenas se veían objetos de decoración o nada que se pareciera a un cierto estilo que mostrara la personalidad del inquilino principal.

Aquél era un detalle revelador, ya que Uriel se había dado cuenta con el paso del tiempo de que en la mayoría de la gente era algo muy común el deseo de dejar su impronta en un planeta para hacer evidente su paso por allí y demostrar que habían sido importantes.

Uriel no vio nada parecido a aquello en las lúgubres estancias del palacio, y se preguntó qué indicaba sobre la mentalidad del individuo que consideraba aquel sitio como su hogar.

Finalmente habían atravesado un pasillo con las paredes cubiertas de retratos hasta llegar a una biblioteca de gran tamaño y bien provista de libros, en la que se encontraban una veintena de soldados que montaban guardia en el perímetro de la estancia. Sentado delante de un fuego rugiente estaba un hombre de cabello negro salpicado de canas. Tenía un porte rígido pero sin pomposidad alguna, y estaba tomando una bebida de color pardo rojizo en una copa redonda.

Eversham les dijo que tenía que marcharse a recoger a otros recién llegados, y Uriel y Pasanius se quedaron en compañía de Leto Barbaden y Verena Kain.

Kain se había colocado sin que nadie se lo dijera al lado de los soldados que estaban alineados en las paredes, y Barbaden los observó durante un largo momento con una mirada cargada de frialdad antes de ponerse en pie y dejar la copa en la mesa.

—Soy Leto Barbaden, comandante imperial de Salinas —se presentó—. ¿Quiénes sois?

—Soy el capitán Uriel Ventris, y él es el sargento Pasanius Lysane —le contestó Uriel.

—¿Es que él no puede hablar por sí mismo? ¿Ha perdido la capacidad de hablar? —quiso saber Barbaden.

—Puedo hablar cuando quiera —le contestó Pasanius.

—Pues entonces, hágalo —le sugirió Barbaden—. No deje nunca que los demás hablen por usted, sargento.

Uriel se sintió sorprendido y un tanto molesto por el tono de voz del gobernador, ya que, al igual que había hecho Kain, él tampoco mostraba el asombro o el temor reverencial que solía ser común en la gente ante la presencia de los Adeptus Astartes. De hecho, sus modales y su lenguaje corporal indicaban una hostilidad absoluta.

—Dice que es usted capitán, Uriel Ventris —continuó diciendo Barbaden mientras se sentaba en el borde de la mesa—. Capitán, ¿de qué capítulo?

—Formamos parte de los orgullosos guerreros de Ultramar. La Cuarta compañía: los Defensores de Ultramar.

—Por favor, capitán, deme respuestas concisas cuando le haga una pregunta. Detesto la locuacidad.

Uriel se irritó, pero notó que Pasanius esperaba de él que se mantuviera tranquilo, por lo que se esforzó por calmar su creciente cólera.

—Como desee, gobernador.

—Excelente —contestó Barbaden con una sonrisa—. Salinas es un mundo sencillo, y me gustaría que se mantuviese así. Procuro que todo sea sencillo, porque cuando una estructura se hace compleja, tiene más probabilidades de que algo salga mal. ¿Lo entiende?

Uriel creyó que se trataba de una pregunta retórica, por lo que no contestó.

—También me gusta que me contesten a las preguntas que hago, capitán. No pierdo el tiempo haciendo preguntas de las que ya conozco la respuesta.

—Sí, lo entiendo —replicó Uriel.

—Bien. —Barbaden parecía no darse cuenta de la creciente cólera de Uriel—. Es cierto que Salinas no es un planeta que carezca de problemas, pero ninguno de ellos es lo bastante importante como para que deba preocuparme demasiado. Sin embargo, que dos astartes aparezcan en mi planeta sin ninguna clase de aviso previo lo considero algo complejo que podría desestabilizar de un modo peligroso el funcionamiento de este mundo.

—Gobernador Barbaden, le aseguro que eso es lo último que querríamos que ocurriese. Lo único que queremos es regresar a Macragge.

Barbaden hizo un gesto de asentimiento.

—Ya veo. ¿Es ése su planeta natal?

—Sí.

—Como ya he dicho antes, capitán Ventris, me disgustan las complejidades. Añaden a la vida unas variables al azar que yo detesto. En general, confiamos en los finales predecibles para facilitar nuestro paso por la vida. Los hechos conocidos y los elementos predecibles son los cimientos sobre los que se construyen todas las cosas, y si trastocamos eso, bueno, pues se produce el caos.

—Por supuesto, gobernador… —empezó a decir Uriel.

—No he terminado de hablar —lo cortó Barbaden con sequedad—. A mí me da la impresión de que su presencia aquí es una de esas variables al azar y que lo mejor sería que simplemente me librara de ustedes.

El gobernador chasqueó los dedos y, de repente, todos los soldados que se encontraban alineados a lo largo de las paredes de la estancia alzaron sus rifles y apuntaron a Uriel y a Pasanius.

Uriel era incapaz de creerse lo que estaba viendo y oyendo. ¿Es que aquel individuo los iba a matar así, sin más? Calculó con rapidez el número y el tipo de armas que los apuntaban y las posibilidades de supervivencia. Ni siquiera la legendaria constitución física de un marine espacial sería capaz de resistir una andanada bien dirigida de aquellos soldados.

—Llegan a mi mundo sin aviso y sin pedir permiso —continuó Barbaden, apretando los dientes—. Entran en terreno prohibido, ¿y esperan que los trate como invitados de honor? ¿Por qué clase de idiota me toman?

—Gobernador Barbaden, le juro por el honor de mi capítulo que somos siervos del Emperador. Si me lo permite, le explicaré cómo hemos llegado a su planeta.

—Las explicaciones no son más que excusas. Quiero la verdad, y ahora mismo.

Uriel vio que a los ojos de Barbaden asomaba un arrebato de furia, pero observó que no pasaba de allí al resto de su cuerpo.

La furia del gobernador era algo perfectamente controlado, algo frío y que se apoyaba en su lógica interna, lo que le hacía ser más peligroso todavía, ya que no se veía afectada por otras emociones.

Barbaden podía destruirlos con un solo gesto y sin sentir arrepentimiento alguno. Uriel se descubrió pensando en la ironía que supondría haber sobrevivido a todo lo que el Ojo del Terror había lanzado contra ellos para acabar muerto a manos de un servidor del Emperador.

—Por supuesto —contestó Uriel, aunque la voz se le endureció ante aquel trato tan grosero—. Le contaremos toda la verdad respecto a nuestra llegada, y quizá entonces seamos capaces de llegar a un acuerdo por el cual nos podamos marchar.

—Eso está por ver, pero lo tendré en cuenta una vez haya oído lo que tienen que contarme.

Uriel se limitó a asentir, ya que no estaba dispuesto a ofrecerle a Barbaden nada que se pareciera ni remotamente a un agradecimiento.

—Gobernador, le advierto que se trata de un relato que parece imposible. Puede que haya partes que le cueste creer, pero le juro por mi honor que todo es verdad.

Sin embargo, antes de que Uriel pudiera empezar se oyó una llamada en la puerta.

—¡Adelante! —respondió Barbaden.

La puerta se abrió y Eversham volvió a entrar en la biblioteca por delante de otras tres personas.

Los recién llegados eran dos hombres y una mujer. Uno de los hombres era de estatura elevada, con un atractivo rudo. Tenía la piel tan oscura como la pesada armadura negra que ceñía su cuerpo. Uriel llegó a la conclusión de que debía tratarse de alguna clase de agente local de la ley.

El otro era un individuo grotescamente gordo, hasta el punto de la obesidad, una masa de carne cubierta de la cabeza a los pies con unas vestiduras escarlata y plateadas decoradas de un modo profuso. Uriel supuso que se trataba de un miembro de rango superior de la Eclesiarquía, quizá un cardenal. El individuo no hacía más que secarse la frente brillante por el sudor con un pañuelo ya empapado. Uriel percibió el olor rancio que emitían sus incansables poros.

El tercer miembro del grupo era una mujer delgada de aspecto agotado, un rostro de rasgos preocupados y un comportamiento nervioso. Uriel captó el olor de su miedo incluso por encima del olor del cardenal.

Ninguno de los tres ocultó su sorpresa al verlos a él y a Pasanius.

—Astartes —musitó el hombre gordo.

—Ah, Daron, Shavo —los saludó Barbaden—. Me alegro de que hayáis podido venir. Tenemos unos invitados que insisten en contarnos un relato de lo más fantástico.



SIETE

Se efectuaron las presentaciones de un modo rápido y sin formalidad: Daron Nisato, jefe de seguridad de la ciudad de Barbadus; Shavo Togandis, cardenal de Barbadus y pontifex maximus de Salinas y, por último, Mesira Bardhyl, antigua psíquica autorizada de los Falcatas Achamán y simple ciudadana. A Uriel no se le pasó por alto el gesto de desprecio que el rostro de Verena Kain mostraba hacia los tres.

Leto Barbaden tomó de nuevo en la mano la copa redonda y se sentó. Ocupaba el único asiento que había en toda la estancia, por lo que los demás se vieron obligados a quedarse de pie y ver como se recostaba en el respaldo y cruzaba una pierna sobre la otra. Barbaden movió la copa en dirección a Uriel.

—Puede comenzar su relato, capitán.

Uriel se tragó la rabia y se limitó a asentir.

Empezó por contar la misión que la Cuarta compañía había llevado a cabo en Tarsis Ultra y las batallas que allí había librado contra los tiránidos, una raza de depredadores surgidos de más allá de la galaxia que pretendían devorar toda la vida que existiese en el planeta. La voz de Uriel se llenó de orgullo a medida que narraba los numerosos combates que se produjeron ante las murallas de Ciudad Erebus y el valor de los regimientos de la Guardia Imperial que participaron en la defensa.

A medida que contaba la lucha desesperada por salvar Tarsis Ultra, el capitán fue notando el tremendo orgullo que los miembros presentes de los Falcaras sentían por los logros de sus camaradas de la Guardia Imperial.

Al final, las hordas del Gran Devorador fueron derrotadas en Tarsis Ultra, pero a un precio muy elevado.

Muchos de los guerreros de Uriel murieron, y los señores del capítulo no vieron con buenos ojos sus tácticas, demasiado heterodoxas. En cuanto los supervivientes de la Cuarta compañía regresaron a Macragge, Uriel y Pasanius fueron acusados de incumplir el Codex Astartes, la gran obra que guiaba los actos de los Ultramarines en todos los aspectos de su vida y que había sido escrita por su propio primarca milenios atrás.

—¿En qué consistió el castigo? —le preguntó Barbaden.

—Nos exiliaron del capítulo.

—¿Para qué?

—Lord Tigurius, el jefe bibliotecario de los Ultramarines, tuvo una visión sobre un tremendo mal y nos envió a destruirlo. Fue nuestra misión, nuestro juramento de muerte.

—¿Un juramento de muerte? Entonces, ¿no esperaban que regresaran?

—Pocos han regresado de encomiendas semejantes —admitió Uriel.

—Sin embargo, han cumplido su juramento de muerte.

—Así es. Viajamos a un mundo tomado por los Poderes Siniestros y nos abrimos paso a la fuerza hasta la fortaleza de un señor de la guerra enemigo. Después, logramos destruirla.

—¿Y todo eso lo hicieron sin ayuda? —quiso saber Verena Kain.

—No, no del todo —respondió Uriel, eligiendo con cuidado las palabras —. Nos aliamos con algunos habitantes del planeta. Juntos fuimos capaces de cumplir nuestra misión, y ahora lo único que queremos es regresar a nuestro capítulo.

Barbaden pareció pensar en todo lo que le había contado Uriel antes de hablar de nuevo.

—Un relato intrigante, capitán Ventris, pero no encuentro en todo lo que nos ha contado la respuesta a la pregunta que me ha estado acuciando desde que me informaron de su aparición. ¿Cómo consiguieron llegar hasta aquí?

—No estoy muy seguro de cómo fue, gobernador Barbaden —empezó explicando Uriel. Era consciente de que debía contar al menos parte de la verdad—. Buena parte de lo que nos ha ocurrido últimamente está más allá de mi comprensión, pero lo que sé es que fuimos transportados en el interior de un artefacto que de algún modo logró viajar entre este mundo y el Empíreo. Nos trajo hasta aquí y nos dejó en Khaturian. No sé dónde se encuentra ahora mismo ni por qué escogió este planeta.

Barbaden miró a Mesira Bardhyl, quien asintió con un gesto breve y nervioso. Uriel comprendió que el gobernador la estaba utilizando como una especie de decidora de la verdad con poderes psíquicos. Se alegró de haber tomado la decisión de no mentirle a Barbaden, ya que sospechaba que el gobernador ordenaría a los soldados que disparasen al primer indicio de falsedad.

—Bueno, pues aquí están —dijo Barbaden al cabo de un momento—. Dos heroicos marines espaciales que comienzan su odisea de regreso a casa. Debo admitir que todo esto posee un cierto tono épico, capitán Ventris. ¿Qué necesitan de mí?

Uriel dejó escapar un leve suspiro de alivio. Aunque no era una aceptación total o una disculpa, al menos era un paso en la dirección adecuada.

—Le pedimos permiso para enviar un mensaje astropátíco a Macragge, un mensaje que, evidentemente, usted deberá aprobar. Hemos cumplido nuestro juramento de muerte y ha llegado el momento de que regresemos a casa.

Barbaden se bebió lo que quedaba del líquido pardo y dejó la copa a un lado.

—¿Y si accedo a su petición?

—Entonces estaremos a vuestra disposición hasta que nuestros hermanos de batalla puedan llevarnos a casa.

Aunque a Uriel le desagradó tener que hacer aquella oferta, resultó muy evidente que la posibilidad de tener a dos marines espaciales bajo sus órdenes le gustó mucho a Barbaden. El gobernador sonrió.

—No son muchas las ocasiones en las que podemos contar con los guerreros del Adeptus Astartes.

Barbaden chasqueó de nuevo los dedos y los soldados pegados a las paredes de la biblioteca bajaron las armas.

—Sí, quizá su presencia sea justo lo que estábamos buscando para solucionar algunos problemas que hemos tenido últimamente, unos problemas que según me ha contado la coronel Kain también ha sufrido en primera persona.

—Así es —contestó Uriel, aunque sabía muy bien que, a estas alturas, el gobernador conocería todos los detalles sobre el combate librado esa misma mañana contra los Hijos de Salinas.

—Estoy seguro de que su ayuda fue muy bienvenida —apuntó Barbaden.

—No nos hacía falta ayuda —intervino Verena Kain, y Barbaden sonrió por la interrupción—. Pascal Blaise no es tan buen comandante, y sus insurgentes no son más que unos aficionados.

—Y a pesar de eso, Verena, te sorprendió con una emboscada que ha destruido bastantes vehículos de combate, unos vehículos que no nos podemos permitir perder.

La coronel Kain decidió sabiamente mantener la boca cerrada, y Barbaden continuó:

—Sí, creo que puede ser una ventaja disfrutar del apoyo de los Adeptus Astartes. La gente de este planeta necesita darse cuenta de que forman parte del Imperio y que resistirse al comandante designado no servirá de nada.

Barbaden se puso en pie y cruzó las manos a la espalda.

—Preparare una comunión entre usted y mi astrópata e intentaremos solucionar su viaje de regreso a casa. Mientras tanto, insisto en que se alojen como invitados en las estancias del palacio. Gozarán de la mejor de las hospitalidades, pero debo rogarles por su propia seguridad que no salgan de los muros de palacio sin ir acompañados de una escolta armada. Como ya han visto, las calles de Barbadus no son tan seguras como nos gustaría que fuesen.

Aunque se sintió sorprendido por el cambio de actitud de Barbaden, Uriel no quiso rechazar su oferta de ayuda simplemente porque no le gustase el gobernador. Hizo un elegante gesto de asentimiento antes de contestar.

—Es más que aceptable para nosotros, gobernador.

—Por supuesto —respondió Barbaden al mismo tiempo que hacía un gesto con el brazo para incluir a los demás asistentes que habían llegado antes de que Uriel comenzara su relato—. Ahora que ya hemos resuelto este asunto, tengo muchas otras tareas a las que atender, capitán Ventris. Además, debo hablar con mis consejeros superiores. Eversham les encontrará un alojamiento adecuado en las estancias de palacio. Le avisare en cuanto sea posible transmitir su mensaje.

—Muchas gracias, gobernador Barbaden —le contestó a su vez Uriel, aunque vio que el individuo ya se había desentendido de ellos. Eversham se

colocó al lado de Uriel.

—Si son tan amables de seguirme, por favor.

Uriel asintió y miró a su alrededor una última vez antes de marcharse.

Ni Togandis ni Nisato habían dicho una sola palabra mientras él relataba todo lo ocurrido, y Uriel se preguntó por qué les habrían hecho ir para escuchar ese relato. ¿Para qué los habría hecho asistir Barbaden?

Tendría que pensar en ello más tarde, porque Eversham estaba esperando a su lado, sin moverse.

Uriel y Pasanius le hicieron una inclinación de cabeza al comandante imperial de Salinas y salieron de la biblioteca siguiendo a su escolta.

—¿Y bien? —preguntó Barbaden. La máscara de cortesía y educación desapareció en cuanto los dos marines espaciales salieron de la biblioteca —. ¿Qué os parece?

Nadie quiso ser el primero en hablar, y Barbaden dejó escapar un suspiro. Su reputación era tal que nadie se atrevía a expresar una opinión hasta que sabían hacia qué lado se inclinaba. No estaba de humor, así que insistió.

—Creo que hay más en Uriel Ventris y en Pasanius Lysane de lo que se ve a primera vista, ¿no os parece?

Sorprendentemente, Shavo Togandis fue el primero en hablar.

—Son Adeptus Astartes, mi señor. ¿Qué es lo que sospecha?

—Eso era lo que yo te preguntaba a ti, Shavo. No me gusta que den la vuelta a mis consultas y luego me hagan las preguntas a mí.

—Le pido disculpas, gobernador —se apresuró a decir Togandis, que evidentemente ya estaba lamentando su opinión apresurada.

Barbaden caminó entre sus subordinados y pronunció cada palabra con una claridad deliberada para que no hubiera lugar a la confusión. El tiempo que sirvió en el cuerpo administrativo de las Falcatas Achamán, antes de tomar el mando del regimiento, le había enseñado el valor de la claridad.

—El capitán Ventris proclama que viene de un mundo que ha caído bajo control de los Poderes Siniestros. Bueno, cardenal, ¿no sería inteligente por nuestra parte que aseguráramos los aposentos que les vamos a asignar con

escrituras sagradas, protecciones y salvaguardas similares? Me imagino que existe alguna oración con la que se podría averiguar si están corrompidos.

—Ah, bueno, sí. Estoy seguro de que existe algún párrafo que cumple la función. Quizá en los Sermones de Sebastian Thor, o en las Bendiciones y raciones…

—No necesito el ejemplo concreto —lo cortó Barbaden—. Encuentra un párrafo adecuado y procura que se utilice. Si traen alguna clase de corrupción con ellos, no quiero que ande suelta por mí planeta.

Una vez acabó con Togandis, Barbaden fijó la mirada en Daron Nisato, el sólido y fiable Nisato. Barbaden notaba el disgusto que producía en él, pero se lo toleraba porque era muy bueno en su trabajo y un individuo honesto.

Por eso lo había hecho salir de las Águilas Aullantes. Se sacó aquello de la cabeza.

—¿Qué hay de ti, Daron? ¿Qué piensas del capitán Ventris?

Nisato se irguió un poco más.

—No creo que nos esté mintiendo.

—¿Ah, no? Entonces te está fallando el instinto.

Nisato hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No lo creo, mi señor. Aunque no me parece que Ventris esté mintiendo, sin duda hay más en todo este asunto de lo que nos ha contado. Fue muy vago en su explicación sobre el modo en que llegaron a Salinas y sobre el planeta del que han venido, y cuando una persona es vaga en sus explicaciones, suele ser porque sabe que si da los detalles, éstos no le traerán más que problemas.

—Entonces, ¿crees que deberíamos presionarle para que nos diera esos detalles?

—Eso depende de si queremos crear problemas.

—No —contestó Barbaden, mostrándose de acuerdo—. Procuro evitar los problemas, Daron. Muy bien. Investiga la emboscada de esta mañana, efectúa unos cuantos arrestos, sacude el árbol y a ver qué cae. Quiero unas cuantas cabezas clavadas en picas esta misma tarde. No me importa de quiénes sean, ¿entendido?

Nisato asintió y se dio la vuelta. El agente le susurró algo a Shavo Togandis mientras se iba, aunque Barbaden no logró oír qué fue. El gobernador sonrió. El pobre Nisato. Siempre intentaba atar los cabos sueltos, y nunca era lo bastante astuto para darse cuenta de que algunos cabos sueltos no querían o no necesitaban ser atados.

Una vez se marchó Nisato, Barbaden se volvió hacia Mesira Bardhyl y se fijó en lo desaliñado de su aspecto y en lo demacrado de su rostro. Chasqueó los dientes. Lo mínimo que podría haber hecho aquella mujer era arreglarse para tener una apariencia más apropiada para una visita a palacio.

Barbaden había visto la misma expresión agotada y demacrada en el rostro y los ojos de muchos astrópatas, y se preguntó si ese aspecto general de tristeza sería el habitual entre los psíquicos del Imperio. Dejó a un lado aquella pregunta por considerarla irrelevante.

—¿Qué hay de usted, señorita Bardhyl? ¿Puede arrojar un poco más de luz en todo lo que se ha dicho aquí hasta el momento?

Mesira Bardhyl hizo un gesto negativo con la cabeza y mantuvo la mirada fija en un punto del suelo situado entre sus dos pies. Barbaden alargó una mano y le levantó la barbilla hasta que sus miradas se encontraron.

—Cuando hago una pregunta, espero una respuesta, Mesira. Sería una pena que llegara a sospechar que tu capacidad psíquica ha permitido que una pizca de disformidad entrara en esa linda cabeza y que tuviera que ordenarle a Daron que te pegara un tiro en ella, ¿verdad?

En los ojos de Mesira aparecieron las lágrimas, y Barbaden frunció los labios en gesto de disgusto. Las lágrimas no le gustaban, sobre todo las lágrimas de las mujeres, y se acercó un poco más cuando ella murmuró algo.

Luego la abofeteó con fuerza en la cara.

—Habla de una vez, Mesira. Creía que tendrías el suficiente sentido común como para saber que tu comportamiento histérico de esta mañana ya me había irritado lo suficiente y que deberías ahorrarte todo ese drama en mi presencia.

—Si, gobernador. Lo siento, gobernador.

—Muy bien —le dijo Barbaden mientras le secaba las lágrimas de las mejillas hundidas—. Ahora que has recobrado la compostura, ¿puedes decirme algo que nos sirva? Y por favor, ahórrate las hipérboles que soltaste esta mañana.

Mesira Bardhyl se recuperó haciendo un esfuerzo evidente, se frotó los Ojos y respiró profundamente.

—Es… es difícil de describir —empezó diciendo.

—Por favor, inténtalo —le dijo él, pero con un tono de voz que le indicó a las claras que no se trataba de una petición.

—El agente Nisato tiene razón. El capitán Ventris no nos ha mentido, pero tampoco ha contado toda la verdad. Cree en lo que dice, de eso estoy segura, y no capté corrupción alguna en sus palabras, pero respecto a lo que los trajo aquí…

—¿Qué hay de eso?

—No sé qué fue, pero se trata de algo poderoso, muy poderoso. Se abrió paso hasta este mundo y luego abrió otro agujero en las puertas del Empíreo, y una gran cantidad de energía atravesó ese agujero.

—¿Qué quiere decir todo eso? En términos prácticos.

—No lo sé. —Su cuerpo se puso tenso al admitir su ignorancia—. Creo que por eso aparecieron en el Campo de… en Khaturian.

—Explícate.

Mesira miró a las personas que tenía a su alrededor en busca de alguna clase de apoyo. No encontró nada parecido, por lo que siguió hablando. Barbaden captó la resignación de su mirada.

—Todos sabemos lo que ocurrió en Khaturian, lo que hicimos… La envergadura de lo que hicimos… Ese tipo de acontecimientos no se olvidan, ni en este mundo ni en ningún otro.

»Cuando muere una persona, su… alma, a falta de una palabra más adecuada, queda liberada en la disformidad y suele disiparse en el torbellino de energías que existe allí. Sin embargo, a veces, cuando alguien muere y su alma alberga rabia, miedo o ira, o algún otro tipo de emoción lo suficientemente fuerte como para mantenerse coherente en la disformidad, ejerce su propia atracción.

—¿Atracción a qué?

—Al lugar donde murió —le aclaró Mesira—. Fuera lo que fuese lo que trajo al capitán Ventris, era algo terrible, algo que se alimenta de la muerte y del derramamiento de sangre. Khaturian actuó como un imán.

—¿Dices que lo que trajo a Ventris ya se ha marchado?

Mesira asintió.

—Sí, apenas estuvo unos momentos aquí, pero su poder es tan enorme que las paredes que nos separan de la disformidad quedaron muy desgastadas, y ya eran bastante débiles.

—Todo eso no son más que supersticiones estúpidas —barbotó Shavo Togandis—. Mesira, el nuestro es un planeta piadoso. Es cierto, tenemos problemas algunas veces, pero somos muy concienzudos en la eliminación de psíquicos.

Barbaden sonrió ante la velada amenaza de Togandis.

—Nuestra fe mantiene a raya a la disformidad —siguió diciendo el cardenal—. Siempre ha sido así, y siempre lo será.

—¿Eso piensas, Shavo? —Le gritó Mesira—. Pues entonces eres un estúpido. ¿Por qué crees que este sistema es tan inestable? ¿Qué crees que fue lo que nos trajo aquí? La disformidad se mete en las pesadillas de los habitantes de este sistema. ¡Les llena los sueños con pensamientos de muerte y de guerra! Y ahora lo hace en los nuestros.

Mesira había empezado a retorcerse las manos, como si estuviera desesperada por arrancarse la piel de la carne o limpiar alguna clase de impureza imaginada. Barbaden vio el destello de la locura en Mesira Bardhyl mientras ésta se echaba de nuevo a llorar.

—Todos habéis debido notarlo —gimió—. ¡Estábamos allí! ¡Que el Emperador nos ayude, estábamos allí!

Barbaden se acercó de nuevo a Mesira y la agarró por los hombros con fuerza. Ella se fue callando y luego lo miró a los ojos.

—Lo siento… Lo siento. Por favor —susurró—, no quiero vivir así. Por favor, no puedo…

—Chissss. Tranquila.

Mesira asintió con gesto repetido y nervioso y se abrazó a sí misma. Barbaden negó con la cabeza ante semejante muestra de debilidad. Volvió a su silla y se sentó sobre el confortable cuero, una señal inequívoca de que la reunión había terminado.

Verena Kain le entregó otra copa de raquir añejo, lo único de Salinas que había acabado gustándole. El deseo de la coronel por agradarle era tan obvio como sus ganas de sucederle en el cargo. Sonrió antes de tomar un sorbo del licor, y disfrutó de la sensación de frescura que le quedó en el fondo de la garganta.

—Podéis retiraros.

El jefe médico Serj Casuaban había pasado tantos años en la Casa de la Providencia que ya no notaba el olor a sangre. Las propias paredes estaban tan impregnadas del fluido vital que no importaba que los servidores oxidados y chirriantes las limpiaran a conciencia de forma regular: no había esfuerzo capaz de borrar por completo aquel olor.

Se preguntó cuántas vidas se habrían apagado en aquel triste lugar. La respuesta le llegó de inmediato: demasiadas.

Sus botas resonaban con fuerza contra el suelo de rejilla del pasillo mientras recorría las salas de enfermería que se abrían a lo largo del piso central de las instalaciones. A Casuaban le sorprendía todos los días la ironía de que tres Capitol Imperialis, una de las máquinas de guerra más poderosas jamás creadas por el Imperio, hubieran acabado unidas para crear un complejo médico.

Soltó un bufido al pensar en semejante descripción. Sí, era verdad que mucha gente salía con vida de la Casa de la Providencia, pero no eran más que sombras de su antiguo ser, con miembros amputados, cicatrices horribles que les cubrían el cuerpo o desfigurados de cualquier otro modo, gracias al ingenio humano para hacerse daño los unos a los otros.

Los diez años de conflicto entre la administración de Leto Barbaden y los Hijos de Salinas les habían costado muy caro a los habitantes del planeta.

Casuaban era bastante alto, por lo que se vio obligado en numerosas ocasiones a inclinarse mientras avanzaba por el lugar. Los lamentos de la gente moribunda lo rodeaban por doquier. Tenía el cabello del color de las paredes de hierro y su rostro estaba lleno de arrugas, como el cuero viejo que ha pasado demasiado tiempo expuesto al sol. Su cuerpo mostraba la corpulencia propia de un soldado, pero diez años sin tener que pasar comprobaciones físicas semanales le habían añadido algo de peso.

Los camilleros y las enfermeras se afanaban atendiendo a los centenares de personas que llenaban el lugar. Todos lo saludaron con un gesto de asentimiento al pasar. En algunas caras vio un respeto forzado y en otras una tolerancia sin palabras. Sabía que no podía esperar menos.

Se dirigió a un compartimento lateral, una estancia que antaño había albergado los sistemas de disparo de las armas defensivas de la máquina de guerra. En su lugar habían colocado camastros de estructura de hierro pegados unos a otros, y en cada uno de ellos había un cuerpo roto y patético que se parecía a un ser humano sólo de un modo superficial.

Saludó a uno de los enfermeros, que estaba colocándole un goteo intravenoso al paciente más cercano. Un artefacto cuadrado, del que salía un manojo de cables que estaban conectados a la desoladora figura postrada en la cama, emitía pitidos de forma irregular.

—¿Cómo está? —le preguntó Casuaban.

—¿Cómo cree que está? Se muere —fue la respuesta.

Casuaban se limitó a asentir y se quedó a los pies de la cama, procurando parecer no afectado mientras tomaba en la mano el gráfico de la muchacha y comprobaba cómo había cambiado su estado durante la noche.

Se llamaba Aniq, y lo que quedaba de ella se agitó en el camastro. Se había visto obligado a amputarle las dos piernas por encima de la rodilla, y el brazo izquierdo le faltaba por completo. Todo el cuerpo de Aniq se había convertido en una masa de vendas, gasas y piel sintética, en lo que era un intento desesperado por impedir que muriera, aunque Casuaban sabía que era algo condenado al fracaso.

Aniq y su familia se habían visto atrapados en mitad de un enfrentamiento entre los Hijos de Salinas y una patrulla de los Falcatas que

se había producido en uno de los asentamientos de la parte sur de Barbadus. Los proyectiles sólidos y los disparos láser habían atravesado el chasis del Chimera que la familia de Aniq consideraba su hogar. La metralla había matado a sus dos padres y le había acribillado las dos piernas y el brazo izquierdo. La mezcla volátil de un combustible producido artesanalmente había estallado en mitad del combate y le había cubierto el cuerpo de fuego.

La chica moriría esa misma noche. Habría muerto días atrás, pero era una muchacha fuerte, y Casuaban sabía que era su deber, su penitencia, luchar todo lo que pudiera por salvarla, del mismo modo en que ella estaba luchando por vivir.

—Aumente la dosis de anestésico —le indicó al enfermero.

—No servirá de nada. La chica no va sobrevivir —le contestó. Casuaban se sintió furioso de repente.

—Tiene un nombre. Se llama Aniq —le replicó.

—No, no es más que otro modo de acallar su conciencia, doctor —bufó el enfermero antes de marcharse.

Casuaban no le hizo caso y se acercó al regulador de goteo para ajustar el flujo de morfia él mismo. Puede que no fuera capaz de salvarla, pero al menos podía aliviarle el sufrimiento.

El médico ya había visto guerra más que suficiente a lo largo de sus años de servicio en los Falcatas como para doce vidas. Tenía la esperanza de que cuando acabara su dedicación al regimiento podría retirarse a un lugar cálido donde pasaría sus últimos días esforzándose por olvidar la capacidad del hombre para la violencia. Jamás se imaginó que los Falcaras se ganarían el derecho a reclamar un planeta para ellos. Después de todo, ¿qué regimiento había conseguido dejar el servicio por completo?

Se oían relatos sobre planetas colonizados por regimientos heroicos de la Guardia Imperial, pero ninguno llegaba a conseguirlo, ¿verdad?

Pero los Falcatas lo habían hecho.

Fueron designados «ejército de conquista» por parte del general Shermi Vigo, y habían reclamado Salinas como suyo, pero en vez de acabar una guerra y establecer una dinastía política, la conquista se había convertido en un regalo envenenado.

Y la esperanza de Casuaban de llegar a una jubilación pacífica se había desvanecido.

Recordó el día en que murieron sus sueños.

Fue en el Campo de la Muerte, en mitad del páramo lleno de ceniza en que se había convertido Khaturian.

Después de la matanza había caminado por el paisaje bélico de pesadilla entre asombrado y aturdido. Las calles y los pocos edificios que quedaban en pie estaban llenos de cadáveres quebradizos en posición fetal, tal había sido el calor infernal que había asolado la ciudad.

Aquél fue el día en que su mundo se vino abajo, cuando todas sus creencias habían quedado destrozadas y había comenzado su búsqueda de la expiación. Bajó la vista de nuevo hacia la chica, e intentó contener la oleada de arrepentimiento que lo asaltaba cada vez que la veía.

¿Qué había hecho ella para ganarse la ira de Leto Barbaden y de los Falcatas?

Nada. No había hecho nada. Simplemente había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado, como la mayoría de la gente de la Casa de la Providencia.

—No te merecías esto —susurró.

Los párpados de la chica se abrieron al oír su voz. Movió la boca sin emitir sonido alguno, pero le suplicó con los ojos a Casuaban que la escuchara.

El médico se le acercó y se agachó a su lado. La voz de la chica fue poco más que un suspiro contra su mejilla.

—Tú estabas allí —le susurró, y él se encogió como si lo hubieran golpeado.

Casuaban se apresuró a ponerse en pie mientras el corazón le martilleaba con fuerza contra las costillas. Se apartó del camastro. La figura destrozada de la chica se había convertido en algo absolutamente espantoso para él. Se dio la vuelta y prácticamente salió corriendo de la estancia, igual que si estuviera huyendo.

Serj Casuaban fue avanzando por las salas de enfermería ajustando los niveles de fármacos, efectuando anotaciones en los informes y enfrascándose en un millar de tareas con tal de tener la mente ocupada y no pensar en lo que acababa de oír.

Empezaba a anochecer y ya estaba casi agotado cuando acabó con la ronda. La poca luz que entraba por las ventanas había pasado a ser un crepúsculo grisáceo antes de que se hubiera dado cuenta. Las tiras de iluminación sin protección alguna colgaban de cables atornillados a los techos de los pasillos, y su brillo enfermizo le hacía experimentar unas leves náuseas.

Se abrió camino a través de la sección central de la Casa de la Providencia y subió las escaleras que llevaban al puente de mando, donde tiempo atrás comandantes generales y señores de la guerra habían planeado la destrucción de objetivos a una escala gigantesca. La estancia tan sólo albergaba una mesa de escritorio pequeña, un par de sillas, el camastro en el que había pasado muchas noches incómodas y toda una pared cubierta de estanterías con drogas cerradas con llave.

Casuaban dejó en la mesa las notas que había tomado durante la ronda y se dejó caer en la silla metálica e incómoda que había al otro lado. Las palabras que había oído de labios de Aniq le resonaban en la cabeza como en sus peores pesadillas, y sabía que había un modo seguro de apagar el dolor y la culpa que provocaban. Abrió un cajón y sacó una botella sin etiqueta y un par de vasos pequeños. Colocó ambos sobre la mesa y los llenó.

—No tiene sentido que te escondas —dijo en voz alta—. Tómate algo conmigo.

Una sombra se separó de la pared y Pascal Blaise se sentó en la silla situada enfrente de Casuaban.

—Hola, Serj. ¿Cómo sabías que estaba ahí?

—Porque a diferencia de todo lo demás, tú no hueles a muerte.

—Es irónico, ¿no te parece?

—Quizá lo sería si pensara en ello. ¿Qué quieres?

—Ya sabes lo que quiero —le contestó Pascal al mismo tiempo que levantaba el vaso para tomar un sorbo de raquir.

—No puedo darte más material médico. Incluso nosotros ya nos estamos quedando sin material.

—Pídele más a Barbaden.

—Me dirá que no.

—A ti no te dirá que no.

—Te encanta esto, ¿verdad?

—¿El qué?

—El hecho de que el material médico que utilizas para los tuyos te lo proporcione Leto Barbaden.

—Existe una cierta justicia poética a ese respecto —admitió Pascal—. Pero eso es aparte. Hoy hemos sufrido unas cuantas bajas.

—Eso he oído. Atacasteis a las Águilas Aullantes de Verena Kain.

Pascal sonrió.

—Sí, eso hicimos. Ella se nos escapó, pero golpeamos duro a esos cabrones.

—¿Cuántos heridos tienes?

—Demasiados. Aparte de los diez muertos, tenemos dieciséis heridos. Mis hombres necesitan vendas, morfia y antisépticos.

—No puedo darte tanto —protestó Casuaban—. Trae a tus heridos aquí.

—No seas idiota —le replicó Pascal—. ¿Crees que Barbaden no tiene a Nisato y a sus esbirros vigilando este sitio por si se me ocurre hacerlo?

Casuaban se echó a reír.

—Pero tú sí que estás aquí, ¿verdad? Dime quién es el idiota.

—Sé cómo moverme sin que me vean, y sólo soy yo. Creo que alguien se daría cuenta de la llegada de dieciséis heridos en combate.

—No puedo pedirle más suministros a Barbaden —insistió Casuaban, aunque él mismo notó el tono de derrota en su voz.

Sabía que le daría a Pascal lo que quisiera, lo supo desde que sintió su presencia en la oficina.

—Sé que esto te viene muy mal, Serj —le dijo Pascal ofreciéndole unas palabras conciliadoras al ver la derrota reflejada en los ojos de Casuaban—, pero sabes que estás haciendo lo correcto, ¿verdad?

—Lo correcto? Ni siquiera sé ya lo que es eso. Creía saberlo cuando servía con los Falcaras. He visto demasiados hombres y mujeres jóvenes destrozados por tus bombas, los he oído gritar y llorar suplicando la presencia de sus madres, así que te odio. Odiaba a los Hijos de Salinas y todo lo que representaban. Tenía la certeza del odio.

—Y entonces pasó lo del Campo de la Muerte —apuntó Pascal.

—Y entonces pasó lo del Campo de la Muerte —repitió Casuaban—. Después de eso, me sentí perdido. Me quedé observando como Leto Barbaden ordenaba el comienzo del ataque, y supe que estaba mal, pero no dije nada, no hasta que ya fue demasiado tarde.

Pascal se tomó de un trago el raquir que quedaba y dejó el vaso en la mesa.

—Cuando mañana tú y el cardenal Togandis os ocupéis de los necesitados, deja los suministros en el Leman Russ marcado. Verás la señal.

Se produjo un silencio incómodo.

—No has preguntado… por él —dijo Casuaban al cabo.

Pascal se pasó la lengua por los labios.

—¿Sigue con vida?

—Sí —le confirmó Casuaban—. ¿Es que lo dudabas?

—Sylvanus Thayer siempre fue un cabrón muy duro —contestó Pascal al mismo tiempo que lanzaba una mirada nerviosa a las escaleras que llevaban de regreso a las salas de enfermería.

—¿Quieres verlo?

—No, no tengo ningunas ganas.

Casuaban vio como Pascal hacía el signo del aguila sobre su pecho. Se echó a reír.

—Eso sí que es una ironía —dijo con amargura.

Uriel contempló la ciudad desde arriba mientras la oscuridad se deslizaba sobre ella. Desde aquella altura tenía un aspecto pacífico, pero la emboscada que habían sufrido por la mañana desmentía esa impresión. Barbadus era una ciudad en plena guerra, bajo el control de las fuerzas imperiales, pero azotada por la disensión y los insurgentes, que se enfrentaban a sus gobernantes legítimos sin darles un respiro.

Aunque a Uriel no le gustaba Leto Barbaden, era el dirigente legítimo de Salinas, y ninguna clase de insurgencia podría cambiar eso. Salinas había sido ganado para el Imperio mediante una guerra de conquista, y el mundo les pertenecía para gobernarlo en nombre del Emperador.

Sin embargo, había algo que inquietaba a Uriel, la sospecha de que no todo era lo que parecía ser, que bajo la superficie de todo aquello se escondían algunos secretos, y que esos secretos podrían cambiar su percepción de aquel planeta si llegara a enterarse de ellos.

Se apartó de la reluciente ventana protegida por una pantalla invisible y regresó al aposento que les habían preparado. En lo que se refería a lugares de reclusión, era mucho más cómodo que otros en los que se había visto obligado a permanecer. Había dos camas, más grandes de lo habitual pero pequeñas en comparación a un marine espacial, y cada una de ellas estaba pegada a una de las dos paredes enfrentadas entre sí. A los pies de cada cama habían colocado un armario pequeño, aunque ni Pasanius ni él tenían nada que guardar.

—¿Has visto algo interesante por ahí fuera? —le preguntó Pasanius.

Su amigo estaba sentado en el suelo frotándose con gesto despreocupado el muñón del brazo, y se quedó mirando como caminaba arriba y abajo por la estancia. Pasanius parecía completamente relajado, y Uriel sintió envidia por la capacidad de su sargento para encontrar un lugar tranquilo en su interior, sin importar cuáles fueran las circunstancias.

—No. Todo parece estar bien ahora mismo —respondió, calmado sólo por el hecho de ver a Pasanius.

—Entonces siéntate, por el amor del Emperador. Vas a dejar una marca en la alfombra —le sugirió Pasanius, al mismo tiempo que levantaba un pichel de bronce que tenía en el suelo a su lado—. Toma un poco de vino. No es tan bueno como las cosechas de Calth, pero se puede beber.

Uriel tomó la copa que había en una mesa situada al lado de la cama y se sentó en el suelo frente a Pasanius. Le alargó la copa y Pasanius se la llenó hasta arriba. Tomó un largo trago, y le gustó, a pesar de las reservas del sargento respecto a su calidad.

—No está mal.

—Es pasable. ¿Te acuerdas de los vinos de Calth?

—De algunos de ellos. ¿A qué viene ese interés repentino por los vinos de mi planeta?

—Hablaban un dialecto precioso en las cavernas —continuó diciendo Pasanius—. Todavía me acuerdo de la primera vez que hablé contigo. Apenas logré entender nada de lo que decías.

—Tenía su propio carácter, sí —respondió Uriel, que empezaba a ver adónde quería ir Pasanius.

—Recuerdo que tardaste años en quitarte ese acento. ¿Todavía te acuerdas de cómo hablabas?

—Un poco —le contestó Uriel, cambiando de inmediato al dialecto que hablaban los habitantes de las cavernas de Cakh—. Es el tipo de cosas que nunca dejas atrás.

Uriel tenía seis años la última vez que había hablado en aquel dialecto, pero su capacidad de memoria incrementada le permitió acceder a los centros de lenguaje del cerebro como si hubiera sido el día anterior.

—Eso es —dijo Pasanius, riéndose y cambiando también al mismo dialecto de Calth, una forma de hablar que nadie ajeno al sistema de Ultramar sería capaz de entender. Sin duda, cualquiera que estuviera escuchando la conversación quedaría confundido, e incluso las máquinas cogitadoras más sofisticadas tendrían que esforzarse para comprender un habla tan específica.

—Muy sutil —le felicitó Uriel a la vez que alzaba la copa en un brindis burlón.

—Tengo mis momentos.

—Yo recuerdo la última vez que nos sentamos a beber así —comentó Uriel.

Pasanius asintió.

—Sí, en el Vae Victus, en el sistema Tarsis Ultra. Aquélla fue una gran victoria.

—Supongo, pero nos costó mucho, y mira adónde nos ha llevado.

—Ése eres tú. Siempre mirando las nubes en lugar de buscar el rayo de sol. ¿Qué mire adónde nos ha llevado? Salvamos Tarsís Ultra. Logramos destruir las criaturas demoníacas de Honsou y estamos de regreso a casa. Piensa en todo el bien que hemos hecho, en el que todavía seguiremos haciendo.

Uriel sonrió.

—Como siempre, tienes razón, amigo mío. Tienes una rara habilidad para llegar al meollo de las cuestiones.

—Es un hecho conocido de sobra por todos que los sargentos son el cerebro de cualquier ejército.

—¿Por qué es tan importante que estemos hablando en el dialecto de Calth?

—Tenemos cosas de las que hablar —contestó Pasanius, poniéndose serio de repente—. Son asuntos que es mejor que otros no oigan, asuntos que debemos dejar claros.

—Muy bien. ¿Asuntos como cuáles?

—Como los sinpiel. ¿Cuándo piensas mencionárselos a Barbaden?

—No lo sé —admitió Uriel—. Había pensado decir algo al respecto una vez nos hubiéramos presentado en condiciones, pero después de conocerlo, ya no estoy tan seguro de hacerlo.

—Sé a qué te refieres. No creo que Leto Barbaden fuera muy comprensivo al respecto.

—Los mataría en cuanto les pusiera la vista encima.

—Entonces, ¿qué hacemos con ellos? No puedes dejarlos allí. Sé que tienes la esperanza de que la sangre de héroes que les corre por las venas prevalecerá sobre sus comportamientos más animales, pero incluso si es así,

no durará para siempre. Más tarde o más temprano se convertirán en lo que eran en Medrengard.

—Es posible, pero no pienso abandonarlos. Dieron todo lo que tenían con tal de ayudarnos a acabar con Honsou. La mayoría de ellos murieron en ese empeño. Se lo debemos.

—Es cierto —admitió Pasanius—. Se lo debemos, pero procuremos que no nos maten intentando pagarles esa deuda.

—Quizá podríamos comentárselo al cardenal.

Pasanius lo miró con gesto de escepticismo.

—¿El tipo gordo? No creo que Barbaden le haga mucho caso. No creo que le haga mucho caso a nadie, tú ya me entiendes.

—Sí —contestó Uriel después de tomar un sorbo de vino—. Ya he visto antes a otros como él. Son comandantes que se aíslan por completo del hecho de que están al mando de soldados de carne y hueso. Para gente como Barbaden, las ideas de honor y valor no son más que caprichos, algo inútil. Para ellos, la guerra tan sólo consiste en números, logística, causa y efecto.

Pasanius asintió.

—Sí, son tipos peligrosos.

—Los más peligrosos de todos. A ese tipo de comandantes no les importa cuántos soldados mueren con tal de conseguir sus objetivos, siempre que logren la victoria.

—¿Y cómo es posible que un individuo como él llegara a ponerse al frente de un planeta?

—Los Falcatas eran un ejército de conquista. El derecho a asentarse en un planeta conquistado es el mayor honor que el Imperio le puede conceder a un regimiento de la Guardia que ha luchado durante más de diez años. Barbaden era el coronel del regimiento, así que lo normal era que lo nombraran gobernador, y no me sorprendería que la mayor parte de la jerarquía del planeta esté formada por antiguos miembros de la Guardia Imperial.

—Soldados que lucharon en algunas de las zonas de combate más terribles de toda la galaxia año tras año, y que ahora están a cargo de un

planeta.

—Exacto. Todos esos años de matanzas y, de repente, todo se acaba.

—Y es cuando tienes que dejar a un lado todos los instintos que te han mantenido con vida precisamente a lo largo de esos años.

—Sólo que no puedes.

Pasanius soltó un suspiro y negó con la cabeza.

—No es extraño que el planeta esté hecho un desastre.



OCHO

El hecho de encontrarse a solas en su biblioteca privada solía dar sosiego y comodidad a Shavo Togandis, pero esa noche no hacía más que irritarse con cada página que pasaba. Sus libros siempre le habían proporcionado paz en momentos difíciles, pero ahora no le ofrecían más que vagas referencias sobre cómo fortalecer el alma con algo que un texto anónimo y decepcionantemente incompleto llamaba «la armadura del desprecio».

No se mencionaba cómo meterse en una armadura semejante, y Togandís dejó a un lado el manuscrito. Las electrovelas titilantes creaban sombras danzantes por toda la estancia. El ambiente de la biblioteca estaba cargado y en el aire todavía flotaba el aroma al pequeño festín que había devorado apenas una hora antes: un pollo de corral asado con salsa picante y un acompañamiento de verduras cocidas cultivadas en los jardines de la propia catedral.

Un cráneo flotante equipado con unas centelleantes lentes verdes levitaba junto a uno de sus hombros. Se elevó un poco en el aíre cuando el cardenal se recostó en el sillón, grande y muy mullido. Le hizo un gesto al cráneo.

—Los sermones de Sebastian Thor, el tomo treinta y siete.

El cráneo se dirigió a las estanterías cargadas de volúmenes. Su luz verde recorrió los lomos dorados y plateados de los libros antes de que unas pinzas con suspensores se acercaran a una de las estanterías y retiraran un libro grueso encuadernado en cuero rojo intenso.

El cráneo regresó con una cierta dificultad debido al peso del libro, lo depositó delante del cardenal y después se colocó de nuevo junto a su hombro derecho.

Togandis se frotó los ojos ya cansados y se inclinó hacia delante para abrir el libro. Tuvo que esforzarse para poder leer la escritura apretada y recurvada que llenaba las páginas. El libro en blanco en el que tomaba notas para sus sermones se encontraba a su lado, y Togandis colocó el brazo junto a él mientras leía el tomo que el cráneo acababa de traerle.

Llevaba sujeta al antebrazo una estructura compuesta de cables y varillas de metal, y del conjunto sobresalía un armazón de bronce ligero y

extensible. Al final del armazón había una pluma mnemónica. La punta temblaba a la espera de sus órdenes.

De todo aquel conjunto salía un manojo de cables que estaba conectado a algo que se asemejaba a un comunicador portátil situado sobre la mesa, delante del cardenal. Togandis hizo varios gestos de asentimiento mientras recitaba las frases del libro.

—La fuerza del Emperador es la humanidad, y la fuerza de la humanidad es el Emperador, si cualquiera de los dos se aparta del otro, nos convertiremos en los perdidos y condenados.»

La pluma mnemónica se activó en cuanto empezó a hablar y transcribió las palabras a las páginas en blanco del otro libro. Había llenado innumerables páginas como aquélla con palabras semejantes, unas palabras que siempre lo habían conmovido, pero que le parecía serían muy poco útiles para proteger el palacio del ataque de cualquier clase de entidad maligna.

Temía regresar al palacio sin algo visible que mostrar por sus esfuerzos. Por supuesto, era capaz de recitar de memoria versículos enteros de cualquiera de las escrituras sagradas, pero Leto Barbaden se daría cuenta en seguida de que estaba mintiendo. Togandis se enjugó el sudor de la frente en cuanto pensó en Leto Barbaden.

Como coronel de las Falcatas Achamán, Barbaden había sido un tirano. Como comandante imperial de Salinas, era un monstruo.

Todavía recordaba con claridad a Barbaden asomándose por la torreta de un Hellhound mientras recorría las calles envueltas en llamas de Khaturian. Los Marauder habían sido muy concienzudos en su ataque, y de la ciudad quedó muy poco después de que soltaran todas sus bombas.

Lo que quedaba lo remataron las Águilas Aullantes.

Togandis cerró los ojos. También recordaba el tacto de la pistola que llevaba en la mano mientras caminaba al lado del vehículo de Barbaden. El sonido de los rifles láser y el rugido de las llamas le parecían insoportablemente fuertes.

No había efectuado un solo disparo. Recordaba haber mirado el arma, que destacaba contra su piel rosada, y haber pensado que era absurdo, que

era completamente absurdo que alguien como él empuñara una pistola en un momento como aquél.

Eran los gritos lo que más recordaba, el sonido intolerable y espantoso del sufrimiento agónico de otro ser humano. Le pareció increíble que alguien pudiera estar sufriendo tanto, pero se convirtió en un sonido muy común en Khaturian.

Togandis se había apartado de la carnicería mientras los soldados culminaban la matanza y había vomitado todo lo que tenía en el estómago sobre el suelo reseco. Las Águilas Aullantes habían ido saliendo de las ruinas a lo largo de las horas siguientes, y sus gritos de victoria le sonaron falsos.

A lo largo de las semanas, los meses y los años siguientes, Togandis había visto a muchos de esos mismos soldados en la catedral, llevados hasta allí por unos sentimientos que no se atrevían a contar a nadie, para hablarle de lo que habían visto y hecho en el Campo de la Muerte.

Hanno Merbal había sido uno de aquellos soldados, y Togandis recordó de forma muy vívida las terribles conversaciones que habían mantenido en la oscuridad del confesionario, los tremendos pecados, el doloroso arrepentimiento, la insoportable culpabilidad.

Hanno Merbal había muerto. Se había dejado los sesos esparcidos por el techo de un bar de mala muerte de un lugar llamado Desguace. Pensar en Merbal lo llevó de inmediato a pensar en Daron Nisato, el antiguo comisario de los Falcatas y un hombre de honor, de una nobleza probada.

No era de extrañar que Leto Barbaden lo hubiera transferido a otra unidad antes de la misión contra Khaturian.

Sintió que se le enrojecían las mejillas por la vergüenza al pensar en lo cerca que había estado de decirle a Nisato, al principio del día, todo lo que sabía del Campo de la Muerte, todo lo que le había contado Hanno Merbal y todo lo que había visto por sí mismo.

Togandis sabía que era un cobarde, y pensar en la posibilidad de enfrentarse a Barbaden lo había amedrentado tanto que no pudo descargarse de la culpa que sentía para permitir que Nisato sacara a la luz la verdad sobre lo ocurrido en el Campo de la Muerte.

Pensó en las palabras que le había susurrado Nisato al pasar a su lado cuando se marchaba de la biblioteca: «¿Con quién se confiesa el confesor?»

Eran palabras sencillas, dichas con sinceridad, pero las consecuencias. ah, las consecuencias.

Togandis cerró los ojos y se esforzó por contener las lágrimas de culpabilidad que amenazaban con saltarle a borbotones sobre las mejillas. No creía que fuese capaz de detenerse si empezaba a llorar. Lágrimas por los muertos y, egoístamente, lágrimas también por él mismo.

Respiró profundamente y comenzó a repasar de nuevo las páginas del libro que tenía ante él. Se concentró en las palabras milenarias de Sebastian Thor, un hombre por el que Togandis sentía la mayor de las admiraciones y cuyas obras siempre lo habían inspirado.

Sebastian Thor no había sido más que un individuo sencillo que se había enfrentado a la tiranía del Alto Señor del Administratum, Goge Vandire, y logró derribarlo en la feroz guerra conocida como la Era de la Apostasía. Thor se había convertido en eclesiarca y sus sermones siempre habían sido los favoritos de Togandis en las celebraciones ante la congregación.

Se preguntó qué hubiera hecho Thor respecto a lo ocurrido en Salinas, y se estremeció al imaginarse que lo echaría de su catedral, lo mismo que había hecho con el predicador al que expulsó de su propio púlpito en mitad de una sesión de rezos, allá en Dimmamar.

Se quitó aquella idea de la cabeza y continuó leyendo párrafos en voz alta a lo largo de las horas siguientes para que la pluma mnemónica los transcribiera. Llenó y llenó una página tras otra de su libro de plegarias con versículos inspiradores y prédicas de vigilancia contra el demonio y el impuro.

El brillo de las electrovelas cobró fuerza a medida que disminuía la luz que entraba a través de los altos ventanales. Togandis oyó un ruido al otro lado de la puerta que tenía a su espalda y parpadeó sorprendido cuando alzó la mirada y vio la oscuridad que ya reinaba más allá de las vidrieras.

Era más tarde de lo que había creído, y todavía tenía tareas y deberes que atender. Sus sacerdotes y diáconos debían de estar reuniéndose ya para

la ceremonia de vísperas, y no sería nada apropiado que no se uniera a ellos. Su biblioteca personal se encontraba adyacente a la nave principal del templo, y ya se oían sus voces insistentes desde el otro lado de la puerta.

Parecían estar llamándolo por su nombre. El sonido llegaba apagado debido al espesor de la madera, por lo que se oía poco más que un susurro.

Cuando se puso en pie y se pasó una mano por la boca, se dio cuenta de que las voces eran demasiado insistentes. Shavo Togandis, un experto del autoengaño en muchas otras facetas de su vida, era lo bastante sincero consigo mismo como para saber que sus sermones, aunque llenos de significado y de profundidad, no eran de los que la gente se reúne impaciente para oír, o como para llamarlo y que empezara pronto.

Togandis sintió curiosidad. Se quitó del antebrazo el armazón con la pluma mnemónica y tomó en la mano el libro de plegarias. Se dirigió a la puerta, pero cuando acercó la mano al pomo, alguna clase de tono inaudible resonó en esa porción de la mente que reconocía el miedo.

Tú estabas allí.

Shavo Togandis supo con una certeza repentina y terrible lo que le esperaba al otro lado de la puerta.

Mesira Bardhyl sintió como aquel poder crecía por toda la ciudad. Era una vibración maligna que notaba en los huesos y que le chirriaba en los nervios como lo harían las uñas en una pizarra. La habitación estaba a oscuras. Sin embargo, unos hilos de luz plateada, invisibles para todos aquellos que carecieran de poderes psíquicos, se abrieron paso hacia el interior serpenteando entre los ladrillos, supurando a través del cemento y colándose por debajo de las puertas.

Una escarcha fantasmal recubrió la puerta, y la respiración se le condensó delante de la cara.

Cerró los ojos.

—Por favor, vete. ¿Qué es lo que hice yo? Yo no hice nada.

En cuanto lo dijo, supo que eso ya era un crimen más que suficiente.

Quedarse mirando una matanza semejante y no hacer nada para detenerla era casi peor que apretar el gatillo o dar tajos con una falcata. Los muertos se estaban agrupando, y fuera lo que fuese el ente terrorífico y espantoso que había llevado a los dos marines espaciales a aquel mundo, había cambiado para siempre el equilibrio de poder en Salinas.

Las energías inmateriales ya habían pasado a formar parte de la estructura del propio planeta, entremezcladas en toda su urdimbre, y los seres que antes tan sólo eran capaces de poco más que provocar pesadillas tenían en esos momentos a su disposición una fluente muy real y peligrosa de poder del que alimentarse.

Sintió una fuerza aterradora en la estancia, una solidez en el aire que sólo podía ser causada por otra presencia.

—Por favor, no —dijo entre lágrimas.

Abre los ojos.

Mesira negó con la cabeza.

—No, no lo haré.

¡Abre los ojos!

Mesira lanzó un grito cuando le abrieron los ojos de golpe y lo vio. Era el doliente. Su contorno negro era una silueta recortada contra el brillo suave que llegaba desde el otro lado de la ventana.

La figura relucía con una luz espectral, y sus ojos centelleantes la dejaron clavada en el sitio, igual que si fuera una mariposa en una vitrina de exposición. El hedor a humo y a carne achicharrada la rodeó, y unas llamas plateadas, frías e implacables, surgieron rugientes a su alrededor.

Vio bajo la luz helada que rodeaba al doliente su carne quemada, el músculo y la grasa que se desprendían en goterones amarillentos de los huesos.

Tú estabas allí.

Mesira Bardhyl gritó y gritó hasta que su mente se despegó de sus sentidos y se hundió en la oscuridad.

Shavo Togandis sintió el frío que desprendía el pomo de la puerta antes incluso de tocarlo con la mano. La respiración se le condensó y notó, a través de sus gruesos ropajes, el frío repentino que se apoderó de la estancia.

Los sintió al otro lado de la puerta, ansiosos de que la cruzara, ansiosos de que se enfrentara a ellos, a su responsabilidad.

El terror se apoderó de él, y le dio la impresión de que las piernas le iban a fallar en cualquier momento.

Togandh susurró una plegaria al Dios Emperador. Cerró los ojos y recitó los versículos que había aprendido cuando era un niño, cuando tenía miedo de la oscuridad y su madre le decía que el Emperador lo protegería.

Shavo Togandis tenía cuatro años en aquel entonces, y envuelto en mantas en mitad de la oscuridad, se balanceaba adelante y atrás al ritmo de la sencilla plegaria que canturreaba para mantener alejados a los monstruos.

Las palabras le volvieron con facilidad a los labios. El terror lo hizo retroceder a lo largo de los decenios hasta su niñez y le arrancó el recuerdo de los rincones olvidados de la mente. Sintió que ese terror disminuía con cada palabra que pronunciaba, y agarró con la mano el metal helado del pomo de la puerta.

Togandis giró el pomo, empujó la puerta y obligó a sus piernas inseguras a llevarlo al otro lado. Una oleada de aire frío, semejante al aliento del invierno, sopló a su alrededor y le rodeó el cuerpo igual que un grupo de manos ansiosas que tiraran de él hacia delante.

Sintió la exploración de aquel aire frío, pero con cada recitado de la plegaria infantil su contacto se hacía más leve y menos imperioso. Shavo Togandis salió de su biblioteca con el libro de plegarias extendido delante de él y se adentró en el templo.

La voz le tembló al ver que el templo estaba lleno, pero ninguno de aquellos que estaban reunidos delante de la magnífica estatua dorada del Emperador, situada al final de la nave del templo, eran feligreses o devotos, y ni siquiera estaban vivos.

Eran poco más que manchas de luz plateada, igual que llamas de vela vistas a través de un cristal esmerilado. Tenían un cierto parecido con la forma humana, pero poco más.

—Que el Emperador me proteja —susurró.

Unos pasos sin voluntad lo llevaron por el crucero hacia el altar situado bajo la enorme estatua del Emperador. El escaso valor que había aparecido por un breve momento en la biblioteca lo abandonó, y el terror frío y pegajoso se apoderó de nuevo de él. Notó que se le aflojaba la vejiga y sintió la necesidad de vaciar las entrañas.

Mantuvo el control de sus funciones corporales con un tremendo esfuerzo de voluntad y miró más allá de las luces titilantes de los intrusos, hacia el altar, y allí vio a sus sacerdotes y diáconos, a los confesores menores y a los acólitos, todos apiñados a los pies de la estatua.

Tenían los rostros iluminados con una expresión de asombro ante lo que veían. ¿Es que no se daban cuenta de que aquellas figuras luminosas eran, en realidad, algo absolutamente terrible?

¿No sabían que se encontraban ante un horrible y tremendo peligro?

Una parte de la persona que fue Shavo Togandis antes de lo sucedido en el Campo de la Muerte se agitó en su interior, y se dirigió hacia la gran estatua y el grupo de personas reunidas bajo ellas.

Era su gente, y su deber era protegerlos.

Notó que en cuanto comenzó a caminar de nuevo las cabezas de los intrusos fantasmales se volvieron de inmediato hacia él. Lo miraron de manera acusadora, con los ojos rebosantes de una maldad recién llegada a sus consciencias.

Uno de los sacerdotes apartó la vista de los fantasmas al notar que el cardenal se acercaba.

—¿Puede verlos? —Le gritó el sacerdote—. ¡Son ángeles, eminencia! ¡Ángeles del Emperador!

Togandis miró su vez a las figuras espectrales y se sintió horrorizado de que aquellas temibles criaturas pudieran ser confundidas con algo tan grado y venerable como un ángel. Aunque los rasgos de sus caras estaban ocultos por la luz plateada que surgía de su interior, Togandis había visto lo

suficiente como para darse cuenta de que no se trataba de ángeles, sino de demonios con forma humana, enemigos enviados desde los pozos más negros del abismo.

—¡Apartaos de ellos! —los avisó Togandis mientras apresuraba el paso hacia los sacerdotes.

El sudor de la frente le heló hasta la médula de los huesos y respiró con bocanadas jadeantes que hicieron que le ardiera el pecho. Los sacerdotes se quedaron mirando a Togandis con gesto de extrañeza, ya que no veían lo que él veía. El cardenal se interpuso entre ellos y las figuras de luz.

Togandis se había quedado sin aliento por el miedo. Sintió el ansia y la rabia de aquellos seres, y comprendió que no eran demonios del abismo, sino los muertos en busca de venganza, que habían llegado hasta allí para apoderarse de lo que era suyo por derecho de sangre.

La plegaria infantil que había recitado le pareció una bobada ante aquel mal tan terrible, y una parte de su ser fue consciente de que debía soltar el libro de plegarias y enfrentarse a las consecuencias de sus actos. Notó que empezaba a aferrar con menos firmeza el libro.

Había sido el anterior confesor de los Falcatas, un individuo muy sarcástico llamado Thorne, quien le había entregado el libro justo el día antes de que lo mataran. Cuando Togandis bajó la mirada se encontró con las palabras que la pluma mnemónica había escrito pocos momentos antes.

Vio la fuerza que había en aquellas palabras, una fuerza que avivó en su corazón los últimos rescoldos de entereza.

—Oh, Emperador, padre misericordioso que nos proteges, envíanos tu luz para que podamos llevarla a los rincones más oscuros. En tiempo de necesidad, envíanos el coraje que enciende los corazones de todos los siervos de la justicia. ¡Sé nuestra fuerza y defensa, para que nosotros podamos ser las tuyas!

Togandis sintió la presencia de los clérigos, que fueron reuniéndose a su alrededor, y su cercanía le proporcionó fuerzas. Pasó las hojas del libro de plegarias y leyó cada párrafo con un poder y una convicción que jamás había mostrado en el púlpito.

Aunque las palabras que estaba pronunciando no eran más que simples plegarias y bendiciones, llevaban consigo el poder de la fe. Era una simple revelación, pero una revelación a pesar de todo, y tales acontecimientos transmitían poder.

El viento frío que casi lo había empujado hacia el templo volvió a soplar, y con más fuerza esta vez, sin la suave persistencia que había mostrado con anterioridad. Una galerna llegó soplando desde el otro extremo de la nave, feroz y aullante. Togandis sintió que sus ropajes se agitaban a su alrededor, y algunas páginas del libro de plegarias salieron volando arrancadas de cuajo.

Los sacerdotes gritaron cuando las siluetas fantasmales que se habían congregado en el templo fueron arrastradas por el torbellino de luz helada. Al igual que ocurriría con una neblina empujada por el viento, los espectros perdieron sus respectivas individualidades y se convirtieron en una única masa aullante de rostros farfullantes.

—¡El Emperador protege! —gritó Togandis, mientras los angustiados fantasmas aullaban y gemían. Aquel viento sin origen conocido se llevó a la masa fantasmal por todo el interior del templo atravesando el aire y retorciéndolo en zarcillos de centelleante luz plateada.

Los espectros quedaron reunidos bajo el rosetón situado en el otro extremo de la nave, por encima de los grandes portones de bronce que llevaban al exterior, convertidos todavía en una masa tambaleante y atorbellinada de luz y neblina. Unas llamaradas plateadas de fuego frío se encendieron a lo largo de las paredes laterales del templo, saltando de columna en columna, y a Togandis se le llenaron los ojos de lágrimas cuando de repente le llegó el olor a carne quemada.

En los bancos más cercanos había comenzado a formarse escarcha, y la superficie del agua de la pila que tenía al lado se congeló. Los sacerdotes y los diáconos se habían puesto de rodillas con las manos en posición de rezo. Sus miradas seguían llenas de una expresión arrebatada, por lo que Togandis comprendió que el terror de aquellas visiones estaba dedicado sólo a él.

Solo él veía con claridad el rostro de las apariciones, ya que habían venido a por él, y únicamente a por él.

La masa de espíritus cruzó a toda la velocidad la nave del templo en dirección al altar, y Togandis sintió sus ansias de matarlo en cada uno de sus aullidos agonizantes. Los cientos de bocas se abrieron al unísono y la luz cegadora se extendió hacia los lados como las alas de un terrible ángel vengador.

—¡Que no seamos a tus ojos más que humildes siervos! —gritó Togandis con palabras arrancadas por al aire frío—. ¡Vuelve tu rostro hacia nosotros y expulsa las sombras, escuda a tus siervos y protégelos de las iniquidades de la disformidad!

Los espíritus comenzaron a perder cohesión. Varios fragmentos de luz se desprendieron del ángel vengador mientras se abalanzaba contra él. Togandis cerró los ojos, aferró con una mano el aguila sagrada que llevaba colgada del cuello y con la otra alzó lo más alto que pudo el libro de oraciones.

Una descarga de fuego plateado se estrelló contra Togandis. El cardenal sintió que el frío glacial de los muertos le atravesaba el cuerpo. La agonía de su dolor y el horror de su existencia inundaron cada molécula de su cuerpo, desde los pies martirizados por el sobrepeso hasta la nuca cubierta de sudor, pero al no encontrar dónde aferrarse, salieron de él con un aullido de frustración.

Su corazón se estremeció por el sobreesfuerzo, y sus válvulas y arterias trabajaron al límite para mantenerlo con vida. Las venas se expandieron y contrajeron, pero fueran cuales fuesen las reservas de fuerza de las que disponía el cardenal, consiguieron mantenerlo con vida un poco más.

Togandis mantuvo los ojos cerrados durante unos largos momentos, ya que sabía que si los abría, vería algo tan terrorífico que moriría al instante. Un silencio repentino e inquietante se apoderó del templo. Lo único que se oía eran los jadeos de su pecho y el eco de los que se habían marchado.

Una mano le rozó el hombro. Al cardenal se le escapó un grito al mismo tiempo que sentía un dolor en lo más profundo del pecho y un cosquilleo en la punta de los dedos.

—¿Cardenal? —le dijo una voz prudente y asombrada a su lado.

Togandis lo reconoció. Era uno de los diáconos nocturnos, aunque no sabía su nombre.

Inspiró profundamente para calmarse y abrió los ojos.

El templo se encontraba como siempre a esa hora de la noche: fresco, envuelto en sombras, con las únicas luces titilantes de las velas. No quedaba rastro alguno de las llamas plateadas ni de los espíritus vengativos, aunque del borde de la pila caía un reguero de hielo fundido.

Togandis esperó para hablar hasta que estuvo seguro de que su voz no delataría el terror que había sentido.

—¿Qué? —preguntó al cabo de unos momentos.

—¿Era un ángel? —le preguntó el diácono.

Togandis miró por encima del hombro del diácono a los sacerdotes, que todavía mostraban una expresión arrobada. ¿Qué debía decirles? ¿La verdad? Mejor que no.

En sus ojos brillaba la luz de la fe, y no podía arrebatarles eso.

—Sí —asintió—. Era un ángel del Emperador. Reza para que jamás vuelvas a ver otro.

La noche sobre las montañas que se alzaban al norte de Barbadus era absoluta.

Una vez descendió por completo el sol, los sinpiel se habían aventurado a salir de la cueva con pasos dubitativos y llenos de precaución, como si temieran que el sol pudiera regresar en cualquier momento. El señor de los sinpiel había captado a lo largo del día el sentimiento de dolorosa traición de toda la tribu mientras la luz del sol se mantenía brillando, pronta a destruirlos.

La cueva apestaba a miedo, y sólo cuando la luz dejó de avanzar ese miedo se convirtió en alivio. Estaban a salvo; al menos de momento.

El señor de los sinpiel notaba el terror de la tribu, una emisión rancia de sustancias químicas que antes había sido un olor que surgía de otros y que en esos momentos lo hacía sentirse furioso.

Estaba cansado del miedo, cansado de tenerlo como una compañía constante en la vida.

Aunque era fuerte y poderoso, el miedo se había albergado en su corazón desde que tenía memoria: miedo a los hombres de hierro, miedo al sol negro, miedo a su propia naturaleza monstruosa, y miedo de lo que pensaría de todo ello el Emperador cuando estuviera finalmente ante él.

El señor de los sinpiel alzó el brazo y se quedó mirando la novedad rosada de su carne. El brillo que la cubría había desaparecido a lo largo del día, y cuando se tocó con dedos precavidos, notó que esa nueva piel respondía al tacto.

En vez de dolor, sintió la textura de sus dedos rematados en garras y las callosidades de las manos.

Quizá, después de todo, aquel mundo fuera un nuevo comienzo para él y para la tribu.

Miró hacia donde los miembros de la tribu devoraban las nuevas piezas que se habían cobrado entre las criaturas que pastaban en las montañas. Su carne era jugosa y tierna, y sus extremidades no eran rival para la tremenda velocidad de los sinpiel.

El señor de los sinpiel quería marcharse de aquel lugar, pero todavía no se atrevía a alejar a la tribu de la cueva por temor a que el sol los cogiera de nuevo al descubierto. A la mayoría de los miembros de la tribu les estaba creciendo una nueva piel sobre el cuerpo, pero lo hacía a ritmos muy diferentes, y el sol mataría a aquellos que aún no tuvieran suficiente protección si no estaban a cubierto.

No tardarían en tener una piel como la suya, pero a sus cuerpos, más degenerados, les costaría más tiempo lograr lo que el suyo ya había conseguido. Las grandes fajas de carne tardaban más en cubrirse de piel que las extremidades cortas y nudosas. Vio como dos cráneos de carne unidos se rasgaban cuando tiraban y forcejeaban cada vez que sus bocas mordían, pero se curaron mientras su propietario tragaba enormes bocados de comida.

El señor de los sinpiel desvió la mirada y la volvió hacia atrás, observando por encima del hombro.

Aunque la noche era oscura, la ciudad muerta situada a sus pies estaba llena de luz.

El lugar parecía en silencio y vacío a los ojos normales, como siempre, pero para unos ojos modificados por las maquinaciones hechiceras del conocimiento más siniestro y una mente que había alcanzado la madurez en el interior de la matriz de una criatura saturada por la magia del Caos, las calles estaban repletas de siluetas. No eran siluetas de gente viva, sino siluetas… de otra cosa.

El señor de los sinpiel había sido consciente de su existencia por una presencia en el borde de la percepción normal, pero en esos momentos vio que se estaban reuniendo, atraídos hacia ese lugar de muerte por la llegada de la máquina de los hombres de hierro.

Uriel y su compañero no habían visto aquellas presencias, ni siquiera habían sido conscientes de su existencia, pero las terribles fuerzas dispersadas por la máquina terrorífica habían encontrado una causa común en las calles olvidadas de aquella ciudad muerta y habían convocado a aquellos que antaño la llamaron hogar para llenarlos de una energía prestada.

Había mantenido a la tribu apartada de aquella concentración de energía rebosante de furia insaciable, ya que sabía en lo más profundo de su fuero interno que perturbar aquella masa de rabia y dolor sería una invitación al desastre.

Le pareció que el simple acto de observarla había hecho notar a las luces su presencia, porque el señor de los sinpiel vio que recorrían las calles en dirección a la barrera de metal que rodeaba la ciudad. Aunque esa barrera era capaz de impedir el paso de las criaturas de carne y hueso, no suponía impedimento alguno para aquellos seres de luz y de rabia.

Se dirigieron hacia las montañas, hacia la tribu que estaba comiendo en la entrada de la cueva.

La tribu los sintió llegar, y sus miembros sacaron las garras y les enseñaron los colmillos.

El señor de los sinpiel se puso en pie y se quedó contemplando el acercamiento de las luces. No las temía, ya que el mundo del sol negro

había vomitado de sus simas horrores mucho peores que aquellos.

La tribu se retiró al interior de la cueva y el señor de los sinpiel se colocó delante de la entrada en un gesto protector, con un aspecto magnífico y glorioso gracias a su piel nueva. Sintió la furia llameante que ardía en el centro de aquellos extraños seres de luz, pero sobre todo sintió sus ansias y su deseo de causar dolor a aquellos que les habían hecho daño.

Cuando estuvieron más cerca, le llegó el sabroso olor a carne quemada, y se le pegó al paladar el sabor olvidado a carne humana. Se le escapó, un gemido y la saliva comenzó a acumulársele en la boca.

Negó con la cabeza.

Uriel les había prohibido probar siquiera la rica carne de los humanos y beber su sangre cálida.

El Emperador no quería que se comieran a sus súbditos.

La tribu gruñó a su espalda y dejaron al descubierto de nuevo los colmillos cuando el olor a carne quemada llenó la cueva y también ellos recordaron el sabor de la carne humana. El olor era casi irresistible, y el señor de los sinpiel tuvo que esforzarse para seguir concentrado en los seres que se acercaban.

Se reunieron alrededor de la boca de la cueva aparentemente sin moverse, poco más que una cascada de siluetas iluminadas desde el interior. Atisbó algo parecido a unas figuras humanas en el centro de esa luz, hombres, mujeres y niños, y todos lo miraban con expresiones que iban desde la compasión hasta la impaciencia.

Tenían los rostros ennegrecidos y quemados, con la carne separada del cuerpo, y el señor de los sinpiel sintió su dolor, una agonía eterna que sólo podía acabarse de un modo. Sabía que no eran seres vivos, sino cosas muertas que no deberían existir.

Se abalanzaron hacia la cueva, hacia los sinpiel, pero en vez de muerte, llevaron la vida.

El señor de los sinpiel sintió que los muertos le pasaban por encima como una marea, un torrente de miles de vidas. La cueva se llenó de luz, una luz ardiente y devoradora. Se pegó a él y le penetró en el cuerpo mediante algún proceso desconocido de ósmosis.

Un millón de pensamientos, semejante a un enjambre de insectos enfurecidos, rugieron en su mente, y se llevó de inmediato las manos a la cabeza para detener el rugido ensordecedor. Miles de voces resonaron en su interior, y cada una de ellas gritaba para hacerse oír por encima de las demás, suplicaba, gemía, exigía ser oída.

El dolor se apoderó de su cuerpo cuando sintió que ardía, que la sangre le hervía en las venas, que la carne se le separaba de los huesos, que a su vez se partían por el calor. Las paredes de la cueva parecieron retorcerse y derretirse, como si se estuvieran desvaneciendo, y fueron reemplazadas por muros alzados por manos humanas y derribados mediante las máquinas de guerra también humanas.

Por encima de la cabeza vio cielo en vez de roca, un cielo claro lleno de siluetas cruciformes que dejaban caer contenedores de hierro que descendían dejando rastros de vapor y que explotaban lanzando una lluvia de llamas al rojo blanco. El fuego lo rodeó, un fuego que saltaba y se movía como si fuera algo vivo, algo que lo devoraba todo con un desenfreno alegre.

Sabía que lo que estaba viendo eran sus muertes, las de aquellos seres de luz y rabia, pero no podía sacarse aquellas imágenes de la mente. Oyó gritos, unos gritos ensordecedores, desgarradores.

—¡No! —Aulló el señor de los sinpiel—. ¡Fuera de mi cabeza!

Oyó los rugidos aterrorizados y los chillidos de la tribu. Se puso en pie y se desgarró la nueva piel que le cubría la cara. Las garras amarillentas le abrieron unos profundos surcos en las mejillas y el dolor fue bienvenido por ser dolor. Los jirones de piel le quedaron colgando de la cara y la sangre fresca salpicó el suelo de la cueva.

Sus extremidades se convulsionaron de un modo antinatural, agitándose e hinchándose por las presencias que se adentraban en él. Cada músculo, fibra y célula de su cuerpo quedó impregnado de la energía y la furia de los muertos.

Sólo el dolor continuó siendo suyo. Se clavó las garras a la altura del corazón y luego abrió los brazos haciéndose unos cortes profundos a lo largo del pecho, semejantes a las alas de un águila aullante y agonizante.

El señor de los sinpiel cayó de rodillas con los brazos en alto mientras los muertos de Khaturian lo llenaban por completo, empujando el resto de su dolor y de su miedo a un rincón recóndito de la mente.

En vez de sentir su propio dolor, sintió el de todos ellos.

La rabia y la furia de aquellos seres se hicieron suyas.

Tan sólo una cosa podía acabar con aquello: la muerte.



NUEVE

Uriel se despertó de un sueño muy pesado, sorprendido de haberse quedado dormido con tanta facilidad y de que sus sueños no se hubieran visto plagados de visiones de sangre y muerte. Había estado tanto tiempo alejado del mundo real que casi había olvidado lo que era dormir sin temer a esas cosas.

Pasanius dormía profundamente en la cama del otro lado de la habitación, con los ojos moviéndose rápidamente bajo los párpados. Uriel frunció el entrecejo mientras le volvía a la memoria un fragmento del sueño que había tenido.

Había visto una cueva, y algo brillante y malevolente había surgido de sus profundidades. Uriel no podía distinguir su forma o identidad, pero sabía que, fuera lo que fuese, era algo totalmente aterrador. Desechó los últimos vestigios del sueño y se incorporó.

Se sirvió un vaso de agua tan silenciosamente como fue capaz y se enjuagó la boca. Tenía un regusto metálico y a cenizas que le recordaba la sangre. Captó el fuerte olor de algo quemándose no muy lejos de allí, y se preguntó si las habitaciones que les habían sido asignadas estaban cerca de la cocina o el comedor.

Uriel se frotó los ojos con el dorso de las manos, furioso con el amodorramiento que parecía afectar a sus extremidades y sus pensamientos. Un marine espacial habitualmente era capaz de pasar del sueño a la alerta total en menos de lo que se tarda en dar una bocanada de aire, pero desde que habían llegado a Salinas experimentaba un letargo que parecía absorberle la vitalidad.

Tal vez eso explicara las perpetuamente alicaídas caras que había visto por las calles y entre los Falcatas. Salinas era un mundo triste, pero tal vez la melancolía que sentía estaba imbuida en la propia estructura del mundo y de sus habitantes.

Pasanius se agitó en su cama y se sentó, rascándose la calva, una calva que en esos momentos era más peluda de lo que había sido desde hacía mucho tiempo. Levantó ambos brazos, pero sólo el izquierdo fue capaz de entrar en contacto con la cabeza.

—Mierda, no podré llegar a acostumbrarme a esto —exclamó Pasanius, mirando el enrojecido muñón de su brazo derecho—. Lo odiaba cuando tenía ese brazo xeno contaminado, y ahora lo hecho a faltar. ¿No es perverso?

—Simplemente es natural, supongo —replicó Uriel—. He oído que algunos hombres que pierden una extremidad afirman que todavía pueden sentir como les pica, como si todavía la tuvieran.

—¿Dónde has oído eso?

—Fue en Tarsis Ultra —explicó Uriel—. El mago Locard me dijo que un antiguo adepto de Marte, que se llamaba Semyon, había desarrollado un montón de nuevas formas de implantar mejoras corporales. Al parecer, Semyon afirmaba ser capaz de producir imágenes electrográficas de individuos que mostraban sus extremidades en perfecto estado pese a haber sido amputadas quirúrgicamente.

—¿Cómo podía hacer eso? —quiso saber Pasanius mientras se rascaba el muñón, que estaba intensamente enrojecido, con signos de arañazos que habían erosionado la piel.

—Locard no lo sabía —respondió Uriel, levantándose de la cama y empezando una serie de estiramientos para desentumecer los músculos de los brazos—. Dijo que Semyon formaba parte de algo llamado el Culto del Dragón y que nadie sabía siquiera si había existido realmente. Sus obras eran una especie de mito en Marte. La historia dice que murió durante el cisma marciano a finales de la Larga Noche.

—Por los dientes del Emperador, de eso hace mucho, ¿quién puede saber qué es cierto y qué no lo es? —comentó Pasanius al mismo tiempo que se unía a Uriel en sus estiramientos.

—Eso es lo mismo que dijo Locard —afirmó Uriel—. Dijo que una gran parte de Marte había quedado tan arrasada que cualquier tipo de historia podía no ser más que una leyenda.

—Las leyendas son una suma de tiempo y rumores —asintió Pasanius —. ¿No es eso lo que dicen?

—Con el paso del tiempo, todo se convierte en leyenda —afirmó Uriel —. Un día, tú y yo seremos leyendas. Tal vez habrá murales nuestros en el

Templo de la Corrección.

—O estatuas en la Avenida de los Héroes —sonrió Pasanius.

Ambos amigos se pasaron las primeras horas de la mañana recordando Macragge y la belleza del mundo que esperaban poder volver a ver pronto. En pocas horas, ambos se habían dado cuenta de que había pasado mucho tiempo desde que habían experimentado una adecuada prueba de fuerza y de resistencia astartes. Sin hermanos de batalla contra los que poder medirse y hacerlos mejorar, sus poderes habían menguado. Era una dura verdad a la que enfrentarse. Cuando finalizaron sus ejercicios se oyó un educado golpe en la puerta y entró Eversham, con su aspecto felino y peligroso de siempre. Su cara mostraba una expresión indescifrable, aunque Uriel nunca se había visto capaz de leer las emociones de los mortales.

—Buenos días —lo saludó Uriel.

—Lo mismo les deseo —dijo Eversham—. ¿Han dormido bien?

—Suficientemente bien —contestó Pasanius.

—¿Qué podemos hacer por usted, señor Eversham? —inquirió Uriel.

—El gobernador Barbaden les envía sus saludos —empezó a decir Eversham—, y me pide que les comunique que lo ha arreglado todo para que puedan reunirse con las janiceps.

Serj Casuaban le dio la bienvenida a la luz del sol al salir del atestado y claustrofóbico interior de la Casa de la Providencia. Aunque el aire en Desguace no era exactamente fresco, sin duda era mejor que el viciado olor a muerte y desesperación que saturaba cada bocanada que había inspirado dentro de sus corredores y salas de paredes metálicas.

«Desguace» era un nombre bastante obvio para el distrito más grande de Barbadus, pero era, reflexionó Casuaban, muy adecuado. Muchas de sus construcciones originales habían sido destruidas durante la guerra de pacificación y jamás volvieron a construirse. Las que quedaban en pie se levantaban codo con codo con las ruinas de la guerra.

Un cementerio de vehículos de combate se había constituido allí; los restos de una docena de compañías acorazadas cuyas dotaciones habían

sido desmovilizadas por los Falcaras, o cuyos vehículos se habían estropeado más allá de toda posibilidad de reparación. La idea de los habitantes nativos del lugar al utilizar los vehículos que anteriormente habían servido al enemigo en batalla era realmente ingeniosa, y un escuadrón de vehículos abandonado albergaba familias enteras, llegando a utilizar los motores para dar calor y los almacenes de munición como compartimentos para dormir.

Miles de personas vivían allí apelotonadas hasta que las sirenas sonaban para llamarlos a las forjas de armamento y las refinerías de promethium. Una nube de cenizas y triste melancolía cubría Desguace, y Casuaban sabía que su presencia era únicamente tolerada por las medicinas que distribuía y los tratamientos que proporcionaba.

Casuaban se sentó tras una mesa metálica de caballetes y aplicó una cataplasma tranquilizante de bacitracin al brazo de un trabajador varón, que se había quemado mientras procesaba combustible en gel para su embarque hacia otro planeta. El hombre había tenido suerte; un compañero bien entrenado había podido realizarle las primeras curas en el mismo lugar del accidente, aunque no por ello le quedarían unas cicatrices menos aparatosas.

Una vez aplicada la cataplasma, Casuaban hizo que el hombre siguiera su camino con una severa advertencia de que debía mantener limpia la herida, aunque sabía que era muy difícil que le hiciera caso en un lugar como Desguace. Detrás de él había un camión con el motor en marcha y un camillero con cara de aburrido languideciendo en la cabina del conductor. El vehículo estaba cargado de ampollas inmunizantes, agujas esterilizadas, gasas, vendas sintéticas, suplementos vitamínicos, pastillas purificadoras de agua y otros muchos suministros médicos.

Casuaban se frotó la cara con las manos y respiró profundamente. Se mantuvo junto a la mesa de caballetes e hizo una seña a la gente que hacía cola para que le prestaran atención.

—Volveré en unos minutos —dijo, dirigiéndose hacia el camión y aceptando una taza de cafeína caliente que le ofreció el camillero. La bebida tenía un sabor salobre y estaba tibia, pero aun así fue bienvenida.

Casuaban cerró los ojos y se sentó en el estribo que recorría todo el armazón del motor del camión. Su cuerpo estaba exhausto a pesar de que había podido conciliar unas pocas horas de inquieto sueño en el camastro de su oficina.

Había estado trabajando en Desguace desde la salida del sol, y pronto sería la hora de dirigirse al siguiente punto de atención médica temporal. Miró en dirección al camión, sabiendo que debía encontrar una forma de distraer al camillero, cuando vio el Leman Russ que Pascal Blaise iba a utilizar para llevarse los suministros.

—No se hace más fácil con el tiempo, ¿verdad? —dijo una voz cercana.

Casuaban dio un respingo, y una inyección de adrenalina cargada de culpabilidad le recorrió precipitadamente todo el cuerpo. La cafeína le salpicó la camisa.

Furioso, levantó la mirada y vio a Shavo Togandis tratando de abandonar la comodidad del palanquín eclesiarquial, como una mariposa demasiado grande luchando por salir de la crisálida.

—¿El qué? —le preguntó mientras agradecía en su fuero interno que la cafeína sólo estuviera templada—. ¿El qué no es fácil?

—Ayudar a los necesitados —dijo Shavo Togandis—. Uno se siente como si hubiera aceptado una misión inacabable, ¿no es así?

—Correcto, Shavo —asintió Casuaban, reclinándose—. No es fácil. Ni debería serlo.

—Cierto —afirmó el cardenal. Togandis estaba sudando profusamente, lo que no era extraño dado su volumen, y Casuaban se vio obligado a sonreír al verlo utilizar su báculo para ayudarse a salir del palanquín.

Libre al fin, Togandis se dirigió hacia el camión y estrechó la mano de Casuaban, que luchó contra la necesidad de secarse la mano en los pantalones.

—Buenos días, amigo mío —dijo Togandis—. Otro día de servicio al Emperador y a sus súbditos.

—Otro día de enderezar los errores del pasado, ¿no? —replicó Casuaban.

Togandís le dirigió una extraña mirada y asintió, indicando a los sacerdotes y servidores que componían su comitiva que podían colocar el templo móvil delante de un requemado cañón autopropulsado Griffon que ya no tenía el cañón.

Serj Casuaban y Shavo Togandis eran un dúo extraño, pero los años que siguieron al Día de la Restauración los habían convertido, si no en amigos, al menos en camaradas en su penitencia. Jamás habían hablado abiertamente de lo ocurrido en el Campo de la Muerte, pero ambos habían reconocido una compartida necesidad del otro, casi sin hablar de ello, y se habían consagrado en reparar su deuda con Salinas, persona por persona.

Cada semana recorrían los barrios más afectados de Barbadus. Casuaban ofrecía atención médica y consejo a los que lo necesitaban, y Togandis predicaba la palabra del Emperador a aquellos que querían escucharlo. Inicialmente, Casuaban era el más ocupado en estas expediciones, pero con el paso del tiempo y el aumento de las penurias, más y más gente buscaba en la palabra del Emperador el consuelo para superar los años que siguieron al Día de la Restauración. A Casuaban no lo acompañaban soldados, únicamente un conductor y un puñado de servidores para trasladar la carga y como seguridad básica, una situación que Pascal Blaise agradecía. Togandis viajaba con un poco menos de austeridad, ocupaba un palanquín de madera tallada y plata e iba seguido por una cohorte de sacerdotes cantando himnos y portadores de incensarios lobotomizados.

—Hoy llegas tarde —le reprochó Casuaban.

—Sí —dijo Togandis—. Mi duermevela se ha visto plagada de fantasmas.

Casuaban captó algo entre las palabras del cardenal.

—¿Has tenido un mal sueño?

—Eso apenas sirve para cubrir los detalles, mi hipocrático amigo.

—¿Una pesadilla? —insistió Casuaban con tanta despreocupación como fue capaz de fingir.

—Así es. Visiones de tal repulsión que eran capaces de convencer a un hombre de que se había vuelto loco.

—¿Qué soñaste?

—Creo que ya lo sabes, estimado Serj.

—¿Cómo podría saberlo, Shavo?

Togandis se le acercó para que nadie pudiera oírlos.

—Soñé con el Campo de la Muerte.

—Oh.

—Una exclamación de una sílaba —dijo Togandis—. Bien, es suficiente.

—¿Qué esperabas? —susurró Casuaban mientras cogía a Togandis por el brazo y lo alejaba de la cabina del conductor del camión—. Mantén la puñetera voz baja. Éste no es un tema del que hablar en voz alta, y mucho menos aquí.

—¿Quieres decir que no sueñas con Khaturian? —Le preguntó Togandis—. Me temo que creeré que estás mintiendo si lo haces.

—No eres mi confesor, Shavo —replicó Casuaban, que sacó un desgastado frasco de plata de su chaqueta y tomó un trago.

—Ahora entiendo por qué no recuerdas tus sueños —lo azuzó Togandis.

—No te atrevas a juzgarme —le espetó Casuaban, tomando otro trago —. Tú menos que nadie.

—Si un hombre de Dios no puede juzgarte, ¿quién puede?

—Tú no —insistió Casuaban—. No tienes derecho. Tú también estuviste allí.

Togandis asintió y se acercó aún más a Casuaban. El médico podía oler la última comida del cardenal y el rancio olor de su sudor.

—Sí, estuve allí, y no pasa una sola rotación de este mundo sin que me lamente por ello.

—¿En serio? —se burló Casuaban, hundiendo su dedo en el pecho del cardenal—. Entonces, ¿por qué sigues llevando la medalla? ¿Por orgullo?

Togandis tuvo finalmente la decencia de parecer incómodo.

—No, no es por orgullo. La llevo porque, de lo contrario, ¿qué crees que podría llegar a pensar Leto Barbaden? ¿Piensas que vacilaría en enviar a Eversham a por nosotros si sospecha que estamos conspirando contra él?

Casuaban agarró a Togandis por la pechera.

—¡Te he dicho que hables en voz baja! —susurró—. ¿O quieres que nos maten?

Togandis hizo un gesto negativo con la cabeza y trató de arrancar las manos de Casuaban de su casulla con una mueca.

—No he venido a pelearme contigo, Serj —dijo Togandis. .

—Entonces, ¿a qué has venido?

—A advertirte.

—¿Advertirme? ¿De qué?

—Anoche los vi —dijo Togandis—. A los muertos de Khaturian.

—¿En tu pesadilla?

—No, en el templo.

—¿De qué estás hablando?

—Venían a por mí —continuó Togandis—. Venían a por mí, pero no me cogieron, aunque he de confesar que no tengo ni idea de por qué. Ahora tienen poder, Serj, poder real. Es sólo cuestión de tiempo que vengan a por todos nosotros.

Casuaban agitó su frasco delante de la cara del cardenal.

—Creo que es de mí de quien deberías preocuparte, Shavo. Tal vez primero deberías observarte a ti mismo.

—Esto no es ninguna broma, Serj —afirmó Togandis—. ¿No lo has notado? Algo ha cambiado, y no para mejor. Ahora este mundo es diferente. Puedo sentirlo en el aire.

Serj Casuaban quería discutir con Togandis, pero la imagen de una niña yaciendo en su enfermería y las palabras que ésta le había dicho todavía lo acosaban. ¿Acaso no se había despertado por la noche con un terrible dolor de cabeza en mitad de un pavoroso sueño en el que un monstruo con ojos ardientes emergía de una caverna para devorarlo?

Pero ¿los muertos?

—Tú también lo has sentido —aventuró Togandis al ver su expresión.

—¿Y qué silo he sentido? ¿Qué podemos hacer al respecto? Ambos sabemos lo que hicimos, lo que dejamos que sucediera. Si los muertos vienen a por nosotros, tal vez deberíamos dejar que nos atraparan.

—¿Quieres morir? —le preguntó Togandis.

—No —replicó Casuaban, hundiendo los hombros y mirando las hostiles caras que llamaban hogar a este erial—. La muerte sería algo fácil. La verdadera penitencia es vivir con lo que hicimos.

—No estoy seguro que los muertos lo vean así —apuntó Togandis.

Uriel y Pasanius siguieron a Eversham por los corredores del palacio, cuya austeridad cobraba sentido tras haber sido recibidos por Leto Barbaden. Los Falcatas de armadura roja estaban por todas partes, con las placas pectorales refulgiendo y las espadas curvas brillando como plata, aunque Uriel se dio cuenta de que ninguno iba armado con un rifle láser, y que ni siquiera llevaban pistolas.

Eversham dijo poca cosa por el camino, respondiendo tan sólo de forma educada y concisa las cuestiones que le dirigían, pero no ofreciendo ninguna información más allá de lo necesario. Sobre las janiceps no había dicho nada más, simplemente que Uriel lo comprendería cuando las viera.

Finalmente, salieron por el extremo opuesto del palacio. Unos edificios altos con murallas y almenas serradas cubrían lo que abarcaba la vista, y formaban ángulos con la estructura principal para crear un patio interior triangular. Mientras que el palacio había sido construido con una roca oscura e intimidadora, esas alas estaban construidas con una sueva piedra rosa que brillaba como el granito pulido. Unas estrechas ventanas cubrían los muros exteriores del ala oeste, pero no había ninguna entrada que condujera al interior. Todos los tejados estaban cubiertos de antenas.

El ala este era totalmente distinta, y obviamente más antigua que el resto del palacio. El trabajo de cantería en esta ala era mucho más ornamentado, un tributo al oficio de los artesanos que la habían construido. Era un edificio que celebraba los logros del talento.

Mientras que el resto de los edificios de Barbaden eran limpios y angulosos, esta ala había envejecido y se había deteriorado; la mampostería estaba agrietada y envejecida por los elementos como la cara de un viejo estadista y las ventanas se mostraban cubiertas de polvo y de recuerdos. A pesar de su pobre mantenimiento, o tal vez a causa de él, a Uriel

inmediatamente le gustó el edificio, sintiendo una extraña conexión con él, o con algo en su interior.

Había una gran extensión de cemento desnudo entre ambas alas, tan grande como el patio de armas de la Fortaleza de Hera, y parecía lo suficientemente grande como para que pudiera reunirse allí todo el capítulo. Nada rompía la tajante uniformidad del espacio, ninguna estatua, ningún edificio auxiliar, ni nada que distrajera la mirada de la naturaleza utilitaria del terreno, excepto una torre circular que se levantaba, fea y amenazante, en el extremo más alejado de aquel espacio.

—¿Una plaza de armas? —preguntó Uriel mientras Eversham los conducía directamente hacia el centro de la explanada cubierta de cemento.

—Efectivamente —respondió Eversham—. Aquí es donde se reunieron las tropas al declararse el Día de la Restauración.

—¿El Día de la Restauración? —se interesó Pasanius.

—Cuando el gobierno imperial fue oficialmente restaurado en Salinas —le explicó Eversham—. Un gran día para el regimiento.

—Y aun así sentisteis la necesidad de ocultarlo aquí dentro —dijo Pasanius.

Eversham atravesó con la mirada a Pasanius.

—El regimiento también murió aquí.

Uriel se fijó en la poca característica reacción emocional.

—¿Murió aquí?

—Ya no éramos un ejército de conquista —explicó Eversham con una evidente amargura en la voz—. Fuimos formalmente desmovilizados como regimiento en servicio, y los que debían permanecer en funciones militares fueron asignados a las Fuerzas de Defensa Planetaria.

—No debe haber sido algo fácil de sobrellevar —apuntó Uriel, sabiendo el menosprecio que, equivocadamente, muchas fuerzas de la Guardia Imperial sentían por los regimientos de las FDP. Los guardias imperiales los llamaban soldados de juguete, pero esas unidades solían ser la primera línea de defensa ante una invasión o rebelión. Uriel se había encontrado con muchos valientes soldados de las FDP, como Pavel Leforto, de la Legión de Defensa de Erebus, en Tarsis Ultra, un hombre que le había salvado la vida.

Simplemente porque un soldado no viajara más allá de las estrellas para hacer la guerra no era menos importante a los ojos del Emperador.

—No fue fácil —admitió Eversham, acelerando el paso por la rabia de aquellos recuerdos—. Formar parte de algo magnífico para pasar a ser nada, ¿pueden imaginarse lo que es eso?

—En realidad, sí puedo —dijo Uriel.

Eversham lo miró, y al darse cuenta que se había ido de la lengua, simplemente asintió y recuperó su habitual expresión reservada.

Cambiando de tema, Uriel remarcó el precario estado de mantenimiento del ala este del palacio.

—Ese edificio, ¿qué es?

—Es la Galería de Antigüedades.

—¿Un museo?

—Algo así —dijo Eversham—. Algo intermedio entre un museo regimental y un depósito de objetos que el conservador Urbican considera que deben ser preservados y mostrados. Es una pérdida de tiempo. Nadie va a verlos.

—¿Es allí dónde guardan nuestras armaduras? —preguntó Pasanius.

—Creo que sí.

—Creo que me gustaría ver esa Galería de Antigüedades —afirmó Uriel, y Eversham se encogió de hombros, como si el tema no le interesara en absoluto.

No se cruzó ninguna palabra más entre los tres, y una palpable sensación de incomodidad descendió sobre ellos. La sensación se hizo más fuerte al aproximarse a la amenazadora torre gris del otro extremo del patio de armas.

Ahora que estaban más cerca, Uriel pudo ver que la rodeaban una serie de búnkeres. Los lisos muros, sin ningún signo característico, no presentaban ni una sola ventana, aunque un solitario portal permanecía incongruentemente abierto en la base de la torre.

Ése era, evidentemente, su destino: la guarida de las janiceps, fueran lo que fuesen.

A Uriel no le gustó la torre, y se dio cuenta de que Pasanius sentía lo mismo que él.

Un aura de temor impregnaba el ambiente, y los alambres de espino rodeaban la torre, como zarzas que hubieran crecido descontroladamente alrededor del tocón de un árbol muerto.

—¿Qué es este lugar? —quiso saber Uriel. Sus palabras flotaron en el ambiente como cosas muertas hasta mucho después de haberlas pronunciado—. ¿La guarida de un psíquico?

—Esto es el Argiletum —dijo Eversham, como si eso bastara como explicación—, el hogar de las janiceps.

—Qué bonito —bromeó Pasanius, observando el torvo edificio sin entusiasmo.

Al aproximarse, un destacamento de guardias imperiales salió del búnker más próximo y corrió hacia el extremo de la alambrada. Ahora que podía observarlo de cerca, Uriel vio numerosas planchas de metal que los soldados trataban de levantar a mano para colocarlas con dificultad sobre la alambrada con el fin de crear un paso.

Eversham encabezó la marcha por encima de la aplastada alambrada y Pasanius se acercó a Uriel para susurrarle algo.

—No he podido evitar darme cuenta de que estos Falcatas están armados con algo más que espadas.

Uriel asintió. Él también se había fijado en los cañones de los rifles láser que sobresalían por las aspilleras de los búnkeres. Los soldados que habían abierto el paso a través de la alambrada también iban armados con armas de fuego. ¿Acaso lo que se ocultaba en la ominosa torre era tan potencialmente peligroso que era preciso relajar la política de no llevar armas dentro del palacio?

Uriel bajó de la plancha de metal que hacía las veces de puente, y en cuanto puso el pie dentro del área cercada, los soldados empezaron a retirar las planchas, dejándolos atrapados junto a la base de la torre.

Uriel comprobó que estaba construida con grandes bloques de piedra negra inscritos con letanías de protección que cubrían la totalidad de la superficie de la torre hasta lo más alto. El portal que conducía al interior

parecía las mandíbulas de un terrorífico portal al otro mundo, y por un instante Uriel sintió el aliento de algo antiguo y malicioso en el interior.

—Tienen el mismo efecto en todo el mundo —afirmó Eversham al comprobar el malestar de Uriel.

—¿Quiénes?

—Las janiceps —dijo Eversham, dirigiéndose hacia el portal abierto—. Vamos, el gobernador Barbaden los está esperando.

La torre no resultaba más acogedora en el interior, que consistía en una estructura hueca que se perdía en la oscuridad. Un único rayo de luz descendía desde el centro del suelo del nivel superior, y una escalera de hierro negro cubierta de escarcha conducía arriba.

El aire era frío, como el de un refrigerador, y los muros rezumaban humedad. Uriel sintió un extraño sentimiento de dislocación, pues la curvatura de los muros parecía prolongarse hacia el infinito, desafiando lo que la circunferencia exterior de la torre debería limitar.

Uriel sintió el gusto amargo y metálico de la energía psíquica en el aire, un sabor inconfundiblemente actínico que le hizo estremecerse hasta lo más profundo de su ser. No se le escapaba la ironía de que el potencial para desarrollar poderes psíquicos hiciera sentir tan incómodos a los humanos, pese a que sin ellos la propia estructura del Imperio se derrumbaría ante la vastedad de la inimaginable escala de la galaxia.

Una vez más, Eversham encabezó la marcha, aunque sus pasos eran menos decididos a medida que avanzaba por el duro y reflectante suelo hacia las escaleras. Procurando no tocar la barandilla, Eversham empezó a ascender y Uriel lo siguió. La escalera era estrecha y gemía bajo su peso, pero los pensamientos de Uriel estaban más concentrados en lo que encontraría al final de la misma que en la posibilidad de que cedieran.

La escalera seguía y seguía, y Uriel sabía, estaba seguro de ello, que habían subido mucho más de lo que era la altura de la torre vista desde el exterior. Oyó risas, agudas e infantiles, pero más viejas de lo que podía contarse.

Los susurros parecían rebotar en las paredes, pero Uriel mantuvo su mente centrada en poner un pie delante del otro hasta que, al final, no

quedaron más escalones que subir.

Uriel se encontró en una sala en penumbra, iluminada únicamente por la difusa luz del sol que se filtraba a través de las oscurecidas ventanas invisibles desde el exterior. Los muros de la sala estaban cubiertos de sombras, aunque Uriel podía distinguir formas vagas en el perímetro de la habitación, figuras encapuchadas que murmuraban cosas sin sentido.

El aliento de Uriel se condensaba ante él y un frío glacial le apuñalaba los huesos. Una vez más deseó estar equipado con su armadura MK-VII en vez de aquella fina túnica, que poca protección le ofrecía contra ese frío antinatural.

Eversham se dirigió al centro de la habitación, donde se encontraba el gobernador Barbaden, de pie junto a un diván en el que yacía algo oculto a la vista de Uriel.

Barbaden estaba hablando en voz baja, poco más que susurrando. Se volvió ante la aproximación de Eversham e impacientemente hizo señas a Uriel para que se acercara.

Uriel se tragó la rabia una vez más y avanzó hacia donde se encontraban Barbaden y Eversham, sintiendo el crepitante potencial psíquico que emanaba del centro de la habitación. Barbaden se desplazó hacia la izquierda mientras Evensham se colocaba detrás del diván, y Uriel tuvo su primera visión de las janiceps.

Su primer pensamiento fue que no era más que una broma cruel, y que lo habían traído ante un mutante horrible. Uriel cerró el puño, como si fuera a desenfundar un arma que no llevaba. Luchó contra el horror que sentía hacia la… cosa que tenía ante él, y la observó más detenidamente al ver una incipiente sonrisa en una de las caras que lo miraban desde el diván.

Ella, o más bien ellas, estaban reclinadas en el diván formando un extraño ángulo, una nudosa masa informe de carne humana mantenida unida de una forma para la que la anatomía no estaba preparada. No era una criatura mutante, sino algo concebido y desarrollado en el interior de un útero, como gemelas a las que la naturaleza aberrante había gastado una broma cruel.

Sus cabezas estaban fusionadas a lo largo del cuadrante posterior del cráneo, de forma que una no podía mirar a la otra. Las pobres chicas deformes tenían dos bocas y dos narices, un ojo en cada cara, bien formado y colocado encima de la nariz, con un tercer y distendido ojo en medio de la frente que compartían.

El cerebro de una de ellas era visible a través de una delgada membrana que brillaba y palpitaba al compás de su respiración. En el lado derecho de su cabeza había una oreja rudimentaria de la que colgaba un pendiente de oro, y sus pequeños y ajados cuerpos yacían juntos obligados por su malformación. Estaban cubiertas por ropajes verde oscuro de lujoso terciopelo, Y Uriel distinguió la insignia de una cabeza de águila colgando de ellos, el símbolo del Adeptus Astra Telepática. ¿Sería ese el astrópata que transmitiría su mensaje a los Ultramarines?

Uriel estaba horrorizado por la visión que tenía delante, notando la mirada inteligente en el único ojo de cada una. El lechoso ojo de la frente común mostraba motivos similares a gotas de tintas de colores recorriendo la pintura blanca.

Uriel había visto motivos como esos anteriormente, al mirar a través de una cúpula de cristal hacia las profundidades de la disformidad cuando el Daemonium Omphalos atrapó al Orgullo de Calth entre sus garras.

—Bienvenido, Uriel Ventris —dijo la boca izquierda—. Yo soy Kulla.

—Y yo soy Lalla —dijo la otra.

—Somos las janiceps —dijeron ambas al unísono.



DIEZ

La voz de Lalla era dulce y sonaba como la de una chica joven y desenfadada que no supiera nada de la crueldad en el mundo. Por otra parte, la de Kulla era amarga y hosca, como si ella sola soportara el conocimiento del capricho de naturaleza impensable del que habían sido víctimas.

Uriel miró con una poco confortable fascinación a las muchachas unidas, no muy seguro de qué decir.

Los astrópatas a menudo son almas excéntricas, maldecidos con la habilidad de proyectar su mente a través de la vastedad de la galaxia y comunicarse con otros como ellos, permitiendo así el funcionamiento del Imperio.

Uriel había visto muchos astrópatas, pero ninguno tan físicamente atormentado como las janiceps, ninguno tan maldecido en su nacimiento como para ser preferible la muerte a resignarse a ese destino. En noventa y nueve mundos de cada cien, las chicas habrían sido asesinadas, pero fuera cual fuese el mundo en el que nacieron, obviamente era un lugar más tolerante.

Por mucho que Uriel pudiera sentir lástima por ellas, no podía evitar el sentimiento de que eran mutantes peligrosas, aunque luchó para superar esa impresión.

—No sientas lástima por nosotras, Uriel —dijo Lalla—. Nos gusta ser útiles.

—¡Cállate! —Le espetó Kulla—. ¿Qué sabes tú de utilidad? ¡Yo hago todo el trabajo!

—Vamos, chicas —intervino Barbaden con una voz inusualmente suave y conciliadora—. No deberíais discutir. Ya sabéis qué pasa cuando lo hacéis.

—Sí —se enfurruñó Kulla—, hacéis que vuestros condenados guardianes nos hagan la vida un poco más imposible.

—Y eso nos duele —chilló Lalla.

—¿Esto es el astrópata? —le preguntó Uriel a Barbaden.

—Puede preguntarles a ellas directamente —dijo el gobernador—, están justo delante de usted.

—Él piensa que somos mutantes, Kulia —dijo Lalla dulcemente.

—¿Acaso no lo sois? —inquirió Uriel.

—No más que tú, astartes —se burló Kulia—. ¿Qué eres tú, sino un monstruo? En realidad, tu estructura genética está más alejada de la humanidad que la nuestra.

Uriel inspiró profundamente. Por las precauciones que Barbaden había tomado al confinarlas, Kulia y Lalla eran, obviamente, psíquicas muy poderosas y, por tanto, sería estúpido enfrentarse innecesariamente a ellas.

—Sí, lo sería —afirmó Kulia con una sonrisa.

Uriel abrió la boca y Lalla soltó una risita.

—Ella es así. Pero no te preocupes, únicamente puede leer tus pensamientos más superficiales, a no ser que quieras que te lea más profundamente. Y en ese caso conoceremos todos tus pecados.

—Soy un marine espacial del Emperador, no cometo pecados —declaró Uriel.

—Oh, vamos —dijo Lalla riendo—, todos tenemos nuestros secretos.

—No —insistió Uriel—, nosotros no.

—Él tiene secretos que ocultar —dijo Kulia con un grito cacareante que hizo convulsionar la membrana que le cubría el cerebro.

—¿Podemos centrarnos en el tema? —preguntó Uriel , incómodo en presencia de las janiceps ahora que sabía que podían leer mentes además de comunicarse telepáticamente con otros astrópatas.

—Pues claro —dijo Barbaden, divertido por la incomodidad de Uriel—. Simplemente debe arrodillarse delante de las gemelas y hacer lo que le digan. Será mucho más rápido si no lo cuestiona todo.

—¿Los dos? —preguntó Pasanius.

—Sí quiere —dijo Lalla—. Pero no representará ninguna diferencia.

—Entonces, creo que seré yo el que se mantenga aparte —dijo el astartes, haciéndole una señal a Uriel para que se adelantara.

—Y encima tienes medallas al valor —bromeó éste.

—La responsabilidad del mando implica que, a veces, debes liderar desde primera línea —replicó Pasanius—. Y ella dijo que no supone ninguna diferencia.

—Qué conveniente —dijo Uriel, arrodillándose ante las gemelas.

—Danos las manos —dijo Lalla—, y no te muevas.

Uriel asintió, y se preguntó la necesidad del último comentario de Lalla mientras hacía lo que le habían pedido. Tocó sus manos con cierta reticencia, sintiendo el rápido latir de su sangre en los pequeños y delicados dedos.

—No estamos hechas de porcelana —le indicó Kulla—. Creía que los astartes eran fuertes. Agárranos fuerte las manos.

Lalla se rió tontamente y Uriel se ruborizó al apretar con más fuerza.

—Esto está mejor —dijo Kulia—. Ahora controlamos tu mente. Los ojos de Uriel se abrieron con asombro, peto Lalla sonrió.

—Está de broma. No haría eso, no sin antes preguntártelo.

Las manos se le enfriaron y notó como un escalofrío le recorría los brazos y el pecho. No sabía cuánto de sus bromas era puro juego y cuánto era verdad, pero tenía la sensación de que, si querían hacerle daño, no había nada que pudiera hacer para impedir que lo mataran con un simple pensamiento.

—Así pues, ¿qué tengo que hacer? —les preguntó Uriel, tratando de no mostrar su malestar.

—¿Adónde quieres mandar el mensaje? —inquirió Lalla, cerrando su único ojo.

—¿A quién se lo estás enviando? —preguntó a su vez Kulla.

—A los Ultramarines —dijo Uriel—. En el mundo de Macragge.

—Abre tu mente, astartes —ordenó Kulla con su voz rasposa y dura.

Uriel asintió con la cabeza, aunque las instrucciones eran vagas, y cerró los ojos, reduciendo el ritmo de su respiración y esperando el contacto de la mente de las gemelas. No sintió nada, pero trató de no impacientarse.

—Tu mente está cerrada a nosotras —advirtió Lalla—, como una fortaleza preparada para resistir al invasor.

—No lo entiendo —se sorprendió Uriel.

—Vosotros, los astartes, tenéis unas mentes tan rígidas e inflexibles como el adamantium —afirmó Kulla, y Uriel vio que su boca no se movía. Su voz llegaba directamente a sus pensamientos sin necesidad de recurrir al habla—. Estáis entrenados, condicionados y potenciados en muchos

aspectos, pero vuestras mentes son como puertas cerradas a un lugar de milagros y maravillas. Estáis entrenados para acceder a un gran potencial: memoria, lenguaje, análisis de combate… y aun así vuestros señores os entrenan para cerrar totalmente la parte de vuestra mente que os permitiría flotar. No sentís como lo hacen los demás, pero puedo abrir esta puerta para ti si nos dejas.

—Detente, Kulla —intervino Lalla—. Sabes que eso no está permitido. Déjalo con su ceguera.

—Oh, está bien —se enfurruñó Kulla, soltando un suspiro que Uriel escuchó en su mente—. Muy bien, astartes, imagina tu mundo natal, su gente, sus montañas y sus mares. Huele la tierra y saborea el aire. Siente la hierba bajo tus pies y el viento en tu cara. Recuerda todo lo que hace que sea ese mundo y no otro.

Contento de haber recibido una instrucción que entendía, Uriel recordó su última visión de Macragge, un hermoso globo azul girando lentamente en la inmensidad del espacio. Los grandes océanos que cubrían la mayor parte del planeta brillaban con una luz azul, y nubes de tormenta espirales, como galaxias en miniatura, giraban indolentemente en la atmósfera.

Atravesando la capa de nubes, Uriel recordó el temible coloso de mármol que era la Fortaleza de Hera en la gran península. Vio flotar las estriadas columnas de su majestuoso pórtico, las avenidas de estatuas de guerreros heroicos. Su mente flotó hacia delante, por encima de techos dorados, bóvedas plateadas y gigantescas agujas de luz resplandeciente, magníficas bibliotecas, salas de honores de batalla y dorados salones de peregrinos y adoradores llegados al Templo de la Corrección, en el que el cuerpo del poderoso Roboute Guilliman era mantenido en estasis.

Más allá de la Fortaleza de Hera, Uriel imaginó las salvajes e indómitas glorias del valle de Laponis, sus acantilados blancos levantándose hasta gran altura por encima del río dolorosamente azul que se abría paso entre las montañas hasta las llanuras inferiores. Como si fuera un pájaro volando, Uriel se lanzó en picado hacia el valle, aumentando su velocidad hacia las atronadoras cataratas que caían desde lo más alto.

Unas vaporosas nubes de gotas de agua cubrían el aire, saturándolo con una niebla fría, y Uriel rió de placer al saborear las cristalinas aguas del mundo natal de su capítulo. Flotó por encima del valle, visualizando las montañas y bosques de Macragge, la rocosa línea de la costa y los inmensos y profundos océanos.

—Pasanius —jadeó—, estoy allí.

—Mantén los pensamientos de tu mundo —dijo Kulia—. Enuncia tu deseo.

—¿Mi deseo? —preguntó Uriel.

—De regresar a casa —dijo Lalla con una nota de tensión en su voz. Uriel asintió.

—Hemos completado nuestro juramento de muerte —declaró—. Ha llegado el momento de regresar junto a nuestros hermanos de batalla.

—Muéstranoslo —le ordenó Kulla—. Todo.

Aunque odiaba regresar allí, incluso en sus recuerdos, Uriel revivió lo ocurrido en Medrengard, las llanuras de ceniza, los humeantes continentes fabriles y las infernales y condenadas criaturas que allí habitaban. Recordó el bosque de pesadilla de Khalan-Ghol, la horripilante matriz demoníaca de las daemonculati y su victoria final sobre Honsou.

Uriel sintió como las manos de las gemelas temblaban y abrió sus ojos cuando un terrible hedor a carne quemada asaltó su olfato. Unas llamas fantasmagóricas oscilaban y envolvían toda la sala, pero sus ocupantes no parecían ser conscientes de ellas.

Las llamas lo bañaban todo a su alrededor con su luz, y Uriel tuvo la impresión de ver unos ojos hambrientos observándolo desde la oscuridad.

Las frías llamas reflejaban una extraña luz procedente de los allí reunidos, y Uriel jadeó al contemplar la magnitud de lo que las gemelas veían.

Una sombría oscuridad rodeaba a Eversham, y un reflejo plateado, como el reflejo de la luna en un lago en calma, bañaba los rasgos de Barbaden con un frío halo. Unos centelleantes arcos de rayos dorados saltaban entre las cabezas de las gemelas, y una explosión escarlata, como sangre diluida, envolvía la silueta de Pasanius. Uriel vio que el brillo rojizo

se extendía más allá del muñón del brazo de Pasanius y formaba la borrosa silueta de una mano.

Mirando hacia su propio cuerpo, observó el mismo brillo rojizo, como las brasas de un humeante fuego, alrededor de sus brazos y torso.

—Sois guerreros —dijo KulIa. Su voz sonaba como si le llegara de muy, muy lejos—. ¿Qué otro color podrías esperar que tuviera tu aura, sino el de la sangre?

Pasanius dijo algo, pero Uriel no pudo entenderlo, ya que la voz de su amigo sonaba como si procediera de una distancia imposiblemente distante. Mientras los sonidos de la voz de Pasanius se desvanecían aún más, Uriel centró su mirada en el oscilante y lechoso ojo del cartílago que fusionaba las frentes de Kulia y Lalla.

Las estrellas giraban en lo más profundo de su ojo, planetas y el infinito vacío que los separaban. Uriel gritó al verse atraído hacia ese ojo, una mera mota en el vacío del espacio. Distancias tan grandes que la mente humana simplemente no era capaz de imaginárselas, pasaron junto a él a la velocidad del pensamiento. Pero él formaba parte de ese pensamiento, todo lo que había recordado y todo lo que había visto era transportado con el faro psíquico de ideas e imágenes a través del espacio por el poder de las mentes de las gemelas.

El mareante vértigo era casi insoportable, y hacía todo lo que podía para mantenerse agarrado a las manos de las gemelas mientras trasladaban lo que les había dado a través del vacío.

Y entonces todo acabó.

Uriel jadeó cuando las gemelas le soltaron las manos. Parpadeó rápidamente al restaurarse su visión normal, y todos los colores que había visto anteriormente se desvanecieron como fragmentos de un sueño.

—¿Ya está? —quiso saber mientras respiraba pesadamente.

—Tu llamada ha sido escuchada —dijo Lalla.

—Por cualquiera con la voluntad de escuchar —añadió Kulla.

Cuando Eversham condujo a Uriel y a Pasanius fuera del Argiletum, el cielo estaba oscuro y se veía un puñado de estrellas. El sentimiento de alivio por abandonar la presencia de las janiceps fue total, y cuando Uriel

tomó una bocanada purificadora, le supo tan dulce como el fresco aire de las montañas de Macragge.

—¿Cuánto tiempo hemos estado allí dentro? —preguntó Uriel , mirando las estrellas.

—Demasiado —respondió Pasanius mientras los soldados volvían a colocar las planchas sobre la alambrada para dejarlos cruzar—. Estuviste arrodillado delante de esas… niñas, durante horas.

—¿De verdad? —se extrañó Uriel—. Me pareció que, como mucho, habían pasado minutos.

—Créeme —afirmó Pasanius, rascándosela piel enrojecida del muñón del brazo—. No fueron minutos. Barbaden se fue en cuanto empezaste.

—¿Te duele el brazo? —quiso saber Uriel mientras seguía a Eversham por encima del puente de planchas de metal.

—Un poco —admitió Pasanius—. No fue amputado exactamente con precisión quirúrgica.

Uriel captó la ansiedad en el tono de Pasanius y comprendió que su amigo estaba preocupado. Pasanius había perdido el brazo luchando contra un antiguo dios estelar bajo la superficie de Pavonis, y microscópicos fragmentos del metal viviente de su espada habían penetrado en su corriente sanguínea incorporando su estructura en el sustituto que los adeptos de ese mundo le habían instalado.

El sustituto había desarrollado poderes regenerativos y Pasanius había luchado con el sentimiento de culpa durante muchos meses, hasta que se había visto obligado a confesarle la verdad a Uriel . Los mortuarios bestiales, los horripilantes cirujanos torturadores de los Guerreros de Hierro, le habían amputado posteriormente el brazo para presentárselo al Herrero de Guerra Honsou, pero el sentimiento culpable seguía acosándolo.

—Ahora estás libre de la mácula xenos —afirmó Uriel en voz baja—. Estoy seguro de ello.

—¿Y qué pasa si algo de Medrengand entró en mí?

—Lo sabrías si te hubiera pasado —le aseguró Uriel—. Si los Poderes Siniestros hubieran corrompido tu carne, no estarías hablando conmigo de esto. Ayer habrías apuntado tu pistola bólter contra mí durante la batalla.

—¿Sería tan rápido? Tal vez sólo he dado los primeros pasos por la senda del mal.

—No lo sé con total certeza —replicó Uriel, detectando el miedo en la voz de su amigo—, pero creo que el solo hecho de cuestionarte si has sido tocado por el mal me dice que no lo has sido. Aquellos que han caído en el mal jamás se lo cuestionan, jamás creen que están equivocados y son incapaces de ver la verdad de sus acciones. Si estuvieras en ese camino, lo sabría.

—Espero que tengas razón —suspiró Pasanius.

—Si quieres estar seguro, le pediré al gobernador Barbaden que te hagan un escaneo médico.

—¿Crees que eso detectaría algo?

—Al menos mostraría algún tipo de infección —apuntó Uriel .

Pasanius sonrió agradecido.

—Gracias, Uriel . Tu amistad significa mucho para mí.

—En estos tiempos, es todo lo que tenemos, amigo mío —le contestó Uriel .

Rykard Ustel estaba a punto de morir, tan seguro como que el día se volvía noche. Pascal Blaise lo podía ver en los ojos del chico, su mirada le decía que su cuerpo ya había abandonado la lucha por vivir, y que ya sólo era cuestión de tiempo que la maquinaria biológica se apagara. Habían hecho todo lo posible por él, pero ninguno de ellos era un médico con experiencia, y sus imperfectos conocimientos sobre cómo tratar heridas de combate provenían de ver a otros morir.

Serj Casuaban había traído los suministros médicos como había prometido, y muchos de los heridos en el ataque de las Águilas Aullantes vivirían. Muchos, pero no todos.

Desafortunadamente para Rykard Ustel, él no era uno de los afortunados.

Cawlen Hurq estaba sentado en la cama del muchacho, cogiéndole la mano y hablándole dulcemente. La luz de los dos quemadores de aceite

lanzaba sobre la pálida cara de Rykard un cálido y saludable brillo, que no dejaba traslucir su verdadero estado.

Pascal se rascó la quemadura láser de la cabeza y tomó otro trago de raquir, deseando repentinamente poder vaciar la botella y caer en una inconsciencia sin sueños. Sabía que no podía hacerlo. Había gente que dependía de él, y era plenamente consciente de que los Hijos de Salinas no podían continuar de esta manera.

Era consciente de ese duro hecho desde hacía años, pero su odio por Leto Barbaden lo había cegado ante la cruda realidad. Era una guerra que no podía ganarse con violencia, y la futilidad de la lucha y las muertes de las que también era responsable lo ponían enfermo. ¿Todo eso no había servido para nada?

Pascal escuchó una débil maldición y levantó la mirada.

—Ya está —anunció Cawlen. Su cara era una máscara de rabia cuando se desplomó en la silla que había delante de Pascal—. Rykard. Está muerto.

Pascal asintió y deslizó la botella a través de la mesa hacia Cawlen, quien tomó un largo trago del potente licor.

—¿Para qué ha muerto, Cawlen? —Preguntó Pascal—. Dime para qué ha muerto.

—Ha muerto por Salinas —replicó Cawlen—, para derrotar al Imperio.

Pascal negó con la cabeza.

—No, ha muerto por nada.

—¿Cómo puedes decir eso? —Gruñó Cawlen—. Ha muerto luchando contra los opresores. ¿Cómo puede haber muerto por nada?

—Porque la idea de derrotar al Imperio es ridícula —dijo Pascal tristemente—. Creo que siempre lo he sabido, pero simplemente no podía admitirlo. ¿Qué podemos hacer? En serio. Luchamos con armas robadas tan antiguas que probablemente sean más peligrosas para nosotros mismos que para cualquiera al que apuntemos con ellas. Ellos tienen tanques y aviones, y ahora, además, marines espaciales.

—Sólo son dos —repuso Cawlen—, y a uno de ellos le falta un brazo.

—¿Y eso no te dice algo? ¿Que no merecemos más atención que un mero par de marines espaciales? A mí me dice mucho.

—Así pues, ¿no podemos vencer? ¿Es eso lo que estás diciendo? —quiso saber Cawlen.

—No. Sí… Tal vez. Ya no lo sé —replicó Pascal.

—¡Sylvanus Thayer jamás se habría dado por vencido!

—Sylvanus Thayer condujo a los Hijos de Salinas a una batalla suicida sin esperanza de victoria y yo no pienso hacerlo, Cawlen, no pienso hacerlo.

—Murió como un héroe —dijo Cawlen, desafiante.

Por un breve instante, Pascal deseó decirle a Cawlen la verdad, que Sylvanus Thayer yacía quemado y horriblemente mutilado en la Casa de la Providencia, pero el destino había convertido al antiguo líder de los Hijos de Salinas en un mártir y parecía de mala educación negarle ese honor.

—Sí —dijo Pascal—, lo hizo, pero no quiero que haya más mártires. Quiero que la gente pueda vivir sus vidas. Quiero la paz.

—Eso es por lo que luchamos.

Pascal se rió, pero su risa fue amarga y dura.

—¿Luchar por la paz con actos de guerra?

—Si es necesario.

—Pensar de esta forma es lo que hará que todos acabemos muertos —le aseguró Pascal.

Había tres figuras formando un triángulo en la estrecha sala de baldosas resistentes al calor, cada una de ellas mirando hacia el centro de la habitación. La primera era un hombre joven atado a un diván colocado en vertical. Sus miembros estaban aferrados con cadenas de plata y la cabeza sujetada con abrazaderas que evitaban que la moviera ni un milímetro.

Unos atomizadores silbantes le humedecían la boca, tenía las cuencas de los ojos vacías y los párpados mantenidos permanentemente abiertos con speculums oculares. Unos tubos ligeramente oscilantes le proporcionaban nutrientes, mientras que otros retiraban sus residuos corporales. Detrás de él, un chasqueante y zumbante grupo de máquinas monitorizaba sus signos vitales; su rítmico pulso y los picos de la gráfica eran las únicas señales que

mostraban que seguía con vida, tan leves eran los movimientos respiratorios de su pecho.

Le habían ajustado sobre la boca una unidad captadora de voz, conectada a su vez a una serie de alambres dorados que giraban y recorrían el suelo hasta llegar al segundo ocupante de la sala.

Esta figura estaba sujeta de forma similar, aunque apenas hacía falta, pues todas sus extremidades, excepto el brazo derecho, habían sido quirúrgicamente extirpadas. Estaba sentada en un armazón metálico con sujeciones de bronce y cables pulsantes y, al igual que su compañero, la materia entraba y salía de su cuerpo mediante tubos palpitantes. Los cables dorados del primer ocupante recorrían la habitación hasta la parte posterior del cerebro del segundo ocupante antes de dividirse y fijarse en unas conexiones de hierro introducidas en lo que habían sido sus orejas. Sus párpados habían sido cosidos y un pequeño escrito se había tatuado sobre ellos.

Había un pequeño atril de madera junto a este individuo sobre el que descansaba un fragmento de pergamino amarillento salido de un rollo situado bajo el brillante grabador de imágenes. La única extremidad que conservaba la figura permanecía inmóvil junto al pergamino con una larga pluma fuertemente sujeta entre el pulgar y el índice de su delgada mano.

El último ocupante de la sala también era un amasijo de carne y maquinaria, pero mientras que sus compañeros estaban vinculados a sus funciones mediante, sujeciones y protecciones, éste simplemente obedecía órdenes grabadas en su cerebro por medio de una lobotomía y paquetes de instrucciones que le eran proporcionados por sus amos.

Era un servidor de defensa al que no le quedaba nada en la mente que pudiera considerar propio, convertido en una simple arma viviente sin voluntad para realizar ninguna función que no le fuera ordenada. Aunque su forma era más humanoide que la de los otros dos ocupantes de la sala, su cuerpo había sido potenciado con elementos biónicos, estimulantes musculares, compensadores de equilibrio y programas de puntería para permitirle soportar el increíble peso del gigantesco incinerador que había reemplazado a su brazo izquierdo.

El arma apuntaba alternativamente a los otros ocupantes de la sala, con el cerebro condicionado para detectar cualquiera de los indicios de alarma que desatarían su respuesta de ataque y llenarían la sala con el bendecido fuego, inmolándolo todo, incluido él mismo.

El incinerador se movió para apuntar a la figura sujeta al diván cuando su pecho empezó a respirar con esfuerzo. Los sonidos de la maquinaria que tenía detrás incrementaron su frecuencia, volviéndose estridentes y alarmantes.

Una siseante llama azul cobró vida en la bocacha del enorme incinerador.

La primera figura, pese a tener atadas todas las partes de su cuerpo susceptibles de moverse, se puso rígida, como si la estuviera recorriendo una corriente eléctrica. Su mandíbula se movió arriba y abajo, aunque la unidad captadora de voz impedía que ningún sonido surcara el aire.

En cuanto empezó a mover la boca, la figura de la pluma cobró vida, como una máquina a la que se acaba de conectar a la corriente. La pluma empezó a recorrer la página, llenándola de una escritura delgada y oscura mientras su enjuta extremidad recorría el pergamino. El brillo del grabador de imágenes parpadeó cuando las palabras pasaron a través de él, transportándolas a otra sala segura en las instalaciones.

El incinerador llenó la habitación con el ardiente silbido de su llama guía, pero los parámetros para actuar del servidor de defensa no se habían cumplido, por lo que permaneció inmóvil mientras el proceso se desarrollaba ante él.

Finalmente, el joven de las cuencas de los ojos vacías se relajó; la tensión que saturaba su cuerpo y un inaudible pero plenamente sentido suspiro escapó de él. Su colega también se relajó, volviendo su brazo a la posición anterior junto a una sección de pergamino ya escrita.

El silencio se apoderó de la sala cuando la llama del incinerador se extinguió y el servidor volvió a su secuencia de monitorización.

Se abrió una puerta oculta en el muro, invisible desde el interior de la habitación, y una serie de encapuchados hicieron acto de presencia. Cada uno de ellos llevaba un humeante quemador de incienso; sus cubiertas caras

ciegas a los ocupantes de la habitación. Dieron varias vueltas a la sala, guiándose con las manos apoyadas en las paredes, realizando precisos movimientos con sus incensarios de santificados aceites y humo fragante.

Un vapor parecido a la neblina matinal llenó la habitación, pero eso no preocupó a la figura acorazada que siguió a los encapuchados a la sala. Enorme, hasta el punto de poder considerarse gigante, su pulida armadura de acero azul parecía llenar la habitación. El humo habría cegado a un hombre normal, pero este guerrero se dirigió al atril sin dificultad alguna.

Una gigantesca mano enguantada rasgó el pergamino del dispensador, levantándolo hasta el yelmo que le cubría la cabeza mientras leía lo que había allí escrito.

Ya las había oído en boca del querubín artificialmente creado, pero necesitaba ver las palabras con sus propios ojos, para conocerlas y sentir su verdad. Los indicios eran inequívocos.

El Gran Ojo se había abierto, y los portentos del haruspex estaban sucediendo.

Oyó unas fuertes pisadas detrás de él cuando una figura equipada con una gigantesca armadura de placas igual a la suya entró en la sala. En una mano sostenía una pesada alabarda.

—¿Es cierto? —preguntó el recién llegado—. ¿Una fuerza está despertándose nuevamente en Salinas?

—Es cierto —confirmó el guerrero—. Inicia el despliegue, Cheiron.

—Ya se ha iniciado.

El guerrero asintió. No había esperado menos.

—¿Tiempo estimado de llegada a Salinas?

—La órbita del planeta está en nuestra dirección. Cinco días a lo sumo.

—Bien —dijo el guerrero—. Quiero llegar allí mientras todavía quede algo que valga la pena salvar.

—Eso puede no ser posible —apuntó Cheiron.

—Entonces debemos hacer que lo sea —replicó el guerrero—. Estoy cansado de exterminios.



TERCERA PARTE

NÉMESIS

Nuestros errores aguardan una rápida venganza.



ONCE

El polvo se acumulaba en cientos de gigantescas vitrinas, y el aire en el interior de la Galería de Antigüedades estaba saturado de mustio descuido e historia olvidada. De todos los lugares que había visto en Salinas, éste era el único que realmente le decía algo a Uriel. El legado del pasado y el sentimiento de pertenecer a algo más grande era muy fuerte, y le recordó las numerosas salas de antiguos estandartes y trofeos de honor que llenaban la Fortaleza de Hera.

Era el día siguiente a su reunión con las janiceps, el regusto culpable del contacto psíquico todavía no había abandonado su mente. Cuando el amanecer extendió su agria luz sobre Salinas, Uriel realizó la petición al gobernador Barbaden, vía su omnipresente sombra, Eversham, de que necesitaban un médico experto para examinar a Pasanius.

No se produjo ninguna respuesta inmediata y, en vez de simplemente esperar una respuesta, Uriel había decidido aprovechar el tiempo, antes de que sus hermanos de batalla se pusieran en contacto, para familiarizarse mejor con este mundo.

La mejor forma de lograrlo, decidió, sería aprender de su pasado.

Como ya había recorrido los corredores del palacio hasta el patio de armas anteriormente, la ruta estaba grabada en la memoria de Uriel, por lo que encontró el camino hasta las puertas exteriores del palacio con facilidad.

La explanada de cemento desnudo y la torre gris en su extremo más alejado no eran menos deprimentes de lo que habían sido el día anterior, y mientras se dirigía hacia la decrépita Galería de Antigüedades, Uriel no pudo evitar sentirse atraído por ese lugar, sentir que, de alguna forma, la visita era necesaria.

—No parece gran cosa —había dicho Pasanius al observar la descuidada ala del palacio. Pese al sentimiento de que grandes cosas los esperaban en la galería, Uriel se había visto obligado a estar de acuerdo con él.

Esa temida desilusión quedó disipada en cuanto entraron y vieron las numerosas vitrinas, cajas de embalaje y curiosidades que llenaban el ala. Buena parte de sus salas estaban envueltas en sombras, y quien sabe qué

tesoros aguardaban a ser descubiertos en ellas, pues un planeta merecedor de honores de batalla e historia llenaba la Galería de Antigüedades.

Como responsable de imponer orden en esos aleatoriamente reunidos recuerdos se encontraba el conservador Lukas Urbican, un hombre meticuloso y orgulloso con el que Uriel había congeniado apenas conocerse.

—Ah —dijo Urbican al levantar la mirada por encima de sus anteojos en cuanto abrieron las puertas de la galería—. Esperaba que os vierais motivados para visitar mi humilde galería, aunque debo disculparme por adelantado por la, de alguna forma, aleatoria naturaleza de los objetos.

Urbican era de mediana estatura y, por su pose, anteriormente había sido soldado. Aunque vestía las oscuras ropas de un adepto en vez de uniforme, era evidente que se mantenía en forma y con buena salud. Uriel supuso que debería encontrarse en los sesenta y pocos, su cara era angulosa y de rasgos duros, y el poco pelo que le quedaba estaba cortado casi al cero, y era tan blanco como la nieve en polvo.

Urbican les indicó que entrasen y les ofreció una mano llena de manchas en señal de bienvenida. Uriel se la estrechó. Su apretón era fuerte y rugoso.

—El conservador Urbican, supongo —dijo Uriel.

—El mismo, amigo mío, el mismo —respondió Urbican con una sonrisa encantadora—, pero llámeme Lukas. Supongo que usted es el capitán Uriel Ventris, lo que hace, si no estoy equivocado, que su manco compañero sea el sargento Pasanius.

—No se equivoca en absoluto —afirmó Pasanius—. Lo del brazo es algo delator.

—¿Ha oído hablar de nosotros? —quiso saber Uriel.

—No creo que haya demasiada gente en Salinas que no lo haya hecho —dijo Urbican—. Las noticias de la llegada del Adeptus Astartes viajan rápido, aunque he de confesar que me temía que se los guardara para él solo. Nuestro estimado gobernador no tiene demasiado tiempo para mí, o para las polvorientas reliquias del pasado. Dice que son una pérdida de tiempo.

—En realidad, el gobernador Barbaden no parece querer tener mucho que ver con nosotros —dijo Uriel, sorprendido por su sinceridad.

—Bueno, tiene muchas cosas de que ocuparse, supongo —concedió Urbican—. Sobre todo con todos los problemas que están causando los Hijos de Salinas.

—Exactamente —asintió Uriel, seguro de que podría llegar a saber muchas más cosas por medio de Lukas Urbican—. Por eso disponemos de mucho tiempo.

—Y han decidido utilizar ese tiempo visitando mi pobre galería de antigüedades? Me honran —dijo un Urbican radiante—. Sé lo raro que debe ser para un soldado como usted tener tiempo libre, o, de hecho, para cualquier hombre de guerra. Evidentemente, hace mucho que no puedo considerarme un soldado del Emperador.

—¿Sirvió con los Falcaras? —preguntó Pasanius.

—Por mis pecados —dijo Urbican sonriendo, aunque su sonrisa vaciló durante un breve instante. Movió la mano como para restarle importancia —. Evidentemente, eso fue hace muchos años. Nos disolvimos después del Día de la Restauración, aunque creo que la coronel Kain me habría obligado igualmente a retirarme. La guerra es para los jóvenes, ¿verdad? —Urbican se detuvo de repente y levantó la mano con un dedo medio levantado.— ¡Pues claro! ¿Dónde están mis modales? Sé por lo que han venido, estúpido de mí.

Uriel sonrió mientras el anciano conservador se dirigió a una sala junto a la entrada principal.

El interior de esa ala del palacio había visto tiempos mejores. La pintura estaba cayéndose de las paredes y las manchas de humedad subían desde el suelo hasta el abovedado techo. De las paredes colgaban estandartes, gallardetes rojos y dorados y banderines rectangulares mostrando guerreros con la cabeza de un águila portando dos falcatas.

Una larga fila de mesas-vitrina recorría el centro de la sala, y en las paredes habían cajas apiladas. Algunas estaban abiertas y garabateadas con anotaciones ilegibles, y contenían restos de chaquetas de uniformes y diversas piezas de vestir. Unas agrietadas vitrinas de cristal se levantaban

entre las cajas de almacenaje y unos maniquís sin vida vestidos con lo que parecían dispares piezas de uniformes y armaduras y cargando oxidados rifles láser que parecían a punto de caerse a trozos.

Parecía que la colección no mantuviera ningún orden, pero Uriel sintió que era muy reconfortante saber que al menos un hombre en Salinas se preocupaba por la memoria de aquellos que habían servido en el regimiento y que honraba a los habitantes del planeta que habían conquistado.

—¿Cuántos años de servicio debe de haber aquí reunidos? —inquirió Uriel.

Pasanius estaba mirando una de las vitrinas llena de medallas y diversas bayonetas.

—Décadas —afirmó Pasanius, levantando una falcata con la hoja oxidada—, o tal vez siglos.

Mientras Urbican seguía empeñado en lo que fuera que estaba buscando, Uriel vagó por los pasillos a lo largo de las vitrinas. La primera ante la que se detuvo contenía ajados libros de cuero atados con cordeles podridos. La mayoría estaban estropeados y eran ilegibles, pero uno destacaba orgullosamente en el centro de la vitrina.

El dorado de la cubierta había desaparecido, pero Uriel pudo distinguir suficiente de su título para saber que era una copia del Tactica Imperium, la magna obra que dictaba la forma de hacer la guerra de los ejércitos imperiales. La fecha era totalmente ilegible, pero el número de la edición parecía estar en una centena baja, por lo que el libro debería de tener miles de años de antigüedad.

—Ah, veo que ha encontrado la copia del Tactica de su Vieja Serenidad —dijo Urbican, asomando la cabeza por la puerta—. Una pieza muy rara, y se dice que tiene una anotación personal del comandante solar Macharius en la cubierta interior, pero el libro es demasiado frágil para atreverse a abrirlo.

—¿Quién era la Vieja Serenidad? —preguntó Pasanius.

—El coronel de los Falcatas anterior a Leto Barbaden —exclamó Urbican—. Un venerable anciano, un caballero. Cuando nos enviaron a una acción desesperada en la garganta Koreda se volvió a su ayudante y le dijo:

«Jamás ordenaré la retirada, jamás. Avisa a los hombres de que, si oyen esa llamada, no es más que una ardid del enemigo.» Es increíble, ¿verdad?

—¿Eso es cierto?

—No tengo ni idea —reconoció Urbican—. Su Vieja Serenidad resultó muerto una hora más tarde, pero suena bien, ¿no creen? ¡Ah! Aquí está.

Urbican salió de la habitación trasera llevando un largo fardo cubierto con una tela que dejó reverentemente sobre la mesa delante de Uriel. Incluso antes que Urbican lo descubriera, Uriel supo qué era, y notó como su pulso se aceleraba mientras la envainada espada de Idaeus quedaba al descubierto.

—Eversham trajo aquí su espada, capitán Ventris —dijo Urbican—, y la he mantenido a salvo para vos.

Uriel sacó la espada de pomo dorado de su funda. Los dedos se deslizaron naturalmente alrededor de la empuñadura y la guarda encajó perfectamente en la parte superior de su puño. Sostener una vez más esa hoja y sentir la conexión de su herencia como marine espacial era una sensación sublime, otro signo de que su exilio del capítulo casi había terminado.

Hizo girar la espada en la mano. La pálida luz de la galería se reflejaba en su brillante e inmaculada superficie.

—Gracias —dijo—. Esta espada significa mucho para mí.

—Una pieza magnífica —comentó Urbican—, aunque creo que la hoja no es la original.

—Tiene un buen ojo, Lukas —dijo Uriel—. La hoja se rompió en el mundo de Pavonis. Forjé una nueva en Macragge.

—Ah, eso lo explica. Aun así, es una espada magnífica —declaró Urbican—. ¿Tal vez podría explicarme su ilustre historia algún día?

—Me sentiría orgulloso de ello —asintió Uriel, tratando de colocar la espada en su cintura, pero comprobó que sin la armadura, el cinto era demasiado grande.

—¿Mi armadura también está aquí, conservador? —quiso saber Pasanius al ver las dificultades que tenía Uriel.

Urbican sonrió.

—Así es, sargento. MK-VII si no me equivoco, ¿modelo Aguila?

—Así es —confirmó Pasanius—. ¿Conoces las armaduras astartes?

—Sólo un poco —admitió Urbican—. Mi pasión es estudiar el equipo de combate de nuestros más heroicos protectores, aunque he de confesar que jamás había tenido la oportunidad de estudiar una armadura o un arma tan antigua como las suyas.

—¿Ha estudiado las armaduras de los astartes? —exclamó Uriel, extrañado—. ¿Dónde?

—Evidentemente aquí —replicó el conservador con una expresión también de extrañeza que, de repente, se convirtió en una alegría infinita— ¡Oh, ya veo! Deben venir conmigo —dijo Urbican, avanzando por un pasillo que se adentraba en la galería—. Amigos míos, no son ustedes los primeros astartes que vienen a Salinas.

Daron Nisato pensó que para ser alguien que había servido lealmente a Leto Barbaden en las Falcaras Achamán, Mesira Bardhyl lo había pasado particularmente mal en los años siguientes al Día de la Restauración. En numerosas ocasiones, mientras el regimiento luchaba en las más duras campañas, Nisato había visto la escalofriante forma de Mesira junto al coronel, su encorvada figura perdida en el interior del tabardo de la Guardia, y sintió un ramalazo de simpatía por ella.

Sabía que eso no era bueno, pues, como comisario de la compañía, era muy probable que debiera meterle una bala en la cabeza si sus poderes psíquicos se volvían peligrosos.

Pese a su aparente fragilidad, Mesira había servido bien al regimiento y jamás flaqueó ante su deber.

Y ésa era su recompensa tras la disolución: una estructura de ladrillo y madera construida con tosquedad en las afueras de Desguace, con pintadas anti-imperiales en las paredes y burdas representaciones de monstruos cornudos en la puerta. Las calles estaban desiertas en ambas direcciones, pero eso no era extraño. La llegada del ruidoso Chimera con los colores

negro y acero de las fuerzas de seguridad de Barbadus era una forma de vaciar las calles efectiva como ninguna otra.

Nisato salió por la escotilla de mando del vehículo y descendió del blindado saltando al polvoriento y compactado suelo. La armadura le pesaba enormemente, pero habría sido una estupidez acercarse tanto a Desguace sin llevarla. Volvió a examinar la calle; sus ojos saltaban de los tejados a las ventanas y las puertas en las que un tirador oportunista podría ocultarse.

Se volvió hacia el rugiente vehículo.

—Voy a entrar.

—¿Necesita apoyo? —preguntó una voz en el interior de su casco; era el teniente Poulsen.

—No, espere aquí. No serán más que unos minutos.

—Estaremos preparados por si nos necesita —respondió Poulsen, y Nisato captó la impaciencia del hombre. Poulsen había sido ayudante del comisario a finales de la campaña de Salinas, y lo acompañó en todas sus acciones, siguiéndolo a las fuerzas de seguridad tras la disolución el Día de la Restauración.

Eso no les había ofrecido demasiadas oportunidades por lo que se refería a ascensos, pero al menos no eran tan odiados como los hombres y mujeres que decidieron permanecer con los Falcatas. En cualquier caso, como garantes de la paz y defensores de la ley, se les podía ver haciendo algún bien.

Al menos eso era lo que Daron Nisato se decía cada noche antes de acostarse.

—Permanezca alerta —ordenó Nisato—, y si no he salido en diez minutos, entre a buscarme.

—Entendido, señor.

Una escuadra de cinco hombres de seguridad aguardaba en los tórridos confines del Chimera, armados y equipados para el combate, pero Nisato no pensaba que fuera a necesitarlos. Mesira era una mujer afligida y solitaria, pero no era peligrosa. Cuando la vio en el palacio, percibió la desesperación grabada en su cara, y aunque quedaba ligeramente fuera de sus funciones

como defensor de la ley visitarla como estaba haciendo, sentía que se le debía un poco de atención.

Porque, si no lo hacía él, ¿quién lo haría?

Nisato llamó a la puerta con su guantelete y oyó el eco de los golpes en las escaleras. Le dio la impresión de que no estaba cerrada. Empujó la hoja, y no le gustó nada el rancio aire de abandono que emanaba del lugar. En un sitio como ése podían vivir docenas de personas, pero temía que las habilidades de Mesira la hubieran mantenido aislada, pues, ¿quién quería vivir con una bruja?

Su mano se dirigió hacia la pistola bólter mientras atravesaba la puerta, pisando tan ligeramente como era capaz. Detrás de la puerta se abría un estrecho vestíbulo en el que había varias puertas y una escalera que conducía a un descansillo. Una débil luz se filtraba por la escalera procedente de una claraboya en la parte superior, y las motas de polvo se atorbellinaron en el aire allí donde el movimiento de la puerta las había perturbado.

—¿Mesira? —llamó en voz alta tras decidir que no hacía falta ningún disimulo después de haber avisado de su presencia—. ¿Estás aquí?

No hubo ninguna respuesta. Nisato desenfundó la pistola. Su instinto para el peligro le decía que algo no iba bien. Con cuidado, sabiendo que Mesira vivía en el primer piso, Nisato subió las escaleras manteniendo la pistola apuntada hacia el descansillo. Controló el ritmo de su respiración y se relajó al llegar al rellano. Vio una puerta abierta en el corredor de madera cubierto con tiras de material balístico en vez de alfombras. El hedor a hojas de khat era muy fuerte, lo que le indicaba que ésa era la casa de Mesira; muchos psíquicos recurrían a los narcóticos para poder dormir sin soñar.

Nisato llamó una vez más a Mesira después de comprobar ambos extremos del corredor, pero tampoco recibió respuesta en esta ocasión. Avanzó por el corredor hasta llegar a la puerta y se pegó en la pared junto a ella. Nisato bajó el visor del casco y lo conectó para amplificar la ganancia aural de sus potenciadores sensoriales.

Entre la crepitante estática, trató de oír pasos, el jadeo de una respiración acelerada o el chasquido metálico de una pistola al amartillarse. Nisato permaneció inmóvil durante algunos minutos, hasta que estuvo seguro que no había ninguna amenaza inmediata.

Inspiró profundamente, giró sobre sí mismo y pateó la puerta pata abrirla de par en par. Se movió con rapidez hacia el interior, girándose en todas direcciones para cubrir sus ángulos ciegos y comprobar las zonas muertas en las que un asaltante podría ocultarse.

Con rápida y profesional habilidad, Nisato se movió de una a otra sala sin detectar ninguna señal de lucha o de la presencia de Mesira.

Sin embargo, lo que sí vio fueron numerosas pruebas de un alma perdida y desesperada que necesitaba un amigo. Unas sábanas arrugadas y sucias cubrían un gastado colchón en la esquina de una habitación. Había botellas vacías de raquir tiradas por todas partes, y el ambiente apestaba a hojas de khat. Los envoltorios de comida yacían allí donde habían sido tirados, y Daron Nisato sintió un terrible arrepentimiento por no haber ayudado a Mesira.

Algo le decía que, como acostumbraba a pasar, el arrepentimiento sólo llegaba cuando era demasiado tarde para poder hacer alguna cosa. El lugar estaba vacío y bajó la pistola, entristecido por el desperdicio de una vida que se mostraba ante sus ojos.

Nisato volvió a la habitación principal y se dirigió a la sucia ventana desde la que se veía la ciudad de Barbadus. Grande y fea, bullía bajo el calor del día, y varias columnas de humo manchaban el cielo desde las lejanas factorías. Hacer cumplir la ley imperial en un lugar como ése no era como Daron Nisato había imaginado acabar su carrera con los Falcatas Achamán, pero la vida pocas veces te lleva por los caminos que has imaginado cuando eras joven.

Recordaba haber dejado la Schola Progenium en Ophelia VII pensando en los magníficos destinos que le serían asignados y las grandes cosas que podría lograr al servicio del Emperador. Durante un tiempo había sido tal y como se lo había imaginado. Su servicio en los Falcatas había sido

honorable y él era, si bien no querido, ya que, ¿Que comisario podría llegar a ser querido?, sí, al menos, respetado.

Entonces, el coronel Landon, su Vieja Serenidad, como lo llamaban los hombres, había muerto en la garganta Koreda junto a sus oficiales superiores, y Leto Barbaden había tomado el mando. Nisato únicamente se había encontrado con Barbaden una vez antes de eso, y no le había impresionado especialmente. El hombre era el furriel mayor y el logista del regimiento, un hombre que trataba con absolutos y para el que los hombres no eran más que números en un libro de contabilidad.

Nisato rechazó esos pensamientos, pues no le gustaba a donde lo conducían, y se volvió hacia la habitación, donde había unos papeles desordenados sobre un escritorio, un montón de ropa y un gastado tabardo.

Mientras tomaba nota mental de los detalles, su atención se centró en el muro opuesto a la ventana, en el que cuatro palabras habían sido escritas con lo que inmediatamente supo que era sangre.

AYÚDAME… YO ESTUVE ALLÍ.

Debajo de ellas había una brillante medalla que mostraba un águila gritando.

Eran magníficas.

Uriel apenas había visto nada que lo llenara de una sensación de volver a casa tan agradable. Ocultas en la parte posterior de la Galería de Antigüedades, estaban dispuestas en filas alternas y brillaban a la tenue luz. La pintura azul y blanca de la parte frontal de los alargados cascos estaba arañada, y todas las placas pectorales se mostraban dentadas o agrietadas por antiguos impactos.

En condiciones normales se habrían considerado terriblemente dañadas o, como mucho, imperdonablemente descuidadas, pero a ojos de Uriel esas armaduras eran las más perfectas que jamás hubiera visto.

Eran diecinueve en total, cada una de ellas pintada de forma cuarteada de azul y blanco; la hombrera izquierda era una tachonada placa autorreactiva, y en la derecha había una «U» estampada sobre un par de alas

blancas. Cada guantelete sostenía un bólter; algunos dañados, otros relucientes como si acabaran de salir de la armería.

—¿Reconoces el símbolo del capítulo? —preguntó Uriel.

Pasanius asintió.

—Los Hijos de Guilliman —susurró—, una fundación del trigésimo tercer milenio. Increíble.

—Lo sé —dijo Uriel, pasando la mano por encima del emblema del águila en el pecho de la armadura más cercana—. MK-VI, servoarmadura modelo Corvus.

Uriel se volvió hacia Lukas Urbican, y el conservador dio un paso atrás al ver la rabia en su cara.

—¿Cómo han llegado estas armaduras aquí? ¿Cómo es posible que los Falcatas estén en posesión de servoarmaduras astartes? ¡Deberían haber sido devueltas a su capítulo!

—¡Oh, no! —Se apresuró a aclararle Urbican—. No son trofeos de batalla ni despojos de guerra. Estas armaduras ya estaban aquí, en la galería, cuando me hice cargo de ella. Se lo juro.

Uriel vio la verdad en el miedo del conservador y levantó la mano en señal de disculpa.

—Lo siento, debí haber pensado antes de hablar, pero ver armaduras astartes mostradas por mortales de esta forma es… inusual. Ningún capítulo dejaría voluntariamente atrás este preciado legado de su historia.

—Lo entiendo —dijo Urbican, pero Uriel vio que en realidad no lo hacía, y que el conservador todavía estaba conmocionado por la rabia que había mostrado antes. Uriel inspiró profundamente antes de seguir hablando.

—Déjeme explicárselo, Lukas. Para un marine espacial, su armadura es mucho más que unas simples placas de ceramita y unos músculos artificiales, más que una simple protección ante los proyectiles y espadas del enemigo. La armadura se convierte en parte del guerrero que la lleva. Muchos héroes han luchado contra los enemigos de la humanidad llevando esa armadura, y, al llegarles la muerte, ésta es reparada y otorgada a otro guerrero para seguir luchando en nombre del Emperador. Cada guerrero

aspira a ser digno del héroe que la llevaba antes que él labrarse su propia leyenda para transmitirla con la armadura.

—Creo que lo entiendo, Uriel —dijo Urbican, adelantándose para poner la mano sobre el destrozado antebrazo—. Me está diciendo que es mucho más que un funcional elemento del equipo, que hay una historia viva detrás de cada placa. Las leyendas están grabadas en cada cicatriz de su superficie, y una vida de batallas encapsulada en su propia existencia. Sí, ahora lo comprendo.

—Así pues, ¿cómo llegaron éstas aquí? —volvió a preguntar Uriel.

—Bueno, como he dicho, no son los primeros astartes que han venido a este mundo, aunque creo que unos guerreros lucharon aquí muchos siglos antes de que los Falcatas llegaran.

—¿Contra quién lucharon?

—Bueno, en ese punto las cosas suelen ser un poco confusas. Los escribas de Salinas fueron bastante vagos a este respecto, aunque existen veladas referencias a grandes bestias sin piel, mastines de piel roja capaces de tragarse un hombre entero, y guerreros acorazados capaces de alterar la propia naturaleza de la realidad. Todo ello, sin duda, material morboso sobredimensionado por el narrador, pero, a pesar de todo, lo suficientemente grave como para que acudieran los marines espaciales.

Uriel reconoció a los guerreros de los Poderes Siniestros en la descripción de Urbican e intercambió una inquieta mirada con Pasanius ante la mención de grandes bestias sin piel mientras el conservador seguía con su relato. Uriel no había olvidado que los sinpiel todavía vagaban por las colinas de Khaturian, y sabía que no se les podía dejar solos mucho más tiempo.

—Existe el relato de una gran batalla cerca de la ciudad abandonada al pie de las montañas del norte.

—Creo que conozco esa ciudad —apuntó Pasanius—. Khaturian, ¿no es así?

—Ah, sí, creo que ése era su nombre —asintió Urbican—. En cualquier caso, estos Hijos de Guilliman, como vosotros los llamáis, lucharon contra el enemigo pero, desafortunadamente, fueron masacrados.

—Así pues, ¿éstos son los restos de sus armaduras?

—Éstas son las únicas que tenemos. Los textos de esa época hablan de otros astartes viniendo a Salinas tras la batalla, guerreros que fueron capaces de derrotar a las bestias.

—¿Esos textos dicen qué guerreros eran?

—No, aunque los describen como «gigantes con armadura de plata que golpearon al enemigo con rayos y fe». Aparentemente, derrotaron al enemigo y partieron inmediatamente después de la victoria. Es de suponer que se llevaron todas las armaduras que los Hijos de Guilliman dejaron atrás.

—Entonces, ¿por qué no se llevaron éstas?

—Según las etiquetas del archivo, éstas fueron descubiertas enterradas entre las ruinas de los edificios de Khaturian, muchas décadas después, por servidores de carga que estaban construyendo un nuevo templo. Supongo que esos gigantes de plata se las dejaron al partir.

—¿Y los huesos? —Preguntó Pasanius—. Los de los guerreros que llevaban estas armaduras.

—Lo siento, pero no lo sé. No hay mención alguna a los huesos, sólo a las armaduras.

Uriel se volvió hacía los silenciosos guerreros y caminó a lo largo de las armaduras MK-VI, sabiendo ahora que pertenecían a hermanos marines espaciales que habían muerto luchando contra el peor enemigo de la humanidad en ese mismo mundo en eras pasadas. La tenue luz de la galería parecía reflejarse en lo más profundo de las lentes ópticas de los cascos, como si algún parpadeante resto de los guerreros que las habían usado permaneciera en su interior.

—Estaban esperando —dijo Uriel, y en cuanto pronunció esas palabras sintió la verdad de ellas a un nivel profundamente instintivo.

—¿Esperando qué? —preguntó Pasanius.

—A que alguien las encontrara y despertara su gloria —afirmó Uriel. Las palabras salían con fluidez de sus labios, como si las pronunciara otra persona—. Para luchar una vez más con sus enemigos y llevarlas a casa.

Se detuvo ante una armadura que había sido perforada en la gorguera por algún arma desconocida; las placas, sellos y forros interiores de la armadura estaban hundidos. Unas manchas oscuras estriaban las superficies y, aunque tenían siglos de antigüedad, Uriel pudo oler la sangre del antiguo héroe.

Mientras miraba la sangre, el astartes sintió la camaradería que compartía con el guerrero a un nivel que no podía articular en palabras. Éste era un legado de heroísmo que se remontaba a miles de años, e incluso a través de los eones del tiempo y la distancia que los separaban, Uriel supo que esa armadura no sólo había estado esperando, sino que lo había estado esperando a él.

No les llegó ninguna noticia del gobernador Barbaden relacionada con el examen médico del brazo de Pasanius, por lo que Uriel se pasó los siguientes dos días trabajando en su armadura, colaborando con los artesanos de las forjas del palacio para restaurar su funcionalidad.

Pasanius había recuperado su propia armadura, y al poco tiempo Uriel dejó de pensar en aquélla como la perteneciente a otro guerrero.

Era suya, aunque sabía que lo sería únicamente por un tiempo limitado.

La armadura pertenecía a los Hijos de Guilliman, y sería un deshonor para sus guerreros llevarla más tiempo del necesario. Tras una detallada inspección, se hizo evidente que los daños eran básicamente superficiales, pero con componentes obtenidos de otras armaduras no pasó demasiado tiempo antes que Uriel dispusiera de una MK-VI totalmente restaurada.

Los artesanos del palacio estaban intentando modificar los enganches de los cables para recargar la energía interna de la armadura, y predijeron, confiados, en que estaría plenamente operativa al finalizar el día.

Mientras tanto, Uriel y Pasanius exploraron la Galería de Antigüedades con el conservador Urbican. La galería contenía numerosos tesoros fascinantes, aunque ninguno tan espectacular como las diecinueve servoarmaduras modelo Corvus descubiertas en su primera visita.

Urbican era un anfitrión genial y un charlatán empedernido; infinitamente complacido por tener alguien a quien poder hablar de la historia de los Falcatas y del mundo que habían conquistado.

En el borde este del subsector Paragonus, una parte primordial de las defensas imperiales del centro galáctico se aproximaban al Segmentum Solar. El sistema Salinas era uno de la docena de sistemas que habían experimentado la furia de una cruzada imperial treinta y cinco años atrás. Los mundos interiores del sub-sector habían caído ante los agentes del Archienemigo, y las fuerzas del señor de la guerra Crozus Regaur habían empezado a engullir los sistemas exteriores uno tras otro.

Antes de que las fuerzas enemigas lograran ocupar de forma firme el subsector, el Imperio lanzó su ofensiva, emplazando regimientos en los sistemas exteriores para luchar contra esa amenaza. Tales medidas mantuvieron en jaque al enemigo, pero no tenían la potencia suficiente para desalojarlo del subsector, de modo que se recurrió a regimientos de la esfera inmediatamente superior al área del conflicto.

Los Falcatas habían sido uno de esos regimientos, y se les había ordenado purificar los sistemas exteriores de cualquier mácula. Para los primeros planetas del sistema Salinas era demasiado tarde, sus gobiernos habían sido depuestos y la población esclavizada por el enemigo.

Junto a otra docena de regimientos y media legión de titanes de la Legión Destructor, los Falcatas lucharon durante dos décadas en las asoladas superficies de esos planetas para expulsar a las fuerzas de Regaur. La voz de Urbican se entrecortaba al relatar las campañas, y Uriel tan sólo podía suponer los horrores y los baños de sangre de que había sido testigo en la liberación de aquellos mundos.

Salinas era el tercer mundo del sistema y, cuando los Falcatas Achamán aterrizaron, lo hicieron como ejército de conquista. Pese a los juramentos de lealtad hacia el Dios Emperador por parte de la población, los endurecidos veteranos de la Guardia, hombres y mujeres que habían cruzado ríos de sangre y montañas de muertos durante la mayor parte de su vida adulta, no estaban de humor para actuaciones a medias.

El gobernador planetario había sido ejecutado, y cuando sus fuerzas tomaron las armas en respuesta, Barbaden liberó todo el horror de la experiencia de los Falcatas durante las dos últimas décadas.

Los hombres y mujeres que habían tratado desesperadamente de minimizar las víctimas civiles en sus primeros meses como soldados, pronto dejaron de preocuparse por los daños colaterales causados por sus asaltos, y los regimientos locales de las FDP fueron aniquilados a los pocos meses del desembarco.

Aunque las fuerzas organizadas habían sido derrotadas, quedaba un poderoso núcleo de resistencia, y durante muchos años los Falcatas tuvieron que luchar contra un ejército insurgente totalmente fanático e implacable denominado Hijos de Salinas, que mataba a los soldados imperiales y bombardeaba sus bases.

Todo llegó a su fin con la Masacre Khaturiana.

Uriel vio que Urbican era reacio a hablar de ello, pero presionó sutilmente al viejo conservador durante el segundo día de exploración de la galería.

—Faltaba poco para acabar el cuarto año desde que habíamos llegado —comenzó Urbican—. Yo no estaba allí, evidentemente, así que sólo sé cosas de segunda mano. Bien, los insurgentes se estaban descontrolando y no pasaba un día sin que explotara una bomba o una patrulla fuera emboscada y masacrada. No podíamos mantener la paz; éramos demasiado pocos y nuestro equipo empezaba a fallar. Sin suministros ni un cuerpo de ingenieros entrenados, los tanques empezaron a escasear. Nos estábamos volviendo débiles y ellos parecía que estaban haciéndose más fuertes.

—¿Y qué hizo Barbaden al respecto? —Preguntó Pasanius—. Entonces todavía era el coronel, ¿no?

—Lo era —asintió Urbican—. Dijo que Khaturian era la base de operaciones de los Hijos de Salinas y dirigió a los Águilas Aullantes para rodearlos. Aparentemente, Barbaden dio a los patriarcas de la ciudad dos horas para que entregaran al líder de la insurgencia, un hombre llamado Sylvanus Thayer, de lo contrario ordenaría a sus hombres atacar.

—Supongo que no se lo entregaron —comentó Uriel.

—Dijeron que no podían —explicó Urbican—. Que no estaba allí, que nunca había estado. Suplicaron a Barbaden que no atacara, pero una vez Leto ha decidido algo, no hay nada capaz de disuadirlo.

—¿Y qué sucedió?

Urbican negó con la cabeza.

—Debes entender, Uriel, que es muy duro para mí. La matanza del Campo de la Muerte no es algo de lo que me enorgullezca que esté asociado a mi regimiento. Todo el bien que hicimos, todos nuestros honores y gloria, murieron ese día.

—Sé que esto es muy duro para ti —dijo Uriel—. No tienes por qué continuar, si no quieres.

—No —replicó Urbican—, algunas vergüenzas deben ser contadas. —El conservador respiró profundamente y se alisó las ropas antes de continuar—. Bien, el límite de tiempo para que los habitantes de Khaturian entregaran a Thayer fue superado, y durante un tiempo éstos pensaron que la amenaza de Barbaden no había sido más que una amenaza vana.

—Pero no lo había sido, ¿verdad?

Urbican negó con la cabeza.

—No —dijo—, no lo había sido. Los bombarderos Marauder sobrevolaron las montañas y descargaron una terrible cantidad de bombas. Destruyeron totalmente la ciudad. Podían verse los fuegos desde Barbadus. Fue como si todo el cielo estuviera en llamas, una visión terrible, indescriptiblemente terrible. Después de eso, los informes fueron algo confusos.

—¿Confusos, cómo de confusos? —inquirió Pasanius, rascándose el muñón.

—Nadie con quien haya hablado parece ser capaz de ponerse de acuerdo con lo que sucedió exactamente, pero el coronel Barbaden ordenó a los Falcatas que entraran en las ruinas. Cuando salieron, seis horas después, no quedaba una sola alma con vida en la ciudad.

—¿Mataron a todos los habitantes de la ciudad?

—Sí —asintió Urbican—. Diecisiete mil almas en seis horas.

—¿Qué sucedió después del ataque? —quiso saber Uriel. La magnitud de aquella masacre era increíble.

—Los Hijos de Salinas, lo que quedaba de ellos, bajaron de las montañas —continuó Urbican, moviendo con pesadumbre la cabeza—.

Supuestamente, las familias de Sylvanus Thayer y de muchos de sus seguidores vivían en Khaturian y, enloquecidos por la rabia y el dolor, se lanzaron en una última carga gloriosa.

—Y fueron destruidos —dijo Uriel, suponiendo el resultado de esa carga.

—Lo fueron, pero qué magnífica, si bien fútil, manera de morir, luchando contra el enemigo, con el verde y dorado de sus capas flotando detrás de ellos mientras cargaban —evocó Urbican—. Pero ¿qué posibilidades tenían? Eran guerrilleros, no un ejército. Thayer y sus hombres fueron aplastados por la artillería y acribillados antes del mediodía. Y ése fue el fin de la resistencia en Salinas. Al finalizar la semana celebramos el Día de la Restauración en la explanada, y eso fue todo.

—Excepto que no fue el fin de la resistencia, ¿verdad? —apuntó Uriel, recordando la pintada que había visto y que decía que los Hijos de Salinas volverían a levantarse.

—No, ojalá lo hubiera sido —dijo Urbican—. La brutalidad de la subyugación de Salinas por los Falcatas es motivo de vergüenza para muchos de los antiguos soldados, y las cicatrices de esa guerra distan mucho de haber sido curadas, Uriel. El segundo al mando de Thayer, un hombre llamado Pascal Blaise, lo tomó donde su amigo lo había dejado, aunque no tiene las armas o el entrenamiento para ser tan peligroso como Sylvanus Thayer.

—¿Pascal Blaise? ¿Qué aspecto tiene?

Urbican se encogió de hombros.

—No lo sé, jamás lo he visto, pero me han dicho que es un hombre con la cabeza rapada y una barba partida. ¿Por qué lo preguntas?

—Creo que lo vi durante el ataque a las fuerzas de la coronel Kain cuando llegamos.

—No me sorprendería. Los Hijos de Salinas sienten un odio especial hacia Verena Kain.

—¿Por qué?

—Bueno, ella encabezó el ataque de los Falcatas en Khaturian —dijo Urbican—. Barbaden dio la orden, pero fue ella la que penetró entre las llamas para llevarla a cabo.



DOCE

Esa noche el bar estaba muy concurrido. Cawlen Hurq se había asegurado de ello. El zumbido de las conversaciones y el olor a sudor y alcohol eran muy fuertes. Casi un centenar de personas llenaban el bar, y sus conversaciones se confundían en un estridente vocerío. Cawlen tenía seis hombres armados entre los clientes, y dentro de lo que en Barbadus podía considerarse seguro, ese lugar lo era. Pascal Blaise estaba sentado en un reservado en la parte trasera, acariciando un vaso de raquir y preguntándose qué le había hecho pensar que ésa era una buena idea.

—No va a venir —insistió Cawlen—, no si tiene un ápice de sentido común.

—Va a venir —replicó Pascal—. Tenemos algo que desea.

—¿Qué te hace pensar que tiene algún interés en ella?

—Estuvo en su casa —dijo Pascal, tomando un trago—. La estaba buscando.

—¿Y? Eso no significa nada.

Pascal sabía que Cawlen tenía razón. No había razón alguna para pensar que Daron Nisato vendría al bar, excepto que Pascal sabía que lo haría. Daron Nisato, de todos los hombres y mujeres que habían dejado los Falcatas, era la única persona que Blaise consideraba que tenía algo de honor. Sabía con certeza que Nisato no había estado presente en la masacre del Campo de la Muerte, y había hecho todo lo que pudo para tratar de averiguar la verdad de lo sucedido.

Pascal estudió las caras que llenaban el bar, recordando la última vez que había estado allí y al soldado de los Falcaras Achamán que se había comido el cañón de su pistola. Las manchas de sangre habían sido limpiadas del techo, pero Pascal todavía podía ver el impacto del proyectil en una de las vigas.

—La culpa puede ser una gran motivación —susurró.

—¿Qué? —preguntó Gawlen—. ¿Has dicho algo?

—No, sólo pensaba en voz alta —replicó Pascal.

Cawlen miró alrededor, con los nervios a flor de piel.

—Esto no me gusta. ¿Y si Nisato aparece con una docena de agentes? Todo lo que hemos logrado en los últimos diez años no habrá servido para

nada.

—No lo hará.

—Eso no lo sabes. Es demasiado arriesgado.

Cawlen tenía razón, era arriesgado. Allí estaba expuesto. Había un ambiente generalizado de miedo y resentimiento en el bar. Podía notarlo en las conversaciones demasiado ruidosas e incluso en las ligeramente forzadas risas. Podía sentir el miedo de la gente, y sabía que parte de ese miedo era a causa de él.

Tenían miedo de lo que pudiera suceder por el hecho de que él estuviera allí.

Hubo un tiempo en que esa gente habría hecho lo que fuera por él: ayudar a sus guerreros de la libertad, proporcionarles comida, refugio e información, pero los tiempos habían cambiado, y diez años de miseria y dificultades habían endurecido numerosos corazones y erosionado considerablemente la buena voluntad que habían heredado de Sylvanus Thayer.

La gente estaba cansada de guerra y no podía culparlos por ello. Él también estaba cansado.

Lo irónico era que él no odiaba al Imperio. Durante la mayor parte de su vida adulta había servido lealmente al Trono Dorado, realizando su propia contribución al bienestar de la humanidad. Entonces llegaron los Falcatas, con el odio instalado en sus corazones y sangre en sus espadas, y las clavaron en el propio corazón de su mundo.

Una década más tarde, Pascal Blaise había perdido los mejores años de su vida luchando contra los soldados de un Emperador al que había jurado servir, pero estaba luchando contra ellos, no contra lo que representaban.

Pascal no era tan ingenuo como para pensar que podía ganar, pero se había dado cuenta de que su lucha no tenía nada que ver con la victoria y mucho con la justicia. Los culpables tenían que pagar. Era tan simple como eso. Los culpables tenían que pagar, y el orden natural de la justicia debía ser restaurado. Se dio cuenta de que todas y cada una de las batallas libradas no habían sido nada más que eso.

Sí, Cawlen tenía razón, era arriesgado, pero estaba cansado de matar, y si ese gesto podía ser el principio del fin, valía la pena asumir el riesgo.

—Aquí está —dijo Cawlen, tensándose en su silla. Su mano se deslizó hacia la pistola oculta bajo su capa.

—Descansa, soldado —lo avisó Pascal—. No estamos aquí para ser violentos, y, por lo que parece, él tampoco.

Daron Nisato acababa de entrar en el bar. Su expresión era cauta y desconfiada. Las conversaciones bajaron de volumen en cuanto atravesó el dintel de hierro que servía de entrada y se aproximó al la barra. Pascal observó mientras los ojos del agente estudiaban a los clientes con la mirada de un profesional, separando las amenazas de la paja.

El agente no sabía cuál era el aspecto exacto de Pascal, pero sus ojos se fijaron en él y se quedaron mirándolo.

—Es bueno —dijo Pascal mientras Nisato empezaba a atravesar el bar en dirección al reservado—. Eso tienes que admitirlo.

Cawlen gruñó y salió del reservado en cuanto Nisato se aproximó. El agente se detuvo junto a la mesa.

—Supongo que usted es quién me envió el mensaje.

—Lo soy —le confirmó Pascal—. Siéntese.

Nisato miró a Cawlen.

—Quizá lo haga, si envía lejos a su matón. Me causa urticaria, y si sus manos se acercan un milímetro más al arma que lleva bajo la capa, se las arrancaré.

—Puede tratar de hacerlo —gruñó Cawlen.

—Deme un motivo —respondió Nisato, cuadrándose junto al hombretón. Pascal hizo tintinear su vaso contra la botella que había en la mesa.

—¿Podemos simplemente asumir que hemos pasado por el punto de las amenazas sin sentido de esta conversación, por favor? Cawlen, retírate. Señor Nisato, siéntese.

Cawlen Hurq se alejó del reservado a regañadientes y Nisaro se deslizó en el banco opuesto al de Pascal. El agente lo miró y Pascal no pudo decidir qué emociones estaban más intensamente reflejadas en el rostro del tipo.

Nisato era un hombre guapo, de piel oscura y con una nariz prominente. Pascal decidió al cabo que sus ojos eran viejos, pero ¿quién en Salinas podía afirmar que los suyos no lo eran?

—¿Ya ha acabado su inspección? —le preguntó Nisato, y Pascal sonrió.

—Le pido disculpas —se excusó Pascal—. No sucede a menudo que me siente tan cerca de un hombre cuyo máximo deseo es pegarme un tiro.

—¿Es eso lo que piensa?

—¿Usted no?

—De momento no, pero la noche es joven.

Pascal sirvió un vaso de raquir para Nisato y se lo pasó a través de la desgastada mesa de metal.

—No estaba seguro de si vendría —dijo Pascal.

—No estaba seguro de si debía hacerlo.

—Entonces, ¿por qué lo ha hecho?

—Porque… —empezó Nisato, y Pascal vio que estaba tratando de racionalizar para sí mismo el motivo por el que había venido—. Porque alguien tenía que hacerlo. Mesira no tiene a nadie más.

—¿Mesira? ¿Es ése su nombre?

—Sí. ¿No lo sabía?

—No. No ha dicho demasiado que tuviera sentido desde que la encontramos.

—¿La encontraron? ¿No se la llevaron de su casa?

—No, ella estaba vagando por las calles de Desguace, gritando y arañándose el cuerpo.

Nisato frunció el ceño. Evidentemente no había considerado la posibilidad de que la mujer hubiera salido de la casa por su propio pie. Su primera idea había sido pensar en un secuestro.

—Si quiere mi opinión, está loca —aventuró Pascal.

—Si le han hecho daño…

Pascal movió la mano tranquilizadoramente.

—Pues claro que no le hemos hecho daño. Cualquier daño que presente se lo ha hecho ella misma.

—¿Qué quiere decir?

—Sólo lo que he dicho —replicó Pascal—. Estaba en un estado bastante lamentable cuando la encontramos.

Nisato se reclinó hacia atrás y tomó un sorbo del vaso de raquir.

—¿Cómo sabía que la estaba buscando? Su mensaje era bastante específico.

—Oh, vamos, ésta era mi ciudad antes de que fuera suya. La gente me cuenta cosas. El jefe de seguridad yendo a visitar a la bruja no es algo que pase desapercibido. ¿Por qué la estaba buscando?

—Por nada que le importe.

—¿Es su mujer? ¿Es que al jefe de seguridad le gusta hacérselo con una mujer peligrosa?

Nisato soltó una sonrisa sarcástica.

—Ya se lo he dicho, no le importa.

—Está bien —dijo Pascal, juntando las manos.

Era evidente que el agente estaba luchando por mantener la calma, y Pascal decidió que ya era hora de acabar esa etapa de acoso. Inspiró profundamente antes de seguir hablando.

—¿Quiere que le diga la verdad? Esa mujer no significa nada para mí. Cualquier otro día la habría dejado en la calle para que muriese, pero sabía que esa mujer significaba algo para usted.

—Así pues, quiere un favor a cambio, ¿no es así? ¿Chantaje?

—No, nada por el estilo —replicó Pascal.

—Entonces, ¿qué?

Pascal se cernió sobre la mesa y puso una mano sobre el brazo de Nisato. El agente lo miró como si se tratara de una serpiente venenosa.

—Quiero que acaben las muertes —declaró Pascal—. Quiero acabar esta mugrienta y sucia guerra con honor, y si ayudándole me compro un poco de buena voluntad, estoy dispuesto a hacerlo.

Nisato trató de esconder su sorpresa y no lo logró.

—¿Es éste un gesto de buena voluntad?

—Exactamente —dijo Pascal, reclinándose hacia atrás.

Nisato consideró durante unos instantes lo que acababa de oír, y Pascal vio que la idea parecía satisfacerlo.

Permaneció en silencio, sintiendo que entrometerse en los pensamientos del agente sería un error.

Finalmente, Nisato se inclinó hacia delante.

—Llévеme junto a ella.

—Esto no me gusta —dijo Verena Kain—. Ni una pizca.

—El gobernador Barbaden no comparte sus recelos —afirmó Une.

—El gobernador Barbaden —replicó ella con un poco apropiado énfasis en el título—, ya no dirige a los Falcaras Achamán. El regimiento está bajo mi mando y estoy en mi derecho decidir lo que es aceptable y lo que no.

—Por lo que tengo entendido, los Falcaras Achamán ya no existen como regimiento en servicio, ahora han sido designados como Fuerzas de Defensa Planetaria —dijo Uriel, incapaz de resistirse al envenenado comentario—. Y como tales, están bajo el mando del gobernador Barbaden.

Kain lo atravesó con la mirada y Uriel sintió una culpable satisfacción por su rabia. Junto a él podía sentir la torva diversión de Pasanius ante el malestar de la coronel Kain.

—Según tengo entendido, han sido exiliados de su capítulo.

—Sí, pero estamos de regreso a casa —asintió Pasanius—. Los Falcaras siempre serán FDP.

Uriel trató, sin éxito, de esconder una sonrisa cuando Kain se giró furiosamente sobre los talones y se alejó de ellos para dirigirse a su ayudante, un hombre de aspecto cansado que se llamaba Bascome. Desde que Uriel se había encontrado con Verena Kain, ésta le había parecido amargada y rencorosa, como si de alguna forma él la ultrajara con su mera existencia. Desde que oyó hablar de la masacre que había tenido lugar en Khaturian, el Campo de la Muerte, como se la conocía, tenía poca paciencia para Kain o su malhumor.

Uriel se olvidó de Kain mientras observaba como algunos servidores y los pocos visioingenieros que quedaban de los Falcatas preparaban las conexiones de los generadores.

El aire en el hangar de vehículos de las Águilas Aullantes era frío y estaba cargado de olor a metal y electricidad. Un par de tanques de batalla Leman Russ vomitaban aceite y humo, con unos cables flexibles en espiral serpenteando debajo de sus cascos hasta un expectorante generador.

Uriel no prestó atención a las poderosas máquinas de guerra. Su interés estaba firmemente centrado en la armadura situada en el centro del hangar. Su superficie había sido limpiada y retornada a su anterior gloria por los artesanos de Leto Barbaden y, como el último guerrero en pie después de una batalla, la armadura permanecía en pie, inmóvil.

El generador de la mochila no conservaba ni pizca de energía, y ninguna solución intentada por los adeptos del palacio había servido para restaurarla. Pasanius había sugerido que tal vez los generadores militares y sus conexiones tuvieran más posibilidades, y tras una petición al gobernador Barbaden, un convoy de vehículos había atravesado la ciudad hasta el campamento de los Águilas Aullantes.

Los visioingenieros que había allí se habían volcado a trabajar en el problema, y su solución había sido elegantemente ingeniosa: Los cargadores de los sistemas eléctricos de un Leman Russ se habían adaptado para accionar un poderoso generador a través de un transformador calibrado manualmente, lo que permitiría a un visioingeniero ajustar el suministro de energía a un nivel que el generador de la armadura pudiera utilizar.

Al menos ésa era la teoría. Si funcionaría o no era algo totalmente distinto.

Une se obligó a mantenerse en calma mientras observaba como los visioingenieros trabajaban, disfrutando de su aparente satisfacción por su labor. Sólo podía esperar que su competencia igualara a su entusiasmo.

Pasanius permanecía a su lado, resplandeciente e impresionante con su limpia y pulida armadura y un bólter fuertemente asido en su guantelete, como si de un talismán se tratara. Los artesanos del palacio habían hecho un trabajo magnífico reparando los daños que había recibido en Medrengard, y Uriel sintió un gran orgullo al ver las brillantes placas de la armadura de su amigo.

Su hombrera izquierda había sido repintada con el símbolo de los UItramarines y la corona de laurel. Su aspecto era hasta el último milímetro el de un héroe ultramarine.

La armadura del centro del hangar también había sido repintada con los colores de los Ultramarines, aunque Uriel había tenido la precaución de mantener en el casco los colores de los Hijos de Guilliman. No hacerlo así hubiera supuesto un insulto a la herencia de los guerreros que la habían llevado antes que él, y Uriel no deseaba que la armadura fallara en batalla por una falta de respeto hacia ella.

—¿Crees que esto funcionará? —le preguntó Pasanius.

Uriel consideró la pregunta antes de responder.

—Lo hará —dijo.

—Pareces terriblemente seguro.

—Lo sé, pero no puedo creer que la armadura nos hubiera atraído hacia ella si no fuera a funcionar.

Pasanius simplemente asintió y Uriel comprendió que su amigo había sentido una atracción similar hacia la armadura en la Galería de Antigüedades. Algunas cosas simplemente se sentían en los huesos, y aunque iba contra el entrenamiento de Uriel creer en cosas que no se podían ver y tocar pero que sabía que eran reales, estaba seguro que estaba predestinado a llevar esa armadura.

—Estamos preparados para empezar —anunció Imerian, uno de los visioingenieros, un ser híbrido de carne y metal que iba vestido con ropajes rojos y cuyos brazos habían sido parcialmente potenciados. Uriel sintió como sus músculos se tensaban y caminó hacia la armadura.

—Volverás a la vida —le dijo, colocando la mano sobre el centro del águila dorada de su placa pectoral.

—Capitán Ventris —lo avisó Imerian—, debería alejarse de la armadura. Si no somos capaces de calibrar el flujo de energía correctamente, sería recomendable estar a una distancia segura del generador. La ceramita crea una metralla letal.

Uriel asintió y retrocedió unos pasos alejándose de la armadura hasta situarse junto al resto del personal tras una barricada rápidamente levantada

con sacos de arena. Imerian desenrolló un trozo de cable de una pesada caja de madera con refuerzos de bronce que cargaba un servidor de aspecto torvo y realizó una serie de complejos ajustes de última hora en los diales de la parte frontal de la caja.

Finalmente pareció satisfecho con los arreglos y sus dedos presionaron un grueso dial negro en el centro del transformador.

—¿Coronel Kain? —Dijo Imerian—. Estamos preparados.

Kain lanzó una amargada mirada de resignación a Uriel y asintió brevemente.

—Proceda.

El visioingeniero hizo una señal a los tripulantes que estaban sentados sobre el casco de los tanques Leman Russ y sus motores cobraron vida con un atronador rugido que hizo temblar el polvo en el techo del hangar.

Una crepitante sensación eléctrica recorrió el aire y un creciente zumbido, como el repiqueteante latido que retumba en el núcleo de una nave estelar, surgió de la caja que sostenía el servidor.

Imerian trabajó febrilmente en los diales mientras las agujas saltaban, aproximándose las secciones rojas de la parte derecha de los indicadores.

Del transformador saltaron chispas e Imerian se estremeció. El zumbido de la caja se convirtió en un gemido y Uriel sintió un instante de miedo al preguntarse si algo había ido terriblemente mal en el proceso.

Miró por encima de la barrera de sacos de arena y vio las lentes rojizas del casco brillando llenas de energía.

—Ha funcionado —gritó.

Una sutil vibración atravesaba la armadura, un milagroso sentimiento de despertar que hizo que el corazón de Uriel se alegrara. Salió de detrás de los sacos de arena y atravesó el hangar pese a los gritos de alerta de Imerian.

Uriel sabía que no tenía nada que temer del renacimiento de esa armadura, pues era su propio reflejo.

En el tiempo que había pasado alejado de los Ultramarines no había estado completo, pero al igual que la armadura había renacido para su sagrado propósito, también él lo había hecho.

Uriel sonrió, y el brillo de los visores del casco se reflejó en él.

Daron Nisato siguió a Pascal Blaise por unas escaleras metálicas hacia la parte superior del bar. Sus pasos resonaron fuertemente en el metal, y se preguntó por los caprichos del destino que le había hecho acabar respirando el mismo aire que Pascal Blaise sin arrastrarlo hacia el cuartel de las fuerzas de seguridad.

Si Blaise iba en serio en lo de iniciar un diálogo entre los Hijos de Salinas y las autoridades imperiales, podría ser el principio del fin de la sangría que había asolado las calles de Barbadus y un nuevo renacer para Salinas.

Blaise abrió una oxidada puerta de hierro y condujo a Nisato a una larga habitación con un puñado de camas alineadas a lo largo de una de las paredes y un escritorio en la otra. Una única ventana permitía ver la ciudad de Barbadus. Mesira Bardhyl estaba sentada en una de las camas, con las rodillas apretadas contra el pecho y los brazos enlazados a la altura de las espinillas. Llevaba un vestido blanco sin forma y sus brazos estaban cubiertos de vendas.

Nisato tomó asiento en la cama, junto a Mesira, y le levantó la barbilla, comprobando que sus ojos estaban vidriosos y muy lejos de allí.

—¡Por la sangre del Emperador! ¿Qué le ha sucedido?

—Así es básicamente como la encontramos —le explicó Pascal Blaise—, excepto por el hecho de que estaba desnuda.

—¿Desnuda?

—Como ya le he dicho, creo que está loca.

Nisato había visto la misma mirada perdida en la cara de muchos soldados, la destrozada mente tras esos ojos ya no era capaz de resistir al trauma que la había aniquilado, y no le quedó más remedio que estar de acuerdo con él.

—¿Mesira? —la llamó—. ¿Puedes oírme? Soy Daron Nisato. Estoy aquí para llevarte a casa.

Ella se mecía adelante y atrás y movía acompasadamente la cabeza.

—No —murmuraba—. No puedo ir a casa. No tengo ninguna casa a la que regresar. La quemé. La quemé totalmente. Él ha venido a por nosotros. No nos dejará ir. Nos castigará por lo que hicimos.

—Mesira, ¿de qué estás hablando?

—El doliente… Él viene a por nosotros —sollozó Mesira. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas—, a por todos nosotros, a por los que estuvimos allí.

Nisato miró en vano a Pascal Blaise. El hombre estaba pálido y con los ojos desencajados.

—¿Sabe de qué está hablando? —Le preguntó Nisato—. ¿Quién es el doliente?

—El doliente —repitió Mesira—. Lo veo todo el tiempo… Está quemado, negro y muerto. Sin embargo, sus ojos… Sus ojos son de fuego y él arde. ¡No! No con fuego, no, no con fuego sino con rabia.

—Maldito sea, Blaise —le espetó Nisato, levantándose de la cama y dirigiéndose hacia el líder de los Hijos de Salinas—. Dígame lo que sabe. ¿Quién es el doliente?

Pascal Blaise tragó con dificultad y miró hacia Cawlen Hurq, que estaba de pie en la entrada.

—Es como solíamos llamar al viejo —dijo Blaise—, a Sylvanus Thayer.

—¿El líder de los Hijos de Salinas que le precedió?

—Sí —asintió Blaise.

—Pero él está muerto, ¿no es así? —Preguntó Nisato—. Resultó muerto tras la Masacre Khaturiana.

Blaise no respondió inmediatamente y Nisato insistió.

—¿Está muerto?

—No —dijo Pascal—, no lo está.

El sargento Tremain recorrió los muros del campamento de los Águilas Aullantes, saludando con la cabeza y cruzando algunas palabras con los centinelas a medida que avanzaba. El rifle colgaba indolentemente de su hombro y su falcata era una presencia tranquilizadora al cinto, con la funda

golpeándole la pantorrilla al ritmo de sus zancadas. Se sentía bien armado como un soldado normal, el familiar peso del arma que se le había asignado en su viejo mundo natal de Achamán.

Su viejo mundo natal…

Tremain apenas podía recordar el mundo que lo vio nacer, excepto que era más templado, más bello y más interesante que esta fea roca. Sus recuerdos estaban teñidos de rosa, lo sabía. Los recuerdos que todos los soldados tenían de su hogar lo estaban, pero incluso aceptando eso, todavía sentía el especiado aroma del aíre y las doradas puestas de sol en el rojizo cielo.

Sonrió ante sus inusualmente poéticos pensamientos y se detuvo junto a una torreta de esquina, una construcción en forma de caja de hormigón reforzado y protegida por una capa de malla metálica para repeler las cabezas explosivas. La torreta vigilaba la tierra de nadie que se extendía por delante del complejo y disponía de dos cañones automáticos que sobresalían por las troneras para cubrir la carretera que procedía de los suburbios de Barbadus.

La noche era tranquila, aunque el rugir de los motores y el eterno zumbido eléctrico procedente del hangar de los vehículos era una molestia poco habitual. Los dos marines espaciales que habían encontrado, a Tremain no le gustaba la palabra detenido, estaban junto a la coronel Kain. Hacían algo relacionado con recargar una armadura, aunque realmente no entendía de qué iba todo aquello.

Todo lo que sabía era que no le gustaba. Al sargento Tremain no le gustaba nada que alterara el statu quo, y sospechaba que esos dos guerreros atraían los problemas desde que puso los ojos en ellos en el interior del área de exclusión del Campo de la Muerte.

Su sospecha se confirmó cuando Uriel Ventris le mintió en el Chimera.

Tremain cambió el peso del rifle sobre su hombro y miró por encima del parapeto para observar la humeante silueta de Barbadus, creciendo como un tumor enfermizo en el paisaje. De todos los mundos a los que podían haber sido enviados para conquistar, ¿por qué tenían que haber ido a parar a éste?

Era estúpido exponerse de esa forma, pero aumentaba su reputación entre los hombres como persona que no se preocupaba demasiado por la amenaza que representaban los Hijos de Salinas.

—Será mejor que vigile, sargento —dijo uno de los centinelas del muro —. No querrá que un francotirador le vuele la cabeza.

—No te preocupes por mí, chaval —dijo—. Los Hijos de Salinas pueden ser duros guerreros, pero no son soldados y no tienen ningún tirador que merezca siquiera esa denominación por el que tengamos que preocuparnos.

El centinela sonrió y prosiguió su ronda. Cuando Tremain consideró haber esperado suficiente, bajó la cabeza. Estaba muy bien ser displicente respecto a los Hijos de Salinas, pero el destino tenía un extraño sentido del humor en relación al orgullo desmedido, y podría ser su destino que le sucediera precisamente eso y un disparo de francotirador le volara la cabeza.

Tremain prosiguió su ronda, comprobando que su mirada se veía constantemente atraída por las montañas, que ya no eran más que una serrada línea oscura en el horizonte. Recordaba las montañas iluminadas por las llamas de Khaturian y se estremeció. No había pensado en el Campo de la Muerte en muchos años. Trató de alejar sus pensamientos de ese día tanto como le fue posible, pero había un extraño sentimiento de desasosiego en el aire de la noche, un desasosiego que le hacía pensar en vergüenzas pasadas y que lo había conducido lejos del calor de los barracones para vagar por los muros del campamento.

Tal vez no era más que la presencia de los marines espaciales lo que lo ponía nervioso, pues no había duda alguna de que los informadores de los Hijos de Salinas ya les habían pasado la noticia de la llegada de combatientes enemigos, aunque algo le decía que, fuera lo que fuese lo que sentía, tenía más que ver con el pasado que con el aire que se respiraba esa noche.

Tremain se detuvo y miró hacia la bandera que oscilaba y chasqueaba muy por encima de los muros, con el águila dorada aullando resplandeciente contra el campo carmesí. La visión de la feroz águila solía

llenar de orgullo a Tremain, pero, ahora, cada vez que la miraba, sentía una curiosa mezcla de tristeza y pesar.

La torreta en la esquina norte del campamento zumbó cuando sus sistemas hidráulicos se movieron, y Tremain tiró de su rifle y comprobó rápidamente la carga. Se puso en marcha con paso rápido, no deseando parecer demasiado preocupado pero ansioso por saber qué había alertado a los artilleros.

La parte posterior de la torreta se suponía que debía estar sellada, pero algunas partes habían sido utilizadas para reparar un Leman Russ dañado, por lo que Tremain pudo asomarse al interior. Dos artilleros se sentaban en incómodos asientos de metal ante una resistente consola de control de fuego y parpadeantes pictopantallas. Oleadas de estática recorrían las pantallas, dejando ver intermitentemente una oscilante imagen del área de fuego de las armas.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Algo que se mueve?

Un artillero permaneció inclinado sobre una de las pantallas mientras el otro se volvía hacia él con una mirada de confusión plasmada en su cara.

—No estamos seguros, sargento —dijo el artillero—. Pareció como si hubiera una multitud reuniéndose al límite del campo de visión, pero entonces…

Las palabras del hombre quedaron flotando en el aire, y, como no continuaba, Tremain insistió:

—¿Y entonces, qué?

—Desapareció —afirmo el artillero—. En un instante parecía que estaban allí y al siguiente habían desaparecido, y entonces los sistemas de puntería se volvieron locos.

Eso era totalmente cierto. La pictopantalla era un amasijo de imágenes granuladas sin sentido, los altavoces zumbaban con aullidos de estática parecidos a los de un animal herido.

—Probablemente sea una avería del sistema —apuntó el otro artillero— Cada día funcionan peor.

El sentido del peligro del soldado que había mantenido a Tremain vivo todos esos años le estaba gritando en los oídos que no era sólo una avería

del equipo, sino algo mucho, mucho peor.

—Seguid con ello —dijo—, e informadme en cuanto volváis a tener una imagen nítida.

El artillero asintió y Tremain se alejó de la torreta para hacer una señal a varios centinelas del muro. Tuvo la tentación de hacer sonar la alarma, pero la coronel Kain le cortaría las pelotas si tomaba una decisión tan drástica sin pruebas de que realmente sucedía algo malo.

Media docena de soldados se unieron a él con las armas preparadas y envalentonados por su presencia. Tremain volvió a mirar por encima del muro después de bajar el visor de su casco, permitiendo que los potenciadores ópticos se ajustaran a la oscuridad.

El verde chillón de la visión nocturna hacía que todo pareciera borroso y fantasmagórico, y al principio no estuvo seguro de lo que estaba viendo, pues parecía demasiado ridículo para ser cierto.

El suelo frente al muro estaba cubierto de gente, miles de brillantes y resplandecientes personas que flotaban como bancos de nubes movidas por el viento. Parecía como si no se pudiera fijar la mirada en ellas, como si realmente no estuvieran allí, como si no fueran más que impresiones en la superficie del mundo.

Había algunas cosas moviéndose entre ellas, aunque eran cosas horripilantemente rápidas que se servían de la masa cambiante y brillante para ocultar su aproximación. Tremain parpadeó al ver de refilón una de esas cosas moviéndose por debajo de donde se encontraba, y se le heló la respiración ante ese horror.

Volvió a parapetarse detrás del muro, tropezando y cayendo sobre la espalda al saltar.

Algo golpeó de pasada a Tremain. Oyó el apagado gruñido de su visor al iluminarse de repente por el brillo de algo caliente y húmedo que lo golpeó en la cara. Cegado, trastabilló contra el muro y levantó el visor a tiempo de ver un gigantesco monstruo en cuclillas sobre el muro. Sostenía la cabeza de uno de sus soldados entre las manos. El cuerpo al que había pertenecido su trofeo estaba de rodillas, proyectando una considerable fuente de sangre arterial por los aires.

El asesino brillaba en la luz reflejada del campamento, su piel era horripilante, de un azul enfermizo y rosácea como la de un niño neonato. Su cabeza era una alargada y deforme masa de carne y huesos fundidos; sus ojos, como ardientes como tizones colocados en dos heridas abiertas en la carne de su cara, y unos dientes como cinceles surgían de sus mandíbulas. Tremain se puso nuevamente de pie, tratando desesperadamente de alejarse de esa abominación.

Había otras criaturas uniéndose a la primera, media docena o más, con sus elásticas extremidades izando sus malignos cuerpos con gran facilidad por encima del muro. El terror de Tremain creció y amenazó con volverlo loco mientras miraba sus inhumanos cuerpos, creaciones de pesadilla de un anatomista demente, amasijos de carne, huesos y músculos combinados en irracionales formas letales. Se oyeron algunos disparos, cegadores en la escasa luz, que fueron rápidamente seguidos de aullidos.

Centellearon las garras y los dientes. La sangre manó y los hombres murieron.

Tremain trató de empuñar su rifle, pero ya era demasiado tarde.

El señor de los sinpiel se agachó y lo partió en dos antes de que su dedo pudiera apretar el gatillo.



TRECE

La armadura estaba cobrando vida ante él. Uriel podía sentir la energía circulando por sus antiguos sistemas como podía sentir la sangre corriendo por sus venas. La sutil vibración de la vida estaba regresando a la armadura, y la aprobación que sentía ante este renacimiento era palpable.

Uriel casi podía ver los rayos distribuyéndose por la armadura, la fuerza regresando a los largo tiempo dormidos músculos que proporcionaban a su portador la potencia para destruir a sus enemigos y la protección para resistir sus ataques.

Llevar una armadura como ésa era un honor del que pocos eran merecedores, y que Uriel sabía que debía ganarse.

Pasanius se le había unido, de pie ante la armadura, y Uriel se sintió nuevamente agradecido por la lealtad y amistad que su camarada le ofrecía.

—¿Cuánto falta, ingeniero Imerian? —inquirió Uriel, levantando la voz para que se le oyera por encima del atronador rugido de los motores de los Leman Russ que le estaban proporcionando la energía.

Imerian se arriesgó a sacar la cabeza por encima de la barrera de sacos de arena.

—He obtenido la frecuencia adecuada, capitán Ventris, por lo que sólo se precisarán unas pocas horas para que el generador dorsal quede totalmente cargado.

Uriel no replicó, pues había visto la expresión de combate que se había apoderado de la cara de Pasanius. Un segundo después supo la razón. Por encima del rugido de los motores de los tanques, su oído potenciado había captado el sonido de disparos.

—¡Coronel Kain! —Gritó, señalando la dirección del sonido—. ¡Disparos en el perímetro!

Verena Kain salió de detrás de la barrera de sacos y puso la mano junto a la cabeza. Uriel vio como su expresión pasaba de irritación a fría y dura rabia.

—Apaguen eso —ordenó a Imerian antes de desenfundar su pistola y su falcata, con la que señaló a los Leman Russ—, y ponga en movimiento esos tanques.

—Vamos —dijo Uriel, desenvainando la espada.

Pasanius lo siguió, con el bólter prestado fuertemente sujeto en su mano izquierda, mientras un destacamento de soldados formaba junto a la coronel Kain. La comandante de los Falcatas se dirigió al trote hacia las puertas del hangar mientras éstas todavía estaban abriéndose.

Uriel llegó a las puertas al mismo tiempo, y Kain lo recompensó con una desarmante expresión de desdén.

—Si esto tiene algo que ver con usted… —La coronel dejó la amenaza inacabada.

—Entonces ya tendrá tiempo de reprenderme después —replicó Uriel.

Las puertas se abrieron lo suficiente para permitir la salida del hangar, y la coronel Kain se deslizó por el hueco con los soldados siguiéndola rápidamente al exterior. Uriel la dejó salir primero; después de todo era la persona al mando, pero se aseguró de alcanzarla rápidamente.

En cuanto salieron a campo abierto en el centro del campamento, una sirena de alarma desgarró la noche. Con un estallido de actínica conexión de circuitos, los cegadores reflectores cobraron vida, ahuyentando la oscuridad de la noche y bañándolo todo en una pálida claridad.

—Oh, no —exclamó Uriel al ver la masacre junto al muro. Unos monstruos campaban a sus anchas por el patio.

Los sinpiel masacraban a voluntad los soldados de los Águilas Aullantes, arrancando extremidades de sus torsos, deformando sus formas humanas con golpes demoledores y partiéndoles los huesos. Los monstruos tenían formas gigantescas e hinchadas; sus anteriormente expuestos órganos y músculos ahora estaban cubiertos de una legamosa capa de piel nueva.

El señor de los sinpiel rugió al encenderse las luces, irguiéndose de forma majestuosa e indescriptible, como si por sus venas circulara luz en vez de sangre. Su tribu penetró en el patio como un ejército, aunque sólo quedaban una docena con vida. Los hombres huían ante ellos, pero únicamente lograban ser despedidos por el aire antes de ser despreocupadamente despedazados. Brillaron varios rayos láser que quemaron el aire, pero la piel de esos monstruos resultaba impenetrable a unas energías tan nimias.

—¿Qué están haciendo? —susurró Uriel.

—Matar —replicó Pasanius con un fuerte tono de reproche en su voz.

La coronel Kain y los falcatas que la rodeaban observaron con horror la carnicería que se estaba produciendo en el interior de su sanctum. Los soldados empezaban a salir de uno de los barracones, pero una grotesca bestia con las articulaciones de las piernas al revés y una horripilantemente curvada columna de cartílago nudoso los iba golpeando a medida que salían. Un cañón emplazado tras unos sacos de arena abrió fuego sobre el muro, sabedores los artilleros que matar a sus propios hombres sería un acto de caridad. Los proyectiles de gran calibre golpearon la parte interior de los muros de cemento, destrozando los cuerpos ensangrentados de los soldados muertos y hundiéndose en los cuerpos de los monstruos.

El señor de los sinpiel saltó del muro. Su gran fuerza y potencia le hicieron surcar el aire hasta aterrizar en el techo del segundo barracón. Su enorme cuerpo atravesó el techo de uralita y desapareció de la vista, aunque sus rugidos de rabia seguían oyéndose.

Uriel corrió hacia el violado edificio, con Pasanius pegado a sus talones, mientras la coronel Kain trataba de imponer algún tipo de orden entre sus hombres. Los gritos y rugidos llenaban el aire. Los sinpiel se abrían paso a golpes a través de los Águilas Aullantes sin ninguna piedad.

Una bestia con dos cabezas fusionadas y brazos muy largos culminados en una especie de muñón con garras se abría paso entre los soldados de armadura roja mientras su cuerpo era agujereado por los proyectiles y chamuscado por los rayos láser. Uno con un monstruoso gemelo surgiendo de su carne masacraba hombres y mujeres con los que alimentaba a su hambriento apéndice, que, en su lunático apetito, no se preocupaba en absoluto de si su comida estaba viva o muerta.

Uriel trató de hacer caso omiso a esos horrores y esquivó una viga de metal caída del techo dé! barracón. En el interior podían escucharse gritos desesperados, aleatorias descargas de láser y un terrorífico rugir de puro odio. Abrió de una patada la deformada puerta y penetró en aquel lugar.

El interior del barracón era un matadero, mucho peor que nada que Uriel pudiera haber soñado mientras estaba en las entrañas del Daemonium Omphalos. Chorros de sangre cubrían todas las paredes, cuerpos

destrozados y miembros arrancados yacían dispersados como restos después de una explosión. Parecía imposible que tantos hombres hubieran podido morir en tan poco tiempo.

—¡Por la sangre del Emperador! —exclamó al ver al señor de los sinpiel doblar a un hombre por la mitad hasta que su columna vertebral se partió y el hueso astillado emergió por su estómago. La sangre salpicó a la gigantesca criatura, y Uriel sintió casi dolor físico ante esa traición.

—¡Detente! —le gritó, levantando la espada. Sabía que el arma era poca defensa contra la colosal criatura.

—¡En nombre del Emperador, ¿qué estás haciendo?! —rugió Uriel.

La cabeza del señor de los sinpiel se volvió hacia él, pesada y goteando sangre. Fragmentos de carne y de ropas le colgaban de las mandíbulas, y Uriel captó una luz apagada en sus ojos, una luz que hablaba por los miles de almas que había tras ella.

—Estos hombres merecen morir —dijo el señor de los sinpiel—. Estuvieron allí.

Uriel ya sabía algo de la historia del mundo y del regimiento que lo reclamó, pero ¿cómo podía saberlo el señor de los sinpiel?

—¡No eres quién para decidir eso! —le gritó—. ¿Por qué lo estáis haciendo?

—Porque alguien debe —respondió el señor de los sinpiel—. Los muertos deben ser vengados.

Uriel avanzó a paso lento hacia la gigantesca criatura mientras ésta recogía un soldado que lloraba; tenía el uniforme rojo destrozado y cubierto de sangre. Fueran cuales fuesen las fuerzas ajenas a ese campamento, conocían el secreto de los Falcatas y habían utilizado a los sinpiel como sus agentes.

Los gritos y el estampido de más disparos sonaron más allá de los muros del barracón, aunque en el interior reinaba una extraña paz.

—Deja a ese hombre en el suelo —le ordenó Uriel—. El Emperador se enfadará si le haces daño.

El señor de los sinpiel echó hacia atrás la cabeza y emitió un terrorífico rugido que liberó una vida entera de rabia, dolor y amargura.

—El Emperador no se preocupa por ellos —dijo el señor de los sinpiel, mostrando una elocuencia que contradecía sus anteriores sonidos—. Se olvidó de este lugar hace mucho tiempo, al igual que se olvidó de nosotros.

Las palabras fueron pronunciadas por una mente humana, pero mediante una boca monstruosa que las articulaba de forma húmeda y malformada, amarga y cruel. Uriel oyó el dolor de la pérdida en cada una de las deformadas sílabas y sintió el dolor que se ocultaba tras esas palabras, pero fuera quien fuese el que hablaba, no era el ser al que él se había dirigido. Fuera cual friese la inteligencia que se ocultaba tras esos ardientes ojos, no era la de la criatura que había puesto pie en Salinas junto a él.

—Ya es suficiente —dijo Uriel, dándose la vuelta y asintiendo a Pasanius, quien apuntó con el bólter al señor de los sinpiel—. ¡Tienes que detener esta matanza ahora mismo!

Al ver el arma, el señor de los sinpiel levantó al lloriqueante soldado por los aires y lo metió, con la cabeza por delante, en sus enormes fauces.

—¡Por el Emperador, no! —Gritó Uriel—. ¡Pasanius, dispara!

El aire se llenó con las características explosiones de los proyectiles bólter y los proyectiles de masa reactiva se abrieron paso a través del señor de los sinpiel detonando en el interior de su cuerpo. La piel nueva y la carne vieja saltaron en pedazos, pero no antes de que el soldado fuera partido por la mitad. Uriel saltó hacia delante, pero la mitad inferior del hombre muerto salió despedida hacia él, derribándolo.

Más proyectiles de bólter lo desgarraron, pero el señor de los sinpiel no se detuvo. Uriel rodó para ponerse en pie de nuevo mientras veía como el señor de los sinpiel atravesaba la pared exterior del barracón, pulverizando los bloques carbonizados a su paso.

Pasanius ya estaba en el exterior, acosando a la criatura con ráfagas de bólter, y Uriel trepó entre los cascotes para llegar al patio anterior.

Uriel vio que Pasanius tenía la misma buena puntería de siempre, pero sus proyectiles tenían poco efecto en el señor de los sinpiel, más allá de los efectos cosméticos. La sangre y la luz manaban del señor de los sinpiel, pero el daño que esas heridas pudieran causarle, si es que le causaban alguno, era difícil de evaluar.

Los soldados luchaban en grupos compactos, sobreponiendo campos de fuego con el que rociaban a los sinpiel mediante ráfagas controladas. Las dotaciones de armamento pesado estaban emplazando sus armas para apoyar a sus compañeros más rápidos. Como siempre habían hecho cuando los Hijos de Salinas emboscaban a sus fuerzas. Verena Kain estaba reagrupando a sus soldados de forma rápida y eficiente, aunque no era suficiente.

Contra otros hombres, incluso otros soldados, su hábil liderazgo y el coraje de los Águilas Aullantes habrían logrado una rápida victoria, pero estaban luchando contra un enemigo totalmente distinto a cualquier otro al que se hubieran enfrentado. Las explosiones detonaban entre los sinpiel, pero ni la metralla ni los proyectiles parecían afectarlos.

Hacían caso omiso a heridas que hubieran matado incluso a las mayores bestias tiránidas, tres veces más grandes, arrasado pelotones enteros y matado hasta el último soldado en menos del tiempo del necesario para gritar. Cuando eran alcanzados, surgía una luz por las heridas que parecía solidificarse sobre la abertura como un vendaje.

Los monstruos eran indestructibles, y siguieron matando con demencial furia.

El corazón de Uriel se heló al ver la salvaje alegría en las caras de los sinpiel.

Fueran cuales fuesen las esperanzas que había albergado de lograr su redención, o de que iniciaran una nueva vida, se desvanecieron de su mente. No había perdón ni penitencia posible ante el regocijo de una matanza sin sentido.

Mientras corría para unirse a la batalla, un misil pasó volando sin control al ser descuartizado su operador por el golpe de un puño cubierto de garras. El misil atravesó el aire siguiendo una trayectoria espiral y descontrolada antes de alcanzar el edificio del generador principal del campamento.

Uriel se tiró al suelo cuando la cabeza explosiva atravesó la puerta débilmente blindada del edificio y estalló, destruyendo el generador en una poderosa explosión que lanzó varias decenas de metros por los aires el

techo del edificio, envuelto en una columna de fuego y demoliendo parte del muro exterior.

El campamento quedó sumido en la oscuridad.

—Qué quieres decir con que Sylvanus Thayer sigue vivo —exigió saber Cawlen Hurq.

—Simplemente lo que he dicho —dijo Pascal—. Aunque para él sería mejor estar muerto.

Daron Nisato estaba tan conmocionado como Hurq ante la revelación de que el antiguo líder de los Hijos de Salinas seguía vivo, pero la rabia del guardaespaldas de Pascal era pura y necesitaba manifestarse.

—¡Nos dijiste que estaba muerto! —gritó Hurq, y Mesira se cubrió las orejas con las manos para aislarse del ruido. Nisato le pasó un brazo por encima de los hombros, pero ella se estremeció ante el contacto, gimiendo de angustia.

—Y lo está a todos los efectos prácticos —dijo Pascal, tratando de atenuar la furia de Cawlen—. Lo encontré sobre el campo de batalla al día siguiente del combate. No quedaba casi nada de él, Cawlen, sólo fragmentos de carne y sangre. No sé cómo podía seguir vivo, pero lo estaba. No podía ayudarlo, así que se lo llevé a Serj Casuaban, en la Casa de la Providencia.

—¿A Casuaban? —Exclamó Cawlen—. ¡Es un falcata!

Pascal negó con la cabeza.

—No, él nos ha estado ayudando desde la matanza del Campo de la Muerte.

—¿Nos ha estado ayudando? ¿Cómo?

—¿De dónde crees que proceden nuestros suministros médicos?

Daron Nisato trató de concentrarse en lo que ambos hombres estaban diciendo, pero Mesina estaba balanceándose adelante y atrás cada vez con mayor urgencia.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —Preguntó Cawlen—. Podríamos habérselo hecho saber a la gente.

—¿Y qué bien les habría hecho eso? Sylvanus ya era un mártir. Había hecho más por nosotros muriendo de lo que jamás podría haber logrado de haber seguido con vida —le replicó Pascal—. Además… él… él ya no es el mismo hombre que era antes.

Nisato captó la nota especial en el tono de Pascal y apartó la mirada de la lloriqueante Mesira Bardhyl.

—¿Qué quiere decir? ¿En qué es diferente?

Cawlen Hurq se volvió para mirarlo.

—Manténgase al margen de esto, agente. Esto no le importa.

Nisato se levantó y obligó a Hurq a darse la vuelta. El grandullón trató de desenfundar su pistola, pero Nisato cogió el arma de la funda del hombre con increíble habilidad y le hundió el cañón del arma en el estómago.

—Siéntate y cierra la boca.

A regañadientes, Hurq hizo lo que le ordenaba y Nisato se volvió hacia Pascal Blaise.

—¿Qué quiere decir con que él ya no es el mismo hombre? He tenido que disparar a hombres que se han despertado de un coma o de heridas muy graves con habilidades latentes que no poseían anteriormente. ¿Es eso a lo que se refería?

—Algo así —asintió Pascal—. No podía hablar ni moverse. No quedaba lo suficiente de él para hacerlo, pero… puedes sentirlo cuando estás cerca.

—Sentir ¿qué?

—Su odio —dijo Pascal—, su insaciable odio.

Un grito hizo que ambos hombres se estremecieran, y Nisato se dio la vuelta para ver a Mesira Bardhyl de pie ante la ventana, mirando hacia la oscuridad de la noche con el brazo extendido. Su cara estaba iluminada por el débil resplandor de la ciudad que se extendía más allá, pero mientras miraba, un brillo más intenso iluminó su cara con una ardiente luz anaranjada. Nisato corrió junto a ella.

—¿Qué pasa?

—El doliente —dijo entre dientes Mesira.

Daron Nisato y Pascal Blaise observaron la espectacular columna de fuego que se elevó más allá de los límites de la ciudad. Segundos después,

el ruido de una explosión llegó hasta ellos, acompañado por el crepitar de armas de fuego ligeras.

—Es el campamento de los Águilas Aullantes —dijo Nisato—. ¿Es cosa suya, Blaise?

—No —respondió Pascal—. Yo no tengo nada que ver. Lo juro.

—Es el doliente —afirmó Mesira Bardhyl—. Ha encontrado a uno. Los está matando a todos para llegar a ella.

Se volvió hacia ellos, y Nisato vio que estaba sonriendo con una tranquila serenidad.

—Después vendrá a por mí.

Uriel no tenía otra arma que su espada, pero le dio un buen uso al abrirse paso entre la masa de cuerpos que luchaban. Los sinpiel eran más fuertes que nunca, ya que sus cuerpos estaban saturados de una energía que no poseían anteriormente, y ya entonces eran horripilantemente poderosos.

Una gigantesca forma se levantó delante de él, un monstruo con unos muñones bulbosos por piernas y un adorno de carne con vida propia que le colgaba del pecho. Unas formas óseas antinaturales bajo la piel trataron de herir a Uriel, pero logró bloquear desesperadamente todos los ataques cuando las garras buscaron la débil carne de su cuello.

Rodó por debajo del gancho óseo y con la espada atravesó la carne de la bestia, pero en cuanto la liberó de su objetivo, la extraña luz interior de las bestias restauró totalmente la carne.

La criatura aulló, pese a los efectos sanadores de la luz, y se alejó de él buscando una presa más fácil entre los Águilas Aullantes. Uriel la dejó ir, pues buscaba a la coronel Kain en medio de la confusión de la batalla.

Al estar destruido el generador, el enfrentamiento estaba librándose bajo el estroboscópico reflejo de los fogonazos de las armas, los rayos láser y el difuso brillo de las estrellas. Varios grupos de soldados desesperados corrían de una cobertura a otra mientras los sinpiel los destripaban por todo el campamento, demoliendo barricadas, emplazamientos artilleros y edificios a medida que avanzaban.

El depósito de combustible estalló en medio de una gran nube en forma de hongo llameante cuando una bala perdida atravesó la pared, y el hedor a promethium llenó el aire. Unas nubes ardientes se elevaron hacia el cielo, y unos chorros abrasadores de promethium se vertieron por todo el complejo.

Uriel corrió en medio del caos de la batalla para unirse a Pasanius. Su amigo disparó el último de sus proyectiles bólter a un monstruo de brazos hinchados que se abría paso a través del edificio médico y asesinaba a los heridos con demoledores golpes de sus puños duros como el acero.

—¿Cuántos proyectiles te quedan? —gritó Uriel por encima del clamor de la batalla.

—Un cargador entero —le informó Pasanius—, pero me resulta muy difícil recargar.

Uriel le cambió la espada por el bólter, se agachó bajo la cobertura de una barricada de sacos de arena y recargó de forma rápida y experta el arma.

—Gracias —le dijo Pasanius cuando Uriel se la devolvió y recuperó su espada—. ¿Y ahora qué? En nombre del Emperador, ¿qué diablos está pasando? ¿Por qué están haciendo esto?

—Ellos no lo están haciendo —le aclaró Uriel en el mismo momento en que localizaba a la coronel Kain.

El ladrido de las armas pesadas se unió a la lucha cuando los soldados subieron a las escotillas de los Chimera y dispararon torrentes de fuego con los multilaser o ráfagas de proyectiles de bólter pesado.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Pasanius, disparando por encima de los sacos de arena contra el monstruo que estaba atacando el edificio médico—. Yo diría que sí lo están haciendo.

—No son ellos —repitió Uriel—. No sé cómo, pero algo los está controlando, de eso estoy seguro.

Pasanius se encogió de hombros, y Uriel se dio cuenta de que, en esos momentos, poco importaba el motivo por el que los sinpiel estuvieran atacando a los Águilas Aullantes, sólo importaba que lo estaban haciendo. El señor de los sinpiel mataba soldados a docenas con cada barrido de sus

gigantescos puños. Su carne era como una fortaleza inconquistable, a prueba de todas las armas.

—Entonces, espero que tengas un plan —le dijo Pasanius—. O de lo contrario nos van a matar a todos, incluidos nosotros dos.

Uriel no tenía ninguna respuesta para Pasanius, pero entonces el rugido de los motores resonó en los hangares cuando los tres carros de combate Leman Russ se pusieron en marcha en su interior. Los cañones principales serían inútiles dentro del campamento, pero cada uno de los vehículos disponía de un arsenal de armas de apoyo, y su propia masa podría cambiar el curso de la batalla.

Cuando los tanques salieron al patio se oyó un gran vítor de alegría, y la coronel Kain levantó su espada bien alto para que todo el mundo lo viera. Un soldado desplegó un estandarte y la visión del emblema carmesí de los Falcatas Achamán dio nuevas fuerzas a los soldados.

Uriel observó como el tanque más adelantado, el vehículo que había empezado a recargar su armadura, rasgaba la oscuridad con una incandescente lanza de luz procedente del cañón láser montado en su habitáculo. Una bestia con extremidades como guadañas cayó, partida por la mitad por el rayo, sus entrañas se cocieron y la sangre le hirvió hasta convertirse en vapor. Los otros tanques segaron con los proyectiles de las armas de la barquilla al resto de los sinpiel. Las criaturas retrocedieron ante aquella tremenda potencia del fuego.

Sin embargo, las grandes bestias de metal no acobardaron al señor de los sinpiel. Éste lanzó a un lado el cuerpo del soldado que acababa de matar y cargó contra los tanques con la cabeza bajada y los puños pegados al cuerpo.

Justo cuando parecía que iba a chocar contra el vehículo, el señor de los sinpiel dio un salto y aterrizó sobre la sección frontal del vehículo. Los proyectiles atravesaron su cuerpo, pero no lo frenaron ni un ápice. Sus manos monstruosamente poderosas se cerraron sobre el cañón del arma principal del tanque y unos brazos inhumanamente fuertes lo torcieron hacia arriba.

Con un chirrido de metal torturado y un chorro de chispas, la torreta entera quedó arrancada. El artillero cayó sobre los restos del habitáculo y resultó aplastado por las orugas del vehículo. El señor de los sinpiel golpeó con el cañón arrancado contra el lateral del tanque, aplastando las armas de las barquillas y hundiendo el blindaje hacia el interior con un terrible crujir de metal.

El motor del tanque aulló, y lanzó una serie de bocanadas de humo mientras tosía y se paraba. De la parte posterior surgieron llamas y, con su enemigo derrotado, el señor de los sinpiel lanzó la deformada y retorcida masa de la torreta a través del campamento hasta que se estrelló contra el suelo.

Con un ensordecedor grito de batalla, la coronel Kain encabezó la carga de los Águilas Aullantes.

Uriel salió de la cobertura mientras las tropas cargaban, admirando su valor a la vez que maldecía la futilidad del gesto. Esos hombres no podían triunfar contra los sinpiel, no mientras algún poder oscuro manejara sus cuerpos como si fueran marionetas y sanara sus heridas fatales.

—¡Vamos! —gritó, y Pasanius se levantó con él.

Cargaron a través del campamento en llamas; el tufo a promethium ardiendo saturaba sus sentidos, y la espesa nube de humo hacía que les lloraran los ojos y les ardiera la garganta. El calor era insoportable, y las llamas devoraban el campamento con voraz apetito.

Los sinpiel y los Águilas Aullantes chocaron en el centro del campamento, librándose una batalla entre el brillante calor de los incendios. Era un combate que solamente podía acabar de una forma, pero los Águilas Aullantes lucharon con un fervor que decía mucho de su implicación en la matanza del Campo de la Muerte.

Uriel preparó su espada cuando una bestia con brazos como pistones y una columna retorcida se dirigió hacia él a través del humo y las llamas. Su boca era un asimétrico horror de dientes rotos y encías podridas; los ojos, una masa putrefacta de pupilas e iris lechosos. Su carne brillaba, pero estaba podrida y enferma, como si se hubiera desarrollado a partir de cultivos enfermos.

Escupió una gran cantidad de obscenidades mientras se le acercaba agitando un puño amenazante. Uriel desvió el golpe y corrió alrededor de la criatura, hundiéndole su arma en la espalda. La hoja chirrió contra la deforme columna, y Uriel retorció la espada mientras la hundía más profundamente en el cuerpo del monstruo.

Éste chirrió y cayó de rodillas mientras Pasanius pasaba por encima de él y le golpeaba con su bota blindada en la cara. Se le rompieron los dientes y escupió una flema ensangrentada. Uriel liberó su espada en medio de una inundación de luz y sangre espumeante. Pasanius puso el cañón del bólter en el interior de la boca de la bestia y apretó el gatillo. La luz explotó en su cerebro y la parte posterior de la cabeza simplemente desapareció.

El monstruo se desplomó, vertiendo materia cerebral por el agujero abierto en su cráneo. Uriel vio una neblina de luz siguiéndolo por el aire. Gritó mientras sentía la rabiosa frustración en el interior de la luz y cayó de rodillas cuando la fuerza de ésta amenazó con desbordarlo.

Uriel soltó la espada y su visión se nubló al ver el campamento y los muros rodeados por una multitud de observadores, figuras espectrales que contemplaban desapasionadamente la carnicería realizada en su nombre. Cientos de figuras pugnaban por encontrar una posición sobre los muros, y Uriel sacudió la cabeza para librar sus pensamientos de su deseo de venganza.

—¡Uriel! —lo llamó Pasanius, y el sortilegio quedó roto.

La criatura que habían atacado estaba muerta, la luz sanadora había huido tras su muerte, pero Uriel comprobó que con ésa eran sólo dos las bestias eliminadas hasta ese momento.

Las llamas reclamaron lo que los sinpiel no habían hecho. Hombres en llamas gritaban mientras eran consumidos por el fuego, y Uriel percibió un terrible sentimiento de vindicación procedente de los observadores invisibles que habían puesto en marcha la masacre.

—Hemos de salir de aquí —le advirtió Pasanius—. No podemos vencer.

Uriel asintió mientras recuperaba su espada.

—Voy a tratar de alcanzar a Kain.

Se puso en pie y buscó el estandarte de los Águilas Aullantes. Vio un retazo entre las llamas mientras la coronel Kain libraba una batalla sin esperanza contra los monstruos que estaban asesinando a sus soldados.

—Por aquí —dijo Uriel—. Vamos.

Se pusieron en marcha entre las llamas hacia los asediados guerreros, y Uriel sintió como su piel se abrasaba por el calor. Sólo podía imaginar el dolor que los soldados mortales debían de estar sufriendo.

Uriel vio caer a Verena Kain, sangrando por una profunda herida en el hombro. La criatura se le acercó para rematar el trabajo, pero sus hombres, valerosamente, formaron una línea delante de ella disparando sus armas y golpeando con sus espadas, dispuestos a defender a su coronel.

La bestia cayó ante la gran potencia de fuego, y Uriel se detuvo junto a Kain.

El astartes tuvo que admitir que la coronel era dura. El brazo izquierdo le colgaba inerte del costado y su cara era una máscara de sangre iluminada por el fuego. Levantó la mirada hacia Uriel, y su rostro se llenó de rabia.

—¡Mis hombres están muriendo por su causa! —Le gritó por encima del tronar de los disparos y el rugir de las llamas—. No sé cómo, pero sé que esto tiene algo que ver con ustedes.

—Coronel Kain —empezó Uriel—, tiene razón, pero ya trataremos eso más tarde. Tenemos que salir de aquí, ahora. Ésta no es una batalla que podamos ganar.

—¡jamás! —Exclamó Kain—. Los Águilas Aullantes jamás tocan a retirada.

—Lo sé —le espetó Uriel—. He oído que su Vieja Serenidad también lo dijo, pero él está muerto, y usted pronto lo estará si permanece aquí.

Por un momento pensó que ella iba a negarse, pero vio el destello de rabia desaparecer de sus ojos para ser reemplazado por un agotado gesto de asentimiento. Uriel asintió y se volvió hacia Pasanius mientras una enorme sombra surgió de entre la luz de las llamas. El portador del estandarte de los Águilas Aullantes murió con la cabeza arrancada de los hombros y en medio de un torrente de sangre manando de su desgarrado cuello.

Uriel se dio la vuelta mientras caía el estandarte. El señor de los sinpiel se erguía enorme junto a él, con una forma imposiblemente masiva e hinchada desde la última vez que Uriel lo había visto. La luz brillaba bajo su piel con tal intensidad que era imposible mirarla por donde rezumaba entre sus heridas, y sus músculos estaban henchidos de poder prestado.

Un puño como una roca golpeó a Uriel, lanzándolo por los aires hasta que chocó contra el casco del Leman Russ destrozado. Unas luces brillantes bailaron delante de sus ojos mientras trataba de respirar. A su lado oyó el ladrido del bólter de Pasanius abriendo fuego.

El señor de los sinpiel propinó al sargento Astertes un terrible golpe que lo aplastó contra el suelo, y a continuación se dirigió a Verena Kain. La coronel de los Águilas Aullantes había levantado el estandarte de la compañía del suelo y la ondeante seda de la bandera estaba en llamas. Uriel gritó y se puso en pie, bamboleándose mientras trataba de avanzar hacia el señor de los sinpiel.

La coronel Kain acuchilló al caudillo de los monstruos con su falcata mientras éste la levantaba del suelo con su enorme puño. De sus heridas manaban chorros de sangre y de luz, pero la mayor no pudo romper la presa a la que la había sometido la enorme criatura.

Uriel vio la rabia en la cara del señor de los sinpiel, una rabia que era tan pura y avasalladora que su singularidad le hizo detenerse. No era una rabia propia de los sinpiel, era la rabia de aquellos sin voz, la rabia de los que sólo disponían de ese último acto de venganza.

El señor de los sinpiel se llevó a la coronel mientras ésta se debatía por encima del humo del promethium, que era todo lo que quedaba del depósito de combustible. Uriel trató de seguirlo, pero las piernas le pesaban enormemente y el aire le quemaba los pulmones.

—No —dijo con los dientes apretados, mientras se daba cuenta de lo que iba a suceder a continuación.

El señor de los sinpiel se detuvo, como si se deleitara con lo que estaba a punto de hacer. Se acercó a Verena Kain, y aunque susurró las palabras, éstas resonaron en el cerebro de todos los que se hallaban en el campamento.

—Tú estabas allí.

Entonces la arrojó al calor blanco de las llamas.

Uriel lanzó una exclamación de horror ante ese asesinato, y el señor de los sinpiel echó hacia atrás la cabeza para emitir un terrible rugido de desesperación. La criatura volvió su herida y abrasada cara hacia Uriel, y la mirada que intercambiaron fue íntima, un momento de compartida repulsión.

El señor de los sinpiel apartó la mirada y el instante de conexión se difuminó mientras la multitud de mentes que habían controlado a los sinpiel aflojaban su presa.

No se produjo ningún otro disparo. El campamento quedó en silencio, excepto por los angustiados gritos de los soldados moribundos. El señor de los sinpiel rugió y llamó a su tribu junto a él mientras Uriel se tambaleaba entre los sangrientos restos de la batalla.

—¿Por qué? —gritó—. ¡¿Por qué era necesario hacer eso?!

El señor de los sinpiel levantó la mirada y la blanca luz de la venganza asomó como cometas ardiendo en sus ojos.

—Porque ellos estaban allí —dijo—. Todos deben ser castigados.

Con esa terrible declaración, se alejó saltando a través del agujero abierto en el muro por la explosión del edificio del generador. Los sinpiel que quedaban lo siguieron rápidamente, y Uriel vio que se dirigían a la resplandeciente ciudad de Banbadus.

Con terrible certeza, Uriel supo que todavía no había acabado la masacre de esa noche.



CATORCE

Leto Barbaden observó los fuegos que ardían al norte de la ciudad desde la buhardilla más alta de su biblioteca privada. Sabía que el origen era el campamento de los Águilas Aullantes, pero no sintió nada por los hombres y mujeres que debían de estar muriendo bajo la nube de humo, una mancha oscura en el cielo nocturno.

Conocía los motivos del ataque, pero apenas se preocupaba por ellos. Los habitantes de Barbadus estaban desahogando su agresividad contra sus conquistadores. Era la única reacción que los cadáveres de una población apaleada podían llevar a cabo contra sus gobernantes; el último, espasmódico, jadeo de un cuerpo que todavía no sabía que había muerto.

Sin embargo, que fuera natural no era una excusa, y por eso había ordenado que salieran a las calles más unidades para mantener la paz, utilizando la fuerza bruta si era necesario. Lograría mantener el orden, aunque para ello tuviera que verterse sangre y perderse vidas.

Barbaden se alejó de la ventana blindada y entrelazó las manos a la espalda mientras descendía por la escalera metálica en espiral hasta el suelo de la biblioteca. Sabía que los primeros años de su gobierno serían difíciles; era el destino de los grandes hombres enfrentarse a tiempos difíciles, pero la medida de su grandeza era cómo se enfrentaban a ellos.

Llegó al final de la escalera y cruzó el suelo de mármol de la biblioteca, aspirando una gran bocanada del mohoso olor de sus libros, papeles y manuscritos. Había reunido con mucho esfuerzo todos aquellos libros a lo largo de décadas de guerra, transportándolos de campaña en campaña. El sólido y reconfortante sentimiento de los hechos y cifras encuadernados en sus páginas era un constante motivo de tranquilidad para él. Sacó de la estantería un volumen con el lomo dorado, una biografía del comandante Solar Macharius, mientras se dirigía a su armarito de las bebidas.

Siempre había admirado al gran comandante Solar, un hombre de visión y determinación singulares, que únicamente fue vencido por la cobardía de hombres menos capaces. Era la maldición del genio que, demasiado habitualmente, su grandeza se viera comprometida por los defectos de sus contemporáneos. El comandante Solar Macharius había alcanzado el límite

del espacio conocido, había llegado al borde de la galaxia, y había osado sostener la mirada del halo de estrellas.

Tan sólo unos hombres temerosos, que ridículamente se autodenominaban guerreros, le habían impedido conquistar esas estrellas para el Emperador. Únicamente la debilidad del espíritu de sus seguidores había impedido a Macharius alcanzar su auténtico potencial. Leto Barbaden había decidido hacía mucho tiempo que ninguna debilidad, en él o en los demás, le impediría alcanzar su grandeza.

Se sirvió una generosa cantidad de raquir antes de sentarse en la única silla de la sala y abrir las suaves páginas de terciopelo del libro. Creía que las palabras lo miraban, conteniendo en su belleza hechos inmutables y el curso de la historia en cada línea y cada letra iluminada.

A Leto Barbaden le gustaba leer libros de historia, cuanto más detallados mejor, pues él era un hombre para el que los detalles de la historia eran el plato preferido. La historia la escribían los vencedores, decía un aforismo tan viejo como el tiempo, y, por tanto, Leto Barbaden sabía que su posición en la historia estaba asegurada, al menos en este mundo.

Allí donde otros verían crueldad, él veía fuerza de voluntad.

Allí donde otros veían frialdad y falta de emociones, él veía determinación. Leto Barbaden sabía que él era la humanidad sin la carga de la conciencia o las emociones.

Él encarnaba la razón y la lógica impolutas de emociones, pues las emociones eran una debilidad para aquellos que no poseían la fuerza de sus convicciones.

Algunos lo llamarían monstruo, pero ésos no eran más que unos estúpidos.

Era una galaxia dura y feroz, y únicamente aquellos que podían liberarse a sí mismos de la carga de las emociones eran capaces de superar nimiedades como la moralidad o el concepto del bien y el mal para hacer lo que debía hacerse.

Lo había sabido desde que el coronel Landon había muerto en la garganta Koreda junto a todos sus oficiales superiores. Los hombres lo llamaban su Vieja Serenidad, un nombre que Barbaden consideraba

absurdo. ¿Cómo podía un nombre como ése ser adecuado para un hombre que había hecho de la guerra su profesión?

Landon no habría tenido estómago para conquistar Salinas. Sus pasiones estaban peligrosamente cerca de la superficie y se preocupaba demasiado por sus hombres para haber tenido éxito. Para Landon, lograr que sus hombres volvieran con vida de las mandíbulas de acero de la guerra era lo más importante, pero Leto Barbaden sabía que si había un recurso del que el Imperio iba sobrado, eran vidas humanas. Las máquinas y las armas eran recursos preciosos, pero los soldados siempre podían ser reemplazados, al igual que las poblaciones.

Ésa era una verdad que Barbaden había descubierto al principio de la guerra contra los Hijos de Salinas, dándose cuenta de que no importaba cuánta gente matara, siempre había más. La gente era una sucia y brutal masa de carne, huesos y deseos, que vivía una sórdida vida y se multiplicaba como conejos mientras seguía con su inútil vida.

Parecía inconcebible que nadie más fuera capaz de darse cuenta de ello, que la vida no merecía tenerse en tan alta estima.

Él no había comprendido ese descarnado hecho hasta que ordenó la destrucción de Khaturian, sabiendo que la magnitud de la masacre inflamaría las pasiones del enemigo, no dejándole otra opción que enfrentarse a él en batalla.

Sylvanus Thayer, que había demostrado ser un digno adversario hasta la muerte de su familia, había conducido a sus guerreros a una guerra que no podía ganar, y Barbaden sonrió al recordar la visión del arrasado campo de batalla en el que los Hijos de Salinas habían sido destruidos.

Una vez más, las emociones habían destruido a un general potencialmente grande.

Leyó durante una hora más, sorbiendo su raquir y repasando citas del comandante solar Macharius que había memorizado hacía mucho tiempo atrás. Sus dedos resiguieron la página hasta encontrar su favorita.

—No pueden existir espectadores en la batalla por la supervivencia —leyó en voz alta—. Cualquiera que no luche a tu lado es un enemigo que debe ser aplastado.

Barbaden sonrió al leer la cita, reconociendo al genio inherente en estas pocas palabras.

Brevedad y claridad eran rasgos que él admiraba y trataba de emular. Alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Se abrieron las puertas y Eversham entró. Su cara estaba muy pálida y caminaba apresuradamente. Barbaden levantó la cabeza del libro, viendo que su ayudante llevaba una placa de datos encriptados y fijándose en su aspecto descuidado.

—Vuestro vestido formal está un poco descuidado, Eversham —dijo Barbaden—. Arréglatelo antes de que haga que te reduzcan a basura para tirar.

Eversham pareció dispuesto a hablar sin adecentarse, pero tuvo el sentido común de detenerse y abrocharse el cuello y alisarse la chaqueta antes de proseguir. En cuanto el hombre abrió la boca para hablar, Barbaden le interrumpió.

—¿Estás familiarizado con la obra del comandante solar Macharius? —le preguntó.

Eversham negó con la cabeza, y Barbaden supo que estaba utilizando todo su autocontrol para no hablar sin permiso.

—No, mi señor, lamento decir que no.

—Ésta es una de sus citas favoritas: «El significado de la victoria no es derrotar a tu enemigo, sino destruirlo, erradicarlo de la memoria de los vivos, no dejar evidencia alguna de sus actos, destruir hasta el último de sus logros y eliminar de todos los archivos cualquier indicio de su existencia. De una derrota de ese calibre nadie puede recuperarse. Ése es el sentido de la victoria.» Muy inspirador, ¿no es cierto?

—Sí, mi señor —admitió Eversham—, mucho.

—Estás sudando, Eversham —comentó Barbaden—. ¿No te encuentras bien?

—No, gobernador —replicó su ayudante, mostrando la placa de datos como si estuviera ansioso por librarse de ella.

—Dime —empezó Barbaden, haciendo caso omiso de la placa—, ¿cuál es la naturaleza de los problemas en el campamento de los Águilas Aullantes?

—Todavía no lo sabemos, mi señor. Existen informes de disparos y varias explosiones, pero nos ha sido imposible contactar con la coronel Kain o con cualquiera de sus oficiales.

—Muy bien, ordena a dos compañías de la guardia de palacio que averigüen lo que está sucediendo y que aseguren la posición.

—Así lo haré —dijo Eversham, ofreciéndole una vez más la placa de datos.

—¿Qué es eso? —inquirió Barbaden.

—Una comunicación astropática —le informó Eversham—. Las janiceps la recibieron a primera hora de esta tarde y el diviner primaris acaba de finalizar su interpretación.

—¿Una comunicación de quién?

—No lo sé, mi señor —contestó Eversham—. Ha llegado con el prefijo de la máxima prioridad. Es evidentemente que se trata de un mensaje privado, sólo para vos. En cuando el diviner ha transcrito las palabras, un menemovirus telepático implantado en el mensaje ha borrado su memoria completamente.

Curioso, Barbaden tomó la placa y pasó su dedo por el lector, haciendo un gesto de dolor ante el pinchazo del analizador genético. Una vez confirmada su identidad, la placa cobró vida y las palabras del diviner cerebralmente muerto recorrieron la pantalla con letras plateadas.

Leyó el contenido del mensaje y sus ojos se desorbitaron por la sorpresa.

Lentamente, y con un deliberado cuidado, Barbaden devolvió la placa a Eversham. Cerró el libro y lo dejó sobre la mesa que había junto a la silla. Se levantó y se alisó la túnica, luchando por controlar el creciente pánico que inundaba su pecho.

—Haz que mi nave privada atraque en el muelle de las torres —le ordenó—. Tenemos que ir a recibir a unos visitantes muy importantes.

El rastro de los sinpiel no era difícil de seguir, pues no habían sido nada cuidadosos en sus acciones. Sus huellas eran fáciles de ver, pero incluso si se hubieran movido sin dejar pisadas en el suelo, los destrozos que dejaban a su paso habrían sido fácilmente reconocibles.

Uriel asomaba por la escotilla del comandante de un Chimera, cuya amplitud apenas le permitía acomodar la cintura de su genéticamente modificado cuerpo. Se había visto obligado a dejar su armadura en el campamento, al cuidado del visioíngeniero Imerian, pues no había tiempo de ponérsela, y no podía estar seguro de cuánto tiempo duraría la recarga del generador. Si sobrevivía a esa noche, regresaría a por ella a la mañana siguiente.

Debajo de él, Pasanius y cinco soldados ocupaban el compartimento para tropas del Chimera, ensangrentados y conmocionados por la facilidad con que habían sido derrotados y por el asesinato de su coronel.

Dos Chimera más, cargados de soldados que todavía mantenían el suficiente coraje para seguir luchando, acompañaban a Uriel, avanzando a toda velocidad entre la tenue luz de los arrabales de la ciudad mientras seguían el rastro de destrucción que había dejado su objetivo.

En verdad, Uriel no sabía exactamente lo que esperaba conseguir siguiendo a los sinpiel. Sí la compañía entera de los Águilas Aullantes no había podido derrotarlos, ¿qué posibilidades tenía esa fuerza improvisada?

Sólo sabía que debía atraparlos, como mínimo para tranquilizar su propia conciencia. La destrucción causada en el campamento de los Águilas Aullantes era culpa suya, y ese sentimiento de culpabilidad por lo que su inconsciente confianza había permitido que sucediera pesaba contundentemente en su alma.

¿Cómo podía haber sido tan ciego ante el bestial corazón de los sinpiel? Sí, su aspecto exterior era el de unos monstruos, pero Uriel había visto más allá de esa apariencia hasta lo que había creído que era nobleza humana en su corazón.

Aunque estaba seguro de que un poder oscuro estaba actuando en su interior, sabía que no existían las almas realmente puras. Algún cáncer que los corrompía debía de estar arraigado en el corazón de los sinpiel para permitir a ese poder afianzarse, y Uriel se maldecía a sí mismo por su estupidez al no haberlo visto.

Las muertes de esos soldados pesaban sobre su conciencia. No importaba lo que hubieran hecho en el pasado para merecer ese castigo. Uriel apartó esos pensamientos de su mente, obligándose a concentrarse en la misión en curso.

Los Chimera corrían por las calles de la ciudad. Los edificios a su alrededor eran altos y metálicos, achaparrados y construidos con ladrillo. La abigarrada arquitectura de Barbadus pasaba junto a ellos a toda velocidad, aberturas sin ventanas que los observaban atemorizadas al pasar. Que la muerte rondaba las calles de Barbadus era algo conocido, vaciando las calles a su paso a excepción de unos pocos curiosos. Escasos y persistentes ciudadanos que abandonaban rápidamente lo que estuvieran haciendo para salir de las calles cuando la desesperada procesión de Uriel pasaba a toda velocidad junto a ellos.

Esa noche la muerte andaba a la caza, y atraparía a cualquiera que la llamara por su nombre.

Aunque estaba demasiado lejos y demasiado oscuro para distinguir ningún detalle, era evidente que una terrible batalla había tenido lugar en el campamento de los Águilas Aullantes. Las llamas lamían el cielo y el crepitar de los disparos había cesado.

—Fuera lo que fuese lo que pasaba, ya ha acabado —observó Pascal.

Nisato no replicó, mirando a las distantes llamas como si pudiera discernir alguna respuesta entre la oscuridad. Pascal Blaise afirmaba que no sabía qué había sucedido, y por mucho que Nisato deseara no creerlo, en su interior sabía que el hombre le decía la verdad.

Eso no tenía nada que ver con los Hijos de Salinas, pero si no eran ellos, ¿quién?

—Debemos marcharnos —dijo Pascal Blaise—. Si ella tiene razón y lo que ha atacado a los Águilas Aullantes viene hacia aquí…

Nisato asintió y se volvió hacia Mesira. Ella había retomado su postura anterior sobre la cama, con las rodillas dobladas sobre su pecho y los brazos cogiéndose las piernas.

—¿Mesira? —la llamó con voz suave. Ella levantó la mirada. Su cara cubierta de lágrimas ya no mostraba la terrible expresión de miedo y culpa que era habitual—. ¿Qué ha sucedido allí esta noche? ¿Lo sabes?

—Es el doliente —replicó ella—. La ha matado a ella y ahora me ha llegado el turno.

—¿Ha matado a quién?

—A la coronel Kain. He notado como moría. Fue muy doloroso.

—¿Para ti? —preguntó Nisato.

—Para las dos.

Pascal Blaise se unió a él junto a Mesira.

—¿Kain está muerta? ¿Está segura?

Mesira asintió y Nisato vio una sorda satisfacción en los ojos de Blaise.

El líder de los Hijos de Salinas levantó la cabeza y se encontró con su mirada.

—No espere que vierta una sola lágrima por esa zorra —dijo—. Kain llevó a los Águilas Aullantes al interior de Khaturian. Tenía las manos manchadas con la sangre de millares. Ha recibido lo que se merecía.

—¿Y usted qué se merece, Pascal? —Replicó Nisato—. ¿Qué nos merecemos todos? ¿No tenemos todos las manos manchadas de sangre? ¿No merecemos todos morir?

—Tal vez sí, tal vez no. —Blaise se encogió de hombros—. He matado muchos hombres, sí. Les he disparado y los he hecho saltar por los aires, pero no siento ningún remordimiento. Los hombres que he matado llegaron como invasores a mi país natal. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Si soldados armados atacan a la gente que ama, ¿no lucharía usted contra ellos?

—Supongo que sí —respondió Nisato—, pero…

—No hay peros —le espetó Pascal—. Éste era nuestro mundo. Éramos leales al Trono Dorado, pero Barbaden no nos escuchó. Mató a nuestros líderes y asesinó a nuestros soldados. ¿Qué clase de pueblo habríamos sido si no nos hubiéramos resistido? Y no pretenda que usted es mejor que yo agente. No puedo ni imaginarme que sus manos estén menos manchadas de sangre que las mías. ¿Cuántos aterrorizados soldados se han arrodillado ante usted suplicando por sus vidas antes de que les disparara en nombre del Emperador? ¿Docenas? ¿Centenares? ¿Tal vez millares?

Nisato se volvió hacia Pascal Blaise. La rabia bullía con más fuerza en su interior con cada nueva acusación lanzada a su cara.

—Sí, yo también he matado gente —gruñó—, y todos y cada uno de ellos merecían su destino. Todos ellos vacilaron en su servicio al Emperador.

—Entonces tal vez no seamos tan diferentes, después de todo —apuntó Pascal—. Tal vez el bien y el mal no son más que una cuestión de perspectiva.

Nisato suspiró, la rabia estaba disipándose a medida que la verdad de las palabras de Pascal Blaise penetraba en su alma. Suspiró y se sentó junto a Mesira, pasándole una mano protectora por el pelo.

—No existe el bien y el mal en nuestras profesiones —afirmó Nisato—. El presente cambia el pasado a cada instante. Tan sólo podemos rezar para que el futuro reivindique nuestras acciones.

Mesira levantó la mirada hacia él.

—Ya no tengo miedo —dijo ella, sonriendo.

—¿No?

—No. —Hizo un gesto negativo con la cabeza—. Todos estos años he vivido con lo que he visto, con lo que he dejado que pasara. Ahora ya ha acabado. Él viene a por mí estoy en paz.

—No dejaré que nadie te haga daño —dijo Nisato—. Te lo prometo.

Mesira sonrió y Daron Nisato pensó que jamás la había visto tan bella. Los problemas y preocupaciones que la mujer había soportado como una segunda piel desaparecieron, dejándola envuelta en luz, como si una gentil claridad brillara en el interior de sus huesos.

—No tienes por qué preocuparte por mí, Daron —le aseguró Mesira—. Todo irá bien.

—Eso espero.

Ella se inclinó y lo besó en la mejilla. El roce de sus labios en la piel le electrizó, enviando una placentera oleada de calidez y paz por todo su ser.

—Eres un buen hombre, Daron, mejor de lo que tú te piensas.

Mesira Bardhyl se levantó y tomó su mano. Él se puso en pie. Luego alargó la mano para tomar la de Pascal Blaise.

—Si este mundo logra sobrevivir, serán hombres como vosotros los que lo salvéis. Ambos habéis hecho cosas terribles durante vuestras vidas, pero son cosas del pasado. Lo único que importa es el futuro. Los viejos odios deben olvidarse y hay que forjar nuevos lazos entre los habitantes de este mundo. ¿Lo comprendéis?

Nisato paseó la mirada de Mesira a Pascal. Sus palabras eran como un torrente helado que lo limpiaba de la piel podrida hasta la médula. ¿Se trataba de algún tipo de magia psíquica? ¿La locura que la había hecho salir desnuda de su casa había despertado nuevos poderes en ella?

Fuera lo que fuese lo que manaba de Mesira, no sintió nada malo en ello, de modo que dejó que su luz sanadora lo bañara con sus poderes regenerativos.

—Lo comprendo —dijo, y sintió la misma iluminación en el interior de Pascal Blaise. Sin saber cómo, supo que los dos habían cambiado para siempre por causa de ese contacto.

Mesira soltó sus manos y Nisato sintió un aguijonazo de decepción ante la pérdida de su contacto.

La puerta se abrió detrás de ella y Cawlen Hurq volvió a entrar en la habitación con un rifle colgado del hombro y la pistola, que Nisato le había devuelto antes de que abandonara la habitación, fuertemente apretada en su mano. Nisato no sentía nada por Hurq: ni odio ni miedo, nada. Era como si todo el rencor y los desafíos intercambiados entre ellos, hubieran sido borrados.

—Cawlen —dijo Pascal, tomándose un momento para recuperarse del contacto con Mesira—. ¿Cuántos hombres hemos traído?

—Incluidos nosotros dos, ocho —respondió Hurq—. Pero he hecho un llamamiento y pronto llegarán más. ¿Qué estamos esperando? ¿Falcaras? —El tono del hombre era de ansiedad, y Nisato sintió piedad por él, tan atrapado como estaba por su odio.

—No, no lo creo —replicó Pascal—. No estoy totalmente seguro, pero mantente alerta.

Nisato tomó la mano de Mesira y siguió a Pascal Blaise mientras éste se dirigía hacia la puerta. Ella aceptó el contacto voluntariamente y juntos bajaron las escaleras que habían subido al llegar.

Cawlen Hurq abrió las puertas del bar y entraron en la sala común saturada de humo y sudor. El calor y el hedor del lugar dejaron sin aliento a Nisato, pese a que había estado allí hacía muy poco.

Las cabezas se levantaron en cuanto entraron en la sala, y Nisato se sintió terriblemente vulnerable, mucho más que cuando había llegado. Entonces únicamente tenía que preocuparse por su propia seguridad, pero ahora tenía que mantener a salvo a Mesira de la fuerza que ella creía que estaba viniendo a reclamarla. Más allá de eso, se sentía responsable de la seguridad de Pascal Blaise, lo que era estúpido, pues él tenía hombres armados en el bar y, si había que creer a Hurq, había más en camino.

Los hombres armados que había detectado al llegar se abrieron paso por el local para llegar hasta ellos. Los apiñados bebedores los dejaron pasar sin queja alguna. Nisato captó fragmentos de conversaciones mientras avanzaban entre la muchedumbre.

Las noticias sobre el ataque contra el campamento de los Águilas Aullantes ya habían llegado al bar, y Nisato se sorprendió al ver miradas de temor dirigidas a Pascal Blaise.

—¿Qué está pasando? —Preguntó, acercándose a Blaise—. ¿Por qué tengo la impresión que esta gente está tan dispuesta a lincharlo como a seguirlo?

—Tienen miedo —dijo Pascal por encima del hombro.

—¿De qué?

—De las posibles represalias —replicó Pascal—. Piensan que he atacado a los Águilas Aullantes y tienen miedo de lo que Barbaden pueda

ordenar en respuesta. Le dije que estaba harto de muertes, ¿no? Bueno, pues no soy el único.

Nisato lo comprendió todo, el miedo y el cansancio en cada una de las caras. Era un cansancio que podía entender. Volvió a mirar a Mesira y sonrió. Ella se movía grácilmente por el atestado bar, y todos los que la miraban parecían tocados por el mismo bálsamo que había calmado sus atribulados espíritus escaleras arriba.

Ella era una ola tranquilizadora en un estanque, el viento que refrescaba el día.

Nisato apartó a regañadientes la vista de la mujer cuando Pascal le puso una mano en el hombro.

—Espere, deje que los hombres de Cawlen comprueben primero el exterior.

Nisato asintió y se acercó a Mesira. Por encima del susurrante zumbido de las conversaciones pudo oír extraños sonidos más allá de las puertas de acero del bar, una confusa mezcla del rugir de motores y pesados pasos. Se sobresaltó al oír el inconfundible sonido de disparos y un terrorífico rugido animal que le heló la sangre. El sonido resonó en el interior del bar y todas las cabezas se volvieron hacia ellos.

—¿Qué demonios ha sido eso? —musitó Cawlen Hurq.

Se oyeron más disparos seguidos de horribles chillidos, chillidos agonizantes y bramantes rugidos, así como sonidos más tenues, como de ropas rasgadas y madera partida.

Hurq se apartó de la puerta con el miedo reflejado en la cara. Un miedo contagioso. La gente empezó a gritar y, cuando otro monstruoso rugido resonó en el bar, el pánico se apoderó de todos. Hombres y mujeres pisoteándose y empujándose en su desenfrenada huida, tratando de alcanzar las puertas traseras o las ventanas que quedaban más lejos del origen de los terribles rugidos.

Nisato desenfundó la pistola cuando sonó un nuevo rugido, esta vez justo al otro lado de la puerta. El ruido era ensordecedor y enfermizo, un hedor a carne podrida penetró en el bar impulsado por una pesada y ominosa respiración.

—Busquemos otra forma de salir de aquí —dijo Pascal entre dientes.

—Sí —asintió Nisato, empujando a Mesira tras él.

Cawlen Hurq los siguió, y cuando Nisato se arriesgó a mirar por encima del hombro, vio que la puerta de entrada salía arrancada. Las grandes planchas de metal corrugado salieron despedidas, y el marco de hierro que hacía de dintel fue arrojado hacia el exterior.

El aire caliente entró en el bar, y con él, el hedor animal a carne podrida se hizo insoportable.

Nisato miró a la cara de aquel engendro.

Era un monstruo, una pesadilla ensangrentada y chamuscada, con enormes colmillos y enfermizos tizones por ojos. Sus proporciones monstruosas estaban más allá de cualquier medida que la cordura o la fe pudieran comprender; su aspecto era el de un gigante deforme que hubiera sufrido inimaginables tormentos.

—¡Emperador, sálvanos! —gritó Pascal Blaise, con la cara desencajada por el horror al ver que la bestia no había venido sola, sino con una manada de monstruos igualmente horribles pisándole los talones. El pánico que había atenazado a la multitud explotó en una estampida de puro terror. Los cuerpos chocaron contra Nisato mientras éste trataba de mantenerse junto a Mesira ante la masa aullante de gente que amenazaba con separarlos.

Cawlen Hurq levantó su rifle y Nisato deseó reírse ante el absurdo de luchar contra bestias de tan terrible aspecto con un arma tan ridícula. El hombre lanzó un juramento al abrir fuego. Los brillantes rayos de energía vomitados por el cañón del arma impactaron sin efecto aparente en el pecho de la criatura.

Con indiferencia, como si estuviera apartando un insecto, la bestia lanzó a Cawlen Hurq hasta el otro extremo de la sala. El hombre chocó contra la parte superior de la barra de hierro con la cabeza por delante, e incluso por encima del ruido de metal arrancado y la aullante multitud, Daron Nisato oyó como su cuello se partía con un terrible y claro chasquido.

Nisato trató de arrastrar a Mesira lejos de la destrozada entrada del bar, pero se soltó de su mano y fue arrastrado por la multitud, viendo sin poder hacer nada como los monstruos se abrían paso hacia el interior del bar.

—Ha llegado la hora —dijo ella con la voz sonando tan clara como una campanilla—. Ha llegado la hora de morir.



QUINCE

Uriel oyó los gritos y el ruido del metal desgarrado. El rugir del trío de Chimera resonaba entre las destartaladas paredes de la calle, y algunos curiosos estaban empezando a asomarse para ver el drama que se estaba desarrollando ante sus casas.

Desde su posición privilegiada en la escotilla del comandante, Uriel era capaz de ver los destellos de luz y oír los gritos generados por el terror hacía los monstruos. Fuera cual fuese la sanguinaria misión que los sinpiel tenían entre manos, estaba en pleno desarrollo a juzgar por los sonidos que le llegaban.

Un destrozado edificio en la esquina de la calle proporcionó otra pista del paso de los sinpiel, y el conductor del Chimera guió con mano experta el pesado vehículo entre los cascotes y restos de madera, piedra y acero.

Más allá de la esquina, la calle se ensanchaba hasta convenirse en una plaza pavimentada, y los pocos observadores que habían bajado a la calle a causa del ruido retrocedieron rápidamente hacia sus casas al ver lo que les esperaba.

—¡Por el juramento de Guilliman! —exclamó Uriel al ver el espectáculo que se desarrollaba ante él.

Parecía como si una pirámide brillantemente iluminada de tanques destrozados con las entrañas vacías hubiera sido construida a golpe de martillo y cortada con una lanza térmica para formar una estructura con espacios interiores, salas, corredores y habitaciones de techo bajo. La luz y la gente Salían a borbotones del bamboleante edificio, cuya estructura estaba siendo atacada por los sinpiel.

El señor de los sinpiel encabezaba el ataque arrancando acero con sus masivamente musculados brazos para abrirse paso hacia el interior. Numerosas luces de neón soltaban chispas y bañaban la plaza donde se encontraba el edificio así como a los monstruos en enfermizos tonos verdes, anonadantes rosas y letales azules. Los monstruos daban brincos y aullaban mientras el líder de su tribu abría un camino a través del acero y la madera, como un animal abriéndose paso a través de un nido para devorar la presa que se oculta en su interior. Si el señor de los sinpiel fue consciente de su

llegada, no dio ninguna muestra de ello, sino que siguió con la destrucción de la parte frontal del edificio.

La gente que huía era atrapada por los sinpiel y retorcida y doblada hasta que se rompían, momento en que sus agonizantes gritos cesaban. Uriel oyó tiros en el interior del edificio y se preguntó qué podía querer el señor de los sinpiel de un lugar como aquél.

Los Chimera redujeron la velocidad al entrar en la plaza.

—¡No! Aumente la velocidad. ¡Utilice el vehículo! —le gritó Uriel al conductor.

Comprendiendo la orden de Uriel, el conductor pisó a fondo el acelerador y el Chimera rugió al incrementar la velocidad. Uriel se sujetó cuando uno de los sinpiel se volvió al oír el sonido del sobrerevolucionado vehículo. Su cara pareció partirse en dos, tan grandes eran sus mandíbulas cubiertas de colmillos.

Su esqueleto era visible a través de la enfermiza y pálida piel que cubría una porción de su deforme anatomía. Largas extremidades, delgadas, oscuras y cubiertas de garras, se arrastraron por el suelo, y unas cortas y musculadas piernas le permitían avanzar como un simio.

La bestia y la máquina cargaron una contra la otra hasta que se encontraron en un estallido de carne y metal. El Chimera se hundió en la criatura, que fue consciente de toda la potencia e inercia del tanque únicamente durante una fracción de segundo antes de quedar aplastada bajo las orugas.

Una luz líquida surgió de la pulverizada criatura, toda su sangre, carne y huesos convertidos en una pasta que se extendía por la pavimentada plaza.

El vehículo patinó cuando el conductor accionó instintivamente los frenos. El motor tosió una última vez y murió, soltando nubes de apestoso y acre humo por los tubos de escape mientras el conductor trataba de volver a arrancar el motor.

—¡Pasanius! ¡Sígueme! —gritó Uriel, saliendo por la escotilla del comandante. Saltó sobre el duro suelo mientras la puerta de asalto de la parte posterior del vehículo se abría y Pasanius encabezaba la salida de los guerreros a otro extrañamente iluminado campo de batalla.

Los otros dos Chimera de Uriel se detuvieron a ambos lados del suyo y los soldados desembarcaron con una eficiencia propia de la práctica. No importaba las bajas sufridas ese día, y no importaba lo que hubieran hecho en el pasado, esos hombres y mujeres eran, sobre todo y ante todo, soldados, y habían aprendido bien sus lecciones.

Formaron en escuadras, y Uriel recuperó un olvidado sentimiento de orgullo ante la idea de dirigir una vez más a los hombres en la batalla. No importaba que esos hombres no fueran Ultramarines de la Cuarta compañía, eran guerreros del Emperador, y eso los hacía poderosos.

—¡Juntos! ¡Acabaremos con esto juntos! ¿Estáis conmigo? —gritó Uriel, sosteniendo su espada de empuñadura dorada en alto para que todos la vieran.

Los soldados desenfundaron sus falcaras y rugieron su confirmación mientras Uriel se daba la vuelta y cargaba contra el devastado bar.

El grueso brazo cubierto de venas del monstruo penetró en el bar buscando a Mesira. Ella parecía agradecer la atención del monstruo, pues hizo caso omiso de los gritos de súplica de Daron Nisato para que huyera de la bestia y fuera hacia él a través de la multitud.

Cegados por el pánico, muchos de los clientes del bar se pusieron en el camino de la enorme criatura. Los más afortunados lograron evitarla y salir a la noche y la seguridad; los demás fueron destripados hasta no ser más que jirones de carne o partidos por la mitad a mordiscos.

La presión de la multitud impedía que Mesira pudiera aproximarse al monstruo, pues tal parecía que era su objetivo. La aterrorizante criatura estaba totalmente obsesionada por ella, y lo único que le impedía alcanzarla era la resistencia que seguía ofreciendo la derrumbada parte frontal del bar. Por una vez, Nisato tenía un motivo para agradecer que esa parte de Desguace estuviera construida con restos del antiguo regimiento, pues era lo único que evitaba que la criatura penetrara en el interior.

Si el bar hubiera sido construido con materiales tradicionales, la bestia ahora mismo estaría devorando los huesos de Mesira y rodeándose el cuello con sus entrañas. Únicamente las vigas y los soportales de acero saqueados de los tanques abandonados habían logrado impedir de momento que se

abriera paso hasta el interior y la devorara a ella y a todos los que se hallaban allí.

La estructura del bar gimió y se combó cuando unas extremidades pesadas le golpearon. El metal soportado sobre metal como el del dintel estaba siendo comprimido y el peso redistribuido a puntos de la estructura que no habían sido concebidos para soportar esa tensión.

Los hombres armados que Cawlen Hurq había colocado en el bar dispararon al monstruo con sus pistolas, vaciando cargadores enteros de munición sin causar ningún efecto. Allí donde una bala la alcanzaba, brotaba luz y un espeso icor, pero tales heridas no lo detenían ni un ápice.

El monstruo aulló su frustración, y una ardiente y ávida luz ardió en las cuencas de sus ojos. Daron Nisato quedó paralizado por el miedo al darse cuenta de que eran un ansia y una rabia primigenias apenas concebibles en un universo racional.

—¡En nombre de la disformidad, ¿qué demonios es eso?! —gritó Pascal Blaise para hacerse oír por encima del ruido del asalto de la criatura al edificio.

—No tengo ni idea —dijo Nisato—. ¡Tenemos que alcanzar a Mesira y salir de aquí!

—¿De verdad? —le espetó Pascal Blaise, mirando en todas direcciones en busca de una posible vía de escape.

La presión de los cuerpos era demasiado fuerte y la deformación de la estructura había bloqueado las puertas en sus marcos. La gente resollaba mientras empujaba sin éxito contra ellas.

Nisato vio que la viga que impedía el avance de la bestia se doblaba, hasta que la soldadura que la fijaba al chasis de un Chimera finalmente cedió ante la presión y se rompió. El monstruo rugió triunfante e introdujo una parte de su gran masa en el local.

El rugido puso en movimiento a Nisato, y sus piernas encontraron la fuerza que necesitaba.

—¡He de ir a por Mesira!

Blaise asintió.

—Voy contigo. ¡Vamos!

Nisato bajó el hombro y empezó a abrirse camino a empujones a través de la atrapada y aterrorizada multitud, utilizando habilidades perfeccionadas en docenas de manifestaciones para abrirse paso con puños; pies y culatazos.

Su avance era lento pero constante, y distinguió fácilmente a Mesira entre las preocupadas y sucias caras de los trabajadores de las factorías. Parecía serena en medio de un mar de pánico, beatífica y calmando a los que se hallaban más próximos a ella.

Nisato finalmente llegó junto a Mesira y la cogió por su delgado brazo con un fuerte agarrón.

—¡Mesira! —le gritó—. ¡Hemos de salir de aquí!

Ella se volvió para mirarlo al sentir su contacto.

—No, Daron —protestó ella alarmada—, tú tienes que salir de aquí.

Entonces la parte frontal de la estructura finalmente cedió con un torturado chirrido de metal.

Uriel oyó como la parte frontal del bar se colapsaba y presionó el botón de activación en la empuñadura de su espada. El filo cobró vida con crepitantes energías y él sintió el poder del arma recorriendo su brazo. Los sinpiel se habían dado la vuelta para enfrentarse a ellos, y seis de las enormes criaturas se interponían entre él y el bar.

Pasanius permanecía a su lado con el bólter preparado.

—¿Cuál es el plan? —le preguntó Pasanius.

—Necesito que tomes el mando de los soldados —dijo Uriel—. Protege a los inocentes.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Voy a entrar —dijo Uriel—. Tengo la impresión de que las respuestas están en el interior.

—Ya estás otra vez —gruñó Pasanius, mientras una bestia con anchas mandíbulas y una dilatada barriga que brillaba con un movimiento vibrante se alejó de la manada para dirigirse hacia ellos—. Tú y tus malditas impresiones.

Una andanada de fuego láser atravesó a la criatura y ésta rugió de dolor. Una sibilante y cálida luz surgió de sus acribilladas extremidades y tórax.

—Vamos —lo apremió Uriel, dando una palmada en la hombrera de Pasanius—. Toma el mando.

Éste asintió y se marchó para unirse a los soldados de armadura roja que avanzaban disparando sus rifles. Individualmente, los rifles láser eran un arma muy poco efectiva, pero combinados en suficiente cantidad, eran formidables, y tan sólo un loco menospreciaría el efecto de una andanada masiva de disparos láser.

Los sinpiel abandonaron la matanza indiscriminada de clientes del bar ante estos ataques, aullando de angustia mientras la omnipresente luz los envolvía. Las criaturas temblaban bajo el brillo que surgía de sus heridas, como si sus propios deseos estuvieran enfrentados a la fuerza que los controlaba.

El señor de los sinpiel se abrió paso hacia el interior del bar y Uriel corrió hacía él, dejando que Pasanius dirigiera a los Falcatas en esa batalla. Su amigo era capaz de inspirar a los guerreros astartes para acometer insospechados actos de valor, y estos soldados tenían el honor de ser mandados por uno de los mejores entre los Ultramarines.

Si sobrevivían a esta noche, serían recordados durante el resto de sus vidas.

Uriel rodeó rápidamente la lucha, dirigiéndose hacia el enloquecido caos provocado por el señor de los sinpiel. La criatura se había abierto paso hasta el interior del bar. Los gritos y el ladrido de las pistolas resonaban por doquier.

Algunos trozos de la estructura empezaban a combarse y a gemir, y no tardaría mucho en desmoronarse toda la estructura. Hiciera lo que hiciese, tenía que hacerlo rápido.

El señor de los sinpiel penetró totalmente en el bar, y Uriel saltó por encima de un trozo de mampostería al encontrar una sección de pared en la que el panelado de hierro se había desprendido de la estructura.

Incluso sin armadura, su cuerpo era demasiado corpulento para pasar y notó como el metal le rasgaba la túnica. Agachó la cabeza y el hedor del bar lo golpeó. Apestaba a sudor, carne cruda y licor fuerte, pero por encima de todo apestaba a miedo.

El señor de los sinpiel ocupaba totalmente un extremo del bar con su forma monstruosa e hinchada. Fuera lo que fuese lo que le hubiera pasado en las montañas lo habían convertido en algo más terrible de lo que Uriel jamás podría haber imaginado, pues mezclado con el terrorífico poder que emanaba de él, Uriel pudo ver su humanidad, su piel, su rabia y su miedo.

Todas las cosas que hacían humanos a los hombres aparecían magnificadas en el interior de la bestia, pero fueran cuales fuesen los demonios que habían conducido al señor de los sinpiel a cometer aquellas masacres, eran de una magnitud muy superior a la que ningún humano podía esperar a llegar.

Una mujer con un vestido pálido estaba en pie delante del señor de los sinpiel. Su expresión era serena, en completo contraste con el horror de todas las demás caras en el bar. Uriel rápidamente recordó su nombre: Mesira Bardhyl, la psíquica buscadora de la verdad del gobernador Barbaden.

Durante el transcurso de un mero latido de corazón, Uriel también vio al agente Daron Nisato y a un hombre que sin duda debía ser Pascal Blaise. Ambos hombres luchaban para alcanzar a Mesira, pero se dio cuenta de que no llegarían a tiempo.

—¡Eh, aquí! —gritó.

Su voz se impuso fácilmente al ruido del derrumbe del bar. El vidrio se rompió, la madera crujió y el metal gimió, pero todas las cabezas del bar se volvieron hacia él.

El señor de los sinpiel levantó la mirada y sus ojos brillaron con una mezcla de rabia y de odio. La luz que lo iluminaba surgió de su boca como gotas de oro fundido, y Uriel sintió una oleada de piedad por él. El corazón del señor de los sinpiel seguía siendo suyo, pero estaba dirigido a la matanza por alguna presencia externa.

Uriel entró en el bar. Los aterrorizados clientes se apartaron de él tanto como del señor de los sinpiel. La criatura parecía momentáneamente confusa, como si estuviera librando una batalla interna.

Esta confusión le proporcionó a Daron Nisato el tiempo que necesitaba y cogió por el brazo a Bardhyl, alejándola del gigantesco monstruo. El grito

de la mujer quebró el dilema interior del señor de los sinpiel, que se adelantó hacia ella con las garras abiertas.

Pascal Blaise disparó su pistola contra el monstruo, alcanzando con una bala el ojo de la criatura. Un fluido viscoso se derramó y el monstruo aulló, la luz sanadora que lo imbuía incapaz de detener el dolor de la herida.

El señor de los sinpiel trató nuevamente de atrapar a Mesira, y Uriel saltó para interceptarlo. Sabiendo que no tenía otra elección, golpeó con su espada el brazo del señor de los sinpiel. La energía del filo mordió profundamente la carne, pero vibró hasta detenerse y rebotó contra el hueso de la criatura.

El señor de los sinpiel rugió y apartó el brazo para golpearlo con el otro.

Uriel se agachó y otra porción del bar quedó destruida, rompiéndose numerosas botellas y un espejo al caer al suelo.

El astartes se puso en pie y la criatura lo siguió mientras retrocedía hacia el agujero en la pared por el que había entrado en el bar.

—Vamos Nisato, saque a esa gente de aquí!

El agente asintió, sujetando todavía a Mesira junto a él. La cara de la psíquica estaba desencajada por la angustia, pero en el breve instante que Uriel tuvo antes de que el señor de los sinpiel volviera a por él, le pareció que era más a causa del rescate que del peligro.

Cuando el monstruo siguió a Uriel, la aterrorizada multitud se apretó contra el muro posterior del bar, que finalmente cedió permitiendo su huida hacia la libertad a través del enorme agujero que la criatura había abierto en el muro exterior.

Uriel siguió alejándose del señor de los sinpiel, dando a Nisato el tiempo suficiente para sacar a la gente. El agente pasó a Mesira Bardhyl a Pascal Blaise justo cuando la bestia se cansó de que su presa siguiera retrocediendo y cargó.

La corpulencia del señor de los sinpiel era demasiado grande para esquivarla, así que Uriel saltó hacia él. Su espada atravesó el pecho del enemigo. El filo partió con facilidad piel y carne, pero fue incapaz de penetrar profundamente en la masa ósea. Un atronador puño golpeó a Uriel en el costado, lanzándolo violentamente hacia atrás.

El marine se estrelló contra una columna de acero. El cuerpo le dolía terriblemente por el impacto y le costaba respirar. Se puso en pie con dificultad mientras veía que el señor de los sinpiel se alejaba de él y movía su gran masa por el bar con alarmante rapidez.

La criatura volvía a estar obsesionada con Mesira Bardhyl, y Uriel observó como Pascal Blaise trataba de protegerla. Disparó su pistola, pero fue un esfuerzo inútil, y el señor de los sinpiel arrojó al líder de los Hijos de Salinas a un lado con insultante facilidad.

Uriel atravesó los restos del bar y Daron Nisato gritó al ver lo que estaba sucediendo. Una vez más, Mesira estaba de pie frente al señor de los sinpiel, y esta vez nadie podía salvarla.

La poderosa criatura se agachó y su gigantesca mano se cerró sobre el cráneo de la mujer.

—¡No! —gritó Daron Nisato, pero el señor de los sinpiel no hizo caso de su súplica.

Hizo un rápido movimiento y Mesira Bardhyl murió. Su cuerpo cayó inerte al suelo cuando el señor de los sinpiel soltó su cadáver.

Una vez cumplido su objetivo, la criatura se alejó de la carnicería en el bar y salió rápidamente por el agujero abierto en la parte delantera. Uriel saltó tras la gigantesca máquina de carne y sangre, horrorizado por la indiferente facilidad con que le había arrebatado la vida a Mesira Bardhyl.

—¡Esto no ha sido un castigo! —le gritó Uriel—. ¡Ha sido un asesinato!

Daron Nisato corrió junto al cuerpo de Mesira, llorando mientras acunaba su forma sin vida. Pascal Blaise trató de ponerse en pie al ver lo que le había sucedido a su protegida, pero el señor de los sinpiel no hizo caso de ninguno de ellos y salió de entre los restos de la destrucción del bar para alejarse de la escena del crimen.

Uriel oyó en el exterior los disparos: los duros y pesados estallidos de bólter y el crepitar de los rifles láser. Unos cohetes rugientes y los aullidos de unas máquinas poderosas levantaron asfixiantes nubes de polvo, y Uriel distinguió unos contundentes rayos de luz procedentes del cielo.

¿Habría conseguido Pasanius pedir apoyo aéreo?

Oyó más ruido de disparos y rugidos estremecedores, pero por encima de eso oyó el crujido del metal combado y los quejidos de una estructura que ya no era capaz de soportar su propio peso. Uriel miró hacia arriba, donde una creciente línea de grietas cruzaba el techo, abriéndose paso de derecha a izquierda y de delante a atrás.

—¡Corred!

Pascal Blaise arrastró a un recalcitrante Daron Nisato fuera del bar y Uriel trató de alcanzar la parte frontal del edificio en ruinas. Los fragmentos de plástico y de madera caían a su alrededor, y unas largas barras de metal entrechocaron cuando el techo se vino abajo.

Uriel cayó de rodillas cuando una viga lo golpeó en el hombro, y gateó hacia la parte delantera mientras la parte posterior del bar se derrumbaba totalmente. Más fragmentos de metal retorcido cayeron a su alrededor al tiempo que seguía avanzando hacia la salida perseguido por el derrumbe del local.

Las asfixiantes nubes de polvo y ceniza oscurecieron la visión de Uriel, pero se guió por los cegadores rayos de luz procedentes del exterior. Medio corriendo, medio arrastrándose, Uriel se obligó a sí mismo a seguir adelante.

Unos cuantos fragmentos retorcidos de cemento lo golpearon y trastabilló cuando un enorme y final crujido sacudió la estructura de tanques abandonados. Uriel saltó fuera del bar cuando toda la pirámide de tanques, plástico .y madera se vino abajo, las secciones inferiores aplastadas bajo miles de toneladas de hierro. Rodó mientras grandes fragmentos de tanques caían del edificio: torretas, puertas, ruedas de acero y orugas de tracción.

Una viga del tamaño de su cuerpo chocó contra el suelo a su lado, y se apartó rápidamente cuando empezó a rodar hacia él. Los restos y cascotes llovieron como una avalancha de metal, y Uriel gritó a medida que más y más de estos restos lo alcanzaban.

Se dobló de rodillas por el impacto de algo pesado y metálico. Un fragmento de cristal que giraba a gran velocidad lo hirió en la mejilla, y un panel de planchas de metal lo golpeó en el costado, dejándolo sin respiración y aplastándolo contra el suelo con su peso.

El polvo lo cegó y el rugido del edificio al derrumbarse fue ensordecedor.

Uriel luchó contra el peso del metal mientras más cascotes caían de lo poco que quedaba en pie del edificio. Las planchas de metal estaban aplastándolo, y Uriel tosió al notar como aumentaba el peso que lo presionaba contra el suelo.

Trató de doblar las piernas bajo el metal para hacer palanca, pero su cuerpo estaba sólidamente atrapado. La fuerza de los Adeptus Astartes, normalmente tan prodigiosa y capaz de enfrentarse a cualquier desafío, era inútil para evitar que el peso del hierro lo aplastara hasta la muerte.

Con su armadura podría haber escapado, pero sin ella…

De repente, el peso disminuyó, y entre las oscilantes nubes de polvo cegador Uriel vio unas poderosas formas a su alrededor. Una luz plateada se reflejaba en sus siluetas.

Uriel oyó el crujido de los comunicadores y las pisadas de unos pies muy pesados a su alrededor.

Olfateó el característico y bienvenido olor de los aceites y polvos protectores que únicamente podían significar una cosa: armaduras astartes.

Vio unas manos cubiertas con guanteletes apartar el metal, y los restos que lo aprisionaban contra el suelo fueron retirados como si no pesaran nada. Unas manos lo arrastraron fuera de allí y oyó cánticos detrás de los guerreros que lo habían salvado. Entre los olores asociados con los marines espaciales percibió el fuerte y asfixiante olor característico del interior de los templos.

—¿Quién…? —Fue todo lo que logró decir antes de que un pesado guantelete plateado lo sujetara por el cuello con la fuerza irrompible del acero. Uriel fue levantado del suelo, con los pies colgando en el aire, hasta un sobredimensionado casco plateado provisto de un visor angular y una ardiente lente roja.

Una elevada gorguera protegía el cuello del guerrero, y las placas de su armadura estaban considerablemente dimensionadas, gruesas y temibles en su complejidad. Había un escudo heráldico en el espacio entre la gigantesca hombrera del guerrero y la decorada placa pectoral, la mitad carmesí, la

mitad blanco. Los colores estaban divididos siguiendo el eje central de la imagen, que era una espada negra con la punta hacia abajo.

Uriel sabía que éste no era un guerrero ordinario; era un exterminador, un miembro de la élite, un veterano. No existían mejores guerreros que los considerados suficientemente hábiles para llevar una de esas armaduras del capítulo.

El símbolo del capítulo en la hombrera izquierda del guerrero era un gran libro, con las páginas atravesadas por una espada y rodeado por un pergamino dorado. Los ojos de Uriel se salieron de las órbitas al ver el símbolo, pues era un antiguo símbolo portado únicamente por los mayores protectores de la humanidad, mejores aún que los Adeptus Astartes.

El gigante que lo sostenía sin dificultad lo acercó a su casco.

—Soy Leodegarius de los Caballeros Grises —dijo—, y tú eres mi prisionero.



CUARTA PARTE

DISOLUCIÓN

Pero de esas llamas no surgía luz alguna,
sino más bien oscuridad.



DIECISÉIS

A Uriel le ardían los brazos del dolor que sentía. Tenía las muñecas escocidas y sanguinolentas por las esposas de plata que lo mantenían suspendido por encima del frío y duro suelo de la oscurecida sala. No sabía sus dimensiones exactas, pero se había formado un mapa mental del lugar a partir de los ecos de respuesta a sus gritos.

Habían pasado días desde la batalla con los sinpiel, pero no podía decir cuántos con certeza, pues la oscuridad era permanente y sus captores no le habían dado ningún indicio del tiempo transcurrido.

Sus captores… Los Caballeros Grises…

Aquellos guerreros de leyenda de los que se hablaba con susurros apagados, pues los enemigos a los que se enfrentaban en batalla eran los más terribles de todos: demonios y corruptas criaturas de más allá del Empíreo. De todos los servidores del Emperador, ellos eran los más honrados, los más reverenciados y los más letales.

Ahora su atención se había concentrado en Uriel.

Para Uriel era inconcebible que debiera sufrir de esa forma; que compañeros guerreros del Adeptus Astartes pudieran infligirle un castigo como aquél. Pero en el fondo de su corazón no podía culparlos, pues ¿acaso él y Pasanius no habían regresado del lugar más temido de la galaxia, una guarida de abominaciones y monstruos?

Por mucho que se sintiera ultrajado por lo que le estaba sucediendo, sabía que no debería haber esperado menos. A partir de ese momento Uriel estaba a merced de aquellos que conocían la amenaza demoníaca mejor que él.

En el tiempo transcurrido desde que los Caballeros Grises le habían capturado, sólo había conocido oscuridad. En cuanto Leodegarius lo sacó de entre las ruinas del bar, una hueste de poderosamente fuertes servidores se había acercado con unas varas extensibles provistas de gruesos collares metálicos con afiladas hojas en el interior.

Los collares de sujeción le habían sido colocados alrededor de su cuello, y Uriel supo que si se resistía, se desgarraría con las afiladas hojas. Un acólito vestido con una túnica le puso una capucha confeccionada, aparentemente, con áspera tela de saco. Justo antes de que se la sujetaran

alrededor de la cabeza, Uriel vio otro caballero gris con Pasanius, preso de forma parecida, ante la rampa abierta de una cañonera Thunderhawk plateada.

La capucha era más que una simple tela, pues bloqueó totalmente la percepción que Uriel tenía del mundo a su alrededor. Sus cinco sentidos quedaron inutilizados y experimentó una curiosa insensibilidad hacia todo, como si de repente hubiera sido aislado totalmente del reino de las percepciones.

Lo habían llevado al interior de la Thunderhawk y trasladado a la celda en la que en esos momentos se hallaba confinado. Uriel no tenía ni idea de dónde estaba, y lo que le sucedería a continuación también era un misterio total. Unas manos nada amables lo habían esposado y, después de eso, le habían retirado la capucha antisensonial para, a continuación, taparle la cabeza y ser izado del suelo para dejarlo suspendido en la oscuridad.

Un murmullo de cánticos flotaba en el aire cargado de incienso, un demencial estribillo constante que se encontraba justo por debajo del límite de la comprensión. Uriel no podía ver el origen de las voces, pero podía sentir figuras moviéndose por la oscuridad, una oscuridad tan impenetrable que ni siquiera su visión genéticamente mejorada podía penetrar.

Sabía que estaba siendo observado y había pregonado en voz alta su inocencia y su lealtad al Emperador, pero había oído esas mismas palabras un centenar de veces o más, la mayor parte de ellas en boca de herejes y de aquellos que conspiraban con los demonios. Pasado un tiempo, se rindió y se concentró en bloquear el dolor de sus hombros.

Su propio peso le tiraba de los brazos, dislocándole los hombros, y tenía los nervios doloridos y agarrotados después de tanto tiempo colgando en la oscuridad. El metal de las esposas de plata le mordía la carne de las muñecas y no dejaba circular la sangre, que se le acumulaba en los antebrazos.

Uriel oyó unas fuertes pisadas acercándose en la oscuridad. Una antorcha ardiendo cobró vida y el gigante de plata que lo había sacado de entre las ruinas del bar se aproximó.

La luz del fuego se reflejaba en las bruñidas placas de su espectacular armadura, las gigantescas placas indestructibles y magnificentes.

Los exterminadores eran guerreros capaces de causar una increíble destrucción, entrenados para ser auténticos maestros en el arte de matar e imparables tanques humanos. Los astartes con armadura MK-VII estaban bien protegidos y mantenían su letal velocidad, mientras que los guerreros con armadura de exterminador sacrificaban esa movilidad por una invulnerabilidad casi completa.

Al igual que los exterminadores de la compañía de veteranos estaban por encima de Uriel tanto en habilidad como en letalidad, este guerrero estaba por encima de ellos. Estar en presencia de un guerrero como ése, incluso como prisionero, era un honor.

Leodeganius se había quitado el casco, y Uriel vio que su cara estaba finamente esculpida y casi angelical en su simetría. Unas cejas argénteas envolvían unos claros ojos azules, y su cabello blanco estaba recogido hacia atrás con un pequeño broche para el pelo. La perfección física del guerrero igualaba a su indudablemente perfecta alma, y Uriel pensó en los guerreros del capítulo Ángeles Sangrientos del Adeptus Astartes, tal era su belleza.

Un grupo de acólitos encapuchados seguía a Leodegarius, uno de ellos leía un pesado libro colocado sobre un atril de lectura fusionado a la espalda de un enano jorobado, y otro llevaba un águila plateada de la que salían nubes de humo aromatizado. Otros llevaban todo tipo de objetos en mullidos cojines de terciopelo, algunos de los cuales eran evidentemente aparatos para causar dolor, mientras que otros estaban más allá del entendimiento de Uriel.

Otro caballero gris, equipado con una brillante servoarmadura de ese color, permanecía al lado de Leodegarius y transportaba el gigantesco casco del guerrero. Detrás de ellos, un par de sudorosos servidores arrastraban un brasero humeante del que surgían diversos hierros candentes.

Uriel sintió como las cadenas que lo sujetaban se aflojaban y lo bajaban hasta el suelo. Las cadenas siguieron deslizándose hasta que pudo bajar los brazos y dejarlos colgando a los lados.

Hizo algunos movimientos con los hombros para flexionar los músculos de la espalda y volver a colocar las articulaciones en su sitio. Ninguno de sus captores hizo ningún intento de quitarle o aflojarle las esposas que todavía ceñían fuertemente sus muñecas.

—Dime por qué no debería matarte —dijo el caballero gris.

Por un instante, Uriel quedó anonadado. La brutalidad de la pregunta fue tal que no pudo contestar inmediatamente.

—Soy un leal servidor del Emperador —afirmó finalmente.

—Eso ya lo he oído anteriormente —replicó Leodegarius con evidente incredulidad—, así que voy a abrirte y a examinar los rincones más recónditos de tu alma. Lo sabré todo de ti, Uriel Ventris, y si descubro que eres puro, todavía podrás ganarte el perdón del Emperador, pero si encuentro la más mínima traza de corrupción o de secretos oscuros, tu cuerpo será purgado por el fuego.

—Lo entiendo —asintió Uriel—. No tengo nada que ocultar.

—Una afirmación común entre los corruptos —repuso Leodeganius—. Te sorprendería cuántas veces he escuchado eso en boca de aquellos que más cosas tienen para ocultar.

—Soy un servidor del Emperador —repitió Uriel—. No estoy corrupto.

—Eso deberé decidirlo yo —declaró Leodegarius—. Ahora, mantente en silencio.

Uriel asintió, totalmente consciente de que su vida estaba en manos del guerrero.

Con un gesto podía acabar con él y borrarlo de la faz del Imperio. Todo lo que había hecho, todas las gestas heroicas que había acometido en su vida, serían expurgadas como si jamás hubiera existido.

—Di tu nombre y rango —dijo Leodegarius—, para los archivos.

—Soy Uriel Ventris, anteriormente capitán de la Cuarta compañía del capítulo Ultramarines del Adeptus Astartes.

Mientras Uriel hablaba, un repiqueteante estenógrafo situado detrás de Leodegarius escribió sus palabras en una hoja de pergamino. Cada uno de sus dedos terminaba en una pluma para escribir. Esto podría ser tanto su vindicación como su recompensa.

Leodegarius asintió y se acercó para retorcer el hombro de Uriel hacia él. Uriel rechinó los dientes, los huesos del hombro fueron dolorosamente retorcidos justo en la articulación.

—Tus tatuajes de capítulo y de compañía han sido borrados de tu cuerpo.

—Sí —dijo Uriel—. Nuestras marcas de capítulo y de compañía fueron eliminadas antes de abandonar Macragge en un juramento de muerte. A todos los efectos y propósitos estábamos exiliados. No habría sido correcto seguir llevando la heráldica de nuestro capítulo.

—¿Por qué fuisteis enviados a ese juramento de muerte? —quiso saber Leodegarius, y Uriel vio como un servidor sacaba uno de los hierros candentes con unos gruesos guantes aislantes. La barra fue sostenida hacia Leodegarius, pero el caballero gris no le prestó atención, de momento.

—Por violar el codex Astartes.

Leodegarius asintió, como si ya lo supiera. ¿Habían interrogado ya a Pasanius para obtener esa información?

Pensando en su amigo, Uriel decidió arriesgarse a hacer una pregunta.

—¿Dónde está Pasanius?

Un guantelete plateado agarró a Uriel por el cuello y Leodegarius retrocedió para coger el hierro candente. Su extremo tenía forma de cráneo envuelto en un halo. Con una fluida economía de movimientos, le dio la vuelta al hierro y lo estampó allí donde el águila imperial antiguamente había sido tatuada en el hombro de Uriel.

Un dolor agonizante recorrió el cuerpo de Uriel cuando el hierro al rojo vivo le quemó la piel. Sus rodillas se doblaron y refrenó un grito cuando Leodegarius mantuvo el hierro ardiendo presionado contra su piel. El humo y el horrible olor a carne quemada llenaron el aire. El dolor era intenso, pero Uriel cerró los ojos y concentró su mente en bloquearlo.

Finalmente el hierro fue retirado y Uriel jadeó. El dolor seguía allí, puro, caliente e intenso, pero comparado con la agonía de la quemadura constante era como si la parte superior del brazo hubiera sido bañada con agua fría.

Un par de cirujanos con túnicas salieron de la oscuridad detrás de él, y el dolor fue reemplazado por una fría y clara sensación de descanso cuando le aplicaron un antiaséptico a la herida y envolvieron el hombro con una gasa.

—Ésa es la primera lección —dijo Leodegarius, devolviendo el hierro al servidor—. Cuando empecemos, sólo debes hablar cuando te permita hacerlo. ¿Entendido?

—Sí —asintió Uriel—, lo entiendo.

—Entonces ya estás preparado para tu primera prueba —afirmó Leodegarius—; la prueba de la Inquisición.

—¿Qué vais a preguntarme?

—¿Preguntarte? —Dijo el caballero gris—. No voy a preguntarte nada.

Se trazaron círculos concéntricos en el suelo alrededor de Uriel y Leodegarius, cortados por los servidores encapuchados con antorchas de acetileno en vez de brazos, y los surcos se cubrieron con burbujeantes líneas de plata fundida sacada de unas urnas doradas que llevaban a la espalda. Después tallaron varios signos extraños y totalmente incomprensibles para Uriel en el espacio entre los dos círculos, que también fueron rellenados con plata.

Cuando los servidores acabaron, surgió de los símbolos argénteos una nube de vapor.

—La prueba de la Inquisición —dijo Leodegarius— es tan antigua como mi orden. El ojo de mi mente mirará en cada oscuro rincón de tu alma. Conoceré hasta tu último pensamiento. No serás capaz de ocultarme nada. Entiende esto y podrás ahorrarte muchísimo dolor. Si tienes el mal en tu interior, confiésalo y tu muerte será rápida. Niégalo, y si encuentro una leve traza de corrupción, tu muerte será una larga agonía.

—No tengo nada que confesar —insistió Uriel—. No estoy corrupto.

Leodegarius asintió, como si estuviera representando un drama familiar.

—Eso ya lo veremos.

Finalmente, el dibujo en el suelo fue completado y los servidores desaparecieron en la oscuridad, dejando solos a Uriel y a Leodegarius. Mientras los servidores se retiraban, otros siete acólitos se acercaron, cada

uno portando una antorcha y con las capuchas echadas hacia atrás. La luz del fuego danzaba en sus caras, y el ajado horror de sus rostros hizo desear a Uriel que volviera la oscuridad.

Sus rasgos eran como los de los cadáveres encontrados en el desierto, muy marcados y desecados, como si se les hubiera extraído toda vitalidad y movimiento. Sus ojos habían sido quemados en las cuencas oculares, aunque no podía decir si había sido por un artificio deliberado o por una visión de pesadilla.

Como marine espacial al servicio del Emperador, Uriel había sido testigo de gran cantidad de terrores: antiguos dioses estelares, la cara del Gran Devorador y las guaridas de demonios, pero contemplar a esos lastimeros seres le hizo comprender que todavía existían cosas mucho más terribles en la galaxia.

Los terroríficos acólitos ocuparon posiciones alrededor de ellos formando un círculo protector, y empezaron a cantar con un apenas audible chirrido parecido a la estática. Sus quedas voces formaban un átono muro de sonido sin ritmo, y Uriel sintió la misma ceguera sensorial que había experimentado cuando lo cubrieron con la capucha.

—Los servidores de anulación crean una barrera de retroalimentación psíquica —explicó Leodegarius—. Junto con esas líneas de energía inscritas en el suelo, impiden que ninguna corrupción abandone este círculo si fracaso en mi inquisición de tu cuerpo y alma.

—Comprendo las precauciones —declaró Uriel—, pero sigo manteniendo que son innecesarias.

—Cállate —le ordenó Leodegarius, avanzando y colocando sus manos a ambos lados de la cara de Uriel—. La prueba de la Inquisición ha empezado.

El metal de los guanteletes estaba frío, y Uriel sintió cómo esa frialdad le atravesaba la piel para pasar a los músculos de la cara y de allí a los huesos del cráneo. Unos fríos dedos inquisitoriales le abrieron la tapa de la mente y rebuscaron en el interior.

La respuesta inmediata de Uriel fue resistirse, y las barreras mentales de su voluntad empezaron a erigirse como defensa contra la invasión. Miró a

los ojos azul hielo de Leodegarius y el mundo pareció reducirse hasta que sólo fue capaz de ver sus glaciales órbitas, como si crepitantes corrientes de energía que no podían ser rotas los unieran.

Uriel sintió como todo su cuerpo se entumecía mientas la esencia psíquica del caballero gris se abría paso a través de sus defensas hacia su mente.

—¿Por qué te resistes? —Le preguntó Leodegarius con la implacable fuerza de su mente presionando en los pensamientos de Uriel—. ¿Acaso, después de todo, sí tienes algo que ocultar?

Uriel trató de replicar, pero su lengua no le obedeció. Trató de bajar sus defensas y dejar que el interrogador accediera a sus pensamientos, pero la reacción natural de la mente humana es proteger sus secretos y su funcionamiento interno.

Pero mientras la arquitectura defensiva de su cerebro se combaba bajo la presión, Uriel comprendió que esa lucha era fútil ante el gran poder del caballero gris. Al darse cuenta de ello, reunió la voluntad necesaria para permitir al otro ser acceder a la fortaleza oculta de su mente: el lugar protegido en que guardaba sus dudas, sus miedos, sus esperanzas y sus ambiciones.

Todo lo que hacía de él Uriel Ventris sería mostrado al desnudo para que Leodegarius lo viera, lo conociera y lo comprendiera. Cada virtud y cada vicio quedó expuesto para su inspección, y si Uriel era considerado no aceptable en algún aspecto, su vida habría acabado. Curiosamente, no sentía miedo, ahora que la última barrera entre él y Leodegarius había sido eliminada.

Sintió la colosal presencia del caballero gris dentro de su cráneo, la esencia del guerrero mezclándose con la de Uriel, aprendiendo en un instante lo que había forjado como guerrero de los Ultramarines. Todo, desde las cavernas iluminadas por una luz azul de Calth de sus recuerdos de su más temprana infancia hasta la lucha con el señor de los sinpiel, formó parte de los conocimientos del caballero gris, y en el espacio de un latido de corazón fue como si se hubieran convertido en una sola alma.

Mientras Leodegarius aprendía de Uriel, éste también aprendía de Leodegarius, o al menos de lo que el caballero gris quería que él supiera. Vio las décadas de batallas, los años de estudio y soledad, y la completa y total devoción a su misión sagrada.

Leodegarius era un héroe en el más puro sentido de la palabra, un guerrero que luchaba no por lograr una recompensa, un reconocimiento o cualquier otro motivo más allá de saber que formaba parte de una selecta hermandad que resistía entre la humanidad y la destrucción. Uriel vio innumerables y desconocidas batallas en las que el destino de los mundos colgaba de la balanza.

Vio triunfos y vio pérdidas. Vio victorias e inimaginables sacrificios.

Eso es lo que implicaba ser un defensor del Imperio, y los propios logros de Uriel palidecían en comparación con los que este gran héroe había alcanzado.

Sus vidas se entrelazaron durante un mero instante, y la conexión fue tan profunda que a Uriel empezó a invadirlo el pánico cuando su sentido del ser fue engullido y dominado por la presencia de la mente del caballero gris.

Y entonces todo acabó.

Como una espada extraída de una herida, el poder del caballero gris se retiró de la mente de Uriel y él cayó sobre las cadenas que lo sostenían. Cayó de rodillas, sintiéndose repentinamente solo, definitivamente solo dentro de su cabeza, como si una pieza vital de su ser le hubiera sido arrancada.

Frente a los horrores que Leodegarius había derrotado, ¿qué importaba la vida de un par de Ultramarines? En el gran tapiz de la galaxia, la vida de Uriel no tenía ningún sentido, y le estaría agradecido a Leodegarius si se la arrebataba en ese mismo instante.

—Serénate, Uriel Ventris —dijo Leodegarius—. Una mente siempre se acobarda ante su insignificancia después de una unión con un poder mucho mayor que el suyo. Tu orgullo de guerrero restaurará tu sentimiento de valía en poco tiempo.

Uriel levantó la mirada hacia la cara de Leodegarius, su bella, perfecta y magnificente cara. La personalidad de un gran héroe de la humanidad estaba grabada en cada una de sus resplandecientes líneas y cada curva de su cráneo.

—Tú has visto mi interior —jadeó Uriel, pronunciando cada palabra con gran esfuerzo—. Sabes que no soy corrupto.

—No eres conscientemente corrupto —admitió Leodegarius—. No he sentido ningún mal en ti, pero existen muchas formas de corrupción. Podrías ser un heraldo de la maldad y no saberlo.

—No lo entiendo —dijo Uriel, poniéndose dolorosamente en pie.

—Los hilos que teje el destino a tu alrededor están teñidos de sangre, Uriel Ventris, y momentos de gran peligro plagarán siempre tu vida. Tu llegada a Salinas no es más que el último eslabón de una cadena de eventos que pueden condenar a este mundo a un Exterminatus. Allí por donde caminas te sigue el peligro.

—Peligro para mis enemigos —gruñó Uriel.

Leodegarius sonrió.

—Tu espíritu está regresando, por lo que puedo ver. Eso es bueno.

—¿Lo es?

—Por supuesto —dijo Leodegarius—. Eso significa que estás preparado para la segunda prueba.

Un humo acre surgía del caldero de hierro, cuyo contenido burbujeaba mientras Uriel era conducido hacia él. Los laterales habían sido repujados con un anillo de águilas encadenadas y el olor de los aceites hirviendo hacía que a Uriel se le cerrara la garganta al sospechar lo que iban a exigirle que hiciera.

Las esposas le habían sido retiradas y se le había permitido lavarse la sangre de los brazos antes de ser conducido a través de la oscuridad de la sala hasta el caldero. Bajo la luz de la antorcha, Uriel pudo distinguir algo más de los alrededores: un gran espacio abierto de elevadas arcadas y gruesos pilares. El aire era espeso y frío, lo que le llevaba a creer que formaba parte de un gran edificio, posiblemente el palacio o la catedral.

Leodegarius se volvió hacia Uriel.

—Desde tiempos muy remotos hemos utilizado la prueba de los Aceites Sagrados para sondear la carne de aquellos que son llevados ante nosotros. Demasiado habitualmente, la cuestión de la culpabilidad es innecesaria, pues las acciones hablan más fuerte que las palabras, pero tú eres una curiosidad para mí, Uriel Ventris. Esta prueba será dolorosa, pero si tienes la luz del Emperador en tu cuerpo, no flaquearás y serás elevado por su gloria. —Leodeganius se movió para ponerse frente a Uriel, con el caldero entre ellos—. Si tu carne demuestra ser verdadera y consigues superar esta prueba, te encontrarás ante mí al final para enfrentarte al Judicium Imperator. Sólo entonces tu alma será considerada pura.

—Pero ¿y la prueba de la Inquisición? —Dijo Uriel—. Pensaba que no habías sentido ningún mal en mí.

—Y no lo sentí —dijo Leodegarius—, pero has viajado a un reino en el que nada que sea bueno o puro puede sobrevivir, y tu alma se ha visto expuesta a una corrupción que abrasaría tu carne hasta los huesos de saber tan sólo una mínima parte de su verdadero horror. Has caminado por ese mundo, y a mí me corresponde determinar si parte de su corrupción ha regresado en tu interior, oculta en la carne y los huesos de tu cuerpo. ¿Tienes algo más que decir antes de esta prueba?

Uriel consideró cuidadosamente sus palabras.

—Te haré la misma pregunta que hice anteriormente. ¿Dónde está Pasanius?

—Él está siendo sometido a las mismas pruebas que tu. Su destino está en sus manos y prevalecerá o fracasará igual que tú prevalecerás o fracasarás: solo.

—Entonces estoy preparado —dijo Uriel—. Sí, hemos caminado por el reino de los condenados, pero nos enfrentamos a sus tentaciones y resistimos.

—¿Crees que eso es suficiente?

—No sé si eso es suficiente —admitió Uriel—, pero debe tener algún valor, pues sólo aquellos que tratan de resistir a la tentación saben lo fuertes que son. Puede medirse la fuerza de un enemigo luchando contra él, no

rindiéndose. Comprobarás la fuerza del viento caminando contra él, no siendo arrastrado por él.

Leodegarius asintió.

—Hay una gran verdad en eso. Un hombre jamás podrá descubrir la fuerza del impulso del mal en su interior hasta que trate de luchar contra él. El Emperador es el único ser que jamás ha cedido a la tentación, y por tanto es el único hombre que conoce totalmente lo que significa rendirse a ella.

—Entonces, si hay alguna forma de comprobarlo, Pasanius y yo hemos medido nuestras fuerzas contra las peores criaturas imaginables.

—En ese caso, esta prueba no sería tal —declaró Leodegarius, señalando el caldero hirviente—. ¿Has oído hablar del santo De Haan, del sector Donorian?

Uriel negó con la cabeza.

—No. ¿Quién era?

—Fue un inquisidor que sirvió al Emperador durante más de dos siglos —explicó Leodegarius—. Un hombre que extirpó la herejía y la corrupción en más de un millar de mundos. Decenas de miles de herejes y seres malignos perecieron ante él, y su brillante visión de un Imperio puro fue un faro para todos aquellos cuya lealtad al Trono Dorado era indestructible.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Uriel.

—Fue martirizado en la batalla de Kostiashak —respondió Leodegarius—. Guerreros de los Poderes Siniestros lo capturaron y varios trozos de su anatomía fueron clavados en la profanada catedral de Trebian. Los leales acólitos de De Haan recuperaron los restos de su señor y muchas de esas reliquias se guardan en cajas aromatizadas de palo de rosa en los mundos que purificó.

—Muchas, pero ¿no todas?

—Correcto.

Uriel miró al burbujeante líquido viscoso. En la parte superior del sibilante y salpicante aceite pudo distinguir la vaga silueta de lo que parecía una daga.

—Tienes que meter las manos y sacar la daga —dijo Leodegarius. ¿eso qué probará, aparte de que mi piel se quema?

—Varios fragmentos de la armadura del santo De Haan han sido forjados en el metal de su mango, y sólo aquellos cuya carne no esté contaminada por la mácula del gran enemigo podrán cogerla.

Uriel aspiró profundamente y asintió.

—Entonces no tengo nada que temer.

—Espero que eso sea cierto —dijo Leodegarius, y Uriel quedó sorprendido al oír la sinceridad en la voz del caballero gris—. Ahora, coge la daga.

Uriel cerró los ojos y sumergió la mano izquierda en el caldero antes de que le diera tiempo a forjarse imágenes de la piel achicharrada y la carne abrasada hasta los huesos. Una agonía insufrible le engulló el antebrazo. Rechinó los dientes contra el dolor, un fuego que lo devoraba todo y que enviaba rayos de aullante luz blanca tras sus párpados.

Se le doblaron las piernas y se incorporó ayudado de su mano libre. Su otra palma se quemó al entrar en contacto con el metal del caldero, y Uriel tuvo que reprimir un aullido de agonía. Sentía como se le desprendía la piel mientras sus dedos buscaban el mango de la daga. El dolor era inconcebible, casi demasiado para poder soportarlo. Se sentía como si su brazo estuviera sumergido en el centro de un volcán, y casi deseó el olvido de la inconsciencia que le evitaría soportar el dolor un segundo más.

Pero eso, ¿no formaría parte de la prueba tanto como coger el arma? ¿No sería su capacidad para soportar el dolor una prueba más de su inocencia?

Uriel luchó contra el dolor, acogiéndolo, dándole la bienvenida, y abrió los ojos para ver a Leodegarius mirándolo. Sintió la aprobación del caballero gris y supo con total certeza que Leodegarius quería que superara esa prueba. Quería encontrar una razón para no matarlo.

Sus dedos encontraron algo metálico y Uriel cerró la mano sobre la decorada empuñadura de la daga. Pese a que apenas podía sentir ya el funcionamiento de la mano, los tendones y músculos de la muñeca le obedecieron lo suficiente para sostener el arma con firmeza.

Con el objeto firmemente cogido, Uriel sacó la daga del aceite y la sostuvo delante de él. Su aliento eran ardientes chorros procedentes del

interior de su pecho. Su mano era una descarnada masa roja, la carne se había desprendido y trozos de aceitosa piel caían de ella como brillantes tiras de gelatina. El dolor era como nada que hubiera conocido anteriormente, y la visión de su abrasada mano lo hacía aún peor.

Aunque todos los nervios de su cuerpo le decían que soltara la ardiente arma, Uriel la sostuvo ante Leodegarius.

—Toma —dijo entre dientes—. ¿Es esto lo que querías?

Leodegarius asintió y cogió el arma con los guanteletes blindados que lo protegían del ardiente calor de la daga.

—Efectivamente, lo es —dijo, sujetándose la daga al cinto y cogiendo la muñeca de Uriel.

Leodegariu.s examinó la herida y Uriel se estremeció, chirriando los dientes contra el dolor, pero afianzando su voluntad de permanecer en pie.

—¿Y? —Preguntó Uriel—. ¿Es mi carne pura?

—Tal vez —dijo Leodegarius, soltando la mano de Uriel—. En tres días volveré para examinarte la herida. Un guerrero cuya carne es pura habrá empezado a curarse, mientras que uno cuya carne sea impura habrá empezado a gangrenarse. Entonces sabremos si estás preparado o no para enfrentarte a la última prueba.

—¿La última prueba? —preguntó Uriel, preguntándose qué podría ser peor que las pruebas que ya había soportado.

—Tu mente está libre de mácula y creo que tu carne es pura —declaró Leodegarius—, pero las pruebas creadas por el hombre no pueden decirnos nada más, así que ahora debemos permitir que el Emperador juzgue la fuerza de tu alma.

—¿Y cómo se hace eso?

—En el Judicium Imperator —dijo Leodegarius—. Dentro de tres días lucharás contra mí, y según el resultado se emitirá un juicio final sobre ti.



DIECISIETE

A lo largo de los siguientes tres días, el dolor de la mano de Uriel se mantuvo al límite de lo resistible. Una vez completada la prueba de los Aceites Sagrados, había sido devuelto a la oscuridad y aislamiento del frío espacio subterráneo.

Excepto que no estaba realmente aislado, no cuando los enloquecedores cánticos y el zumbido apenas audible que le impedían dormir eran sus constantes compañeros. Lo habían dejado solo, por lo que podía constatar, aunque sabía que debía de haber armas apuntadas hacia él y carceleros siempre preparados para destruirlo si intentaba escapar.

Pero la huida no estaba en los pensamientos de Uriel, no mientras su lealtad estuviera en entredicho.

El tiempo pasó lentamente en la oscuridad, y los pensamientos de Uriel viajaron de sus propios apuros a los de Pasanius y los eventos que habían tenido lugar en el planeta en general. ¿Qué le habría pasado a su amigo? ¿Habría superado las dos primeras pruebas como lo había hecho Uriel?

Éste no tenía ninguna razón para sospechar que Pasanius hubiera fallado las pruebas. Tan sólo esperaba que cuando los siniestros cirujanos de Medrengard le habían arrancado el brazo infectado de xenos de su cuerpo se hubieran llevado cualquier rastro de mácula.

Si quedaba alguna pequeña traza de la esencia del Portador de la Noche en su interior, ¿sería eso suficiente para condenar a Pasanius a ojos de los Caballeros Grises?

Trató de apartar de su mente esas dudas y preocupaciones, preguntándose qué estaría sucediendo en las calles de Barbadus. Su cronología de los eventos desde el derrumbe del bar en adelante eran fragmentarios y no podía decir del cierto lo que había sucedido. ¿Habían matado los Caballeros Grises a los sinpiel, o todavía estaban campando a sus anchas?

Barbadus estaba lleno de escondites con retorcidos caminos y oscuros lugares donde ocultarse, y era totalmente posible que el señor de los sinpiel y su tribu hubieran evitado su captura o destrucción. Y si ése había sido el caso, ¿cuál sería su próximo movimiento? ¿Ocultarse y no dejarse ver? ¿Volver a matar?

En el espacio de una sola noche los sinpiel habían asesinado a la mayoría de los Águilas Aullantes, a la coronel Verena Kain y a Mesira Bardhyl. ¿Quién sería el próximo en morir?

Todo se remontaba al Campo de la Muerte.

Aquellos que habían tomado parte en la masacre de los habitantes de Khaturian estaban siendo asesinados y se había puesto en movimiento una cadena de eventos que iba a engullir a Salinas en las llamas de la batalla. Y lo que era peor, Leodegarius obviamente pensaba que quien fuera que había poseído a los sinpiel era suficientemente peligroso para considerar la destrucción total de Salinas.

Uriel había visto un mundo arder a manos de la Inquisición, y no estaba de humor para ver morir a otro. Fuera cual fuese la verdad de lo sucedido en Salinas, lucharía junto a los Caballeros Grises para evitar más muertes, suponiendo que superara el Judicium Imperator.

Su propia alma se rebelaba ante la idea de luchar contra Leodegarius, pero ¿qué otra opción tenía? Negarse a luchar lo condenaría, pero tomar las armas contra un hermano guerrero del Imperio era un anatema para él.

Luchar contra un sublime guerrero era mortificante, pero la idea de hacerlo mejor que él era inconcebible, incluso ridícula. Uriel estaba herido, maltrecho y agotado, mientras que Leodegarius estaba en inmejorables condiciones. No sería un combate; sería una vergonzosa derrota.

Uriel Ventris, sin embargo, no era un guerrero que se rindiera fácilmente.

En Pavonis, cuando se enfrentó con el terrible poder destructor de estrellas del Portador de la Noche, resistió ante él y le negó el receptáculo que habría potenciado sus poderes cíen veces. Se había enfrentado al poder de la reina Norna en las profundidades de una nave colmena y la había derrotado. Había marchado a la batalla sobre la devastada superficie de un mundo demoníaco y derrotado a los demonios y diablos que habitaban en sus malditas tierras interiores.

Se enfrentaría a este nuevo reto, y lo haría con la cabeza bien alta. Era la única forma que conocía.

Preguntar por el mundo exterior era irrelevante, pues no podía hacer nada para alterar el devenir de lo que estaba sucediendo más allá de esos muros. Como poco podía hacer para alterar sus propias circunstancias, se acomodó en el frío suelo de piedra y empezó a prepararse para la lucha que se avecinaba.

Uriel cerró los ojos y controló la respiración, dirigiendo las energías de su cuerpo hacia el proceso de curación y restauración. El tiempo se enlenteció hasta arrastrarse, y Uriel sintió cada músculo, hueso y pelo de su cuerpo a medida que su percepción se volvía introspectiva.

Realmente no podía curar sus heridas como hacían los psíquicos, pero las energías mentales de un marine espacial eran tales que, dirigiendo cuidadosamente sus flujos, algo aprendido a lo largo de décadas de estudio y práctica, era capaz de concentrar la energía en su recuperación.

La garganta de Uriel le dolió allí donde una espada se la había atravesado en Medrengard. La herida hacía mucho tiempo que había sanado, pero la cicatriz y el recuerdo permanecían. El ardiente dolor en la mano que los aceites sagrados habían escaldado se desvaneció hasta no ser más que un apagado palpitar. Su pecho se puso rígido donde una vengativa púa de la reina Norna le había atravesado la parte del torso sin la protección de las costillas, y entre todas esas heridas le volvió el recuerdo de un centenar más.

Cada una de ellas habría matado a un mortal, pero su constitución astartes estaba hecha a prueba de esas heridas, y había sobrevivido a ellas, volviéndose cada vez más fuerte. También sería capaz de hacerse más fuerte después de ésta.

Uriel sabía en el fondo de su corazón que no era un traidor y que su carne no estaba corrupta. Esto no era un exceso de orgullo o arrogancia; era simplemente algo que sabía desde el fondo de su alma. La mera idea de que podría ser corrupto era intolerable, y si Leodeganius no le hubiera exigido realizar la prueba final, el propio Uriel lo habría hecho, pues ¿de qué otra forma podrían estar todos seguros de que había regresado del Ojo del Terror con el alma intacta?

Únicamente la aprobación por parte de un cuerpo tan augusto y respetado como los Caballeros Grises borraría cualquier duda acerca de su fidelidad en las mentes de sus hermanos de batalla.

Regresar a Macragge sin ese sello de aprobación era impensable, y Uriel de repente fue consciente de lo ingenuo que había sido por pensar que, simplemente, podría pasar a través de las puertas de la Fortaleza de Hera sin él. Aunque sus hermanos de batalla aceptaran su palabra como cierta (¿por qué motivo querría un ultramarine mentir a sus compañeros?), Uriel sabía que sería eternamente sospechoso a los ojos de los demás sin la confirmación de pureza de los Caballeros Grises.

Pero ¿cómo podía esperar vencer ante el poder de Leodegarius?

Uriel se permitió un instante de orgullo marcial mientras se veía enfrentándose a las poderosas fuerzas que había vencido en combate, los enemigos que ya no eran más que polvo en el aire mientras que él seguía estando vivo y en condiciones de luchar.

Mientras hubiera vida, había esperanza, y mientras hubiera esperanza, Uriel Ventris seguiría luchando.

Transcurrió el tiempo y la oscuridad fluyó alrededor de Uriel como si fuera algo vivo. Cuando consideró que su mente y su cuerpo estaban tan preparados como podían llegar a estarlo para la inminente lucha, se puso en pie y permitió que la sangre fluyera por su cuerpo a un ritmo acelerado.

Aunque no podía ver nada a su alrededor, Uriel siguió los ejercicios marciales básicos dé! Adeptus Astartes, trabajando cada grupo de músculos para potenciarlos de cara al combate. Uriel se tensó y estiró en largos y lentos movimientos, preparando su cuerpo para las exigencias y los esfuerzos de matar.

Si acaso, la oscuridad potenció sus ejercicios, obligándolo a centrarse en sus otros sentidos mientras giraba y avanzaba, utilizando manos y pies, rodillas y codos, como si fueran armas asesinas. Olvidó el dolor de la mano, dejando el repugnante hedor de la carne quemada como un mero recuerdo distante.

Los pulmones le ardían y el corazón le latía con fuerza contra las costillas mientras su cuerpo cambiaba del estado de meditación al de una

letal máquina de matar. Una vez completados los ejercicios básicos, Uriel pasó a realizar ejercicios más complejos, saltando y girando en el aire mientras luchaba contra adversarios imaginarios.

Finalmente cayó sobre una rodilla, con el puño a un milímetro del suelo, y soltó un contenido aliento. Uriel se puso en pie y se recorrió el cráneo con las manos, sintió el escaso pero bienvenido vello.

—Luz —dijo una voz en la oscuridad, y Uriel se cubrió los ojos cuando una llama azul cobró vida a su alrededor. Sus ojos se ajustaron rápidamente a la luz vio que estaba rodeado por una hueste de guerreros con armadura plateada. Cada uno de los guerreros llevaba una larga alabarda con los filos envueltos en un halo de energía que era el origen de la luz azulada.

Veinticinco caballeros grises permanecían firmes formando un círculo a su alrededor, con las placas de sus brillantes armaduras resplandeciendo bajo el brillo azul acero. Leodegarius avanzó desde el círculo de guerreros. El líder de los Caballeros Grises se había quitado la armadura y llevaba una túnica ligera, un uniforme de entrenamiento similar al utilizado por los Ultramarines.

—Has aprovechado bien tu tiempo, Uriel Ventris.

—El tiempo gastado sin mejorar mis habilidades es tiempo perdido —replicó Uriel.

—Bien dicho —asintió Leodegarius—. Han pasado tres días. Déjame verte la mano.

Uriel prácticamente había olvidado el dolor de su mano herida, pero asintió con la cabeza y la levantó hacia Leodegarius sin romper el contacto visual. Un cirujano seguía al caballero gris, con siseantes caños y gorgoteantes tubos saliendo de debajo de sus ropajes. Un brazo de metal emergió de la manga del cirujano sosteniendo un aparato similar al narthecium de un apotecario. El aparato se aproximó a la mano de Uriel, bañándola en un dorado resplandor que le hizo sentir como si le estuviera vertiendo miel tibia sobre la piel.

La luz desapareció y el cirujano hizo un gesto de asentimiento a Leodegarius antes de retirarse.

Uriel miró su mano y se sorprendió al ver que las cicatrices de la terrible herida prácticamente habían desaparecido. La carne se mostraba sonrosada y sana, sin duda tierna y débil, pero indiscutiblemente completa una vez más.

Leodegarius se acercó y dio la vuelta a la mano de Uriel, inspeccionándosela cuidadosamente. Uriel pudo adivinar que el caballero gris estaba complacido por lo que veía.

—La carne sana perfectamente —dijo Leodegarius—. No creo que jamás haya visto a nadie recuperarse de la prueba de los Aceites tan rápidamente.

—Entonces, ¿estamos preparados para luchar? —le preguntó Uriel dando un paso atrás.

—Pareces ansioso —comentó Leodegarius.

—Lo estoy —replicó Uriel—. No de luchar contra ti, sino de reivindicarme a mí mismo.

Leodegarius asintió.

—Lo comprendo —dijo, dándose la vuelta—, pero no lucharemos aquí.

—¿Dónde será?

—Donde todos puedan ver el juicio que el Emperador haga de ti —respondió Leodegarius—. Sígueme.

Uriel siguió a Leodeganius mientras éste lo guiaba fuera de su lugar de confinamiento. Un túnel abovedado revestido de sillería los llevó por lo que Uriel supuso serían los cimientos del palacio. Su ruta recorrió diversos túneles antiguos, excavados en eras pasadas y adaptados por los que posteriormente construyeron el palacio.

Los túneles excavados en la roca se convirtieron en corredores cubiertos de planchas metálicas antes de fundirse con salas con paredes de cerámica de elevadas bóvedas y brillantes luces. Parecía no existir ningún sentido del orden en aquella arquitectura subterránea, con corredores surgiendo en ángulos extraños y los mismos túneles regresando a su origen al cabo de poco tiempo sin haber llevado a ningún sitio útil.

Los caballeros grises marchaban perfectamente acompasados, con tranquilas pero largas zancadas. Un destacamento de guerreros iba delante

de Uriel, otras nueve detrás, y el resto a los lados. Leodegarius los encabezaba, y una hueste de acólitos portando incensarios creaba una neblina casi viva que abría la procesión.

Pasaron almacenes, salas olvidadas, armerías y barracones, y cuando entraron en un corredor bajo, Uriel oyó numerosas voces agitadas procedentes de algún lugar por delante de ellos.

El túnel se abrió a un amplio espacio circular con el techo muy alto y una torre cilíndrica gris en el centro de la sala. Los muros estaban cubiertos de celdas, todas ellas orientadas a la torre, y Uriel reconoció el lugar como una especie de prisión.

—Es un panopticon —le aclaró Leodegarius, adivinando los pensamientos de Uriel—. Los guardias están situados en el edificio central y los prisioneros no tienen forma de saber cuándo están siendo observados, ya que no pueden ver el interior. No tienen ninguna forma de ocultarse, así que controlan sus instintos básicos para evitar ser castigados.

—Pues es el miedo al castigo y no la devoción al Emperador lo que asegura su obediencia, ¿no?

—Así es —asintió Leodegarius con disgusto—. Algo que bien podría aplicarse a todo el planeta.

—¿Por qué estamos aquí? —quiso saber Uriel.

—Para reunirnos con tu compañero.

—¿Pasanius?

—Sí, ha sido mantenido aquí desde que también pasó las otras pruebas.

—¿Él también va a luchar contra ti?

—Él luchará junto a ti —asintió Leodegarius, cruzando la sala para detenerse delante de una celda donde la gratificante visión de Pasanius recibió a Uriel.

Su amigo estaba firme, y Uriel vio que la mano que le quedaba estaba tan rosada y tierna como la suya, pero evidentemente curada de su inmersión en los aceites sagrados.

—¡Uriel! —Gritó Pasanius con evidente alivio—. ¿Y tu mano?

—Casi tan bien como la tuya —respondió Uriel mientras la puerta se abría y Pasanius salía de la celda. Ambos guerreros se abrazaron, aliviados

más allá de lo que podía expresarse con palabras por encontrar al otro con vida, y Uriel liberó a su amigo de un aplastante abrazo de oso.

—¿Estás preparado para esto?

—Puedes estar absolutamente seguro de que estoy preparado —le contestó Pasanius, inclinando la cabeza hacía Leodegarius—. Sin intención de ofender, pero estos tipos cuestionaron nuestra lealtad. Estoy preparado para cualquier cosa necesaria para demostrar que no somos traidores.

—Tu sargento te ha sido ferozmente leal, capitán Ventris —le informó Leodegarius, y Uriel no pudo dejar de notar que su nombre había sido precedido por el rango. Eso tenía que ser un buen augurio.

—Es mi amigo —repuso Uriel—, y eso es lo que hacen los amigos.

Leodegarius se volvió hacia la salida de la sala, una gran arcada de piedra negra que conducía hacia arriba.

—Entonces esperemos que eso sea suficiente.

Flanqueados por los caballeros grises, Uriel y Pasanius los siguieron a través de otra serie de túneles que, finalmente, los llevaron a una puerta fortificada llena de aspilleras y con gruesos portones de bronce.

La puerta estaba abierta, dejando penetrar la luz del exterior, y Uriel recordó la alegría que los embargó al ver verdadera luz al llegar a Salinas. El sentimiento de volver a estar en el exterior después de tanto tiempo, pese a que como mucho habían pasado unos pocos días, era sublime y, mientras marchaban por una carretera descendente, se sintió lleno de esperanza.

Esa esperanza se desvaneció en cuanto pusieron pie en el exterior y sintió el aplastante peso de la melancolía que saturaba sus pulmones con cada inspiración. El aire era plomizo y pesado; el cielo presionaba el ambiente con un peso monstruoso. Amenazantes nubes pasaban por encima de sus cabezas, y Uriel sintió el terrible sentimiento de melancolía que lo asaltó entre las ruinas de Khaturian.

Una vez más, él y Pasanius se encontraban en el vasto espacio en que se declaró el Día de la Restauración. En el inhospitalario patio de armas había por lo menos doscientos soldados y una gran cantidad de dignatarios del planeta.

Una resplandeciente cañonera Thunderhawk de color plateado reposaba con la plataforma de asalto abierta detrás de los dignatarios, y Uriel sonrió ante un objeto tan tranquilizadoramente familiar. Aunque la cañonera no tenía los colores de los Ultramarines, el poderoso símbolo de poder del Adeptus Astartes levantaba el ánimo de Uriel en la ominosamente saturada atmósfera del día.

Uriel vio la torre de las janiceps en el extremo opuesto del patio y, a su derecha, la decrépita pero maravillosa Galería de Antigüedades. Girando el cuello por encima del hombro, vio las elevadas torres y los lóbregos capiteles del palacio imperial.

—Nunca me ha gustado este lugar —dijo Pasanius—. Y ahora todavía menos.

—¿Tendremos que luchar aquí? —le preguntó Uriel a Leodegarius—. ¿Qué le ha sucedido a este lugar? Parece.., muerto.

—El combate tendrá lugar delante de las autoridades planetarias adecuadas, tanto seglares como sagradas —dijo Leodegarius—. Para que el Judicium Imperator tenga algún sentido, debe realizarse ante testigos. Sobre lo que ha sucedido desde tu encarcelamiento… Ya hablaremos de ello si sobrevives.

Tras tan torvo anuncio, siguieron a Leodegarius hasta el centro del patio de armas, y Uriel pudo ver numerosas caras familiares reunidas para presenciar el combate. El cardenal Togandis sudaba bajo los ropajes ceremoniales de su cargo, y Daron Nisato estaba resplandeciente en su reluciente armadura negra de agente.

Leto Barbaden estaba sentado en un podio elevado, pareciendo simultáneamente aburrido y furioso por la ceremonia, a pesar de que el destino de dos de los mayores defensores de la humanidad había de decidirse ante sus ojos.

Leodegarius se detuvo delante del podio y saludó con una leve inclinación de cabeza a Leto Barbaden antes de volverse hacia Uriel y Pasanius.

—Gobernador Barbaden, estos dos guerreros han superado las pruebas de pureza según las determina mi orden, y los presento ante vos para que

podáis ser testigo del juicio del Emperador. No existe ninguna autoridad superior al Emperador, y por tanto él debe decir la última palabra sobre su destino.

Uriel parpadeó sorprendido ante la elección de las palabras del caballero gris, reconociendo en ellas la implícita advertencia de que su destino no estaba en manos de Barbaden. ¿Habría exigido el gobernador su ejecución en los últimos días? Teniendo en cuenta sus anteriores relaciones, ésa era una evidente posibilidad, pero las palabras de Leodegarius sugerían que esa decisión no era Barbaden quien debía tomarla, no cuando los Caballeros Grises estaban implicados.

El Adeptus Astartes permanecía al margen de la rígida jerarquía del Imperio de una forma que algunos consideraban inaceptable, pero los Caballeros Grises gozaban de un margen de maniobra incluso más allá de la autonomía de la mayoría de los capítulos. Su autoridad era absoluta, y nadie que preciara en algo su vida osaría contravenir sus dictados.

Parecía que Leto Barbaden no era ninguna excepción, y Uriel vio que al gobernador no le gustaba nada tener que inclinarse ante la autoridad de los que, sin duda, consideraba intrusos.

Barbaden asintió antes de contestar.

—Estos dos no han traído más que problemas a mi mundo, pero si vuestra orden declara que este combate es un juicio justo y adecuado, seré testigo de ello.

Uriel ocultó su satisfacción ante la evidente incomodidad de Barbaden y sostuvo su hostil mirada. Su animadversión hacia el gobernador de Salinas se había intensificado con lo que había descubierto sobre él. El menosprecio de Barbaden por la vida humana y sus decisiones durante la conquista de Salinas eran incuestionables, y Uriel sabía que sus crímenes debían ser corregidos por el paso del tiempo.

Leodegarius se volvió hacia él.

—Seguidme al lugar de la batalla.

Uriel asintió, y tanto él como Pasanius siguieron al caballero gris al centro de un círculo que había sido delimitado en plata, como el círculo protector grabado en la sala de piedra en que habían tenido lugar las

pruebas, pero éste era considerablemente mayor. Varios caballeros grises con servoarmadura tomaron posiciones alrededor del círculo, con las resplandecientes hojas de sus alabardas crepitando bajo la luz del sol.

—Lucharemos cuerpo a cuerpo, sin armas —dijo Leodegarius—. Vosotros dos contra mí.

—¿Eso es todo? —inquirió Pasanius.

—¿Qué más esperabas?

—No lo sé —admitió Pasanius—. Simplemente pensaba que habría mucho más… ritual.

—Los rituales son para paganos susurradores de cadáveres y hechiceros —declaró Leodegarius, adoptando una posición de lucha—. Yo prefiero una acción más directa.

Uriel dejó que su mente y su cuerpo se sumieran en el ritmo del combate, permitiendo que su metabolismo se acelerara y potenciando sus sentidos y tiempos de reacción.

—¿Cuáles son las reglas, pues? —preguntó.

—Eres demasiado ultramarine —sonrió maliciosamente Leodegarius, mientras lanzaba un atronador puñetazo a la cara de Uriel. El puño del caballero gris fue como un pistón de acero, e impulsó a Uriel hacia atrás como si hubiera sido alcanzado por un dreadnought.

De su mejilla manó un chorro de sangre y vio estrellas a causa de la fuerza del golpe, pero Uriel ya había sido golpeado anteriormente y sabía cómo librarse del dolor del impacto. Bajó el hombro e hizo girar el cuello, apartando la cabeza de la trayectoria del segundo golpe de Leodegarius.

Su brazo se levantó casi con voluntad propia, bloqueando en un ángulo recto y lanzando un gancho contra el torso del atacante. Su otro puño golpeó en el costado del caballero gris y oyó un satisfactorio jadeo. Tenía la mano quemada bañada por un ardiente calor, con la piel agrietada allí donde no estaba totalmente curada, pero Uriel desterró el dolor a lo más recóndito de su mente.

Pasanius golpeó con su izquierda, pero Leodegarius esquivó fácilmente el golpe desequilibrante. El codo de Leodegarius martilleó el costado de

Pasanius y su puño golpeó como un garrote en su estómago, obligando al sargento a hincar la rodilla.

Uriel se lanzó hacia delante con el puño trazando un arco hacia la cabeza de Leodegarius, pero el caballero gris había previsto ese ataque. Con una rapidez que parecía imposible en un guerrero tan voluminoso, Leodegarius se apartó a un lado y cogió la muñeca de Uriel. Pivotó rápidamente y golpeó con su cadera a Uriel, utilizando el impulso de la carga para lanzarlo despedido.

El suelo se le acercó y Uriel lo golpeó con toda contundencia. El aliento le abandonó los pulmones y miró hacia arriba a tiempo de ver un demoledor pie descendiendo sobre él. El astartes rodó a un lado mientras el pie golpeaba y partía la piedra. Se incorporó mientras Pasanius recibía otro duro golpe en el rostro.

Uriel sacudió la cabeza para despejarla tras el impacto con el suelo y escupió un poco de sangre. Sabía que había subestimado la decisión de su oponente. Leodegarius podría haber querido representar una comedia para demostrar que eran inocentes, pero no estaba dispuesto a comprometer la integridad del Judicium Imperator para lograrlo.

Leodegarius se apartó de Pasanius y Uriel se movió en círculo hacia su izquierda mientras los soldados los jaleaban. Los oficiales de Salinas observaban la lucha con interés, pero los falcatas no estaban conteniéndose en forma alguna. Uriel se arriesgó a mirar rápidamente a Pasanius, quien trataba de incorporarse como si todavía estuviera aturdido por el golpe en la cabeza.

Uriel captó un destello de astucia en su amigo y empezó a girar hacia el otro lado, haciendo que Leodegarius se acercara a Pasanius. El caballero gris miró hacia abajo, despreocupado, a la aturdida figura de Pasanius, que se debatía en el suelo, mientras Uriel fintaba hacia la izquierda y golpeaba por la derecha.

El golpe alcanzó a Leodegarius en el hombro sin hacerle apenas daño, pero desequilibrándolo por un breve segundo. Uriel le lanzó una rápida sucesión de golpes altos, uno de los cuales penetró la defensa de Leodegarius y le abrió una brecha encima del ojo derecho.

Su contundente respuesta resonó en la mandíbula de Uriel, pero la había visto venir. Bajó la guardia una fracción de segundo y Leodegarius avanzó a la ligera para asestarle un golpe demoledor.

Antes de que pudiera asestarlo, Pasanius se lanzó sobre su costado y le lanzó una lacerante patada a la pierna, justo encima de la rodilla. El pie de Pasanius fue como una maza de hierro golpeando el tendón del peroné del caballero gris, casi partiéndole la pierna por debajo de éste.

Leodegarius cayó y Uriel se lanzó sobre él, golpeando con sus puños la cara del guerrero, odiando el hecho de que estaba vertiendo la sangre de un héroe imperial, pero sabiendo que no tenía otra opción que luchar con todas sus fuerzas.

Echó hacia atrás el puño para volver a golpear, cuando Leodegarius se lanzó a sus pies y atacó con la palma de su mano izquierda el plexo solar de Uriel. Casi en el mismo movimiento, su mano derecha alcanzó el cuello de Pasanius.

Éste emitió un ahogado grito de dolor y los ojos le giraron dentro de las órbitas.

Uriel trastabilló hacia atrás, luchando por recuperar el aliento mientras su diafragma seguía convulsionado y dolorido por el golpe en el plexo solar que casi lo había cegado. No podía llevar aire a sus pulmones.

Leodegarius se levantó, como un coloso de las profundidades, y Uriel se sorprendió de que hubiera podido recuperarse tan rápidamente del golpe de Pasanius. Un golpe de tal contundencia habría partido la pierna de un guerrero mortal y dejado inmovilizado a un marine espacial durante varios minutos.

Leodegarius luchaba como si jamás hubiera recibido el golpe, y Uriel comprendió que estaban luchando contra uno de los guerreros más poderosos del Imperio. Uriel levantó el puño, pero estaba demasiado lento para evitar los golpes demoledores que le llovieron sobre la cabeza cuando Leodegarius se le acercó. Desesperadamente, se movió en círculo para tratar de poner cierta distancia entre él y su oponente.

Uriel no podía resistir la furia de los ataques y vio el golpe que acabaría con él una décima de segundo antes de recibirlo. El puño del caballero gris

rodeó su guardia y lo golpeó directamente en la cara con el poder de un trueno.

Uriel fue arrojado hacía atrás y aterrizó junto a Pasarius, con la cara toda ensangrentada y una masa de feos cardenales en el torso que estaban empezando a hincharse y volverse púrpuras.

Sabía que tenía que ponerse en pie, pero las fuerzas lo habían abandonado y volvió a caer, incapaz de levantarse o luchar, o hacer cualquier otra cosa que no fuera yacer desangrándose. Su respiración eran cortos y dolorosos jadeos, y en la boca tenía el sabor a sangre y a derrota.

¿Era así como iba a acabar su vida? ¿Apaleado hasta convertirse en una masa sanguinolenta por un guerrero con el que deberían estar luchando hombro con hombro? La indignidad y el horror eran insoportables.

Uriel miró hacia arriba en medio de la niebla de sangre e hinchazones para ver a Leodegarius de pie, mirándolo.

—Mátanos y se habrá acabado —le espetó—, pero al hacerlo no haces nada más que ayudar a los enemigos del Emperador.

Leodegarius negó con la cabeza y le ofreció la mano a Uriel.

—No —dijo—. No voy a mataros. El Judicium Imperator ha terminado, y habéis demostrado que sois unos leales servidores del Imperio.

Uriel aceptó la mano y se puso inestablemente de pie.

—Pero hemos perdido.

—El Judicium Imperator no trata de quién gana o pierde —explicó Leodegarius—, sino de la lucha. Soy un guerrero de los Caballeros Grises, y llevo el fuego del Emperador hasta los rincones más oscuros de la galaxia. Únicamente un servidor de los Poderes Siniestros podría derrotarme. Si hubierais sido mejores que yo, eso habría demostrado que erais enemigos del Emperador y mis guerreros os habrían acribillado.

—Entonces ¿se suponía que debíamos perder? —preguntó Uriel, horrorizado por las implicaciones.

—¿Suponerse? —Leodegarius se encogió de hombros—. No, pero el Emperador estaba conmigo y confiaba en poder derrotaros a los dos, demostrando así que no erais servidores del mal.

Pasanius se incorporó sobre un hombro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, todavía aturdido—. ¿Hemos vencido?

—Creo que lo hemos hecho —respondió Uriel.

—Bien. Sabía que podíamos con él —dijo Pasanius, volviendo a caer inconsciente.

La sensación de un ajustado mono nuevo sobre la piel era sublime, y el sentido de anticipación casi insoportable. Uriel sintió como el corazón se le aceleraba cuando los artesanos de los Caballeros Grises levantaron la placa pectoral azul de la servoarmadura de la bandera de combate y la acercaron a su pecho.

El movimiento estuvo acompañado de solemnes cánticos de los acólitos encapuchados, quienes, desde la vindicación de Uriel y Pasanius, habían adoptado un aspecto mucho menos amenazador.

Uriel y Pasanius estaban en pie sobre un estrado ante los Caballeros Grises reunidos y el conservador Lukas Urbican en una de las grandes salas de la Galería de Antigüedades. Los Caballeros Grises llevaban su equipo de combate, con todas las placas y protecciones engalanadas con sellos de pureza.

Con la lealtad de Uriel y Pasanius al Trono Dorado demostrada por el Judicium Imperator, los caballeros grises los habían llevado a la Thunderhawk, donde los cirujanos y apotecarios habían sanado sus heridas. No se dijo nada, y Leodegarius se negó a responder ninguna pregunta hasta que estuvieran en condiciones de mostrarse ante él como hermanos astartes.

Las quemaduras de las manos que ya habían sido tratadas fueron limpiadas con cremas estériles y regeneradas con vendas de piel sintética, y los hinchados moretones del Judicium Imperator tratados con hielo y medicamentos para el dolor.

Allí donde Uriel había sido marcado en la espalda, los chasqueantes mecanismos de un servidor reconstructivo implantado en el muro del medicae de la Thunderhawk eliminaron rápidamente las cicatrices de las quemaduras y reconstruyeron el tejido y la epidermis.

En aproximadamente una hora, tanto Uriel como Pasanius fueron declarados aptos para el servicio y se les entregaron monos nuevos para llevar servoarmaduras. Leodegarius se había marchado de la Thunderhawk y, junto con una escolta de Caballeros Grises, atravesó el vacío patio de armas hacia la Galería de Antigüedades.

El conservador Urbican los había estado esperando, recibiéndolos con una amplia sonrisa en la cara y los brazos abiertos para darles de nuevo la bienvenida a la galería. Una vez más, atravesaron las sombrías salas hasta que se encontraron ante las armaduras pertenecientes a los Hijos de Guilliman.

Dieciocho de las armaduras estaban dispuestas en formación de batalla detrás del estrado. La decimonovena, la armadura que Uriel había elegido, o que lo había escogido a él, estaba desmontada y dispuesta sobre una de las grandes banderas de combate de Salinas que habían descolgado de uno de los muros. La armadura era exactamente como Uriel la recordaba, recién pintada con los colores de los Ultramarines, a excepción del casco, que seguía llevando el azul y blanco de los Hijos de Guilliman.

Dispuesta junto a su armadura había otra, ésta con la familiar librea e iconografía de los Ultramarines. Uriel había visto el orgullo de Pasanius ante la restauración de los símbolos de su capítulo, pero su alegría al verlos de nuevo no fue menor.

—Preparaos para recibir vuestra armadura, guerreros del Emperador —dijo Leodegarius.

Uriel y Pasanius subieron al estrado, y los artesanos acercaron las primeras piezas de la armadura a sus cuerpos con gran reverencia. En primer lugar les colocaron las grebas, las piezas de la parte superior de la pierna y los refuerzos de las rodillas, seguidos de los serpentines energéticos de la sección central.

Pieza a pieza, la armadura fue colocada sobre ellos, y a medida que cada segmento era sujetado en su lugar, Uriel se sentía como si su alma estuviera siendo reconstruida. Unas piezas de la armadura fueron fijadas en la parte superior de los brazos y a continuación les tocó el turno a los antebrazos y los guanteletes.

La sección dañada de la armadura de Pasanius había sido reparada con una terminación para sellar la armadura a la altura del codo. Su amigo había declinado el ofrecimiento de los Caballeros Grises de colocarle un brazo prostático temporal, diciendo tímidamente que prefería que se lo pusieran los tecnomarines de Macragge.

Una vez hechos los ajustes, añadidas las últimas piezas y cada elemento de la armadura pulido y untado con aceites sagrados y ungüentos, sólo faltaba la última pieza. Los artesanos colocaron la placa pectoral y Uriel sintió el familiar silbido y los zumbidos de la armadura cobrando vida a su alrededor.

Les colocaron unas capas forradas de piel, del más puro blanco, alrededor de los hombros y las sujetaron con un broche en forma de águila dorada a sus placas pectorales, dejando que el borde les rodeara firmemente el cuello.

Al conectarse los sellos de presión, Uriel notó los sistemas internos de la armadura revitalizando su físico, vibrando con una increíble energía potencial.

Los bioimplantes medidores instalados en el interior de la armadura y conectados a las conexiones de su cuerpo fundieron su estructura orgánica con la de las placas de ceramita y los increíblemente complejos sistemas de la armadura de un marine espacial.

Uriel sintió el poder de llevar tan magnífica armadura, su fuerza potenciada, su resistencia mejorada, y su capacidad para aniquilar a los enemigos del Emperador exponencialmente aumentada.

Con las armaduras de Uriel y Pasanius finalmente activadas, Leodegarius avanzó y les entregó unos relucientes bólters. Las placas lisas de las armas estaban repujadas en oro y todas las superficies grabadas con escritos de increíble detalle. Las armas acababan de ser engrasadas, y cada una llevaba su cargador de proyectiles bólter colocado en su posición delante del gatillo.

Uriel asintió al coger el bólter como si el arma no pesara en absoluto. La fuerza recorría su armadura y podía sentir los conductos de energía fluyendo por toda ella como si fuera una segunda piel.

Un marine espacial no era únicamente su armadura, sus armas o su entrenamiento y devoción. Cada uno de esos elementos se combinaba para crear algo mucho mayor que la suma de sus partes.

Un guerrero sin su arma o su armadura podía resultar muerto por sus enemigos, y un guerrero sin fe o entrenamiento podía sucumbir a los pequeños vicios que conducían a la traición.

Uriel había visto de primera mano en lo que un guerrero que no estuviera totalmente equipado, física y espiritualmente, podía convertirse, y había caminado peligrosamente cerca del precipicio en el que otros habían caído. Imágenes del Herrero de Guerra Honsou y Ardaric Vaanes pasaron flotando por su mente, pero eran imágenes fugaces, fantasmagóricas, recordatorios de un tiempo oscuro que ya había pasado.

Uriel asintió con la cabeza y miró la armadura, viendo el grueso sello de cera carmesí en el extremo de su hombrera. Un largo trozo de pergamino colgaba del sello de cera. Escrito en él con letra cursiva muy fina había un sermón protector para Uriel:

> Él debe poner una capa blanca sobre su alma, pues puede sumergirse en la degeneración y aun así morir como un santo.

Leodegarius dio un paso atrás y les hizo una reverencia.

—Bienvenidos a casa, guerreros de Ultramar —les dijo.



DIECIOCHO

La furia ardía en los ojos de Leto Barbaden cuando Uriel y Pasanius se dirigieron a su biblioteca privada junto a Leodeganius y un acólito vestido con una túnica que llevaba una aromatizada caja de palo de rosa. El caballero gris iba vestido con una túnica crema pálido sobre la que llevaba una camisa de malla de plata con rebordes de armiño, aunque no por eso dejaba de ser menos impresionante que con su armadura.

Tras los marines espaciales llegaron cuatro personas más, rápidamente convocadas siguiendo las órdenes de Leodegarius. El cardenal Shavo Togandis fue el primero, sudando bajo los ropajes de su oficio, que le colgaban flácidamente allí donde los había medio sujetado en su apresuramiento por obedecer a toda prisa su convocatoria a palacio.

Serj Casuaban caminaba junto al cardenal. Su expresión denotaba una mezcla de irritación y curiosidad por haber sido arrancado de sus deberes en la Casa de la Providencia. El médico llevaba una larga y oscura capa sobre sus ropas de trabajo. Su pelo gris estaba pulcramente peinado, posiblemente por primera vez en años.

Daron Nisato y Pascal Blaise venían detrás de Casuaban, el último profundamente incómodo por las esposas de hierro que llevaba, y Nisato también incómodo por la idea de estar allí, sabiendo dónde debería estar en esos momentos.

El gobernador de Salinas estaba sentado en su silla, acariciando un gran vaso de licor mientras la procesión invadía su sanctum interior, por lo que Uriel sintió una palpitación de satisfacción ante la preocupación del hombre. Podía notar la gran fuerza de voluntad que necesitaba el gobernador para parecer educado, pues ni siquiera Leto Barbaden podía arriesgarse abiertamente a desatar la ira de los Caballeros Grises negándose a esa audiencia.

Uriel no podía resistirse al sentido de renovada determinación que lo motivaba. Ahora que volvía a ser un marine espacial con su armadura, estaba preparado para resistir junto a heroicos guerreros como Leodegarius y Pasanius en defensa del Imperio. Aunque no tenía ni idea de lo que Leodegarius iba a decir en la asamblea, Uriel podía sentirla tensión en el aire y un insoportable sentimiento de expectación.

Tras la destrucción de los sinpiel en Barbadus, los ciudadanos habían tomado las calles para exigir acción, indemnización o venganza. Sobre quién tenía que llevarse a cabo ese tipo de acción no estaba demasiado claro, pero la necesidad de hacer algo estaba llegando a su punto crítico. Varios edificios habían sido quemados hasta los cimientos y los saqueos indiscriminados habían engullido totalmente el barrio noroccidental de la ciudad.

Los agentes de Daron Nisato habían ocupado las calles con los vehículos blindados que les quedaban, apoyados por los pocos soldados dispuestos a patrullar por la ciudad después de la masacre en el cuartel de los Águilas Aullantes.

El ambiente en las calles era tenso, y una mera chispa podría encender los ánimos y propagar una epidemia de muerte por toda la ciudad.

Unos acontecimientos de gran importancia estaban poniéndose en movimiento, y Uriel sabía que muchos de los jugadores de ese drama no vivirían para ver el final si daban un paso equivocado, aunque sólo fuera un poco.

El acólito que llevaba la caja la colocó sobre la mesa en el centro de la sala, y Barbaden le dedicó una breve mirada antes de hablar.

—Hermano Leodegarius, ¿estáis seguro de que esta reunión es absolutamente necesaria? ¡El caos se ha apoderado de las calles de mi ciudad!

—Tenéis más razón de la que suponéis, gobernador —respondió Leodegarius con voz amenazante—. Y sí, estoy seguro de que es necesaria. Creedme, las cosas irán a peor antes de mejorar.

—Muy bien —murmuró Barbaden, tomando un sorbo de su licor y lanzando una envenenada mirada hacia Pascal Blaise—. Ya que esta… variopinta banda se ha reunido, ¿puedo preguntar por qué ha requerido la presencia de un conocido terrorista, hermano Leodegarius?

—¡No soy un terrorista! —protestó Pascal Blaise—. Tú eres el terrorista, Barbaden.

—Lo que tú digas, pero haré que te ejecuten antes de acabar el día.

—No, no lo hará —dijo Daron Nisato, reposando su mano sobre la empuñadura de la pistola—. Si existe alguna esperanza de lograr la paz en Salinas, necesitamos que este hombre siga vivo.

Barbaden hizo caso omiso de Nisato, como si no mereciera la pena preocuparse por él, aunque Uriel vio como su cara se oscurecía ante la inusual presencia de un arma en aquel lugar.

—Llegaremos a ello en su preciso momento, gobernador Barbaden —intervino Leodegarius mirando a las caras de todos los presentes. Uriel tuvo la impresión que el caballero gris estaba mirando, más que su aspecto físico, alguna cualidad oculta que sólo él podía distinguir—. Esta variopinta banda, como usted la ha denominado, es un cuerpo realmente singular, y todos están reunidos aquí porque he visto que tienen un papel que interpretar en el futuro de este planeta, o, más bien, en determinar si tiene alguno.

—Eso suena como una amenaza —observó Barbaden.

—Tal vez lo sea, gobernador —admitió Leodegarius cogiendo la caja de palo de rosa de la mesa—. Estoy enterado de los disturbios en la ciudad, pero eso puede esperar, pues una amenaza potencialmente mucho peor para su mundo está creciendo sin ser vista, en la oscuridad.

—¿Qué amenaza? —exigió saber Barbaden.

—A su debido tiempo —contestó Leodegarius, y Uriel notó el inconfundible tono de alguien que está empezando a cansarse de responder preguntas. Barbaden también lo percibió y sabiamente cerró la boca en cuanto el caballero gris abrió la caja y sacó lo que parecía un mazo de cartas.

—El arte de la cartomancia es muy antiguo —empezó a decir Leodegarius—. Es conocido en todo el Imperio y ya fue utilizado como instrumento de adivinación por las primeras tribus que anduvieron por la superficie de la Vieja Tierra.

—¿Vamos a recibir una lección de historia mientras mi ciudad arde? —se burló Barbaden, y Uriel se vio otra vez sorprendido por la valentía, o estupidez, del hombre ante un guerrero tan poderoso como Leodegarius.

Éste no mostró irritación alguna ante la interrupción.

—Todo se remite a la historia, gobernador. Lo que está sucediendo ahora es el resultado directo de errores cometidos en el pasado. Únicamente estudiando el pasado podremos aprender de él.

Barbaden no parecía nada convencido de aquello, pero asintió antes de que Leodegarius siguiera hablando.

—He reunido a este grupo porque todos sus miembros están relacionados de forma muy directa con lo que está ocurriendo en Salinas. Lo sé porque las cartas me lo han revelado. Acérquense.

Uriel y Pasanius se colocaron a uno cada lado de Leodegarius mientras los demás se acercaban a la mesa. Por supuesto, Barbaden fue el último en hacerlo, y dirigió una mirada hostil a Uriel.

—Observen todos —les indicó Leodegarius mientras escogía una carta al azar del mazo para después colocarla delante de Daron Nisato.

En la carta aparecía un individuo vestido con una túnica sentado en un trono. En una mano empuñaba una espada y en la otra una balanza dorada. En la base de la carta se leía una palabra: Justicia.

—Es usted, agente Nisato —siguió diciendo Leodegarius—. Sea cual sea su pasado, ha llegado el momento de reflexionar sobre las decisiones que ha tomado a lo largo del camino. Ha cometido errores que planea corregir, y hay gente que le ha generado preocupaciones, pero es lo bastante sensato como para ocuparse de ellas de un modo inteligente. Tan sólo piensa en mejorar la situación, y esta carta me muestra que esos errores serán corregidos.

—¿Y todo eso lo saca de una carta? —le preguntó Nisato.

—De la carta y de usted —respondió Leodegarius al mismo tiempo que cogía otra carta y la colocaba delante de la persona que estaba al lado de Nisato. En la carta se veía a un hombre colgado de los tobillos de un patíbulo junto a un templo imperial.

—Eso no es que me dé muchos ánimos —declaró Pascal Blaise—. ¿Se trata de alguna especie de justificación para ejecutarme?

—No necesitamos justificación alguna para hacerlo —le replicó Barbaden entre dientes—. Las vidas con las que acabaste en tu estúpida e insensata resistencia es la única justificación que necesito.

Leodegarius volvió a hablar antes de que Blaise pudiera contestar.

—Tu vida no ha llegado a su punto más fructífero y debes tener paciencia. Sigue a tu conciencia, libérate del odio y confía en tus instintos en los días venideros. Te ayudarán mucho.

Le dio la vuelta a otra carta: otro individuo con túnica, pero éste se encontraba sentado entre dos columnas y con un par de llaves cruzadas a sus pies.

—Cardenal Togandis, éste sois vos, el Hierofante. Simboliza el poder dominante de la religión y de la fe, la clase de enseñanzas que las masas son capaces de comprender. Esto representa vuestro amor por el ritual y la ceremonia, pero también vuestra necesidad de la aprobación de los demás. El hierofante indica la importancia del conformismo.

El sudoroso cardenal no contestó nada, y Leodegarius continuó.

La siguiente carta mostraba a un hombre mayor de cabellos grises situado en el borde de un risco coronado por la nieve y que contemplaba el mundo. En una mano llevaba una lámpara y en la otra un báculo alado rodeado por una serpiente.

—El Eremita —anunció Leodegarius, mirando a Serj Casuaban—. En las largas noches oscuras del alma, el eremita aparece para guiamos hacia la sabiduría y el conocimiento. Gracias al eremita podemos recibir sabiduría directamente del Emperador. El eremita puede guiamos en nuestra próxima tarea. Nos recuerda que podemos conseguir nuestros objetivos, pero que el viaje no será fácil ni suave.

—Supongo que yo también tendré una carta —dijo Barbaden, fingiendo una actitud de aburrimiento muy estudiada. Sin embargo, Uriel vio con claridad que se sentía intrigado por saber qué carta lo representaba.

—Por supuesto, gobernador —le contestó Leodegarius, y plantó con fuerza otra carta sobre la mesa.

El hombre de la carta llevaba puesta una túnica larga y se encontraba delante de una mesa sobre la que había una copa, una varita, una espada y un pentáculo. Estaba rodeado de flores, y sobre él flotaba un símbolo que Uriel reconoció como el del infinito.

—El Hechicero —anunció Leodegarius.

—¿Un hechicero? —Gruñó Barbaden, aunque en su voz se detectaba un atisbo de intranquilidad—. Hermano Leodegarius, puede que sea muchas cosas, pero no soy un hechicero. Se lo puedo asegurar.

Leodegarius hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Malinterpreta la carta, gobernador Barbaden. El hechicero no manipula literalmente magia. Representa al individuo que siempre controla las decisiones que lo rodean. Alza la varita al cielo, pero al mismo tiempo señala al suelo. El hechicero es una advertencia de la aparición de oportunidades, pero si aparece al revés, como aquí, indica una persona que es perfeccionista, alguien que maneja la situación con frialdad y eficiencia, pero que utiliza el poder con propósitos destructivos y negativos.

—Eso es absurdo —replicó Barbaden, aunque por las miradas de aquellos que lo rodeaban era evidente que estaban de acuerdo con la lectura de la carta que había hecho el caballero gris.

—Queda una carta por sacar, y es la vuestra, capitán Ventris —anunció Leodegarius.

Uriel asintió. Lo había estado esperando, pero no sabía si desear o temer la carta que sacaría Leodegarius.

La carta colocada delante de Uriel mostraba una torre situada en lo alto de una montaña que era destruida por un rayo que caía del cielo. Un par de figuras caían de la torre.

—¿Eso qué significa? —le preguntó Uriel.

—La caída de la torre nos recuerda que si utilizamos nuestro conocimiento y nuestra fuerza para fines malignos, la destrucción caerá sobre nosotros —explicó Leodegarius—. Cuando aparece la torre indica cambios, conflictos y catástrofes. No sólo eso, sino que también puede significar un derrumbe de las formas de vida existentes.

—Eso me suena mucho a ti —observó secamente Pasanius.

Uriel frunció el entrecejo mientras Leodegarius seguía su interpretación.

—Sin embargo, con la destrucción llega la iluminación. La Torre nos muestra que la ambición y la avaricia egoísta acabarán por no proporcionarnos nada de valor.

Uriel dejó escapar la respiración que había estado aguantando y miró las caras de los reunidos alrededor de la mesa. Los conocía a todos, a excepción de Serj Casuaban, y pudo ver que la cartomancia los había incomodado a todos, incluido el gobernador Barbaden.

—Por lo tanto, ya se habrán dado cuenta de que todos son necesarios en el conflicto que se avecina —dijo Leodegarius—. Cómo, todavía no lo sé, pero su destino está ligado al destino de este mundo.

—¿Qué querías decir con que existe una amenaza más grande para Salinas? —Preguntó Uriel—. Suena como si estuvieras diciendo que lo que está sucediendo ahora son síntomas de algo mucho más grave.

—Y así es, capitán Ventris, pero para responder a eso debo hablar de la historia de Salinas.

—Ya conocemos la historia de Salinas —intervino Leto Barbaden—. Tenemos la Galería de Antigüedades dedicada a ello por si alguien quiere aburrirse de verdad.

—Me refiero a la historia de Salinas como la conocen en mi orden —replicó Leodegarius.

Antes de que Leodegarius empezara su relato, habló por una unidad de comunicación que llevaba en la muñeca, y se negó a decir nada más hasta que siete servidores de anulación entraron y tomaron posiciones en el perímetro de la habitación. Éstos empezaron sus monótonos cánticos y Uriel vio que su terrible aspecto despertaba el horror en todos los presentes en la habitación. Incluso Barbaden retrocedió de aversión al verlos.

—Éstas son las verdades que deben ser relatadas aquí —dijo Leodegarius—. Y la verdad es poderosa, pudiendo alcanzar más allá de los reinos de los humanos. Debo pronunciar unas palabras que no deben salir al mundo más allá de esta sala.

Uriel sintió como su pelo se erizaba al ver la impávida cara de los servidores, y notó el familiar adormecimiento de sus sentidos mientras seguían cantando y Leodegarius empezaba a hablar.

—Para entender lo que está sucediendo en Salinas debemos comprender la dimensión del enemigo al que nos enfrentamos. En esta región del espacio los muros entre el reino material y la locura de la disformidad son

muy delgados. Las corrientes en el interior del Mar de las Almas se sienten en este mundo y agitan los sueños y pesadillas de los mortales, guiando sus débiles corazones hacia la discordia. Unas voraces criaturas depredadoras acechan en las profundidades de la disformidad. En la mayoría de lugares, estas criaturas no pueden salir de sus madrigueras en el universo de los condenados para entrar en nuestro mundo sin conductos voluntarios o dementes seguidores que faciliten su entrada. Pero aquí… aquí los seres demoníacos de mayor poder pueden entrar por sí mismos.

Leodegarius hizo una pausa y Uriel sintió como la piel bajo la armadura se le erizaba al pensar en los habitantes de la disformidad. Se había enfrentado a esas criaturas y sabía la destrucción que podían causar.

—Una de esas criaturas fue capaz de manifestarse en Salinas hace cuatro mil años, un infernal príncipe demonio del Caos llamado Ustaroth, que un millar de maldiciones caigan sobre este condenado nombre. Este príncipe de la destrucción era una criatura de poder casi ilimitado e incalculable maldad, y la tensión de su paso desde la disformidad permitió a otros de su estirpe seguirlo desde el reino inmaterial. Grande fue la destrucción causada y cientos murieron en las primeras horas después de su llegada, miles en los días siguientes. Desesperado, el comandante imperial pidió ayuda y un destacamento de guerreros de los Hijos de Guilliman respondieron a su llamada. Aunque sabían que tenían pocas posibilidades de victoria, decidieron proporcionar toda la ayuda que les fuera posible, pues ¿qué guerrero de honor permanecería ocioso mientras las fuerzas del Archienemigo se divierten con los leales servidores del Emperador?

El corazón de Uriel se hinchó de orgullo ante el heroísmo de sus hermanos de sangre, e hizo el solemne juramento de que honraría su armadura, que había pertenecido a uno de esos héroes del pasado.

—Los Hijos de Guilliman lucharon junto a los ejércitos planetarios, pero no eran rival para las huestes del príncipe demonio, quien los aplastó y aniquiló en una gran batalla librada en el interior de una ciudad a la sombra de las montañas.

Uriel y Pasanius intercambiaron una mirada y llegaron a la conclusión que todos en la sala sabían, que los Hijos de Guilliman habían muerto en

Khaturian.

El Campo de la Muerte era, al parecer, un imán para la muerte.

—Muerte, una masacre inimaginable y la esclavitud siguieron durante una década antes de que los Caballeros Grises llegaran encabezando las fuerzas de una cruzada. Mi orden se enfrentó al príncipe del Caos en batalla y el gran Ignatius lo derrotó, arrojando su cuerpo corrupto de vuelta al infierno del que había salido. Salinas fue purificada de toda la corrupción y se trasladaron gentes de todo el sector para repoblar el planeta. En tres generaciones, las pocas pruebas que quedaban de la invasión habían sido erradicadas y el planeta estaba nuevamente en camino de convertirse en un mundo del Emperador.

Leodegarius hizo una pausa. Tenía los ojos cerrados, en un gesto de recordatorio y honra al valiente héroe que había derrotado al poderoso príncipe demonio. El caballero gris abrió los ojos y retomó una vez más el relato.

—Salinas se liberó de la garra del demonio, pero el daño sufrido más allá del puramente físico había sido grande. Aunque no quedaba ni rastro de la disformidad, la mera presencia de una criatura tan poderosa es anatema para el tejido de la realidad, y los muros invisibles que separan nuestro reino material del reino del immaterium se volvieron peligrosamente tenues. Y la voluntad demoníaca siempre trata de regresar a los lugares que haya hollado.

—¿Quiere decir que han estado observando Salinas desde entonces? —Preguntó de repente Pasanius—. Por eso están ahora aquí, ¿verdad?

—Así es —asintió Leodegarius—. Desde esa gran victoria hemos mantenido un puesto avanzado secreto, oculto a todos, desde el que podemos mantener la vigilancia sobre Salinas y descubrir si regresa el príncipe demonio desterrado por el gran Ignatius.

—Interceptasteis nuestro mensaje astropático —dijo Uriel, comprendiendo entonces cómo los Caballeros Grises habían sabido de su presencia—. Escuchasteis la llamada de las janiceps.

Leodegarius asintió.

—Lo hicimos, y nuestros observadores de la disformidad notaron la alteración en la disformidad causada por vuestra llegada. Grandes cantidades de energía muy peligrosa fueron liberadas por la máquina que os trajo aquí, energías que han sido dominadas por una presencia oscura que acecha en este mundo.

—¿Una presencia oscura? —repitió el cardenal Togandis con voz temblorosa—. ¿El príncipe demonio?

—Afortunadamente, no —lo tranquilizó Leodegarius, y Togandis se hundió visiblemente tras la mesa—, pero existen poderes en Salinas que están utilizando esa energía, y eso está debilitando aún más las barreras entre nosotros y la disformidad.

—¿Qué son esos poderes? —Preguntó Daron Nisato—. ¿Y cómo podemos detenerlos?

—Todos sabemos qué son —soltó Togandis con los ojos llenos de lágrimas.— ¿No es así? Venga, admitámoslo, todos los hemos visto, ¿no es verdad? ¿Daron? ¿Leto? Serj… ¡Sé que tú sí los has visto!

—¿De qué demonios estás hablando, Shavo? —le espetó Barbaden.

—¡De los muertos! —le respondió a gritos Togandis—. ¡Los muertos de Khaturian! ¡Ellos no han acallado su rabia! Quieren castigarnos por lo que les hicimos…, por lo que permitimos que sucediera.

Togandis cayó de rodillas y Uriel se adelantó para ayudarlo. El cardenal se cogió al brazo de Uriel como apoyo. Grandes lágrimas resbalaban por sus lustrosas mejillas.

—Nosotros estuvimos allí —susurró el cardenal—. Nosotros estuvimos allí.

—Shavo, cierra la boca —le ordenó Barbaden.

Shavo Toganclis levantó la mirada hacia el gobernador, y Uriel se sorprendió al ver la dureza de la mirada del cardenal.

—No, Leto —dijo Togandis—, ya no. Tú lo hiciste. Tú nos condenaste a todos ese día. He de confesar. ¡He de hablar!

Antes de que Togandis pudiera decir nada más, Eversham salió de detrás de Barbaden con una pistola en la mano. Uriel estaba demasiado

lejos para reaccionar, pero se produjo un destello de malla plateada seguida de un pesado chasquido y Eversham cayó al suelo.

—Por la sangre del Emperador! —exclamó Uriel al ver al ayudante de Barbaden yaciendo como una masa informe sobre la alfombra. La sangre manaba por el enorme cráter que Leodegarius le había abierto en un lado de la cabeza. Las piernas del hombre aún se agitaban, como si no pudieran comprender que él había muerto.

Todo el mundo se apartó del cadáver y Leodegarius se irguió cuan alto era sobre Leto Barbaden.

—Lo que tiene que ser dicho, será dicho —ordenó el caballero gris.

—Por supuesto —replicó Barbaden, mirando el cadáver y, por una vez, aparentemente acobardado por el guerrero.

Leodegarius se volvió hacia el tembloroso cardenal y lo cogió por el hombro, poniéndolo en pie como si no fuera más pesado que un niño. Condujo sin resistencia alguna a Togandis hacia la única silla de la sala, y el sudoroso cardenal se hundió agradecido en el lujoso cuero.

—¿Iba… iba a matarme? —preguntó Togandis, mirando alternativamente al cadáver y al guerrero que había vertido su sangre y su cerebro por el suelo.

—Iba a hacerlo —asintió Leodegarius—, para proteger a su señor.

Todos los ojos se centraron en Leto Barbaden, y el gobernador se levantó cuan alto era, acomodándose la chaqueta y cruzando los brazos.

—No tengo que disculparme por nada —declaró—. Hice lo que tenía que hacer. Cualquier otro comandante habría hecho lo mismo.

—No —replicó Uriel mientras se acercaba al gobernador—, no lo habría hecho. Asesinó a la población de Khaturian sólo porque era la solución más rápida y fácil. Una ciudad entera, decenas de miles de muertos para atrapar a un único hombre.

—Khaturian era un objetivo militar legítimo —declaró Barbaden.

—¿Un objetivo militar? —aulló Pascal Blaise con la cara púrpura de rabia, no lanzándose al cuello de Barbaden sólo porque la mano de Daron Nisato lo impidió—. ¡Jamás hubo armas ni suministros en Khaturian! La

mantuvimos deliberadamente libre de problemas para tener algún lugar seguro donde vivieran nuestras familias. ¡Los asesinasteis a todos!

—La ciudad estaba protegiendo a un terrorista buscado y sus habitantes dispararon a mis soldados, así que no sé por qué estás lanzando falsas acusaciones de asesinato.

—¡No! —Gritó Togandis, poniéndose en pie—. Tú lo sabías, Leto. Tú sabías que muchos de los Hijos de Salinas tenían familias en Khaturian. Ésa fue la razón por la que la elegiste. Sabías ya antes de que el primer tanque entrara que ibas a arrasar la ciudad hasta los cimientos. Enviaste a Verena Kain y ella los mató a todos. Sólo para lograr que Sylvanus Thayer enloqueciera de dolor y rabia y atraerlo así a una batalla campal.

—Funcionó, ¿no es verdad? —Se burló Barbaden—. ¿Por qué nadie quiere verlo? Lo destruimos a él y a los Hijos de Salinas. ¡Logramos la paz!

—¿Logramos la paz? —Serj Casuaban se rió con amargura—. Eres idiota si de verdad piensas eso, Leto. Pasa un solo día en la Casa de la Providencia y verás lo que tu «paz» ha traído a Salinas.

—Así que éste es el motivo —se rió Barbaden—. Esto no es más que una gran farsa para condenarme, ¿no es así? Reunir a todos los débiles que no tienen agallas o la suficiente voluntad como para hacer lo que es necesario hacer y dejar que todos ellos me señalen con su mugriento dedo.

Leto Barbaden se dirigió al armario de las bebidas y se sirvió un nuevo vaso de oporto.

—Estábamos en guerra con esa gente —dijo, pronunciando lentamente cada palabra, como si estuviera hablando a una sala llena de retrasados—, y la gente muere en las guerras.

—¿Ésa es su excusa para el asesinato en masa? —le preguntó Uriel.

—Asesinato en masa, necesidades militares, genocidio —dijo Barbaden, encogiéndose de hombros—. Todo es lo mismo, ¿no? El gran Solar Macharius no se amedrentó al tomar las duras decisiones que eran necesarias, capitán Ventris. Dejó mundos en llamas a su paso, y planetas enteros fueron destruidos durante sus campañas, y aún así es considerado un héroe. Su nombre es loado en todo el Imperio y sus generales reverenciados como santos. ¿Lo habrían acusado a él de lo mismo? Las

guerras las gana sólo el bando dispuesto a llegar hasta el final, a tomar las decisiones que sus enemigos son demasiado aprensivos para tomar. ¿O ha estado tanto tiempo alejado de su capítulo que ha olvidado ese hecho elemental?

—Está equivocado, gobernador —replicó Uriel—. He visto más muerte, tanto honorable como despreciable y sí, sé que la guerra es algo brutal y sanguinario, capaz de sacar lo mejor y lo peor de los hombres. Ésta es una galaxia dura y peligrosa, con innombrables horrores acechando en la oscuridad para devorarnos, pero en el mismo instante en que nos enfrentamos a los nuestros y los asesinamos, sería mejor que dirigiéramos el cuchillo contra nuestro propio cuello.

—Jamás habría pensado que oiría decir a un miembro del Adeptus Astartes algo tan ingenuo —le escupió Barbaden—. Estábamos en guerra con un enemigo que luchaba en las sombras con las tácticas del terror. ¿Cómo íbamos a lograr la victoria si no utilizábamos sus mismos métodos contra ellos?

—Antaño fuiste un hombre, Leto, pero ahora eres un monstruo —lo increpó Shavo Togandis—. Una vez estuve orgulloso de servirte, pero lo que hiciste ese día estuvo mal, y nosotros tenemos que pagar por ello.

—¿Pagar por ello? ¿Y quién va a hacerme pagar por ello a mí?

—Te lo he dicho, los muertos buscan venganza.

Barbaden se echó a reír.

—¿Los muertos? Francamente, no creo que deba tenerles miedo. Estoy bastante más allá de su jurisdicción.

—Estás equivocado —dijo Togandis—. Los he visto. He sentido su frío aliento y el roce de sus manos muertas. Quieren que todos nosotros paguemos por lo que hicimos. Hanno Merbal no pudo soportarlo más se quitó la vida justo delante de Daron, y yo desearía tener su coraje. ¡Por el amor del Emperador, los muertos ya han matado a Mesira y a Verena y casi todos los Águilas Aullantes! Y nosotros somos los próximos, tú y yo, y Serj. Somos los únicos que quedamos.

Leodegarius levantó una mano para detener la réplica de Barbaden.

—El cardenal tiene razón, los muertos están aquí. Los he sentido y uno no necesita ser un psíquico para sentir la terrible presencia de sus espíritus. Este planeta apesta a ellos.

—¿Cómo es eso posible? —Le preguntó Uriel—. ¿Cómo pueden los muertos permanecer una vez se han ido?

—Todos nosotros tenemos una chispa en nuestro interior, un espíritu o alma, llámalo como quieras, y cuando morimos es liberada de nuestro cuerpo para disiparse en la disformidad —dijo Leodegarius—, pero cuando una cantidad tan grande de gente muere sintiendo tanta rabia y terror como debieron de haber sentido los habitantes de Khaturian, sus espíritus mantienen una cierta coherencia.

—¿Qué les sucede? —fue Pascal Blaise quien lo preguntó.

—Normalmente nada, pues tales espíritus son como brasas atrapadas en un huracán, pero si hay algo que los concentra, algo que dirige sus energías, pueden llegar a influenciar el reino de los vivos. Incluso así, normalmente no causan más que efectos fantasmagóricos y no duran demasiado tiempo, pero algo o alguien está controlando el poder de esos espíritus, y están volviéndose más fuertes a cada instante que pasa.

—¿Son esos monstruos los que mataron a Mesira? —preguntó Daron Nisato.

—No, ellos eran criaturas de carne y hueso —respondió Uriel—. Los encontramos en nuestro viaje y estábamos llevándolos a su casa. Antiguamente fueron niños humanos, pero los Poderes Siniestros los convirtieron en… —Uriel se encogió de hombros ante la falta de una palabra adecuada.

—En monstruos —concluyó la frase Nisato.

—No, monstruos no —replicó Uriel—. Ellos son inocentes. Los espíritus de los muertos controlaron sus cuerpos para sus propios fines. Lo que está sucediendo no es cosa suya.

Leto Barbaden se rió.

—Así pues, ¿he de entender que esas criaturas llegaron con usted a Salinas, capitán Ventris? Oh, esto es muy interesante. Eso quiere decir que

las muertes de los Águilas Aullantes, la coronel Kain y de Mesira Bardhyl son culpa suya.

—No, gobernador —dijo gélidamente Uriel—. Sus muertes penden sobre su cabeza. Los sinpiel podrían haber vivido sus vidas en paz en algún lugar seguro, si no hubiera sido por el horror que liberasteis en Khatunian. Ahora no son más que las marionetas de la sangrienta venganza de vuestras víctimas.

—Peor que eso, pueden ser la causa de que este mundo sea destruido —dijo Leodegarius.

Todas las recriminaciones cesaron.

—¿Destruido? —Preguntó Casuaban—. En nombre de todo lo sagrado, ¿por qué?

—Cuanto más fuertes se hagan los muertos, más atraerán las fuerzas de la disformidad hacia ellos, debilitando aún más los muros que impiden que el inmaterium engulla este mundo. Si no los detenemos pronto, esos muros se derrumbarán y todo el sector se convertirá en una puerta al reino del Caos. Y pienso destruir este mundo antes de permitir que eso suceda.

Un pesado silencio descendió sobre todos los reunidos al darse cuenta de golpe de la magnitud del peligro.

—¿Y cómo los detendremos? —inquirió Uriel.

—Hemos de descubrir lo que mantiene aquí a los fantasmas y destruirlo —dijo Leodegarius.

—¿Y qué es lo que los está manteniendo aquí? —preguntó Togandis. Cuando Leodegarius no respondió inmediatamente, fue Barbaden quien lo dijo.

—No lo sabéis, ¿no es cierto?

—No, no lo sé, pero uno de ustedes lo sabe.

—¿Uno de nosotros? —Repitió Uriel—. ¿Quién?

—Una vez más, no lo sé, pero las cartas nos han reunido aquí por alguna razón —continuó Leodegarius—. La energía de estos espíritus debe tener un foco que los mantiene atados aquí, alguien con habilidades psíquicas, que está tan consumido por la rabia que posee el poder de manipular tan monstruosa energía.

Una vez más se hizo el silencio.

—Yo sé quién es —dijo Pascal Blaise.

—¿Quién? —Exigió saber Leodegarius—. Dilo.

—Es Sylvanus Thayer.

—Tonterías —le espetó Barbaden—. Ese estúpido bastardo está muerto. Los Falcaras lo destruyeron junto a su traidora banda después de lo que Khatunan.

Serj Casuaban negó con la cabeza.

—No, Leto —dijo—, está vivo. Lo que queda de él está conectado a las máquinas de la Casa de la Providencia, aunque afirmar que está vivo es forzar mucho el significado del término.

—¿Tú sabías que Thayer seguía vivo y me lo ocultaste? —rugió Barbaden.

—Lo hice —admitió Casuaban—. Era mi penitencia por lo que hicimos. Era un hombre al que no iba a dejar morir por mi cobardía. Leodegarius lo interrumpió haciéndolo volverse en mi dirección.

—Ese Sylvanus Thayer, hábleme de él.

—¿Qué quiere saber?

—Ha dicho, «lo que queda de él», ¿qué quería decir con eso?

—Quería decir que los Falcatas se ensañaron con él, pensaron que lo habían matado, y prácticamente lo hicieron. Cuando Pascal Blaise me lo trajo, pensé que ya estaba muerto, pero se agarraba a la vida y no podía dejarlo ir. Había sufrido quemaduras en casi el noventa por ciento de su cuerpo, y había perdido ambas piernas y uno de los brazos. Sus ojos habían desaparecido, quemados, y no era capaz de hablar. Creo que podía oír, pero es difícil de decir. Una máquina respira por él y otra lo alimenta, mientras una tercera se encarga de sus residuos. Como he dicho, no puede clasificarse demasiado como «vida».

—¡Por el Emperador, habría sido más compasivo dejarlo morir! —exclamó Pasanius.

—Lo sé —reconoció Casuaban con voz entrecortada—, pero no podía hacerlo. Tras la matanza del Campo de la Muerte logré mantener la cordura diciéndome a mí mismo que yo no había matado a nadie, que no había

disparado ni una bala, pero si mataba a Sylvanus Thayer, o simplemente lo dejaba morir, habría sido tan despreciable como los que habían arrasado Khaturian.

—Si alguien posee suficiente rabia en su interior, ése debe ser el hombre cuya familia fue asesinada en Khaturian —asintió Leodegarius—. El estar atrapado en la carne de su impedido cuerpo… puede haber sido el catalizador que haya permitido a unos poderes psíquicos latentes desarrollarse.

Leodegarius cogió a Casuaban con fuerza por los hombros.

—Ha dicho que ese Sylvanus Thayer está en la Casa de la Providencia?

—Sí —asistió Casuaban.

—Llévenos allí —dijo Leodegarius—. Antes de que sea demasiado tarde.



DIECINUEVE

El motor del Land Raider resonaba con fuerza, y el hedor apestoso del combustible resultaba sumamente agradable para Uriel. Iba equipado con su armadura prestada y marchaba al combate a bordo de uno de los vehículos más poderosos de todo el arsenal de los marines espaciales, y todo ello era una prueba tangible de que su exilio estaba a punto de acabar.

Pasanius estaba sentado a su lado, con la atención concentrada en una Placa pictográfica que mostraba una imagen granulosa del exterior del Land Raider. Cinco caballeros grises de resplandeciente servoarmadura plateada estaban sentados frente a él.

De pie delante de la rampa de asalto frontal se encontraba Leodegarius, que estaba protegido de nuevo por su colosal armadura de exterminador. El caballero gris tenía empuñada con firmeza su gran alabarda en una enorme mano. En la otra, en vez del bólter de asalto montado en la muñeca, llevaba. un arma nueva, algo que llamó cañón psíquico. No disparaba proyectiles de bólter normales, sino unos proyectiles de plata pura consagrada que eran letales para todo lo demoníaco y lo antinatural.

Uriel empuñó con firmeza el bólter que Leodegarius le había entregado. Las delicadas líneas y la taracea de factura exquisita eran superiores a cualquier otra que hubiera visto con anterioridad. Era un regalo de un valor incalculable, y Uriel deseó ser capaz de demostrar en el combate que se avecinaba que era un portador honorable para un arma tan magnífica. No se hacía ilusiones al respecto. Esa noche se iba a derramar mucha sangre.

Apenas salió del palacio y quedó bajo la penumbra del anochecer sintió el manto asfixiante de la amenaza en ciernes. La presencia de los muertos vengadores saturaba el propio aire y le arañaba los nervios igual que una vibración discordante.

No tenían tiempo que perder, así que Leodegarius reunió a sus guerreros y junto a Uriel, Pasanius y Casuaban cruzaron las calles de Barbadus en dirección a la Casa de la Providencia. Dos Rhino seguían al Land Raider, y a pesar de su enorme masa y del temor que despertaba, al vehículo de cabeza le costó avanzar, ya que las calles de Barbadus estaban repletas de gente, de gente que gritaba angustiada, atemorizada.

—Lo de ahí fuera es un caos —comentó Pasanius, observando con atención la placa pictográfica.

—Nadie sabe con seguridad lo que está pasando, pero saben que ocurre algo terriblemente malo —apuntó Uriel.

—Sí, tienes razón, no hace falta tener poderes psíquicos para saberlo —admitió Pasanius mientras observaba la enorme figura de Leodegarius. El arma afilada del guerrero relucía con un brillo púrpura bajo la luz del compartimento de tropa. Uriel se estremeció cuando sintió su poder como un cosquilleo que le bajaba por la espina dorsal.

—Es un arma némesis —le explicó Leodegarius, como si se hubiera percatado del escrutinio de Uriel—. Es una hoja forjada por los mejores artesanos de Titán y templada con la sangre de un demonio.

—¿Será capaz de matar a los sinpiel?

—Ya mató a dos en la plaza abierta delante del edificio de donde te saqué.

—Dos —musitó Uriel con tristeza—. Eso deja a unos cinco o seis.

—¿Es que les tienes lástima?

—Sí —admitió Uriel—. No se merecían esto.

—Quizá no, pero poca gente de esta galaxia recibe lo que se merece.

—Lo hará —intervino Pasanius, señalando con el pulgar a Serj Casuaban, que se encontraba en el otro extremo del compartimento con aspecto triste y deplorable.

Pasanius le dio la espalda al médico y se dirigió a Leodegarius.

—Sigo diciendo que deberíamos bombardear el sitio desde la órbita. Tenéis una nave ahí arriba, ¿no?

—Así es —contestó Leodeganius sin darse la vuelta—. Si no conseguimos detener a Thayer, ordenaré un ataque con rayos desde la órbita.

—¡No puede hacerlo! —Gritó Serj Casuaban—. Hay gente inocente en la Casa de la Providencia, ¡eso sin contar con todas las personas que matarán y mutilarán en la ciudad con un ataque como ese! Si da esa orden, no será mejor que Barbaden.

—O que usted —lo acusó Pasanius—. También estuvo en Khaturian.

—Yo no maté a nadie —replicó Casuaban a la defensiva.

—Dejó que Barbaden diera la orden. ¿Intentó siquiera detenerlo?

—No lo conoce. Una vez Leto ha tomado una decisión, no existe nada en el mundo capaz de hacerlo cambiar de opinión.

—Muy bien. —Pasanius se volvió hacia Uriel—. ¿Por qué no le damos a esa gente lo que quiere? Barbaden y Togandis están encerrados en las celdas, y a éste lo tenemos aquí. ¿Por qué no les metemos un balazo en la nuca? ¿No resolvería eso el problema?

—¿Me mataría a sangre fría? —exclamó Casuaban.

—Si con eso salvara al planeta, sí, sin dudarlo.

—Ya basta, Pasanius —lo cortó Uriel—. No vamos a pegarle un tiro a nadie. Se trata de hacer justicia, no de cobrarse venganza. Detendremos a Sylvanus Thayer y luego estos tres tendrán que enfrentarse a una corte marcial acusados de crímenes de guerra. —A Uriel se le ocurrió algo de repente y se volvió para mirar a Leodegarius—. ¿Es seguro tener a Barbaden y a Togandis en las celdas del palacio? ¿No podrían atacarlos allí los muertos?

—No. Tengo levantado un sanctuary aegis allí —le contestó Leodegarius—. Ningún poder de la disformidad será capaz de llegar hasta ellos.

Uriel estaba a punto de preguntarle algo más cuando el caballero gris levantó la mano.

—Ya hemos llegado.

—¿Qué aspecto tiene la situación?

—Muy malo.

A pesar de que se encontraba encerrado en una celda excavada bajo los cimientos del propio palacio imperial, Shavo Togandis se encontraba más en paz consigo mismo de lo que se había sentido a lo largo de los diez años anteriores. Aunque no había desaparecido, el sentimiento de culpa ya no era una losa insuperable en cuanto se supo la verdad sobre el Campo de la Muerte.

El aire que circulaba por la prisión era fresco, y por primera vez desde hacía más tiempo del que podía recordar, Togandis no estaba sudando. Le habían quitado todas sus vestiduras ceremoniales, aunque le habían permitido conservar puestas las interiores debido a que ninguna de las ropas para prisioneros tenía la talla suficiente para él.

Estaba arrodillado delante de los barrotes de su celda, frente al edificio de guardia, sin decoración alguna, situado en el centro del complejo. Tenía las manos unidas en actitud de oración, y no dejaba de musitar plegarias que se apresuraban a llenarle el vacío que se había producido en su mente por el miedo a lo que había puesto al descubierto.

—¿Crees que rezar te servirá de algo? —le preguntó Leto Barbaden, que se encontraba en la celda de al lado.

Togandis acabó la plegaria y volvió la cabeza para enfrentarse al hombre que había ocupado sus pesadillas a lo largo de la década anterior. Lo miró y se preguntó qué era lo que había encontrado tan terrorífico en él. Era posible que Leto Barbaden fuera un monstruo en su interior, pero tenía el aspecto de un individuo corriente.

Eso es lo que era, un individuo corriente.

Lo que hacía que la magnitud de sus crímenes fuera mucho más terrorífica.

¿Cómo podía nadie imaginarse que tanta maldad pudiera provenir de unos seres tan poco remarcarles?

Sin duda, la matanza de tantas vidas inocentes sólo podría haberse producido a instancias de un demonio alado vomitador de llamas, o bajo las garras de una horda de orkos sedientos de sangre.

No. La habían realizado hombres y mujeres.

Lo habían hecho. La cercanía de su castigo era un alivio bendito para el antiguo cardenal.

—Creo que rezar no hace daño, Leto —le contestó al cabo—. Vamos a pagar por lo que hicimos, y necesito reconciliarme con el Emperador antes de encontrarme en su presencia.

—Por mí ya pueden montar cualquier farsa que quieran llamar juicio. No pienso disculparme. No me sacarán nada a ese respecto.

—¿Ni siquiera ahora, con todo lo que está sucediendo, crees que hicimos algo malo?

—Por supuesto que no —fue la respuesta de Barbaden.

—Entonces, Leto, estás completamente perdido —lo amonestó Togandis al mismo tiempo que negaba con la cabeza—. Siempre supe que eras una persona muy peligrosa, pero no creo que hasta este momento me hubiera dado cuenta del motivo.

—¿De qué estás hablando?

—Eres la parte siniestra del corazón humano, Leto. Eres el mal que acecha en cualquiera de nosotros, el potencial de cometer los actos más odiosos y de hacerlo con una sonrisa en la cara. En la mayoría de nosotros existen una pared de conciencia que separa los actos buenos de los malos, pero a ti te falta eso. No sé el motivo, pero para ti no existe el concepto del mal, tan sólo los resultados.

Las palabras salieron de los labios de Togandis como un torrente, y sintió una especie de catarsis mientras las pronunciaba.

Cerró los ojos y sonrió cuando captó en el aire el leve pero inconfundible olor a carne quemada.

—Ya vienen, Leto.

Togandis volvió de nuevo la cabeza y miró más allá de los barrotes cuando oyó los gritos y las advertencias de los demás prisioneros.

En la estancia había comenzado a formarse una neblina de luz palpitante, igual que si se hubiera partido alguna tubería y de ella estuviese saliendo un vapor caliente que inundara la cárcel. Togandis sabía que no era así, y sonrió cuando vio una horda de formas fantasmales que rebullían en el centro de la neblina.

Lo primero que surgió del humo acre fue una niña pequeña, con el vestido quemado y humeante. Tenía la carne achicharrada y le colgaba en largas tiras chamuscadas.

Otras formas se reunieron con ella, hombres, mujeres y más niños. Siguieron apareciendo hasta que la estancia quedó llena de muertos.

Avanzaron como si los empujara una brisa suave y se acercaron a las celdas. Togandis los recibió con los brazos abiertos, y supo que ni él ni Leto

Barbaden tendrían que enfrentarse jamás a un consejo de guerra.

El antiguo cardenal miró a Leto Barbaden, y no supo si sentirse impresionado o asqueado por su falta de emoción. El gobernador de Salinas no parecía sentirse conmovido por aquellas apariciones espectrales, lo mismo que le ocurría con todo lo demás en la vida.

Togandis pensó que la vida debía de ser muy gris para alguien como él. La niña se volvió para mirar a Barbaden.

—Tú estabas allí.

—Pues claro que estaba allí —le replicó Barbaden—. Te maté y no me arrepiento.

El rostro de la muchacha se retorció, y el resplandor de su carne espectral onduló cuando se lanzó a por Leto Barbaden.

Una cegadora luz azulada saltó de los barrotes de la celda, y Togandis parpadeó sorprendido cuando la niña salió despedida hacia atrás. Luego se fue desvaneciendo hasta desaparecer en mitad de la neblina, como si nunca hubiera existido.

Barbaden se echó a reír.

—Por lo que parece, los fantasmas de Thayer no son tan poderosos, después de todo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, ansioso, Togandis, que deseaba que los espíritus de los muertos fueran a por él de una vez y acabaran con su miserable vida.

—Creo que Leodegarius nos quiere con vida para que pasemos por un consejo de guerra.

Fue entonces cuando Togandis lo comprendió.

Muy malo ni siquiera se le acercaba para empezar.

La Casa de la Providencia estaba envuelta en llamas. Unas lenguas de fuego frío surgían como sudarios luminosos de cada abertura, como si el interior de los tres poderosos vehículos estuviera lleno a reventar de luz.

Unos vientos aullantes, iguales a los gritos penetrantes de los condenados, giraban alrededor de su objetivo llevando consigo unos

gemidos atormentados de angustia que parecía imposible que hubieran salido de una garganta humana. Unos arcos de luz incandescente chasqueaban y serpenteaban por encima de las superficies metálicas de aquellas máquinas de guerra colosales. Una sensación enfermiza e insidiosa bajaba fluyendo por la colina.

—¿Sigues sin creer que deberíamos bombardear ese sitio desde la órbita? —insistió Pasanius.

Serj Casuaban se quedó mirando con expresión horrorizada en lo que se había convertido la Casa de la Providencia, y Uriel apenas podía imaginarse lo que debía de estar sintiendo. Un lugar de curación se había convertido en un lugar de muerte y de venganza, y el médico se rebelaba ante semejante acto de perversión.

Uriel y Leodegarius encabezaron la marcha a pie colina arriba, ya que el paso del Land Raider se había visto bloqueado por una multitud de chasis de tanques envueltos en llamas que habían sido arrastrados hasta el camino. Los caballeros grises los siguieron desplegados en equipos de cinco hombres. Pasanius ayudó a Casuaban a mantener el ritmo de avance.

—¿Cómo han llegado estos tanques hasta aquí? —preguntó de repente Casuaban.

—Los sinpiel —le contestó Pasanius al mismo tiempo que señalaba hacia arriba, donde cinco siluetas se recortaban contra el borde de la meseta hacia la que se dirigían. No eran más que unas formas de color negro noche, pero sus venas estaban llenas de luz, y Uriel vio que el señor de los sinpiel se había hecho más poderoso todavía desde la última vez que se había encontrado con él. Su cuerpo se había hinchado de un modo monstruoso y estaba repleto de almas enfurecidas.

Las criaturas desaparecieron de la vista por detrás del borde, y una oleada de negra desesperación se abatió sobre Uriel, ya que comprendió que no tendría más remedio que ayudar a los caballeros grises en su tarea de destruirlos. Cualquier esperanza que tuviera respecto a los sinpiel se esfumó por completo. La brutal realidad de la galaxia era que no había sitio para ellos, que no habría un final feliz, tan sólo la muerte.

Los vientos que aullaban alrededor de la Casa de la Providencia eran cada vez más fuertes y los gemidos sonaban cada vez con más intensidad. Un rayo salió despedido del Capitol Imperialis del centro con un estruendo rugiente y explotó contra el costado de un Chimera vacío.

—¡Está claro que hay algo que intenta mantenernos alejados! —gritó Uriel. Serj Casuaban se tapó los oídos con las manos. Una fuerte lluvia comenzó a acribillar el suelo.

El camino serpenteaba a lo largo de la subida por la colina, y el avance fue lento debido a la necesidad de zigzaguear por el laberinto de tanques quemados y abandonados. Leodegarius apartó aquellos que no pudieron rodear. El increíble poder de su armadura de exterminador le permitió empujar los tanques que estorbaban como si no pesaran nada en absoluto.

Ya estaban más cerca del borde, y Uriel amartilló el bólter. La simple idea de volver a combatir como un marine espacial del Emperador lo llenaba de orgullo. Los caballeros grises se desplegaron con las alabardas dispuestas bajo la lluvia de luz y de agua.

Uriel apuntaba a derecha e izquierda con el bólter cada vez que captaba atisbos fugaces de figuras fantasmales que pasaban corriendo por el borde de su campo de visión. Un millar de voces sibilantes susurraban igual que un bosque mecido por la brisa. Las palabras eran ininteligibles, pero rebosantes de ira.

—¿Las oyes? —le preguntó Leodegarius a través del comunicador.

—Sí, pero me preocupan más los sinpiel.

—Estarán dentro. Esperándonos.

Uriel siguió trotando hacia la cima con aquella idea metida en la cabeza. Tuvo que dejarla a un lado cuando por fin se encontró bajo la inmensa sombra de la Casa de la Providencia.

Vistos desde lejos, los tres Capitol Imperialís eran unos símbolos enormes e impresionantes del Imperio, pero vistos de cerca, eran una visión increíble e impresionante del poder de destrucción. Sus costados de metal oxidado se alzaban majestuosos hacia el cielo, y los rayos que los rodeaban chasqueantes relucían como si sus reactores estuvieran a punto de estallar.

La idea no era muy tranquilizadora.

Todos los instintos le indicaron a Uriel mientras se acercaban a la Casa de la Providencia que estaba rodeado de enemigos, pero no logró ver ninguno, a ninguno sólido al menos, ya que los vientos aullantes arrastraban ante él rastros de fantasmas flotantes, formas corporales tan insustanciales como volutas de humo pero que poseían la presencia de un ser vivo.

El avance hacia la Casa de la Providencia se hacía cada vez más difícil, como sí tuvieran que avanzar sobre un barro profundo. Incluso Leodegarius marchaba más lentamente, y Uriel no quiso imaginarse qué sería capaz de frenar a un exterminador.

—¿Cómo entramos? —preguntó Uriel a gritos, mientras buscaba una abertura a lo largo del vehículo inmovilizado.

—Por allí —respondió Leodegarius, señalándole un arco de entrada sumido en sombras que estaba parcialmente oculto por la neblina y la oscuridad antinatural.

Uriel miró a través de la penumbra, pero apenas fue capaz de ver su trazado. Leodegarius se volvió hacia Casuaban.

—Nos llevará hasta Sylvanus Thayer, lo identificará y luego se quitará de en medio, ¿entendido? —le dijo con voz fácilmente audible incluso por encima de la fuerza aullante de la tormenta psíquica.

Casuaban asintió.

—Entremos —ordenó Leodegarius, y Uriel empuñó con fuerza el bólter.

Aunque el exterior de la Casa de la Providencia era una locura caótica, el interior era de una quietud helada. En cuanto Uriel entró en la inmensa estructura, todo el ruido y la luz se desvanecieron.

Los globos de brillo colgados de las rejillas del techo chasqueaban al encenderse y apagarse El vapor salía de las mochilas de sus armaduras como si fuera aliento. Las paredes eran de hierro. El metal estaba helado, marcado por líneas de escarcha. A sus pies crujían las placas de hielo. Uriel y Pasanius avanzaron por el estrecho pasillo de la entrada. Los hombros de Leodegarius rozaban las paredes a cada paso que daba.

A lo largo de las paredes relucientes aparecían y desaparecían grupos de sombras. Uriel captó un zumbido enervante justo por debajo del límite de audición. Los caballeros grises se desplegaron por la estructura en equipos

de cinco y aseguraron un perímetro tan cerrado como pudieron alrededor de sus superiores.

Además de cuatro caballeros grises con servoarmaduna, el grupo de Uriel lo componían Leodegarius, Pasanius y Serj Casuaban. El médico estaba temblando, y tenía el rostro pálido y los ojos abiertos de par en par. Se rascaba sin parar un lado de la cabeza, que sacudía como si intentara sacarse algo del oído.

—Son tantas voces… —susurró, aunque el eco del sonido rebotó por el pasillo helado.

—¿Puede oírlos? —le preguntó Uriel.

Casuaban asintió con las mejillas cubiertas de lágrimas.

—A todos. Le tienen miedo. El doliente. Así es como solían llamarlo.

—¿EA quién?

—A Sylvanus Thayer, después de la matanza.

—¿Le tienen miedo?

—Sí… Quieren irse, marcharse a descansar, pero él no les deja, no hasta que se haya vengado.

Uriel archivó aquel dato y siguió a Leodegarius.

Su trayecto los llevó a través de pasillos y salas llenos de gente aterrorizada y a lo largo de pasarelas abiertas. Las espirales de luz se acumulaban en los huecos de los techos y los gritos de los heridos resonaban de un modo extraño en la confusa estructura interna de aquel lugar.

Hombres, mujeres y niños con heridas terribles los miraban al pasar, algunos con esperanza, otros con terror, pero los marines espaciales no podían detenerse a ayudarlos. Uriel pensó que sin duda se trataba de un lugar horrible, donde los heridos ocasionados por décadas de enfrentamientos eran abandonados para que se pudrieran, donde sólo la habilidad y la dedicación de un hombre podía ayudarlos a reconstruir sus vidas.

Uriel se prometió a sí mismo que, sin importar lo que pasara, haría todo lo que pudiera por ayudar a Casuaban. Posiblemente era culpable, pero era

evidente que sentía un terrible remordimiento por lo que había permitido que sucediera.

El médico señalaba en una dirección cada vez que llegaban a un cruce de pasillos, y desde allí se ponían en marcha de nuevo, atentos a cualquier señal de los sinpiel o a cualquier otra clase de enemigo.

Aunque no vio amenaza alguna, Uriel sintió como un tremendo poder crecía y crecía, como algo grande reunía fuerzas. Maldijo su imaginación, demasiado intensa, y se sacó aquellos pensamientos morbosos de la cabeza al mismo tiempo que Leodegarius se detenía.

Habían llegado a un cruce donde dos pasillos se hundían en la oscuridad, a la derecha y a la izquierda, y unas anchas escaleras de hierro llevaban hacia una nueva luz parpadeante. Del pasamanos de bronce colgaban largas estalactitas.

—¿Por dónde, médico? —le preguntó Leodegarius.

—Arriba. Tenemos que ir arriba.

Cuando el ataque se produjo, se desarrolló con tanta precisión que pilló a todo el mundo por sorpresa.

Los guerreros del flanco derecho fueron los primeros en ser atacados. Una bestia con la espina dorsal encorvada y unos largos brazos envueltos en músculos semejantes a maromas de acero le arrancó la cabeza al guerrero que iba en vanguardia y se la arrojó a sus camaradas.

Una criatura con un exoesqueleto de una sola pieza semejante a una armadura, se estrelló contra los guerreros de la izquierda y los dispersó, no sin antes matar a dos de ellos aplastados por la increíble brutalidad de su carga.

El grupo de Uriel había llegado a una rampa que los llevaría más arriba todavía, y el capitán astartes vio una sombra que se separaba de un hueco situado en una pared que tenían delante. El cuerpo relució, lleno de luz, cuando se lanzó a la carga contra ellos. La criatura era un híbrido de dos cuerpos unidos en uno solo, una unión antinatural aparentemente incapaz de sustentar ningún tipo de vida pero que, de algún modo, lo había conseguido.

Uriel vio el gemelo interno de la criatura moverse bajo la piel nueva recién formada. Era una cara aullante que se aplastaba contra la pálida

cubierta de carne. Los músculos de la bestia estaban repletos de luz, y con un rápido movimiento le arrancó el casco al caballero gris que estaba más cerca de Uriel.

Del cuerpo ya sin cabeza salió un chorro de sangre, y el silencio que había en el interior de la Casa de la Providencia acabó de un modo brutal.

Los caballeros grises reaccionaron con la rapidez y la ferocidad que Uriel esperaba de ellos. En cuanto los monstruos aparecieron ante ellos, dispusieron las alabardas para atacarlos. Los bólters de asalto abrieron fuego en una descarga coordinada de disparos. El lugar se llenó de una luz cegadora y un rugido ensordecedor. De los sinpiel salieron chorros de carne y de luz cuando se estremecieron bajo los impactos.

Un puño con la masa y la fuerza de un martillo pilón cruzó el aire y se estrelló contra la placa pectoral de uno de los caballeros grises para acabar saliendo por la espalda del guerrero envuelto en una lluvia de sangre y fragmentos de ceramita. Uriel se agachó para esquivar el siguiente golpe y luego abrió fuego. El tronar de su arma se unió al estruendo general.

Serj Casuaban se dejó caer de rodillas y se acurrucó mientras Pasanius se mantenía a su lado para defenderlo.

Su oponente estaba demasiado cerca para poder utilizar el cañón psíquico, por lo que Leodegarius empujó con fuerza su alabarda y la hoja centelleante se clavó en la espalda de la criatura. El monstruo rugió de dolor cuando la punta brillante y afilada le salió por e! pecho. Intentó darse la vuelta para enfrentarse a su atacante, pero la fuerza y la masa del caballero gris lo mantuvieron inmovilizado.

—¡De prisa! —Gritó Leodegarius—. ¡Matadlo!

Los dos caballeros grises supervivientes se acercaron disparando mientras corrían, y Uriel se sintió sorprendido por la fiereza con que atacaban a aquellas criaturas terroríficas. En la carne del monstruo aparecieron nuevos agujeros abiertos por los proyectiles explosivos, pero ni siquiera pareció sentirlos.

Leodegarius obligó a la bestia a ponerse de rodillas con un fuerte giro de la alabarda, y Uriel se apresuró a unirse a los caballeros grises blandiendo la espada. Las afiladas hojas atravesaron a la criatura, y sus

rugidos de dolor resonaron en las paredes e hicieron que se desprendieran varios carámbanos del techo.

El gemelo surgió del pecho del sinpiel en una parodia grotesca de un nacimiento. Su cuerpo vil y repugnante estaba cubierto de sangre, y sus garras salieron disparadas contra el marine más cercano. Estaban cubiertas de luz y partieron la armadura y la carne del caballero gris como si fueran de papel mojado. El gemelo parasitario atravesó los músculos y los huesos del pecho del guerrero para arrancarle el corazón y destrozarle los órganos internos.

El caballero gris se desplomó, y al hacerlo, le partió el cuello a su asesino.

El sinpiel se estaba debilitando, por lo que Leodegarius pudo por fin apuntar con el cañón psíquico y dispararle a la bestia toda una ráfaga de proyectiles impregnados psíquicamente.

El efecto fue instantáneo: la criatura se derrumbó convertida en una masa de carne destrozada que no habría sido capaz de resistir tantos daños si no hubiera dispuesto del poder de los muertos para soportarlo.

Uriel no sintió gloria alguna por aquella victoria, tan sólo pena, pero no tuvo tiempo de lamentarlo.

Los atacaban nuevos enemigos.

Llegaron en oleadas de luz procedentes de las salas de enfermería cercanas. Sus aullantes gritos de dolor crisparon los nervios de Uriel. Miró con mayor atención y vio una horda de figuras horripilantes que se dirigían flotando hacia ellos como si las empujara un fuerte viento.

Eran personas enfermas, heridas, delgadas, cadavéricas y quemadas cubiertas con aleteantes batas quirúrgicas. Había amputados, personas sin ojos y mujeres con cicatrices horribles que les cubrían todo el cuerpo. Todos tenían las manos extendidas hacia delante como si estuvieran pidiendo limosna, y aquellos que todavía tenían ojos mostraban una mirada cargada con el furioso recuerdo del dolor y del sufrimiento. Una ola de escarcha hizo crujir las paredes por delante de ellos y trazó una serie de dibujos enloquecidos y blanquecinos.

—¡En nombre del Emperador, ¿qué es eso?! —gritó Casuaban cuando levantó la mirada.

—Fantasmas —respondió Leodegarius—. Las pesadillas atormentadas de los heridos que cuida. El poder de la disformidad es cada vez más fuerte y se están haciendo reales.

—Supongo que son peligrosos —apuntó Uriel al mismo tiempo que levantaba la espada.

—Letales. No permitáis que os toquen. Se alimentan de la vida para aliviar su sufrimiento. ¡Médico! ¿Por dónde?

Casuaban miró a su alrededor con expresión confundida, como si el entorno de repente, no le fuera familiar.

—¡De prisa! —lo apremió Leodegarius.

—¡Arriba! ¡Hay que subir otro nivel!

Leodegarius se apartó de ellos y se colocó en el centro del pasillo, directamente delante de la horda de pesadillas aullantes.

—¡Cheiron, a mi lado! ¡Uriel, ponte detrás de nosotros! ¡A la rampa!

—¿Qué vais a hacer?

—Vamos a detenerlos —respondió Leodegarius.

Uriel se apartó de los caballeros grises en cuanto notó el sabor penetrante de la energía psíquica. La hoja de su espada empezó a sisear y a emitir chispazos ante la presencia de semejante poder. Se apresuró a reunirse con Pasanius y con Casuaban y juntos retrocedieron hacia la rampa que llevaba a quién sabía dónde.

Las armas de los caballeros grises rugieron al disparar. Los proyectiles de Cheiron no parecieron surtir mucho efecto, pero los de Leodegarius rasgaron las figuras como si fueran de tela. Sin embargo, a medida que las siluetas fantasmales se iban acercando, Uriel se dio cuenta de que no iba a ser suficiente.

—¡Tengo que ayudarlos! —exclamó, volviéndose hacia Pasanius.

—¡Espera! —le advirtió su sargento al mismo tiempo que señalaba a los dos caballeros grises.

Uriel miró en su dirección por encima del hombro y le dio la impresión de que los dos guerreros de armaduras plateadas parecían aumentar de

tamaño cuando unos arcos centelleantes comenzaron a saltar desde los bordes de sus armaduras.

Los dos tenían apoyada la alabarda en el suelo en posición vertical y la mano libre extendida hacia delante mientras entonaban el mismo cántico.

—Impías abominaciones de la disformidad, os conocemos. Impuro poder de más allá del velo, te rechazamos. Malignos demonios del Empíreo, os desafiamos. —Leodegarius golpeó el suelo metálico con el extremo de la alabarda—. Tres veces estáis malditos y tres veces condenados estaréis.

Serj Casuaban lanzó un grito y Uriel notó la oleada de poder cuando una bola de fuego blanco brillante explotó alrededor de los caballeros grises. Leodegarius y Cheiron quedaron envueltos en llamas y refulgieron como ángeles del Emperador mientras aquel poder rugiente quedaba concentrado a su alrededor por la pura fuerza de su mente.

—¡Engendro del mal, yo te expulso de aquí! —gritó Leodegarius, y la bola de fuego blanco llenó el pasillo.

Las llamas parecieron salir de los caballeros grises y los gritos de las figuras fantasmales quedaron apagados por el rugido del fuego.

Uriel protegió a Casuaban de las llamas mientras su poder lo rodeaba todo. El metal gimió y chirrió bajo el ataque de pureza de Leodegarius, que empleó la propia esencia de su alma en aquel fuego purgador.

Todo acabó en unos cuantos segundos. Los aullidos de pesadilla quedaron silenciados y el rugido terrorífico del ardiente infierno que habían desencadenado los dos caballeros grises también enmudeció.

Uriel levantó la mirada y vio a Leodegarius y a Cheiron todavía de pie en mitad del pasillo. De sus armaduras plateadas cayeron unas cuantas espirales de luz más mientras los miraba. Leodegarius se dio la vuelta y, a pesar de que estaba totalmente cubierto por la armadura de exterminador, Uriel se dio cuenta de que estaba exhausto.

—Vamos. No tardarán en regresar. Debemos seguir.

Uriel asintió y Pasanius ayudó a Casuaban a ponerse en pie.

—¿Arriba dijiste?

—Sí. Que el Emperador me proteja —musitó Casuaban, haciendo el signo del aguila.

Uriel encabezó la marcha por la rampa. A su espalda marchaba Pasanius, quien arrastraba consigo al reticente médico. Leodegarius y Cheiron cerraban la columna. Uriel oyó chillidos y rugidos en aumento a medida que nuevos enemigos se acercaban.

Pasó al canal de comunicación interna de su casco y oyó órdenes y estampidos de armas de fuego. Los disparos resonaron en el interior de su casco y por toda la Casa de la Providencia, pero su origen exacto resultó imposible de determinar debido a los pasillos que se entrecruzaban como un laberinto.

No sabía cómo les iba a los demás caballeros grises, ya que hablaban en un lenguaje de combate que él desconocía. Sin embargo, cada orden era impartida con claridad y con calma. Oír que unos guerreros se comunicaban en mitad del combate con aquella tranquila determinación era algo inspirador, y Uriel notó un sentimiento renovado de honor por el hecho de luchar a su lado.

—Por aquí —les indicó Serj Casuaban, haciéndoles cruzar una serie de puertas bajas que llevaban al interior más profundo de la Casa de la Providencia.

Algunas de las puertas resultaron ser demasiado pequeñas como para que Leodegarius pudiera pasar, pero unos cuantos tajos bien dirigidos de su arma némesis no tardaron en abrir el hueco suficiente como para que pasara su enorme figura blindada.

Finalmente, el trayecto los llevó hasta la sala de enfermería situada en la parte más elevada del Capitol Imperialis reconvertido. Se trataba de una estancia alargada de paredes de metal repleta de camastros con la cabecera pegada a la pared y un pasillo central. En cada una de las camas había una figura que se retorcía y cuya boca estaba deformada por un horrible rictus de dolor.

El aire estaba lleno de gemidos y de rastros de luz, formas fantasmales que giraban alrededor de una cama situada cerca del centro de la pared de la derecha.

No había duda de que se trataba de la de Sylvanus Thayer.

El señor de los sinpiel estaba al lado de esa cama, y su inmenso cuerpo era algo impresionante y asombroso.



VEINTE

Uriel, Leodegarius y Cheiron atravesaron con paso lento la enfermería avanzando entre las camas. Pasanius dejó a Casuaban junto a un carrito médico que había al lado de la puerta y los siguió. El señor de los sinpiel los vio acercarse con los ojos relucientes por una luz brillante que ardía como una estrella muerta.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Uriel por el comunicador.

—Primero nos enfrentaremos a la bestia y luego iremos a por Thayer —le ordenó Leodegarius.

—¿Y después?

—Lo mataremos.

Uriel asintió. No le gustaba la idea de matar a alguien en su lecho de muerte, pero Sylvanus Thayer no era una persona inocente, y su poder desbordado podía acabar con millones de personas si no lo detenían. Había impedido que los muertos descansaran en paz y los había atado a su odio, algo que era imperdonable.

El señor de los sinpiel bajó la cabeza. Movía la mandíbula de un modo poco familiar, y de las comisuras de la boca le caían hilos de baba sanguinolenta.

—¿Habéis venido a detenerme? —les preguntó con una voz que no era la suya.

—¿Hablo con Sylvanus Thayer? —exigió saber Leodegarius.

—Así es, guerrero.

—Entonces sí, hemos venido a detenerte —contestó el caballero gris al mismo tiempo que daba otro paso hacia el señor de los sinpiel—. Tu odio condenará a este mundo si no lo hacemos.

La criatura se echó a reír, pero fue un sonido repulsivo y hueco.

—¿Por qué iba a ser eso algo malo? En Salinas ya no queda nada bueno. Barbaden y los Falcatas se encargaron de que así fuera.

—Barbaden está detenido —le dijo Uriel, que se había colocado al lado de Leodegarius—. Los que no hayas matado ya pagarán por sus crímenes. Te lo prometo.

—¿Pagar? —Se burló Sylvanus Thayer metido en el cuerpo del señor de los sinpiel—. ¿Languidecer en una celda y seguir con vida? No es dolor

suficiente comparado con el que causaron.

—Puede que no, pero es la justicia.

—¿La justicia? —Rugió Thayer—. ¿Dónde estaba la justicia cuando los tanques de Barbaden quemaron viva a mi familia? ¿Dónde estaba la justicia cuando sus soldados acribillaron a las mujeres y los niños que huían? ¿Dónde estaba la justicia cuando bombardeó sin piedad a mis hombres cuando luchamos por vengar sus muertes? ¡Contéstame a eso, guerrero!

—No tengo respuestas que darte. Lo que te ocurrió a ti y a tu planeta estuvo mal, pero la respuesta no es provocar más muertes. El odio engendra odio, y tus actos sólo han empeorado la situación.

—Él tiene razón, capitán Ventris —dijo Serj Casuaban, hablando a sus espaldas. Uriel se dio la vuelta para mirarlo—. Sólo nuestra sangre será castigo suficiente. Todos lo sabemos.

—Cállese —ordenó Leodegarius—. Le dije que se mantuviera al margen.

Casuaban alzó una mano y Uriel vio que empuñaba algo brillante.

—Eso ya lo hice una vez, y mire adónde me ha llevado —respondió Casuaban antes de colocarse el escalpelo pegado al cuello—. Ha llegado el momento de pagar por lo que hicimos, y por si sirve de algo… lo siento.

—¡No! —gritó Uriel, pero ya era demasiado tarde.

Casuaban deslizó el escalpelo a lo largo de la garganta y lo clavó con fuerza para atravesarse la yugular. De la herida salió un chorro de sangre y Serj Casuaban se desplomó.

Uriel corrió hacia él, pero el médico había sido muy preciso en el corte y ya se había formado un amplio charco de sangre a su alrededor. El capitán le colocó las manos sobre la herida, pero era demasiado extensa y profunda para poder contenerle la hemorragia. La sangre le salió a borbotones entre los dedos y le manchó la armadura.

Los ojos de Casuaban se volvieron vidriosos y Uriel supo que había muerto. Ya no había forma de salvarlo.

Uriel se puso en pie y vio que Leodegarius estaba a unos cinco metros de la enorme forma del señor de los sinpiel. La criatura estaba completamente erguida, y Uriel se sintió asombrado de lo poderosa que se

había vuelto. Sin duda había sufrido de un modo terrible a lo largo de los combates que se habían librado los días anteriores, pero era imposible subestimar el poder que todavía albergaba en su cuerpo.

Unas líneas de luz cegadora brillaban bajo la piel de color ceniciento, y su carne mutante estaba repleta de poder salido de la disformidad. El señor de los sinpiel lanzó un rugido, y la enfermería retumbó con el sonido de su dolor y de la rabia de Thayer.

—Ya se ha derramado bastante sangre —le advirtió Leodegarius, alzando el cañón psíquico—. Esto tiene que acabar ya.

—¡Sí! ¡De un modo u otro! —aulló el señor de los sinpiel.

Antes de que Leodegarius pudiera apretar el gatillo, el señor de los sinpiel bajó las garras y levantó con facilidad dos camas de hierro que lanzó contra el guerrero. Los proyectiles consagrados destrozaron las camas y aniquilaron a sus desafortunados ocupantes, pero salieron desviadas de su objetivo inicial.

Las camas cayeron convertidas en un amasijo de hierros y el aire quedó inundado de restos ensangrentados y del relleno de los colchones. Uriel echó a correr al mismo tiempo que el señor de los sinpiel saltaba. Su enorme puño se estrelló contra el suelo de la enfermería y dobló las planchas metálicas.

Leodegarius apuntó de nuevo, pero el señor de los sinpiel ya se le había echado encima para entonces. Se alzó por encima del caballero gris y lo dejó bañado con la luz que refulgía bajo su piel. Un golpe con el dorso de la mano lanzó por los aires a Leodegarius al mismo tiempo que una ráfaga disparada por Cheiron acribillaba la espalda del señor de los sinpiel.

Pasanius y Cheiron rodearon al enorme monstruo y se colocaron tras mientras éste se dedicaba a machacar con los puños las placas de la armadura de Leodegarius.

El caballero gris se esforzó por defenderse de su atacante, pero la armadura de exterminador había sido diseñada pensando en la protección y no en la rapidez de movimientos, por lo que no pudo evitar que el señor de los sinpiel siguiera propinándole unos golpes terribles. Una de las hombreras ya colgaba de un manojo de cables que soltaba una lluvia de

chispas y de un puñado de fibras musculares arrancadas. La placa pectoral se había agrietado y de ella escapaba un chorro de fluidos.

Uriel pasó de un salto por encima de los restos de las camas mientras rezaba una breve plegaria por las almas de los que habían muerto en ellas. Su espada centelleó bajo la cambiante luz de la enfermería y la empuñó a dos manos al unirse al combate.

Pasanius siguió disparando mientras Uriel blandía su arma contra el señor de los sinpiel. La espada trazó un centelleante arco plateado cuando se abatió contra él. La hoja cortó el duro cuerpo de la criatura, pero en cuanto el filo hendió la carne, la luz se apresuró a cicatrizarla.

El señor de los sinpiel se volvió y lanzó un puñetazo contra Uriel.

El marine se agachó y rodó hasta colocarse debajo de la bestia, y desde esa posición le clavó la espada en la ingle. La hoja reluciente atravesó el cuerpo del señor de los sinpiel con un tajo que debería haberle amputado directamente la pierna, pero un momento después parecía no haber sufrido ningún daño.

Pasanius y Cheiron continuaron disparando sin cesar, pero sus armas no parecían causar efecto alguno. El rugido de los bólters se entremezcló con los aullidos de los fantasmas y el rugido del señor de los sinpiel, y todo unido formó una extraordinaria cacofonía de batalla.

Parecía inconcebible que un único oponente fuera capaz de enfrentarse a cuatro marines espaciales y seguir con vida, pero el problema era que el señor de los sinpiel no sólo estaba sobreviviendo, sino que estaba venciendo.

Leodegarius cayó bajo un terrible golpe que le arrancó el arma némesis de las manos. El caballero gris levantó un brazo, pero el señor de los sinpiel se lo agarró con fuerza y se lo arrancó del cuerpo con un atroz sonido desgarrador. De la herida salió un tremendo chorro de sangre, y Uriel oyó a través del comunicador de la armadura el aullido de dolor de Leodegarius.

El capitán se quedó asombrado al ver la facilidad con que se había partido la armadura de exterminador, ya que se decía que era capaz de ofrecer una protección casi indestructible. Leodegarius trastabilló y se

desplomó, ya que el dolor de la herida y el agotamiento producido por el ataque psíquico anterior lo habían dejado prácticamente sin fuerzas.

Cheiron se lanzó de un salto contra el señor de los sinpiel y le clavó su arma némesis en la espalda. La criatura se volvió con rapidez y le arrancó el arma de las manos para luego lanzar por los aires a Cheiron. El caballero gris voló a lo largo de la enfermería y se estrelló contra una de las paredes metálicas. Luego cayó hecho un guiñapo y dejó a la vista la tremenda abolladura que había provocado en el metal.

Pasanius recogió el arma némesis que se le había caído a Leodegarius, y junto a Uriel empezaron a dar vueltas alrededor del señor de los sinpiel desde direcciones opuestas. El cuerpo de la criatura estaba cubierto de tajos y de impactos de bólter. Tenía la espalda horriblemente acribillada y cubierta de sangre y de luz.

Uriel no fue capaz de imaginarse el dolor que debía de estar sintiendo el señor de los sinpiel, pero supo que debía dejar al margen cualquier noción de supuesta humanidad en su oponente.

Pasanius hizo una finta con la alabarda, pero utilizar un arma de asta tan larga con una sola mano era difícil, y el señor de los sinpiel apartó a un lado la afilada hoja. Uriel se lanzó contra él e intentó propinarle un tajo en la rodilla con la esperanza de hacer que se moviera un poco más lento.

Sin embargo, antes siquiera de que la espada llegara a tocarlo, el señor de los sinpiel se volvió y propinó un golpe salvaje a Uriel con un brazo semejante al tronco de un árbol. El marine salió volando por los aires y aterrizó al lado de las camas rotas y retorcidas, con las placas de la armadura abolladas pero no rotas.

Se puso en pie justo a tiempo de ver como Pasanius era derribado. Su amigo cayó al lado del cadáver de Serj Casuaban mientras Leodegarius se esforzaba por ponerse en pie y Cheiron volvía del otro extremo de la sala donde lo había mandado el señor de los sinpiel.

Uriel miró hacia donde se encontraba Sylvanus Thayer. Los fantasmas se arremolinaban junto a su cama y Uriel captó el dolor indescriptible que transmitían sus aullidos agónicos. Alrededor de él había un núcleo de luz blanca, aunque carente de pureza alguna. De allí salían gritos y chillidos

monstruosos, y Uriel se dio cuenta de que estaba mirando un desgarrón en el propio tejido de la realidad, una herida a través de la cual podían entrar toda clase de horrores.

Apartó la mirada de la luz cegadora cuando el eco de los rugidos del señor de los sinpiel resonó contra las paredes. Era un sonido en el que se entremezclaban la agonía, el triunfo y el arrepentimiento.

Uriel pasó saltando por encima de las camas. Abandonar a sus camaradas en mitad de un combate iba contra todos sus principios, pero sabía mientras cruzaba la estancia cubierta de restos en dirección a Sylvanus Thayer que aquella lucha no se ganaría simplemente con la fuerza de las armas.

—¡Voy contigo! —le gritó Pasanius, apresurándose a reunirse con él.

Uriel oyó el rugido del señor de los sinpiel cuando Thayer notó que se le acercaba, y el aullido de los espectros aumentó más todavía de volumen. El eco de un breve combate sonó a su espalda, y captó el sonido inconfundible de algo enorme que se lanzaba a por él.

Ya estaba frente a cama de Thayer, y Uriel vio que el cuerpo del hombre tendido bajo la capa de vendas quirúrgicas estaba tan destrozado como había dicho Serj Casuaban.

Tenía la piel roja y en carne viva, con un aspecto húmedo y horrible. Las dos piernas acababan en unos muñones a mitad del muslo, y uno de los brazos le faltaba por completo desde el hombro. Lo que quedaba del rostro de Thayer era un amasijo deformado de carne muerta. Los dos ojos debían de ser inútiles, y estaban tapados con párpados artificiales cosidos sobre las cuencas oculares para mantenerlas cerradas.

Uriel alzó la espada, con la hoja dispuesta para partirle el cráneo por la mitad a Thayer y así acabar con aquel horror.

No había gloria alguna en aquella muerte, ni honor, ni recompensa. Tan sólo deber.

—¡Hazlo! —le gritó Pasanius—. ¡Mátalo!

En ese preciso momento, los párpados de Sylvanus Thayer se abrieron de golpe. Una luz ardiente brillaba en el interior de las cuencas oculares,

como si cada gramo del odio que sentía por los vivos se hubiera encendido en su interior.

Primero debes saber lo que yo sé —le susurró la voz de Thayer directamente interior—. *Después podrás juzgarme*.

Y fue entonces cuando el mundo desapareció convertido en un muro de llamas abrasadoras.

Uriel alzó las manos cuando las llamas se elevaron por encima de él mientras esperaba que los sistemas de refrigeración de la armadura se activaran en respuesta a aquel ataque, pero cuando bajó los brazos se quedó sorprendido al ver que ya no estaba en el interior de la Casa de la Providencia. La enfermería en ruinas había desaparecido.

En vez de encontrarse rodeado por unas paredes metálicas de color gris, tanto Pasanius como él estaban en mitad de la ajetreada calle de una ciudad populosa bajo un sol tibio de primavera. Cientos de personas se apiñaban por doquier, con una expresión preocupada en los ojos y un comportamiento nervioso.

El miedo los atenazaba a todos, y la gente se movía al ritmo que le marcaba ese miedo.

Pasanius giró sobre sí mismo sin soltar el arma némesis que había tomado prestada.

—En nombre del Emperador… —susurró—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estamos?

Uriel estaba preguntándose lo mismo, pero un instante después su mirada se posó en un templo que le resultaba familiar y que tenía un águila de bronce colgando sobre la entrada porticada. De repente, lo vio con claridad.

—En Khaturian —susurró a su vez.

—El Campo de la Muerte. ¿Cómo es posible?

Nadie parecía fijarse en ellos.

—Esto no es real. Se trata de un recuerdo.

—¿Un recuerdo? Pero si Thayer no se encontraba en Khaturian cuando fue destruida.

—No —admitió Uriel al mismo tiempo que señalaba a la gente de aspecto temeroso que abarrotaba las calles—. Pero todos ellos sí.

Alguien lanzó un grito de pánico de algún lugar cercano, y Uriel alzó la mirada al cielo cuando oyó un zumbido retumbante que procedía de las montañas. Un trío de siluetas cruciformes salieron de entre las nubes y avanzaron en vuelo bajo y lento hacia la ciudad.

La capacidad visual potenciada de Uriel fue capaz de ver que las siluetas eran escuadrillas de bombarderos Marauder, y que cada una de ellas la componían seis aeronaves.

Los habitantes de Khaturian comenzaron a gritar antes incluso de que las primeras bombas comenzaran a caer. Uriel notó el terror que sintieron ante la visión de las aeronaves. Habían creído que allí arriba, en las montañas, estarían a salvo de los combates y de la muerte que estaban arrasando el resto del planeta.

Ese día les demostraría lo ingenuos que habían sido.

—¿Deberíamos sentirnos preocupados? —le preguntó Pasanius, levantando también la mirada hacia las aeronaves.

Uriel hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No lo creo. Thayer quiere que veamos lo que ocurrió aquí.

Pasanius no pareció muy convencido, pero se encogió de hombros.

—Vale. Tampoco es que podamos hacer mucho al respecto.

Aunque Uriel sabía que lo que estaba viendo no era real y ya había ocurrido, las emociones que saturaban el lugar, el pánico, el terror, la incredulidad y la rabia eran muy reales. La gente se dirigió corriendo hacia sus casas para reunir a sus hijos y a sus seres queridos y buscar refugio.

Uriel ya sabía que no les serviría de nada mientras contemplaba como el primer racimo de bombas se desprendía de la panza de los Marauder. Eran unos puntos negros tan pequeños que parecía inconcebible que fueran capaces de provocar tanta destrucción y muerte, pero a medida que aumentaban de tamaño se hizo más visible su aspecto militar, desde el morro achatado hasta las aletas de dirección que las hacían girar para que así fueran más certeras.

Las primeras bombas cayeron sobre el distrito septentrional de la ciudad, y el suelo se estremeció bajo el impacto. Unos rugientes pilares de fuego se elevaron hacia el cielo seguidos de unas espesas nubes en forma de seta con bordes negros. A los pocos segundos cayeron las siguientes bombas y Khatunan se vio sacudida por una rugiente tormenta de explosiones.

Las llamas y los vientos huracanados se apoderaron de la ciudad. Los sonidos de las distintas explosiones se concatenaron formando un único e inmenso rugido de destrucción. Los edificios cayeron derribados y los muros de llamas abrasadoras recorrieron rugientes las calles. Los torbellinos ardientes se comportaron como abrasadoras fuerzas de la naturaleza, y la potencia del viento fue tal que arrastró a aquellos que todavía no habían encontrado un lugar donde refugiarse y los lanzó al interior de los edificios envueltos en llamas.

Las bombas siguieron cayendo, aunque la destrucción generalizada en nada afectó a Uriel y a Pasanius. El suelo saltaba y se estremecía como si estuviera vivo. El tronar de la tierra continuó y continuó al compás de las bombas que se estrellaban contra ella.

Toda la ciudad se convirtió en un infierno, envuelta en llamas desde el centro hasta las afueras. Los vientos aullantes transportaron las llamas en todas direcciones. La destrucción fue absoluta e inmisericorde. Uriel se sintió sucio, en cierto modo, al verse inmerso en aquella matanza y ser inmune a ella.

Las bombas cayeron durante treinta minutos más. El grito agónico de los humanos envueltos en llamas y de los edificios que caían derrumbados no parecía acabarse nunca. Uriel se sintió absolutamente destrozado, y deseó que aquella visión terminase de una vez.

—¡Ya he visto más que suficiente, Thayer! —le gritó a los cielos en llamas.

Había llamas por todas partes. El cielo estaba inundado de fuego, y todo lo que podía arder en Khaturian ya se había incendiado. Nada podría sobrevivir a aquel infierno.

—Por la sangre del Emperador —musitó Pasanius al ver a la gente ardiendo salir corriendo y gritando de sus casas destrozadas.

Los cuerpos quemados llenaban las calles. El aullido de las tormentas de fuego comenzó a disminuir de volumen cuando el bombardeo acabó por fin.

—Esto es una locura. Todo esto por culpa de una sola persona —murmuró Uriel entre dientes.

Pasanius no le respondió. Estaba demasiado sobrepasado por la emoción como para hablar. Se veían cuerpos mutilados por los escombros. Había familias enteras convertidas en formas grotescas por el calor de los incendios.

Aunque sin duda era imposible que alguien hubiera sobrevivido a semejante tormenta de fuego, al parecer, aquí y allí surgían supervivientes. Varios grupos de ellos, aturdidos, salieron de los sótanos y de los refugios excavados bajo la ciudad y caminaron sollozando entre los restos de su antiguo hogar.

Uriel vio que todos estaban heridos, con la piel en carne viva y abrasada por el calor. Nadie había escapado indemne del ataque, y una vez cesó el sonido del bombardeo, comenzaron los gritos de los habitantes de Khaturian.

—Seguro que podemos hacer algo por ellos —dijo Pasanius mientras contemplaba como un hombre al que le faltaba un brazo pasaba aturdido a su lado.

—No. Ya hace mucho tiempo que murieron. Lo único que podemos hacer es recordarlos.

—No olvidaré esto jamás —juró Pasanius.

—Ni yo.

—Su castigo no será suficiente —comentó Pasanius—. Barbaden y Togandis, quiero decir. No debería ser posible tomar parte en esta matanza y seguir con vida.

—No lo harán —le prometió Uriel a su vez.

Se le endureció el corazón al pensar en aquellos que habían visto como se cometía aquella matanza y no habían hecho nada por impedirla, o

después no habían hecho nada por corregir aquel error.

Recorrieron la zona devastada, y Uriel desvió la mirada hacia una calle cubierta de escombros cuando oyó el sonido de unas cadenas metálicas que machacaban las piedras hasta convertirlas en polvo. Un tanque de color gris apagado con la insignia de los Falcatas Achamán dobló la esquina. Uriel lo reconoció por el cañón rematado por una bocacha de la que salía una llama: un Hellhound.

El tanque lanzó varios chorros de fuego e incendió los escasos edificios que habían conseguido escapar de algún modo a las bombas incendiarias lanzadas por los Marauder. Al Hellhound lo siguieron varios tanques de batalla que dispararon sus armas secundarias de forma indiscriminada contra los dos lados de la calle.

Detrás de los tanques venían los soldados, unos guerreros con armaduras de placas rojas que marchaban bajo un estandarte reluciente en el que se veía una aullante águila dorada recortada sobre fondo rojo. Disparaban por doquier, obligando a los escasos supervivientes a meterse de nuevo entre las llamas o a pegarse a las paredes, donde eran ejecutados sin piedad.

Uriel vio a Leto Barbaden asomado por la escotilla del primer Leman Russ. Llevaba levantado el visor del casco y daba órdenes sin cesar a los soldados. Se veía con claridad la expresión de satisfacción de Barbaden, la idea de que estaba disfrutando cumpliendo la voluntad del Emperador al asesinar a toda aquella gente. Verena Kain y el sargento Tremain marchaban delante del tanque de Barbaden, y Uriel vio el mismo brillo fanático en sus ojos. Uriel deseó que la muerte de Kain hubiera sido aún más dolorosa.

Se odió a sí mismo por tener una reacción tan visceral, pero esas emociones aparecieron en su interior porque sabía demasiado bien que Barbaden no sólo había ordenado la matanza, sino que había disfrutado con ella, y eso era algo demasiado aterrador como para pasarlo por alto.

—¿Cómo acabamos con esto? —le preguntó Pasanius.

—No lo sé. Supongo que cuando Thayer crea que ya hemos visto suficiente.

—Pues yo ya he visto suficiente, lo suficiente como para saber que una bala en la cabeza es una muerte demasiado rápida para Barbaden.

—Estoy de acuerdo, y ahora sé cómo tiene que acabar esto.

Al decir aquellas palabras, la visión que tenían ante ellos se volvió borrosa y desapareció, pasando de ser el centro ardiente de Khaturian a la destrozada Casa de la Providencia.

Uriel parpadeó mientras la vista se le ajustaba a la penumbra, y vio que el señor de los sinpiel estaba de pie delante de él. El brillo asesino de sus ojos seguía refulgiendo con fuerza, pero no había odio en ellos, tan sólo un sentimiento de profunda tristeza. Detrás de la enorme criatura vio a Leodegarius, que se estaba poniendo en pie y tenía todo el lado derecho de la armadura empapado de sangre.

—¿Ya sabes cómo tiene que acabar esto? —le preguntó el señor de los sinpiel.

Uriel bajó la vista hacia el cuerpo destrozado de Sylvanus Thayer y asintió.

—Sí.

—¿Cómo?

Uriel volvió a mirar a la espalda de la criatura.

—Hermano Leodegarius, ¿sigues manteniendo el santuario aegis alrededor de Barbaden y Togandis?

—Así es —respondió el caballero gris. Uriel notó el agotamiento en la voz del guerrero. Aquel héroe del Imperio había resultado herido casi hasta el borde de la muerte y, a pesar de ello, se mantenía erguido y firme—. ¿Qué ocurre con él?

—Anúlalo.

La prisión rugía por todas partes.

Los prisioneros gritaban y aullaban reclamando la presencia de los guardias, pero si alguno de ellos oía sus súplicas, no se atrevía a aparecer en el complejo de la prisión. De momento, los espíritus de los muertos mandaban en el panopticon.

Shavo Togandis estaba de pie delante de los barrotes de su celda. Rezaba sin cesar y confesaba todos y cada uno de los pecados y las faltas que había cometido a lo largo de su vida. Hablaba apenas con un susurro, ya que sabía que el Emperador lo oiría de todas maneras y no deseaba compartir aquellos secretos con Leto Barbaden.

Las figuras fantasmales escuchaban su confesión en silencio, y mantuvo la esperanza de que comprendieran su arrepentimiento y su dolor. No habían vuelto a intentar acercarse desde que el espíritu de la niña fuera rechazado por la barrera psíquica levantada por Leodegarius. Se habían limitado a observarlo y a esperar.

—Camino por el sendero de la justicia —proclamó una vez acabó su confesión—. Aunque esté sembrado de cristales rotos, caminaré descalzo. Aunque cruce ríos de fuego, pasaré sobre ellos. Aunque se pierda en la inmensidad, la luz del Emperador guiará mis pasos.

—¿Es que no puedes pensar algo por ti mismo, Shavo? —Se burló Barbaden—. ¿De quién es eso? Y no intentes convencerme de que eso lo has escrito tú. Te conozco muy bien.

—Son palabras de Dolan de Chiros, el hombre que ayudó a derribar al cardenal Bucharis.

—El confesor que se enfrentó al tirano durante la Plaga del Descreimiento. ¿Se trata de eso? ¿Crees que la gente te recordará como a otro Dolan? Shavo, puede que también hayas sido confesor, pero no eres ni la décima parte de hombre de lo que era Dolan —le soltó Barbaden, que seguía tumbado y sin preocuparse en su catre—. Siempre fuiste demasiado cobarde como para ganarte un sitio al lado del Emperador.

—¿Y tú crees que hay un sitio para ti? ¿Para un asesino?

Barbaden se echó a reír.

—No soy un asesino, y en cuanto se acabe esta farsa a la que llaman detención, volveré al palacio. Tengo derecho a solicitar una apelación al gobernador del sector. ¿Crees que va a dejar que me ajusticien por matar a unos cuantos terroristas?

—Si existe sólo un ápice de justicia en esta galaxia, sí, lo hará —respondió Togandis mientras cerraba los ojos. Deseó que Leto Barbaden se

callara de una vez.

—No existe la justicia, Shavo, no seas estúpido. No existe sitio para la justicia en esta galaxia, y si me permites mencionar una cita a mí también, creo que ésta te iluminará bastante: «Cuando las personas olvidan su deber, dejan de ser humanos y se convierten en algo inferior a las bestias. No tienen cabida en el seno de la humanidad o en el corazón del Emperador. Deben morir y ser olvidadas.»

Que así sea.

La voz había sonado justo al lado de su oído.

Togandis abrió los ojos y lanzó un grito cuando vio que sus celdas estaban ocupadas por las figuras fantasmales que habían estado esperando, de pie y en silencio, al otro lado de los barrotes.

El miedo se apoderó de su corazón, pero se vio sustituido de inmediato por una oleada de alivio. Se había acabado la espera, el miedo a la humillación, el temor a que de algún modo los dos escaparan a un justo castigo.

—¡Apartaos de mí, malditos! —Gritó Barbaden—. ¡He dicho que os apartéis de mí!

Togandis contempló como los muertos se agolpaban alrededor del antiguo gobernador de Salinas, ansiosos por tomar parte en su fin. Aunque los habían llamado fantasmas, no eran unas simples apariciones neblinosas, ya que sus uñas podían arrancar la piel y sus dientes eran capaces de separar la carne de los huesos.

Barbaden empezó a gritar cuando comenzaron a desgarrarle la carne de la cara. Lo primero que le arrancaron fueron los ojos, sacados de las cuencas oculares con un rápido movimiento de las manos frías y muertas.

Luego le despellejaron la cara y separaron los músculos del cráneo hasta dejar al descubierto la estructura ósea. Le doblaron las extremidades hasta que se partieron con un chasquido seco. Sus gritos resonaron por las celdas mientras los muertos se esforzaban por ensangrentarse las manos con sus entrañas.

Togandis, fascinado, contempló con horror cómo Leto Barbaden era despedazado ante sus propios ojos en mitad de un frenesí vengativo.

Todo acabó en unos momentos, y en la celda no quedó nada que recordara remotamente a lo que antes había sido un ser humano, sólo un amasijo de restos desgarrados y un amplio charco de sangre y huesos rotos.

Los muertos se volvieron hacia Shavo Togandis.

—Haced lo que debáis.

Los muertos se lanzaron a por él.

—Os perdono —les dijo cuando sintió que sus manos ya le buscaban los ojos.

Uriel comprendió que todo había acabado.

La luz muerta que brillaba en los ojos del señor de los sinpiel se apagó y un silencio repentino se apoderó de la Casa de la Providencia. El aullido de los fantasmas dejó de oírse y los retazos de luz comenzaron a desaparecer. Uriel notó que lo invadía una increíble sensación de alivio cuando los muertos finalmente comenzaron su último viaje después de que sus espíritus quedaran liberados para dispersarse por la disformidad.

El abatimiento que se había asentado sobre Salinas desapareció al instante. Uriel no se dio cuenta de lo tremendamente opresivo que era hasta que se desvaneció.

Oyó un sonido rasposo procedente de la cama que tenía al lado. Bajó la mirada hacia Sylvanus Thayer. La máquina que lo mantenía con vida había empezado a fallar. El sonido rítmico del artefacto fue disminuyendo hasta que se convirtió en un tono agudo y permanente que sólo podía significar una cosa.

Sylvanus Thayer había muerto, y con él, la amenaza contra Salinas.

El agujero en la realidad había desaparecido, sellado debido a la disolución del nexo que unía ambos universos y que el antiguo dirigente de los Hijos de Salinas había proporcionado.

Uriel inspiró profundamente y miró a su alrededor para asegurarse de que realmente todo había terminado, de que no estaba imaginándose nada. Pasanius se encontraba a su lado, y el herido Leodegarius se mantenía en pie con su único brazo.

Cheiron se acercó tambaleándose a su superior y Uriel centró su atención en el señor de los sinpiel. El último de ellos se tambaleaba, aturdido y confuso, y miraba a un lado y a otro como si acabara de despertar de un sueño muy profundo. Sus ojos, blanquecinos y acuosos, se fijaron en Uriel, y se dejó caer de rodillas. Luego se llevó a la cara las enormes manos rematadas por garras y comenzó a oírse un desgarrador gemido de autodesprecio que salía de lo más profundo de su ser. Unos grandes sollozos sacudieron el pecho del señor de los sinpiel, y Uriel sintió una enorme tristeza de que todo hubiera acabado así.

Cheiron se abrió paso a través de la estancia con el bólter de asalto apuntando hacia el señor de los sinpiel, pero Uriel le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, eso ya no será necesario.

Cheiron bajó la mirada hacia la figura encorvada y sollozante y después miró de nuevo a Uriel. Asintió y fue a reunirse con Leodegarius.

Uriel se arrodilló al lado del señor de los sinpiel, cuyo cuerpo había disminuido hasta quedar en sus proporciones originales. Tenía la carne desgarrada por los agujeros de bólter y los cortes de las armas de filo, y al marine le sorprendió que todavía estuviera vivo. Seguía siendo enorme, pero de algún modo, sin el tremendo poder conferido por los muertos, parecía más pequeño, más vulnerable, e infinitamente más triste.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó Pasanius.

Uriel lo miró.

—Ve con Leodegarius y Cheiron. Yo todavía tengo algo que hacer aquí.

—¿Estás seguro?

Uriel asintió.

—Sí, estoy seguro.

Pasanius parecía dispuesto a discutir, pero captó el tono de firmeza en la voz de Uriel y se dio la vuelta.

Uriel alargó una mano y la colocó sobre el brazo del señor de los sinpiel. Recordó demasiado tarde que a los sinpiel no les gustaba que los tocasen, pero no se produjo reacción alguna. Se arrodilló a su lado y lo dejó llorar.

—Uriel —lo llamó una voz a su espalda.

Se dio la vuelta y vio que se trataba de Leodegarius. El caballero gris se había quitado el casco y vio que tenía el rostro pálido y sudoroso, con una expresión de agotamiento producto de la ferocidad del combate y del dolor de perder una extremidad.

—Ven al palacio cuando hayas acabado aquí. Nos ocuparemos de vuestro regreso a Macragge.

—Eso haré.

El caballero gris alargó la mano que le quedaba y Unid se fijó en lo que tenía en ella.

—Creo que necesitarás esto —le dijo Leodegarius, y Uriel asintió.

—Gracias, hermano Leodegarius. Ha sido un honor combatir a vuestro lado.

—No, el honor ha sido mío —replicó el caballero gris.

Leodegarius, Cheiron y Pasanius se marcharon y dejaron solos en la enfermería al señor de los sinpiel y a Uriel. La criatura a la que había intentado rescatar de una odiosa vida de muerte y sufrimiento estaba arrodillada delante de la cama del hombre que la había esclavizado junto al resto de la tribu, y no dejaba de llorar.

Uriel ni siquiera podía empezar a imaginarse el horror que debía de sentir por el recuerdo de todo lo que se había visto obligado a hacer, así que no interrumpió con unas simples palabras la pena del señor de los sinpiel. Finalmente, la criatura alzó la cara y fijó la mirada en Uriel.

—Los sinpiel hicimos cosas muy malas.

—No. Todo ese odio y esas muertes no son tuyos.

—Sí, lo son. Nosotros lo hicimos. Tengo las manos con sangre. Las manos de la tribu están con sangre. Vi sangre y probé la sangre. Los sinpiel malos.

—No —insistió Uriel—. Los sinpiel no son malos. Os utilizaron. No fue vuestra culpa.

—El Emperador debe odiarnos todavía más ahora.

—El Emperador no te odia. Te ama. Mira.

Uriel le señaló un aguila de acero batido que colgaba de la pared. Los primeros rayos de luz del amanecer procedentes de una ventana situada enfrente relucieron sobre el objeto y lo hicieron brillar como si fuera de plata.

El señor de los sinpiel miró a la reluciente águila y vio su reflejo. Cuando Uriel miró también la imagen distorsionada, la superficie pareció ondularse igual que la de un lago, y vio el reflejo de un niño con una expresión traviesa en el rostro.

El señor de los sinpiel lanzó un grito cuando también él vio la imagen.

—¡El Emperador me ama!

Uriel se colocó a su espalda y alzó el cañón psíquico que Leodeganius le había entregado.

—Sí, el Emperador te ama —le confirmó Uriel, y apretó el gatillo.

Largo y difícil es el camino que sale del infierno y lleva a la luz.

La Thunderhawk viró para seguir el rumbo de vuelo que le habían indicado los controladores de tierra. Uriel miró hacia fuera por la portilla de observación del costado de la rugiente cañonera y contempló como las montañas de un blanco resplandeciente pasaban a toda velocidad con las cimas envueltas por las nubes.

Habían pasado semanas desde la batalla en la Casa de la Providencia, y todavía le dolían el cuerpo y el espíritu por lo ocurrido en Salinas. Aunque las heridas ya se le habían curado, no era capaz de quitarse de encima la tristeza que se había apoderado de su alma desde que había apretado el gatillo del cañón psíquico.

Sabía que no había tenido otra elección. Si el señor de los sinpiel tenía que morir en Salinas, lo correcto y apropiado era que fuese a manos del individuo que lo había llevado hasta allí.

Tras la muerte de Sylvanus Thayer, la presión de los muertos sobre la mente de los vivos desapareció, y una extraña sensación de calma descendió sobre Barbadus, aunque estaba seguro de que ese nombre iba a

cambiar. Cuando se anunció la muerte de Leto Barbaden, el ambiente de calma se transformó en festivo.

El día siguiente a la batalla resultó estar lleno de proclamas.

Bajo la supervisión de los Caballeros Grises se formó un gobierno interino, con Daron Nisato como nuevo comandante imperial. Aunque este anuncio fue recibido con mucho menos entusiasmo que la muerte de Barbaden, la noticia de que Pascal Blaise apoyaba al nuevo gobernador generó una oleada de aceptación entre la población.

Los problemas no se habían acabado para Salinas, pero Uriel sabía que el planeta había evitado un desastre absoluto y que sus habitantes tenían la oportunidad de dejar atrás los viejos odios que casi los habían destruido.

Eso era mucho más de lo que la gente solía conseguir.

Tras la restauración del control imperial, Leodegarius los había acompañado hasta una cañonera que los esperaba en la explanada que se abría delante del palacio. Allí se había despedido de ellos.

—Recordad la torre —les advirtió—. Nos recuerda que si utilizamos el conocimiento y la fuerza que poseemos con propósitos malignos, seremos destruidos sin remisión.

También se habían despedido de Lukas Urbican y de Daron Nisato antes de subir a bordo de la cañonera para no volver a ver nunca Salinas.

Uriel se recostó contra el fuselaje de la Thunderhawk y sintió el poder de los motores a través del retumbar palpitante en el metal. No se había atrevido a imaginarse que acabaría logrando hacer aquel viaje. Mantuvo los ojos cerrados, como si en cualquier momento le pudieran arrebatar aquella realidad.

El compartimento de tropas de la cañonera también albergaba diecinueve armaduras, las que habían pertenecido a los Hijos de Guilliman. Uriel llevaba puesta una túnica de color azul pálido y tenía su espada en el regazo. No había vuelto a ponerse la armadura prestada desde la batalla en la Casa de la Providencia, ya que sabía que no debía hacerlo más allá de una necesidad inmediata.

Las armaduras habían sido sujetadas a los asientos de la Thunderhawk con tanto cuidado como si cada una de ellas albergara a marine espacial vivo. Ya habían enviado un mensaje a los Hijos de Guilliman, por lo que las armaduras no tardarían en regresar a su capítulo para proteger de nuevo a sus hermanos de batalla.

La puerta que daba a la cabina se abrió y Pasanius se asomó. A diferencia de Uriel, el sargento iba completamente equipado con su armadura, y su rostro mostraba una expresión de alegría radiante.

—Será mejor que vengas a la cabina —le dijo.

Uriel sonrió mientras se ponía en pie y cruzaba el compartimento de tropas. Se agachó para cruzar el umbral de la puerta de la cabina. El interior estaba iluminado con la brillante luz del sol, y las sombras que provocaba se movieron a un lado cuando los pilotos comenzaron el descenso hacia un valle de roca de cuarzo centelleante y de paredes muy empinadas.

—Mira —le indicó Pasanius, señalando al otro lado del cristal blindado de la cabina.

Allí estaba, reluciente sobre la montaña igual que un castillo de oro y plata construido sobre una nube.

Uriel se dio cuenta de que le estaba costando controlar la respiración, y las lágrimas le corrieron libremente por la cara ante la visión de las torres de mármol, las cúpulas de mosaico y los grandes muros de piedra reluciente.

—La Fortaleza de Hera —musitó Pasanius, que también había empezado a llorar.

—Nuestro hogar —susurró Uriel.